Libros del Asteroide

Joaquim Amat-Piniella

K. L. Reich

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón



Libros del Asteroide

Joaquim Amat-Piniella

K. L. Reich

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón



Joaquim Amat-Piniella

K. L. Reich

Prólogo de Ignacio Martínez de Pisón

Traducción de Baltasar Porcel y del autor

Libros del Asteroide

Título original: *K. L. Reich*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía y
el tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Herederos de Joaquim-Piniella, 2014

© del prólogo, Ignacio Martínez de Pisón, 2014
© de la traducción, herederos de Baltasar Porcel y Joaquim Amat-Piniella, 2014
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Noah Goodrich
Revisión de la traducción: Marc Jiménez

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-11-5
Depósito legal: B. 21.221-2014
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Prólogo

Por Mauthausen pasaron alrededor de ocho mil españoles, de los que sobrevivieron menos de una tercera parte. La trayectoria de esos hombres responde casi siempre al mismo patrón: republicanos derrotados en 1939 que, tras ser encerrados en un campo de refugiados francés e incorporarse a una compañía de trabajadores extranjeros o directamente a la Resistencia, fueron deportados en bloque a ese campo de concentración en territorio austriaco. Las penalidades de esos españoles las conocemos por el testimonio de algunos de los escasos supervivientes, y muy particularmente por los libros *K. L. Reich* del catalán Joaquim Amat-Piniella y *Los años rojos* del aragonés Mariano Constante. El primero llegó a Mauthausen en enero de 1941, el segundo en abril del mismo año, y su cautiverio se prolongó hasta mayo de 1945, cuando el campo fue liberado por tropas norteamericanas. Si en los dos años que mediaron entre el final de la guerra civil y el ingreso en Mauthausen las peripecias de todos esos republicanos españoles habían presentado muchas similitudes, durante los cuatro años siguientes sus vidas iban a quedar definitivamente igualadas: igualadas en el horror.

Primo Levi, nombre clave de la literatura concentracionaria, escribió *Si esto es un hombre* en 1946, aunque no la publicaría hasta diez años después. También Amat-Piniella redactó el primer borrador de *K. L. Reich* en 1946 y, tras varios forcejeos con la censura franquista, el libro acabó apareciendo en 1963 (de la mano de dos ilustres editores: Carlos Barral en castellano, Joan Sales en catalán). La prisa que tanto Levi como Amat-Piniella se dieron en poner por escrito sus respectivas experiencias en Auschwitz y Mauthausen obedece sin duda a la urgencia que ambos sentían por fijar sus recuerdos antes de que empezaran a desdibujarse: al igual que las fotos de Francesc Boix, preso también en Mauthausen, esos recuerdos debían servir a la vez de homenaje a las víctimas y denuncia de los verdugos.

Me atrevo a decir que con esa prontitud buscaban asimismo conjurar el intenso sentimiento de culpa que les atenazaba por el simple hecho de seguir vivos. Los cuatro años largos de infernales padecimientos no podían cerrarse sin que quedaran graves secuelas: no es casualidad que el llamado «síndrome del superviviente» fuera descrito por primera vez tras la segunda guerra mundial. Los tormentos que antes venían de fuera se habían instalado ahora en el corazón del superviviente, y combatirlos significaba combatirse a sí mismo: el enemigo interior. En Mauthausen los que se salvaban eran los cocineros, los barberos, los empleados de los almacenes, los oficinistas... El comunista Mariano Constante, que aprovechó su condición de ordenanza e intérprete para organizar una red de apoyo a los presos españoles, acabaría siendo acusado de colaboracionismo por su propio partido, que consideraba, como el propio Stalin, que detrás de todo comunista superviviente se escondía un traidor o un agente nazi. Se salvaron muy pocos, y los pocos que se salvaron se volvieron sospechosos para sí mismos y para los suyos. A la devastación física y psíquica se añadía la aniquilación moral, con la que tendrían que convivir el resto de sus vidas.

Emili, el protagonista de *K. L. Reich*, está inspirado en otro preso de origen aragonés, el dibujante José Cabrero Arnal, que había publicado caricaturas e historietas antes de la guerra civil y acabaría triunfando en la Francia de los años sesenta y setenta con su personaje más célebre, el perro Pif. Emili, uno de los pocos personajes positivos del libro, ve cómo sus amigos van cayendo a su alrededor mientras él salva la vida gracias a su facilidad para el dibujo, una situación de privilegio que le provoca «algo así como una sensación de indignidad». Pero la dignidad y la integridad constituyen un lujo inalcanzable en un mundo como ese, en el que desde el primer momento los presos son despojados de su condición de seres humanos y reducidos brutalmente a la pura animalidad. Como reses en un matadero, todo en ellos es aprovechable: las pertenencias que les son arrebatadas en cuanto llegan al campo; su pelo, que será utilizado para hacer fieltro; las dentaduras de oro, que les son arrancadas poco antes de descuartizar sus cadáveres para meterlos en el horno crematorio...

En Mauthausen, los presos morían por el agotamiento del trabajo en la cantera, pero también había ejecuciones, torturas, falsos suicidios, experimentos médicos mortales. Calificado como campo de trabajo de categoría III (la más baja, para presos «irrecuperables»), era de hecho un campo de exterminio, y así lo certificaba el humo que a todas las horas del día y de la noche escapaba por la chimenea del crematorio (y que no daba abasto para tantos cadáveres). En una entrevista, Jorge Semprún, que estuvo preso en el campo de Buchenwald, dijo que lo más importante y terrible, lo único que no se podía explicar por escrito, era el olor a carne quemada: «¿Qué haces con el recuerdo del olor a carne quemada?». La presencia constante de la muerte gobierna el pequeño mundo en el que se mueven Emili y los demás, que llegan a tal estado de saturación e insensibilidad que la visión de un montón de cadáveres ya no les inspira piedad sino repugnancia. Los relatos sobre la vida en los campos de exterminio proporcionan la más ajustada y precisa representación del infierno. En *K. L. Reich*, como en el infierno, el tiempo parece estancado en su propia eternidad, y la historia, más que avanzar, se ensancha hasta casi reventar los propios límites del campo. A veces llegan noticias de la guerra en Europa, pero eso afecta poco a la vida de los internos, que solo cambian cuando pasan de estar vivos a estar muertos: esa es toda la evolución a la que tienen derecho como personajes.

K. L. Reich es, junto a las obras de Primo Levi y algún otro clásico más, una de las cumbres de la literatura concentracionaria. Ahora no podemos leer una novela así sin que nos venga a la cabeza toda la imaginería del genocidio nazi que las superproducciones cinematográficas de las últimas décadas han acabado estableciendo. El hacinamiento en trenes y barracones, la lóbrega arquitectura de los campos, las colas de presos famélicos, los recuentos a temperaturas bajo cero, etcétera, nos llegan a nosotros ya visualizados: los hemos visto en películas como *La lista de Schindler* o *La vida es bella*. En 1963 esas películas no existían, y sin duda el lector de la época, no expuesto a ese tipo de interferencias, tenía que quedar aún más subyugado que nosotros por la implacable plasticidad verbal de Amat-

Piniella, que con su atención a los detalles y la fuerza de sus descripciones documenta el horror de los campos de exterminio con precisión de fedatario público. En un pasaje de la novela, el narrador se sorprende de que, mientras a su alrededor reinan la devastación y la miseria, el sol no deje de ponerse como todos los días... Que los ciclos de la naturaleza mantengan sus rutinas milenarias hace aún más escalofriante esa normalidad de muerte y destrucción aplicadamente construida por el hombre para la aniquilación de sus semejantes. La lectura de *K. L. Reich*, sobrecogedora indagación acerca de los límites de la naturaleza humana, sacude de la primera a la última página. Es difícil, muy difícil salir indemne de ella.

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

A Pere Vives i Clavé, asesinado por los nazis el día 31 de octubre de 1941, en memoria de mi amistad fraterna.

Al general Omar N. Bradley, jefe de las fuerzas norteamericanas que me liberaron el día 5 de mayo de 1945, en testimonio de mi gratitud y admiración.

«Wehe dem Mörder»[1]

GOETHE

Nota del autor

Hasta la caída del III Reich alemán no se pusieron de manifiesto las atrocidades cometidas por el nazismo, entronizado trece años antes. Fue entonces cuando las informaciones, los documentos hallados, las estadísticas, la fotografía y el cine, los procesos de Belsen, Dachau y Núremberg, y el testimonio de los que, habiéndolas vivido, fuimos rescatados con vida, se vertieron en prueba irrefutable de aquel crimen monstruoso. Y hoy, cuando ya solo los fanáticos del racismo pueden dudar de aquella dramática realidad, vemos cómo el tiempo y los nuevos problemas internacionales van arrinconándola al cajón de la Historia.

No es nuestra la culpa de que este libro no haya salido hasta ahora, y si se edita pese a la mengua de actualidad que el tema ha experimentado es por creer que antes de olvidar una cosa es necesario haberla conocido. Y lo que aquí apenas nadie sabe es que, entre los millones de personas de todas las nacionalidades que encontraron cautiverio y muerte en los campos de Hitler, también había españoles. Sin contar más campos que los que conocemos de Mauthausen y sus sucursales danubianas, un setenta por ciento de los siete mil quinientos exilados españoles que en ellos fueron internados cayeron agotados por el hambre, el trabajo inhumano y los malos tratos. Fueron detenidos por los alemanes cuando la rendición de Francia, en 1940, y la mayoría de ellos tenían la condición de trabajadores militarizados en fortificaciones. Fueron primero internados en campos de prisioneros de guerra, mezclados con los franceses, y conducidos luego, como apátridas indeseables, a los campos de exterminio de las SS.

Las astronómicas cifras de judíos, rusos, polacos, franceses, checos, etcétera, que murieron en los campos nazis no rebaja la importancia de la aportación española a la carnicería hitleriana. Nuestros cinco mil quinientos muertos de Mauthausen y los centenares o miles que hayan podido caer en

otros campos constituyen un sangriento balance del sacrificio peninsular por la causa de la liberación de Europa.

Con este libro nos hemos propuesto dar una idea de la vida y de la muerte de aquellos ciudadanos del mundo que, frente al nacionalsocialismo, crearon la internacional del dolor. No hacemos la historia de un campo determinado, sino una composición de escenas, situaciones y personajes que conocimos en el transcurso de cuatro años y medio en los campos por donde pasamos. Cuatro campos entre los innumerables que hubo en la Alemania de aquella época, particularmente interesantes para los lectores de nuestro país por el sello peculiar que en ellos imprimió la presencia española.

Historias estas de sufrimiento, de terror, de muerte, y también de esperanza. La vida, mísera y épica a un tiempo, de multitudes de hombres que, en la más abrumadora de las impotencias, encuentran recursos que oponer al designio enemigo de aniquilación. Pintoresca y dramática combinación que presenta el revoltijo de razas, nacionalidades e individuos, obligados a la más estrecha convivencia; vicisitudes de un duelo encarnizado que dura más de cuatro años, entre las fuerzas destructoras del Campo y el Hombre, el Hombre genérico que empieza resistiéndolas, consigue neutralizarlas y acaba venciéndolas.

Hemos preferido la forma novelística porque nos ha parecido la más fiel a la verdad íntima de los que vivimos aquella aventura. Después de todo cuanto se ha escrito sobre los campos, con la fría elocuencia de las cifras y de las informaciones periodísticas, creemos que reflejando la vida de unos personajes, reales o no, sumergidos en el dramático clima de su circunstancia, podremos dar una más justa y viviente impresión que limitándonos a su exposición objetiva.

Salir airosos de esta empresa tendría el doble valor de haber aportado nuestra voz en la requisitoria del mundo entero contra el nazismo y de tributar a los compañeros caídos el más ferviente de los homenajes y el más piadoso de los recuerdos. Millones de hombres fueron asesinados porque

amaban la libertad; con su muerte contribuyeron a hacerla finalmente victoriosa.

JOAQUIM AMAT-PINIELLA, 1963

1

El frío era lacerante. No era necesario pellizcarse para tener la certeza de no dormir. Los dedos de los pies, húmedos en sucios calcetines, aprisionados desde hacía tres días por las botas claveteadas, cedían sin resistencia al helor del suelo.

Sin aquel frío agudo, sin el latir de centenares de corazones sobresaltados por el inesperado despertar, el alba habría parecido irreal. A través de la niebla, que se iba espesando a medida que avanzaba el día, no podía distinguirse más que la forma, difusa, del paisaje más cercano. La luz indirecta de la nieve hendía el amanecer. Sobre el tejado en pendiente de la estación se extendía una gruesa y blanca sábana, ligeramente ondulada, lisa y sin aristas. Los vagones, inmóviles en las vías invisibles, parecían pesados, cansados, en su abandono bajo la nieve. Al otro lado de la carretera, donde se alineaban penosamente los recién llegados, caía casi vertical el corte de un cerro mutilado.

Vestidos con los heterogéneos uniformes del ejército francés, azul celeste algunos (residuos de la primera guerra mundial), azul oscuro otros, muchos caqui, con los abrigos acampanados, las cabezas cubiertas con boinas, casquetes de dos puntas, pasamontañas y, en algunos casos, los rojos feces de los senegaleses, aquellos hombres se movían confusos y anhelantes, torpes, en el vértice del pánico. Buscaban entre maletas amontonadas, bultos y macutos, un lugar en las filas de la vacilante formación. Al paso de las botas claveteadas iba desapareciendo de la carretera la hasta entonces impecable blancura. Solo el tintineo de los platos metálicos, de las cantimploras y fiambreras que colgaban de los equipajes rompía el silencio del amanecer. De vez en cuando, las voces de mando de los soldados restallaban secas, guturales y temibles. Voces nuevas, llenas de misteriosas amenazas para los que desconocían la lengua.

—¿Y el maletín? —preguntó uno de los prisioneros a su compañero más próximo.

—¿No lo llevabas tú?

Emili hizo un gesto de resignación y, bajo el tapabocas, sonrió con expresión fatalista.

—Bueno, con no lavarnos... —dijo levantando del suelo una mochila repleta.

—No nos faltará jabón, no te preocupes.

—Me temo que no nos hará falta. Esto no me gusta nada, Cisco.

—Nos guste o no, aquí estamos. Ya veremos lo que ocurre.

A la débil luz del nuevo día, Francesc contempló unos instantes la nariz enrojecida de su amigo, pero no logró encontrar sus ojos. Sonrió también. Conocía la tendencia de Emili al pesimismo. Cierto que el trato recibido al apearse del tren había sido duro, insólitamente duro, pero no quería sacar conclusiones prematuras. Prefería atribuirlo al malhumor de unos guardias que habían madrugado demasiado, al frío reinante o al mal talante del oficial.

—Los alemanes no somos bárbaros —le había dicho un teniente poco después de hacerle prisionero—. Sabemos ser buenos camaradas, ya lo verás.

Efectivamente, en el campo de prisioneros de guerra del que ahora venía, los españoles habían sido tratados con humanidad y hasta con deferencia. El haber hecho una guerra, la laboriosidad de que hacían gala y lo que quizá tuviera de pintoresco su conducta, eran de seguro los motivos del trato benévolo que recibieron. ¿Por qué ahora, al bajar del tren, después de tres días de viaje, aparecían unos alemanes nuevos, desconocidos? ¿A qué obedecían los culatazos, los puntapiés, las voces, y tantas y tan exageradas precauciones? Sin tanto aparato, la gente habría saltado de los vagones con orden y hasta la formación hubiera resultado más fácil.

—Les estarán zurrando en el frente —supuso alguien, socarrón.

Emili amontonó el equipaje y se dispuso a esperar el final del recuento. Había desconfiado siempre de los nazis, a pesar de la piel de cordero con

que se cubrían en los países ocupados. Olía a consigna. La presente bestialidad se lo confirmaba. «¿Por qué no me escapé?», se preguntó, rencoroso contra sí mismo. Había cometido la torpeza de desoír a un compañero que le propuso escaparse con él; ahora lo veía claro. Se encogió de hombros con forzosa resignación, sin poder impedir que un trágico presentimiento le mordiera las entrañas. Tras la niebla intuía un futuro temible.

La formación parecía no tener fin. A la escasa luz del alba, Emili contempló unos instantes la columna negruzca y compacta de los prisioneros y las manchas verdes de los centinelas, meticulosamente repartidos a lo largo de la comitiva, con el fusil amartillado.

—¡Atención! —gritó alguien en castellano—. ¡Atención!

El silencio se hizo más profundo. Hablaba un intérprete, que ya en el campo de prisioneros desempeñaba funciones de responsabilidad.

—El jefe de la fuerza encargada de nuestra custodia quiere que formemos bien y con rapidez. Cuanto más tardemos, más frío tendremos que soportar. Os aconsejo que obedezcáis; ya veis que el horno no está para bollos.

En los recuentos del campo de prisioneros casi nunca cuadraban las cifras. Un evadido más o menos no parecía tener importancia alguna. El oficial encargado firmaba el parte que le presentaba el prisionero responsable y no se hablaba más del asunto. Aquí las cosas habían cambiado, cualquiera sabía por qué. El caso era que oficiales, suboficiales, sargentos y hasta soldados pasaban, uno detrás de otro, contando. Al llegar al final de la columna, repetían el recuento en sentido contrario, y así sucesivamente, sin que los totales coincidieran jamás. ¿Lo lograrían alguna vez?

Pero más sorprendente todavía que aquella grotesca operación era el «lenguaje» que los guardias empleaban con los que, por no estar alineados, obstaculizaban su tarea. Al encontrarse con uno, repetían en voz alta, para recordarlo, el número al que habían llegado y empezaban a repartir golpes a diestro y siniestro.

Terminado por fin el recuento, la columna no llegaba nunca a ponerse en marcha. El frío ascendía por las piernas de aquellos hombres que llevaban

tres días sin dormir ni comer caliente. Eran muchos los que bailaban y pataleaban para desentumecerse. Otros se calentaban las puntas de los dedos con el aliento o, braceando enérgicamente, se golpeaban la espalda con las palmas de las manos. Uno, cerca de los dos amigos, se atrevió a encender un pitillo. Un guardia empezó a gritar desde su puesto de vigilancia.

—Apaga —le dijo Emili—. Es a ti, idiota.

Un sargento había llegado antes de que el fumador se diera cuenta y de un puñetazo le aplastó la nariz. Emili pudo ver el cuello del uniforme.

—¿Has visto? —preguntó a Francesc cuando el sargento se alejó.

—¿Qué?

—Estamos en manos de las SS.

—¡No jodas!

También el campo parecía haber naufragado en la niebla de la mañana, una niebla que se comía el verde claro de los *Blocks*. De madera, de un solo piso, largos y estrechos, bien alineados en terraplenes escalonados, eran en aquellos momentos sombras de contornos difusos. De las chimeneas —dos en cada *Block*— brotaba el humo negro del carbón recién encendido y se diluía lentamente en la espesura de la niebla.

En el comedor del *Block* 13, August, intérprete español, ayudaba en la limpieza que un grupo de muchachos tenía a su cargo: limpiar cristales, sacar el polvo a mesas y armarios, barrer, abrillantar cubos y cazos...

—Hoy llegan españoles —anunció—. ¡Mil quinientos!

Los *Stubendienste* dejaron un momento de trabajar. Que llegasen españoles no era novedad; solo la cifra era verdaderamente extraordinaria.

—¡Mil quinientos! —exclamó uno con la escoba en la mano—. ¡Una buena hornada para el crematorio!

—Cállate —protestó el que limpiaba los cristales—, quizá viene un hermano tuyo.

—¿Qué quieres? ¿Que llore? Cada día llega gente y todo el mundo acaba igual. Además, no tengo hermanos.

—Pues déjate de idioteces.

August les dejó discutir. Se alejó del armario que estaba lavando, aunque nadie le obligara, y se sentó, colgantes las piernas, en una mesa. Sus ojos no reflejaban la preocupación resignada, vacía, habitual en la mirada de los presos. Era el intérprete del *Block* 13 y por si no era suficiente la pequeña seguridad de su cargo, se movía con la displicente curiosidad del aventurero. Del aventurero que juega con suerte. Meridional de temperamento, rebelde por naturaleza, libre de los prejuicios de su medio familiar acomodado, había vivido desde joven con absoluta independencia. La fortuna de su padre montaba la guardia, mientras él hacía lo que le daba la gana. ¡Buenos tiempos aquellos! Decirse anarquista, dejarse la barba, calzar sandalias y, a ratos, practicar el vegetarianismo eran trucos asombrosos; huir de casa y enrolarse como pianista en una compañía de variedades parecía un juego; salir para el frente durante la guerra civil y distinguirse en una brigada internacional por su oposición a los comunistas hasta el extremo de hacerse condenar a muerte, era una emoción única. La última novedad debía ser esta de pasar una temporada en un campo nazi de exterminio. Si siempre había salido de sus aprietos, ¿por qué no ahora? Acostumbrado a considerar los acontecimientos que le salían al paso como oportunidades para realzar la propia personalidad, los trastornos sociales, políticos o bélicos creaban su clima predilecto. Lo importante para él era contar con materia de observación.

Sentado en la mesa, August reflexionaba sobre la situación que iba a crearse en el campo si las expediciones de españoles continuaban llegando al ritmo presente. Hombres como él, más o menos conocedores del alemán, serían cada vez más necesarios y tener el cargo de intérprete era tanto como tener poder. Los alemanes, SS o presos, que dirigían el campo a uno y otro lado de las alambradas, preferían a menudo ceder sus atribuciones al intérprete antes que usarlas por medio de la traducción. Solo hacía falta introducirse lentamente, ganarse la confianza, obrar con tino, hacerse imprescindible, terminar con el simple papel de intermediario para obtener el directo y ejecutivo. Que la empresa tenía sus riesgos, August lo sabía

hacía tiempo: caer en desgracia significaba la peor de las muertes. Pero el peligro era el principal acicate de la empresa que se proponía realizar. Llegar a tener un cargo directivo en un campo nazi y transformar aquel inhumano sistema penitenciario en un régimen en el que, como mínimo, fuese posible salvar la vida de los desgraciados compatriotas que cayesen en él sería un experimento único en la historia de la barbarie hitleriana, una hazaña digna del más grande de los políticos.

Y mientras medita, a August le brillan los ojos almendrados y sus largas piernas oscilan nerviosamente. Su cuello robusto se hunde entre sus hombros al tener los brazos apoyados en la mesa. La postura acentúa las arrugas de su bolsa occipital. A través de su piel morena se perciben las contracciones de los músculos de las mejillas enjutas. Los labios, vagamente semíticos, cerrados con fuerza, estiran más aún el largo ojal de su boca. El experimento es de los que apasionan a un hombre de su clase.

Terminada la tarea, los chicos del servicio se calientan las manos en la estufa. El *Blockälteste* (preso alemán responsable del *Block*) ronca pesadamente, reclinado el busto sobre la mesa, con la cabeza descansando en el antebrazo. El comedor sólo puede parecer hospitalario por contraste con la nieve y la niebla exteriores. Del dormitorio, solitario y desabrigado, llega una corriente de frío y el hedor de la paja fermentada.

Encuadrado por el marco de la puerta que alguien ha dejado abierta, puede verse un enorme catafalco de colchonetas, construido con el mayor cuidado y recubierto de mantas a guisa de cortinajes. Despoblado desde el día antes, el *Block* espera los huéspedes que August acaba de anunciar.

—Cierra la puerta, Miguel —ordena.

Los muchachos del servicio ya han hecho hoy dos veces la limpieza general del *Block.* Todo debe estar brillante, barnizado, pulquérrimo; todo lo que los presos no tocarán nunca: mesas en las que no está permitido comer, taburetes donde nadie puede sentarse, el suelo que nadie pisa, armarios que nada contienen, la estufa para uso exclusivo del *Blockälteste* y de los cuatro enchufados que lo rodean. Un *Block* no sirve para vivir, sino

para enseñárselo a los visitantes a quienes hay que convencer de la modélica instalación de un campo nazi.

Para aposentar con un mínimo de condiciones de habitabilidad al personal que llega hoy, harían falta este *Block* y unos cuantos más. No hay espacio para tanta gente. Pero el orden establecido no corre peligro alguno por tales menudencias. El comedor continuará como ahora: limpio, vacío y trémulo por los ronquidos del *Blockälteste.* Los presos lo cruzarán para entrar al dormitorio, donde serán hacinados como ganado, y para salir a la calle, en la que deberán pasar la mayor parte del día; lo cruzarán siempre en fila india, por un estrecho pasillo de sacos vacíos, con las botas en la mano, la cabeza descubierta y sin chistar. La suciedad es horrible, pero mucho más lo es esta limpieza solo aparente, otro de los crueles refinamientos del campo nazi.

De pronto, la paz del recinto, que durante las horas de trabajo parece desierto, se quiebra por un estruendo insólito. Silbidos, campanadas, gritos, estrépito de puertas y carreras por los callejones. El *Blockälteste* 13 se levanta como movido por un resorte, se cala la gorra, atraviesa el comedor como una exhalación y, todavía medio dormido, se lanza a la calle.

—Ya han llegado —dice August sin dirigirse a nadie—. Voy a ver.

No se deja contagiar por las prisas de los demás. Sale del barracón sin precipitarse y, por la nieve que tapiza la calle, tan pronto inmaculada como rudamente pisoteada, procura seguir los senderos que los demás han trillado antes. El humo del crematorio se abate sobre el campo y se mezcla con la niebla. Cae el frío en forma de partículas microscópicas de hielo, un frío que disipa el entumecimiento y despeja la cabeza.

Mil quinientas víctimas más, mil quinientos hombres que están pasando ahora por las mismas impresiones que él experimentó el día de su llegada. Impresiones que por distintos y quizá opuestos caminos conducen a idéntico resultado: una mezcla de miedo, de curiosidad malsana y de aturdimiento.

El campo había sido construido en la cumbre de la más alta de las colinas de la comarca. El terreno producía la impresión de un mar agitado que se hubiera solidificado de repente. Eran ondulaciones más o menos pronunciadas, cubiertas de vez en cuando por espesas manchas de bosque que, en esta época del año, destacaban sobre el blanco uniforme de las grandes extensiones nevadas. Pasados los cuatro o cinco meses de invierno, aparecía año tras año, siempre igual, la verde hierba de los prados inmensos y ricos, y también las casas, alejadas unas de otras pero abundantes, con el rojo siempre vivo de sus tejados.

La niebla de aquella mañana difuminaba los contornos un poco alejados; cielo y tierra se unían sin solución de continuidad en el gris plomizo, el color del frío.

El trayecto había sido largo y fatigoso. La interminable comitiva de los mil quinientos hombres llegaba por fin a la alambrada del recinto exterior. Subiendo por el atajo empinado, resbaladizo, la subida había sido difícil para aquella gente, cargada de equipaje y de miedo. Los guardianes no habían cesado de gritar y hostigar durante el camino, la marcha había sido dura y algunos de los presos habían sido duramente castigados. No era extraño que, al penetrar en el campo, el cansancio y la angustia se reflejaran en la expresión, en el andar y en el silencio de la multitud.

—He ahí nuestro hogar —dijo Francesc con amarga ironía.

La muralla del recinto interior no estaba terminada, pero los enormes bloques de piedra labrada se imponían en el ánimo de los nuevos huéspedes; la pálida atmósfera adquiría tonalidades azules. Culminando los muros, se levantaban las torres, repartidas a tramos regulares, desde las que, cuando estuvieran terminadas, podrían los centinelas velar con mayor comodidad que ahora en las desamparadas garitas de madera. Al otro lado del muro, asomaban los diedros blancos de los tejados de los grandes barracones.

Al pie del muro en construcción se distinguían las pequeñas siluetas negras de los trabajadores, seguramente internos, reforzando su propia cárcel.

La barra del control dejó el paso abierto. Los recién llegados no tenían bastantes ojos para atender a cuanto veían. Ya no existían frío, fatiga, peso o dolor; sólo una curiosidad creciente se imponía por encima de los demás sentimientos. El misterio iba revelándose paulatinamente a los sentidos excitados y ávidos de la multitud. Un campo de concentración —ya nadie podía dudar de que aquello lo era— les recibía vestido con las mejores galas de su temible régimen. En las propagandas antifascistas se había hablado hasta la saciedad de los campos alemanes de concentración, pero probablemente ninguno de los nuevos internados pudo imaginárselo jamás con este aspecto de gran fortaleza. ¿Qué otras sorpresas les aguardaban dentro?

La carretera seguía un centenar de metros cuesta arriba, continuando luego por el pie del gran muro, para acabar en la puerta del campo propiamente dicho. Sin dejar su formación, la comitiva avanzó como una serpiente negra por el camino nevado. Un extraño hedor de cuero quemado se agarraba a las gargantas. Emili y Francesc no hablaban desde hacía un rato. De vez en cuando levantaban la cabeza, habitualmente agachada para vencer el peso de su carga, y fijaban su atención en las novedades que les rodeaban. Fue Emili quien primero se dio cuenta de un pequeño grupo de tres o cuatro hombres —tuvo que esforzarse para reconocer que eran hombres—, que habiendo llegado a la carretera por algún camino secundario, esperaban el final de la columna para pasar.

—Mira, Cisco —dijo ahogando a duras penas su emoción.

Iban custodiados por dos SS con el fusil descolgado. Cubiertos de harapos a rayas azules, con un casquete también rayado, hundido por encima de las orejas, sus caras requemadas por el aire helado, amoratados sus labios y rojas sus narices, temblando todo su cuerpo encogido, mostraban, a través de su delgadez cadavérica, una existencia de infinitos sufrimientos. Los huesos apuntaban por debajo de la piel y los trapos que la cubrían. Parecían sacos de leña. Los pantalones, demasiado cortos, dejaban al descubierto los tobillos hinchados. El hielo pegado a las suelas de madera de sus botas les hacía tambalearse como borrachos.

—¡Dios! —exclamó Francesc.

Uno de aquellos esqueletos abrió la boca.

—¿Sois españoles? —preguntó, con acento andaluz.

La voz no parecía salir, por su potencia, de aquel espantajo. Nadie tuvo la suficiente presencia de espíritu para contestarle. El hombre repetiría la pregunta hasta cansarse. Su voz y su figura, obligado como estaba a presidir el desfile, ofrecerían a los recién llegados la imagen-compendio de la vida a la que habían sido condenados mil quinientos hombres más.

—¿Has visto? —preguntó Emili.

—¡Qué caras! —exclamó Francesc, creyendo ser víctima de una pesadilla —. ¡Y han hablado en castellano!

—Así acabaremos nosotros, como ellos.

—Serán los enfermos.

—¡Vaya consuelo!

Los comentarios se desataban paulatinamente, en un *crescendo* de voces, a medida que se recobraban de su sorpresa. Voces sordas, de gargantas oprimidas, voces de niños que tienen miedo de la noche y de la soledad. Palabras que a nada conducían, pronunciadas y escuchadas con el afán de demostrarse que aún vivían, que no iban vestidos a rayas ni tenían aquella apariencia de espectros.

—¡Esto es un matadero!

—¡Cabrones!

—¡Que terminen de una vez con nosotros!

—¡Criminales!

—¡De esta no salimos!

Otros grupos de presos, cortados por el mismo patrón, iban apareciendo con frecuencia. Todos trabajaban al ritmo lento y pesado de los presidiarios. Rebeldía pasiva, la única que les estaba permitida frente a la imposición de un trabajo agotador. Unos recogían la nieve con palas y escobas, otros transportaban materiales con parihuelas y unos terceros llevaban a cuestas enormes pedruscos, entrando y saliendo de los barracones en construcción. Todos arrastrando los pies, ateridos, castigada la mirada por días, semanas,

posiblemente meses de dolor. Contemplaban el paso de la columna, aprovechando la ocasión para descansar. A través de aquellos ojos apagados por el sufrimiento, no se hacía difícil adivinar una extraña expresión, mezcla de piedad y de alegría. «Ahora llegáis vosotros —parecían pensar —. ¡Desgraciados! ¡Ya veréis lo que es bueno!»

En cada uno de los grupos de trabajo destacaba un personaje sin herramienta, también con traje a rayas, pero en buen estado, gorra de paño azul o negro, con visera al gusto alemán, y generalmente armado con un palo o un tubo de goma. Aquellos individuos pertenecían sin duda a otra categoría de presos, por cuanto, a juzgar por las apariencias, tenían mando sobre los demás. Sus gritos guturales y roncos, que ninguno de los recién llegados comprendía, no podían tener otra finalidad que activar el trabajo. Emili pensó: «Serán los cabos de vara». No los había visto nunca en carne y hueso; solo en película.

—En todas partes la misma cara de perro —comentó en voz alta.

La subida era más pronunciada que antes y a ambos lados de la carretera se veían grandes barracones, formando cada uno el centro de un pequeño hormiguero humano. Los uniformes verdes de los SS predominaban. Probablemente serían las dependencias de la tropa. Al final de la pendiente, llegaron al muro que antes habían visto. Dos inmensas torres con vidrieras, rematadas por tejados de estilo vagamente chino, encuadraban el portalón principal del campo. Por la izquierda, el muro se terminaba súbitamente para prolongarse en alambrada electrificada. Al otro lado de la puerta, se encontraron los prisioneros con un tramo final de carretera mucho más ancho que los anteriores, parecido a un gran patio, con aceras a ambos lados, limitado a la izquierda por una larga fila de barracones uniformes, de poca altura y, a la derecha, por grandes pabellones de dos pisos. La chimenea de uno de los edificios arrojaba una negra humareda, probablemente aquel humo con olor a cuero quemado que desde hacía rato se agarraba a las gargantas de los recién llegados. Una extraña barahúnda de campanas, silbidos y griterío les sorprendió. Por los callejones afluyentes al patio venían innumerables personajes parecidos a los «cabos de vara»

identificados poco antes. Al llegar a presencia de los oficiales o sargentos de las SS que dirigían las maniobras de organización, se cuadraban, se descubrían y dejaban ver sus cabezas afeitadas, todas ellas tan cuadradas como su posición, y mecanizando sus gestos, exagerándolos como si se tratara de una parodia, recibían órdenes y, pegando un sonoro taconazo, pronunciaban invariablemente una palabra de dos sílabas. Daban luego media vuelta y salían a escape, corrían incansablemente de un lado a otro, dando voces secas como descargas de fusil, y terminaban regresando, cuadrándose de nuevo y repitiendo sin cesar aquel singular espectáculo de marionetas.

—¡Vaya manicomio! —exclamó Francesc.

—Así están ellos.

Y volvieron los recuentos, repetidos cincuenta veces, y los interrogatorios arbitrarios a los que ninguno de los recién llegados podía contestar por desconocimiento del idioma y que solían acabar a bofetada limpia. Como perros yendo y viniendo sin parar, ladraban más fuerte que nunca cuando se acercaba alguno de los SS que les daba las órdenes. En un momento dado, de aquel concierto de locos se destacó la voz del solista, un preso alemán que hablaba castellano con entonación afeminada. Era el intérprete oficial del campo.

—Acabáis de entrar en un campo alemán de exterminio —empezó—. Habéis venido a trabajar y a obedecer y, como es natural, se terminaron las protestas a las que estáis acostumbrados. No hace falta que preguntéis nada; aquí está todo prohibido y los castigos son duros para los que se creen listos. No olvidéis que el más pequeño resbalón se paga muchas veces con la vida. Vais a conocer aquí lo que es disciplina y pronto olvidaréis lo que es reír.

—¡Maricón! —dijo Emili apretando los puños.

2

«Block 12», estaba escrito en el dintel. Los recién llegados iban penetrando en pequeños grupos a fin de pasar las formalidades de entrada. Hacía un buen rato que Emili y Francesc esperaban que les llegara su turno. Formados en la nieve, después de tantas emociones, pastosa la boca y secos los labios, empezaban a sentir el peso de la fatiga. El frío era muy vivo, la nieve caía, menuda y espesa, y los pies que habían ya perdido el calor de la caminata al subir desde la estación, volvían a sentir los finos pinchazos del helor. A menudo, cuando se acercaban presos veteranos, los dos amigos tenían ocasión de observar que, si iban correctamente vestidos, nadie les decía nada, mientras que, en caso contrario, eran ahuyentados a palos. Llamaba la atención que algunos de los que tenían la suerte de pasar fuesen españoles; solían preguntar por alguien o se interesaban por los que eran hijos de un pueblo determinado, y contestaban a las preguntas con la superioridad propia de los conocedores de los usos y costumbres de la casa. Cada uno contaba las cosas a su manera, coincidiendo todos en el capítulo de horrores. La única conclusión posible era la de haber caído en un pozo muy profundo y negro.

—¿Dices que nos lo quitarán todo?

—Os van a dejar desnudos. Aquí todo está prohibido.

—Ya nos lo han dicho.

—Pero como si no lo estuviera. Mientras no os descubran...

—Callos en los ojos, ¿sabes?

—¿Las fotos no?

—Nada.

—Podrías guardármelas.

—¿Crees que soy idiota?

—¿Y el tabaco?

—Ahora os lo dejarán, pero al llegar a la barraca os lo quitará el *Blockälteste*. No salvaréis nada, no os hagáis ilusiones.

—¿Y por qué no puede uno guardar las fotos?

—Pregúntaselo a Hitler.

—El dinero sí valdrá.

—¿Para qué lo quieres?

—Para comprar en la cantina.

—Cajitas de betún y peines; es todo lo que hay.

—¿Peines? ¡Si todos vais pelados!

—¿Y qué importa? Tú no sabes lo que es un campo.

Sin necesidad de preguntar nada, los dos amigos se habían enterado de los primeros artículos del reglamento. Tendrían que renunciar a todo lo que llevaban a cuestas.

—Con ese pijama que llevan todos, nos pelaremos de frío —comentó Emili.

El equipaje que atiborraba sus macutos y maletas no valía nada. Ropa militar vieja, de tejido tosco y dudosamente limpia, libros recogidos de los cuarteles franceses por donde habían pasado como prisioneros de guerra, botas usadas, utensilios de cocina... Nada y mucho. Todo lo que tenían.

—Mi material de dibujo —suspiró Emili.

—Pide que te lo dejen guardar. Quién sabe...

Un preso alemán separó ocho hombres de los que entonces encabezaban la columna, entre ellos los dos amigos. Entraron hasta el dormitorio de una de las alas del *Block.* De dormitorio no tenía más que el nombre: ningún mueble a la vista, solo un enorme revoltijo de ropas, mochilas, paquetes, maletas, platos y cantimploras, que unos presos veteranos iban clasificando cansinamente. Las ventanas abiertas de par en par eran insuficientes para renovar el aire que hedía a sudor y a cochambre. Los presos alemanes de la cabeza afeitada no cesaban de achuchar a gritos y puntapiés.

Emili y Francesc buscaron un rincón donde desnudarse un poco tranquilos. Recogieron lo que podían llevar a cuestas y, en cueros, con la carne de gallina y tiritando, pasaron al comedor contiguo. Al otro lado de las mesas,

unos presos-escribientes tomaban las filiaciones de los recién llegados. Otro preso mantenía abierto un gran saco de papel donde era embutido de cualquier manera el contenido de cada equipaje. Un SS vigilaba la operación. Solía dar un vistazo a las cosas de algún valor y, si le gustaban, se las guardaba. Emili le mostró sus instrumentos de dibujo y la carpeta donde conservaba algunos trabajos. Intentó hacerle comprender con mímica que deseaba conservarlos. El guardia contempló los dibujos.

—*Gut, prima!* —admitió, creyendo que era elogios lo que de él esperaban.

Y hasta se dignó fijarse con algo de admiración en el hombre que, pese a ser de *raza inferior,* tenía habilidad suficiente para hacer aquellas obras. Los lapiceros, los papeles y la carpeta cayeron dentro del saco.

Todavía desnudos, con el cinturón colgando del cuello, conservando en las manos el poco tabaco que llevaban, pasaron a la otra ala del *Block.* El comedor parecía la barbería de un campamento de nudistas. Un SS acomodado en un sillón simulaba estar pasando revisión médica. Le bastaba un vistazo para certificar la aptitud de todos los que desfilaban por delante de él. Los adamitas forzosos hacían cola para ponerse en manos de los numerosos barberos encargados de la depilación general de los nuevos reclusos. Cuando les llegaba el turno, se sentaban en un taburete y uno de los empleados les rapaba la cabeza; luego, puestos de pie, ofrecían a la voracidad de la máquina el pelo del pecho y de las axilas; por último, tenían que encaramarse al taburete para que les fuera despoblada la región pubiana. Con las ventanas totalmente cerradas por orden del médico que tenía miedo a resfriarse, la hediondez del ambiente producía náuseas.

Emili dio con un barbero español, locuaz como es fama de todo el gremio. Un hombre que no pedía contestaciones.

—¡Hoy habéis llegado un buen grupo! —comentaba mientras le pasaba la máquina por la cabeza—. Pronto vamos a ser todos españoles, aquí. ¿De dónde eres? Catalán, ¿verdad? Pues yo no me puedo quejar. Con el oficio me ahorro el ir a las canteras. ¿No serás barbero, tú? ¡Lástima! Los barberos vamos resistiendo.

La máquina, más que cortar, arrancaba los pelos. Emili se acurrucaba en el asiento, y las lágrimas le afluían a los ojos.

—Levántate —ordenó el barbero una vez terminada la primera fase del tormento.

El dibujante se pasó la mano por la cabeza con ganas de rascarse. Notó que unos pelos habían quedado más largos que otros.

—La herramienta... —se disculpó el hombre—, pero no tiene importancia. Aquí no te hará falta presumir.

Emili se subió al taburete y separó las piernas.

—Hacia arriba —instruía el depilador—. Así... La gente pasa mucha hambre; mueren los tíos como moscas. A los españoles, cuando estamos medio muertos, nos llevan a otro campo. Hacia la derecha, ahora. Muy bien. Dicen que es un campo de reposo. Eso del reposo es cachondeo. Ahí te clavan la puntilla. Casi listo, esto. Aquí los primeros días son malos, pero uno se acostumbra a todo. O se muere. Asunto de suerte y de moral. Hace cinco meses que «resisto». Bueno, ya puedes largarte.

Emili descendió del taburete y se frotó la región martirizada.

—¡Ah! —exclamó el barbero—. Falta el bigote. Prohibido también.

El dibujante no pudo reprimir un estremecimiento de repugnancia. La misma máquina que unos momentos antes había recorrido los rincones más íntimos de su cuerpo y de docenas de otros cuerpos pasaba inexorablemente por encima de sus labios.

—¡Bah! No hagas caso —aconsejó el barbero sonriendo—. El asco es un lujo, aquí.

Vestido por fin con el uniforme a rayas, Francesc, como los demás, tuvo que saltar por una ventana que daba al callejón del *Block* vecino, el 13, al que iban todos destinados, y, como a la mayoría de los que le habían precedido, las botas con suela de madera le traicionaron: al pisar la nieve endurecida resbaló, dando al suelo de narices. La risotada de los compañeros le hizo comprender que, por fin, llegado un primer momento de calma, podía distender sus nervios. En el grupo se comentaban los

incidentes de la mañana con el mejor humor posible. Una algarabía que nada bueno presagiaba, el único humor que todavía les quedaba.

Distinguió la voz de Emili llamándole. Tuvo que fijarse atentamente en las caras para identificarle y al lograrlo a duras penas, rio como los demás. Agotados los uniformes de invierno, de color algo más oscuro que los de verano y aparentemente más recios, les habían dado una especie de pijamas de algodón, con parches por todos lados, demasiado estrechos o demasiado anchos, muy cortos o muy largos, que no entonaban en modo alguno con la nieve que caía cada vez con más abundancia.

—¡Qué pinta! —gritó Emili alegremente, estrechando la mano de su amigo.

—Qué pintas, dirás. Cebras en el polo. ¡Bonita mascarada!

Y parodiando los gestos de una maniquí, dio la vuelta sobre los tacones. El grupo estalló en otra risotada. El dibujante le cogió del brazo y le hizo dar media vuelta. La chaqueta de Francesc tenía en la espalda una mancha enorme.

—Parece de sangre.

—Es fácil —intervino uno del círculo—. Más fácil que sea de sangre que de salsa de tomate.

Los dos amigos se separaron del grupo y dieron unos pasos en silencio.

—Un patíbulo colectivo —comentó Emili por fin.

—No me sorprende. De los campos alemanes ya sabíamos algo.

—No acabábamos de creerlo.

Habían subido unos pocos escalones y se hallaban en otro terraplén. Las entradas a los callejones de enfrente estaban cerradas con alambradas. Al otro lado aparecían unos seres esqueléticos, casi desnudos. Parecían ser de raza eslava. Todo el mundo los miraba, pero nadie les decía nada. En cambio, un poco más allá, en la última bocacalle, había una compacta multitud de recién llegados hablando a voz en grito.

—Será el barracón de los españoles —dijo Emili—. En seis meses han desaparecido más de la tercera parte. Los trasladan a otro campo, una sucursal de este, y los liquidan en masa.

—Ya lo sé. Debe ser verdad pero no quiero pensarlo. Veremos. Ya me entiendes. Siempre sale algo. Confío en mi buena suerte.

Emili sonrió con escepticismo.

—La guerra no puede durar —insistió Francesc—. No olvides las declaraciones de impotencia que ha hecho Graziani. Las leímos el otro día, ¿no te acuerdas?

Hizo una breve pausa y añadió sonriendo:

—Ánimo, Emili. Ya sabes que en agosto tenemos que encontrarnos en Sant Feliu. Yo no me pierdo la fiesta mayor.

—A ti te falta un tornillo.

Al llegar donde se agrupaban los demás, el espectáculo que se ofreció a sus miradas era espantoso. Ninguno de aquellos desgraciados que estaban al otro lado de la alambrada debía pasar de los cincuenta años (edad máxima para ser admitidos en las compañías de trabajadores franceses, de las cuales todos aquellos hombres procedían). Parecían, no obstante, viejos moribundos, acartonados, momificados. Pataleaban todos sin parar, se golpeaban la espalda con las manos abiertas y hablaban por los codos, armando gran alboroto, con sus visitantes, con los amigos o los paisanos, recordando a sus familiares, a las personas conocidas, momentos o situaciones vividas... Y pasaban luego a contar los horrores que habían conocido en el campo, como si se tratara de un episodio más de sus vidas, casi con la alegría de sentirse importantes. Aquellos hombres no pedían comida, sino tabaco, aunque solo fueran colillas.

—Vamos —rogó Emili a su amigo—. ¡Vamos, por favor!

De vez en cuando caía un copo de nieve. Las nubes, bajas, formaban un techo impenetrable.

—¡Maldito humo! —exclamó unos momentos después levantando los ojos hacia la chimenea del crematorio—. Como tenga que respirarlo mucho tiempo acabaré loco.

Los nuevos huéspedes del *Block* 13 fueron autorizados a pasar al dormitorio, poco antes de la hora de la comida. El *Blockälteste,* conocido

entre los españoles por «Popeye», había dicho por medio del intérprete, August, que les permitía estar a cobijo a condición de guardar silencio absoluto. De lo contrario les echaría a la calle y no volverían a entrar hasta la noche.

Los hombres habían entrado ya por el estrecho pasillo de sacos, con las botas en la mano, la cabeza descubierta y en el más riguroso de los silencios. Muy pequeña la pieza para tanta gente, reanimados ya por el calor común, los recién llegados no tardaron en rehacer su moral antes deprimida por el frío. El silencio atemorizado de los primeros momentos dio paso a breves comentarios aislados y a entrecortadas conversaciones en voz queda, pero pronto se reprodujo la falsa alegría de los momentos difíciles, esa especie de histerismo colectivo y contagioso que se escapa al disminuir la tensión de los nervios. Las voces fueron elevando paulatinamente su tono y el griterío pronto reinó en la estancia. Hasta hubo quien osó encender un cigarrillo. El *Blockälteste* no tardó en aparecer.

—¡Silencio, he dicho! —chilló con voz explosiva.

Entró. Con las manos en la espalda, el tronco inclinado, andando lentamente y a grandes zancadas, su figura patibularia rehízo en un instante la atmósfera de miedo que los hombres habían intentado inútilmente desvanecer con su parloteo. Era un tipo simiesco, prognato, producto de los bajos fondos de alguna ciudad portuaria. Su habla era angulosa, dura, con mucho argot. Salpicaba al hablar. No se percibía más ruido que el de las botas de los que se habían sentado en el suelo y ahora se levantaban precipitadamente.

Siguiendo a Popeye, August hacía gestos como indicando que él ya lo había advertido. El alemán, en silencio, pasaba por entre sus huéspedes como un tratante de ganado escogiendo los mejores ejemplares de la feria. Al llegar al catafalco de mantas se paró. Sus ojos se iluminaron de placer.

—¡Intérprete! —gritó—. ¡Intérprete!

August se le acercó con actitud respetuosa. El *Blockälteste* le mostró con la mano una manta rota de una punta.

—¿Quién ha sido? ¿Eh? ¿Quién? ¿No sabéis que esto es sabotaje?

La palabra estaba de moda en Alemania. Un plato roto, un portazo, la pérdida de un gorro, todo era sabotaje.

August tradujo las palabras de Popeye. Nadie contestó.

—Esta manta ha sido rota ahora —insistió el alemán hecho un basilisco—. Y el culpable tiene que salir. Si no...

—No habrán sido ellos —dijo August en alemán—. Están muertos de miedo y nadie sería capaz...

Como si hubiese estado esperando estas palabras para empezar el fuego, Popeye soltó entonces el torrente de sus gritos, amenazas e injurias. La gente presenciaba el espectáculo con curiosidad y angustia.

—Pronto lo sabremos. Que no salga nadie.

Los acólitos del *Blockälteste* (uno para cada ala de barracón) se presentaron enseguida para organizar la operación del cacheo.

—Es un pretexto para quitároslo todo —explicó August—. Siempre sucede lo mismo.

Todos los pequeños residuos del «tesoro» que los hombres hubiesen podido guardar hasta entonces, paquetes de tabaco, mecheros, navajas, plumas, lapiceros, fotos, trozos de jabón, etcétera, pronto formaron una pila en el centro de la habitación. El retal de manta, no. August había hecho saber que si en realidad existía algún culpable, que procurara no descubrirse si quería conservar el pellejo.

—¡A la calle! —vociferó Popeye—. ¡A formar! Aquí no entraréis hasta que salga el saboteador.

August no tuvo tiempo de traducir. Los tres alemanes habían empezado a repartir puñetazos y puntapiés a diestro y siniestro. La puerta, demasiado estrecha para doscientos hombres que querían salir a la vez, crujía como si fuera a astillarse. Muchos, enloquecidos por el pánico, saltaban por las ventanas. Algunos cayeron y fueron pisoteados por los demás.

Una vez solos, los tres alemanes recogieron el botín y se lo llevaron al comedor para hacer la selección. En la calle nevaba con rabia. La gente no comió hasta media tarde.

¡Estirar las piernas! Estirarlas hasta la desarticulación. Doscientos hombres que no podían estirar sus piernas. Se estorbaban los unos a los otros, se maldecían, se odiaban.

El reglamento del campo disponía que a partir de una hora determinada el deber de los presos era dormir. Hacía unos pocos minutos que la campana había ordenado silencio. Popeye acababa de apagar las luces sin tener en cuenta que muchos de los hombres no estaban aún colocados. Las discusiones, las protestas, a menudo las injurias entre los que buscaban una grieta donde tumbarse y los que no querían moverse del lugar conquistado, no tenían otro freno que el miedo al castigo que Popeye infligía a los transgresores del reglamento. Reciente todavía la formación de la tarde, tantas horas de inmovilidad en la calle helada, cuando la voz de los que protestaban se elevaba demasiado, de todos lados surgían los «psst» de los prudentes.

Ahora, aposentado ya todo el mundo, reinaba en el dormitorio una relativa tranquilidad. Algunos roncaban, otros tosían. Ruidos estos que daban existencia al silencio, de la misma manera que el vaho que se hacía visible al salir por el montante abierto, el polvo y el sudor otorgaban densidad a la noche sin fondo. Sobre aquellos petates que más o menos acolchaban el entablado se desmentía el principio de la impenetrabilidad de los cuerpos. Las mantas esparcidas por encima del mosaico humano uniformaban el suelo y le daban la apariencia de una alfombra inmensa sobre la que hubiesen decapitado a doscientos hombres.

Sin embargo, era la hora del sueño, el momento de la evasión hacia mundos mejores donde los campos de concentración fuesen desconocidos; el instante breve, el mejor para los que tenían la suerte de dormir.

A pesar del cansancio, Emili no lograba cerrar los ojos. La escasa luz que atravesaba las ventanas, la respiración acompasada de los vecinos, los ronquidos y los pisotones de quienes salían hacia los urinarios, cualquier cosa le mantenía en vela. El pensamiento se le escapaba y el balance que necesitaba hacer no pasaba de ser una superposición arbitraria de imágenes

que, juguetonas, iban y venían, entrecruzándose las unas con las otras en un arabesco obsesivo.

Francesc, a su lado, respiraba hondo. El sueño era el premio que merecía su temple. Confiaba en el «final feliz»: el avance fulminante de los ejércitos ingleses y el levantamiento de los países oprimidos. Sabía ver síntomas de descomposición entre los alemanes; con esto estaba todo dicho. Emili sonreía al pensar en la fe ingenua de su amigo. La realidad del campo se imponía sobre su sueño. El frío, el hambre, la fatiga, la depauperación, estaban allí espiándole. Una larga agonía indudablemente, pero breve, mucho más breve que la guerra.

La imagen de las piltrafas humanas que había visto bailando sobre el hielo, mendigando colillas al otro lado de la alambrada del campo especial, se acercaba como un fantasma por encima de los cuerpos de sus compañeros de habitación. Cerró los ojos con fuerza, pretendiendo alejar la visión; el silencio de los doscientos hombres le produjo una impresión de inmensidad. También él flotaba en aquel espacio viciado donde la respiración requería ímprobos esfuerzos.

Tenía el vago sentimiento de su propia ausencia. Había abandonado su cuerpo entre los de sus compañeros, pero no por ello dejaba de sentirse el huésped del universo. Crecía, crecía sin parar en el vacío que dejan las estrellas entre sí y el fulgor celeste era como una aureola que encuadraba a los seres queridos. Matilde, la esposa, se reía y parecía dispuesta a danzar sola como tiempo atrás —¿cuándo?—, antes de su boda. Procedente de la tierra, ya tan lejana, llegaba a sus oídos el ritmo apagado y solemne de unos tambores enlutados. De un gran montón de esponjas dentro de una red goteaban, líquidos, los colores del arcoíris, y un personaje con aires de gorila que recordaba a Popeye las golpeaba con un largo bastón, abriendo su boca mellada como si se propusiera cantar. Pero el cuerpo abandonado se removía ahora y Emili se sentía aprisionado en él como en una funda elástica y tenaz. ¡Imposible estirar las piernas entre tantos cadáveres! Imposible moverse, levantarse, correr, pese a que se acercaban los viejos esqueléticos que mendigaban colillas. Habían llegado ya, iban a pisotearle...

Ninguno de ellos se preocupaba de saber dónde ponía los pies, fijos los ojos de todos en el humo blanco que salía por las ventanas. Se notó perfectamente el peso de uno de ellos, el peso del dolor, quizá el peso de la muerte.

Le entraron ganas de gritar, y lo hizo, fuerte, muy fuerte...

Se despertó con el cuerpo bañado en sudor. Seca la garganta, tenía que abrir la boca para aspirar el aire que exigía su angustia. Movió la cabeza con desespero sobre la almohada improvisada con su ropa. Le dolía todo el cuerpo, su cabeza iba a estallar... Sintió entonces un vivo escozor en la entrepierna y en las axilas. Se rascó largo rato. «La depilación», pensó. Entre carne y uña se le pegó algo como un grano de arroz, blando y viviente.

—¡Piojos! —exclamó con asco.

Francesc acababa de despertarse.

—¿Qué hay?

—¿No te has encontrado piojos?

—Duerme y déjalos tranquilos.

Las manos de los dos amigos se encontraron por encima de las piernas del hombre que dormía entre ellos en sentido opuesto, por encima de las mantas pestilentes.

3

August no sabía mucho alemán pero sí tratar a los hombres. Hacía largo rato que intentaba convencer a Popeye de que dejara entrar a los compañeros que llevaban dos horas en la calle.

—¿Qué clase de hombres son, tus españoles? —bromeaba el *Blockälteste* —. A los cinco minutos de estar respirando el aire sano ya están todos helados.

—Cinco minutos, ¿eh? —replicaba August sonriendo—. ¡Se te habrá parado el reloj! Cuando vengas a verme a España tendré ocasión de vengarme. Estos cinco minutos los pasarás al sol. ¡Verás cómo te queda el cogote!

—Menos propaganda de tu sol —intervino el secretario del *Block*—. Me pasé dos años en el Sáhara y mi piel lo resistió perfectamente.

—La tienes muy gruesa.

El secretario era un alemán internado en el campo por «asocial». Había estado en la Legión francesa y todo lo que sabía de España era la existencia de un boxeador llamado Uzcudun. August se lo había ganado contándole con toda suerte de detalles una imaginaria estancia en el Tercio español como oficial. El tema africano era su gran tema de conversación y el hecho de que August le prestara atención dándoselas de conocedor de la materia lo volvía suave como un cordero. Para situar en los mejores puestos a los compañeros más decaídos, August se aprovechaba de la amistad de aquel hombre que, por ser el encargado de repartir el personal entre los *Kommandos* (grupos de trabajo), de hecho disponía de la vida de los presos.

—Que se acostumbren al frío —continuaba Popeye—. Que no les coja de sorpresa el día que tengan que salir a trabajar.

—Sí, sí —apoyaba el secretario en tono festivo—. Déjalos que se aireen; así no te dan dolor de cabeza.

August contó entonces un chiste sucio y los dos alemanes se rieron largo rato. Popeye dio el permiso de entrada.

—Te lo advierto: si hacen el menor ruido me cargo a media docena.

La fila pasaba a través del comedor en las condiciones reglamentarias. Hacía solo tres días que aquellos desgraciados estaban en el campo y aún no habían salido a trabajar, pero el hambre y el frío habían empezado ya a causar estragos en los organismos menos resistentes. Algunos llevaban en sus rostros las huellas de los vergajazos recibidos. Los de más edad temblaban como azogados. Todos, sin excepción, contemplaban codiciosamente la estufa que, en el centro del comedor, al rojo vivo, era para el uso exclusivo de los alemanes del *Block.* Había algunos que se atrevían a pararse un instante al pasar por delante de ella, y extendían sus manos entumecidas. Según Popeye esto era delito.

—No os paréis —iba advirtiendo August, como una cantinela.

Emili vino de la calle con el ánimo soliviantado. No eran los SS los responsables de la mayor parte de las torturas a que se les sometía, sino los mismos presos alemanes, caprichosos y vesánicos. En otros barracones, los internados disfrutaban de un trato relativamente más humano y pasaban a cobijo el tiempo que no era de trabajo o de formación. Le precedía en la fila un hombre de unos cuarenta años, conocido suyo del campo de prisioneros en Francia. Agotado por los padecimientos, medio enfermo, el hombre estaba aterido. Se restregaba las manos convulsivamente y la nariz le goteaba sin parar. El desgraciado no se dio cuenta de la presencia de Popeye velando por la exclusividad de su estufa.

—¡No se pare! —gritó August.

El otro no le oyó o no le entendió. En el mismo instante de pararse, el alemán le derrumbaba de un bofetón.

Emili no lo pensó dos veces. Saltó sobre el agresor y le propinó un golpe con una de las botas que llevaba en la mano. El *Blockälteste* vaciló sobre sus pies. El secretario abandonó su trabajo y se dispuso a presenciar una escena divertida. Por fin encontraba entre los españoles un émulo de Uzcudun. August tuvo un momento de estupor.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

Popeye había reaccionado y contemplaba al español con sorpresa, admiración y ferocidad, todo a la vez. De pronto, acometió al dibujante. El arma tan eficaz un momento antes, ya no le servía para nada. El alemán le retorcía el brazo, roja su cara, apretadas sus mandíbulas con rabia. La bota cayó pesadamente.

Emili no era ningún hombretón, pero tampoco endeble. Más bien alto, la finura de sus músculos le proporcionaba una agilidad que le permitía esquivar los golpes del pesado Popeye. Una vez, sin embargo, resultó tocado en plena cara. Rodó por el suelo con gran estrépito de mesas y taburetes. En su semiinconsciencia sintió la punta de la bota de Popeye clavándose en el costado izquierdo. Durante unos segundos perdió la respiración. El alemán saboreaba a patadas su venganza.

El secretario se había levantado y estaba mezclado entre los numerosos espectadores, muchos de los cuales aprovechaban la ocasión para acercarse a la estufa. El gesto del español le había sido simpático. Que alguien se atreviera a zurrarle al terrible Popeye le producía una maliciosa satisfacción.

—Bueno, ya está bien —dijo al vencedor—. ¡Déjalo ya! El chico es valiente.

Pero Popeye no podía oírle. Habiendo empezado su rosario de insultos no era tarea fácil arrancarle la presa de las manos.

—¿Qué se habrá creído este perro sucio? —vociferaba—. Aquí mando yo, ¿te enteras? La broma te saldrá cara, ¡ya verás! Te aplastaré, ¿te enteras? ¡Te aplastaré!

Pese a que el secretario había insistido, Popeye no dejó de golpear el cuerpo inerte de Emili hasta que la fatiga le venció. Caído e inmóvil, el español dejaba de ser excitante.

—¡Fuera de aquí! —gritó de pronto al darse cuenta de que muchos se calentaban en la estufa—. ¡Pandilla de cerdos, fuera! ¡Fuera, he dicho!

Cogió el atizador y todo el mundo huyó. Sin dejar de refunfuñar, Popeye se acercó a un espejo. Le había salido un chichón en la frente y tenía en la

cara algunos arañazos.

—¡Con las uñas, como las mujeres! ¡Otro día nos encontraremos! ¡Perro idiota! ¡Gitano sucio! De mí no te reirás.

El secretario había vuelto a su mesa y sonreía burlón. August, entre tanto, acompañaba a Emili al dormitorio.

—¿Dónde está mi vaselina? —gritó Popeye revolviendo su armario.

Hacía largo tiempo que Vicenç estaba en el campo. El Destino se había burlado de él haciendo coincidir la fecha de su entrada con el aniversario de su nacimiento, treinta y dos años antes, y como si esto fuera un signo desfavorable, no tuvo la suerte de algunos de sus compañeros —muy pocos —, para encontrar en cambio la desgracia de la gran mayoría. Acostumbrado toda su vida a las exuberantes «paellas» caseras, a la fruta de la generosa huerta, al buen pescado, a las tajadas bien sazonadas, había empezado por sustituir la calidad por la cantidad al llegar a los campos franceses de refugiados y también después, durante los meses de servicio en las compañías de trabajadores, donde los alemanes le habían hecho prisionero durante su vertiginosa irrupción a través de la línea Maginot. Ahora, Vicenç, «el Valencia» como le llamaban todos, carecía incluso de la cantidad y, a los tres meses de régimen *concentracionario,* mucho más de lo que era el término medio de resistencia en aquellas condiciones, estaba consumiendo sus últimas fuerzas después de haber perdido ya todas sus carnes. La piel ennegrecida, en parte curtida por la nieve y el sol, en parte por sus pocas ganas de lavarse, aparecía flácida y arrugada en las regiones donde los huesos no afirmaban sus protuberancias. Y había perdido también su buen humor, la vitalidad simple del «*llauraor*»,[2] hecha de grandes voces, de juegos, de pedos, de risas, de alborotada vida animal en suma. Las ojeras iban apoderándose de todo su rostro y la única expresión de su mirada parecía ser la de la codicia por los mendrugos de pan que se comían los camaradas, cuando él, famélico, había terminado en un santiamén el que le había tocado de ración diaria. Hoy envidiaba a los compañeros que tenían la suerte de llegar los últimos a la caldera del rancho y recogían lo más espeso

de la sopa; se pasaba horas y horas hablando de banquetes imaginarios con los vecinos de vagoneta o discutiendo con ardor insospechado sobre las escasas cualidades nutritivas de la pitanza; era de los que corrían a rebañar, con un pequeño listón que llevaba siempre consigo, las paredes de los termos desafiando valerosamente los vergajazos de los presos alemanes encargados de devolverlos a las cocinas; soñaba de noche con un quimérico retorno al hogar, donde Eugenia, su mujer, le serviría un banquete digno de Pantagruel, un Pantagruel de huerta y barraca. Vicenç tenía hambre, muchísima hambre; una vez que terminaba de engullir el litro escaso de sopa aguada de cada mediodía, o aquel tercio de chusco que era toda su cena cotidiana, tenía mucha más hambre que antes. No lograba adormecer su exigente estómago, que parecía retorcerse dolorosamente durante las inactividades digestivas que con tanta prodigalidad le eran concedidas. Padecía continuamente el mismo tormento, lento, sordo y sin atenuantes, y entre tanto, su cuerpo cada vez más escuálido llegaba ya al agotamiento total, sus brazos se le doblaban al empujar las vagonetas, las rodillas se negaban a sostenerle y sus ojos no resistían la luz de los días de sol. Vicenç era un condenado a muerte, él lo sabía, pero antes de morir, se defendía como un gato panza arriba. Las acciones miserables, los sentimientos odiosos, el malhumor, el egoísmo exacerbado, pasaban a ser, gracias a una inversión de valores solo posible en un campo de muerte lenta, los medios de expresión de su protesta heroica contra un destino injusto, en definitiva contra la crueldad de los hombres. El envilecimiento de aquella existencia no le afectaba en nada; rebotaba como una pelota contra la dureza de su afán por sobrevivir, para ensuciar, como una acusación, la personalidad colectiva de los victimarios.

La mañana había sido dura. Había comenzado por levantarse más cansado que ningún día y había tenido que hacer un ímprobo esfuerzo para llegarse a la puerta del *Block* 2 (el de los presos privilegiados, de los cocineros, de los empleados en los almacenes, de los oficinistas, de los que no pasaban hambre), donde, si había suerte, alguien podía compadecerse de él y darle los restos de un plato de sopa, de aquel caldo de huesos que algunas

mañanas daban como desayuno. Aquel día no había caído nada y, a su regreso al *Block* 13, se enteró de que el compañero al que encargaba de recoger su ración había resbalado en el hielo y había derramado el contenido de las escudillas que llevaba.

De nada le serviría gritar, quejarse o protestar. La disputa que se produjo no le devolvió gota alguna del caldo perdido, aunque sí hizo más tensa y dolorosa la obsesión del hambre.

También el trabajo había sido más duro que otras veces. La cantera parecía haberse animado para combatir el frío, el helor que, a través de la endurecida capa de nieve, llegaba hasta el corazón de las piedras. Debido a este frío no funcionaban aquel día los martillos de aire, pero existiendo grandes reservas de material, las máquinas de aceites pesados no paraban de ir y venir al tajo donde Vicenç trabajaba de cargador. Diez vagonetas en cada tren, un centenar de piedras en cada vagoneta y, encima, los *Kapos* con su áspero griterío, blandiendo sus matracas de goma, despiadados siempre, sin dar respiro a sus hombres.

El Valencia no podía ya con su alma. El frío se había infiltrado hasta la médula de sus huesos y con sus manos torpes llenaba las vagonetas como un autómata. Su único anhelo era el mediodía que no llegaba nunca. Otro tren todavía, y otro más... Cada vez el mismo silbido ridículo de la máquina, su inclemente tap-tap-tap. Hacía siglos que alguien había asegurado que eran las once. Los pies, dentro de las botas con suela de madera, eran un puente para el frío que le subía por las piernas. Las contracciones del estómago producían en su espíritu el vacío de la muerte. ¡Mediodía! Vicenç imaginaba el color rosado de los nabos hervidos que constituirían su pobre yantar antes de una hora, y la forma regular de los recortes hechos a máquina, y paladeaba como en sueños las partículas de patata, redondeadas por la ebullición, más farináceas que las de los nabos. Creía tener ya entre sus manos el plato de aluminio, lleno hasta los remaches de las asas, bastante más de un litro, ya que, por fin, había tenido la suerte de llegar al final del termo y el repartidor le había puesto dos

medios cazos generosos. Comida espesa, sin caldo... Las manos se le calentaban lentamente, su cuerpo se reanimaba...

—¡A ver si te mueves, tú! ¿No me oyes? —gritó el *Kapo* en alemán—. ¡Más rápido, más rápido! ¡Solo queréis comer, vosotros! ¡Hala! ¡Zángano! ¡Trabaja si no quieres que te arree!

El Valencia le miró con expresión estúpida. La voz del negrero le parecía muy lejana, sin relación alguna con él. Hasta la matraca había dejado de infundirle miedo. La capacidad de sufrimiento tiene unos límites, y Vicenç los había alcanzado. El *Kapo* se le acercó:

—¿No me entiendes, idiota?

Con el tubo de goma le propinó unos cuantos golpes.

Cuando, por fin, sonó la sirena de la cantera, Vicenç terminaba de cargar el último centenar de piedras de la mañana. Cierto que, al cabo de una hora, tendría que empezar de nuevo a trabajar, pero la perspectiva le resultaba demasiado negra para pensar en ella ahora, cuando iba a recoger su comida. Se había olvidado de su cansancio y hasta las rodillas parecían obedecer mejor. Al pegársele la nieve debajo de las suelas, se tambaleaba como si estuviera borracho.

El cielo aparecía cubierto de un gris polvoriento y hasta la nieve carecía de brillo. La cantera daba la impresión de estar acolchada. Las voces de los *Kapos* cantaban el paso:

—*Links, zwei, drei, vier... Links, zwei, drei, vier...*

Muy rápido era el paso de la formación para que Vicenç pudiera seguirlo. ¡Caía tan lejos la plaza donde se hacían los recuentos! Pero allá le esperaban los termos alineados, a punto para el reparto de su precioso contenido. Pese al dolor que notaba en sus piernas, como si fueran a quebrarse de un momento a otro, Vicenç se sentía animado. ¿Qué importaba perder el paso a cada instante? ¿O que el polaco que iba detrás refunfuñase como para llamar la atención del *Kapo* sobre tamaña irregularidad? Vicenç jadeaba y el aliento que con tanto trabajo salía de su boca abierta, reseca, cristalizaba en diminutas partículas de hielo, en las puntas del cuello levantado de su chaqueta. Nada de todo aquello contaba para él porque solo

podía pensar en el rancho que pronto vería humear, que restablecería en parte las fuerzas de su descarnado cuerpo.

A la mañana siguiente, se despertó Emili con la sensación de que no podría ponerse de pie. Respiraba con dificultad a causa de los coágulos de sangre que tenía en la nariz, se notaba el ojo derecho hinchado, todos los huesos le dolían y, de vez en cuando, un agudo dolor le atravesaba el costado. «Debo tener el cuerpo morado», pensó. Se levantó a costa de un ímprobo esfuerzo.

Terminada la formación para la salida de *Kommandos,* August le acompañó a la enfermería, donde un médico amigo aseguró que las contusiones no revestían gravedad alguna. De vuelta al *Block,* el dibujante pidió consejo al intérprete.

—Popeye está rabioso —contestó August—. Procura en lo posible no encontrártelo; podría hacerte una mala faena. Por fortuna, al secretario le has caído en gracia y pienso pedirle que te cambie de *Block.*

—Lo que me duele son las represalias que tomó con los demás.

Habían sido dos largas horas de arrastrarse por la nieve, de saltar en cuclillas, de correr marcando el paso, de hacer el llamado *«Mützenab».* Para desahogar su mal humor, Popeye se había agotado repartiendo bastonazos a diestro y siniestro, sobre todo mientras la gente practicaba ese último ejercicio. Consistía en lograr que los cuatrocientos presos (doscientos por cada ala de barracón), todos a la vez, se quitaran y pusieran el gorro con impecabilidad prusiana; el movimiento era repetido centenares de veces en la postura de «firmes» y el golpe de la pieza contra el muslo debía sonar único y enérgico. ¡Desgraciado el que estropeaba el movimiento conjunto!

—*Mützen ab, Mützen auf, Mützen ab, Mützen auf...*

Para el momento de entrar a acostarse, Popeye había dispuesto una tina de agua fría en la puerta del *Block* y, antes de romper filas, anunció que iba a pasar «revista de pies». Cuatrocientos hombres tenían que lavarse con aquellos pocos litros de agua, sin jabón ni toallas. Cuando el primer centenar de hombres hubo hecho este singular pediluvio, la tina no contenía más que un fondo de barro espeso. La gente se limpiaba con saliva o con

orines. Un insignificante tiznón, una callosidad algo más oscura que el resto de la piel, podían dar lugar a una paliza.

Emili, aconsejado por August, tomó las máximas precauciones y Popeye, pese a su meticuloso examen, no quiso que le tacharan de injusto, y le dejó pasar sin objetar nada.

El tercer acto tuvo lugar a media noche. Con el pretexto de que los que salían para los lavabos hacían demasiado ruido, Popeye hizo levantar a todo el mundo y, a palos, les hizo salir a la calle. Con las prisas y los golpes, nadie o casi nadie tuvo bastante presencia de espíritu para recordar que en el exterior helaba. Medio desnudos unos, la mayoría descalzos, estuvieron «firmes» en la nieve durante media hora.

Ahora, al valorar las consecuencias de su acto, Emili reconoció su error. August aprovechó la ocasión para exponerle su táctica.

—Los golpes no nos servirán para nada. Ellos son más fuertes que nosotros. Es con nuestra inteligencia que lograremos frenarles y quién sabe si hasta dominarles.

El dibujante no comprendió el alcance de las palabras de su nuevo amigo. Se limitó a objetar:

—No creo que entiendan el lenguaje de la inteligencia. Son muy brutos.

Cuando se separó de August y al no poder entrar en el barracón, Emili recorrió algunos de los callejones del campo en busca de Francesc. El sol asomaba tímidamente entre las nieblas que seguían el curso del río y, aunque débil, se dejaba sentir benévolo y dulce. Algunos de los presos, desnudos de medio cuerpo para arriba, acosaban a los piojos refugiados en las costuras de la camisa. Otros quemaban sus últimas reservas de tabaco. La gente no hablaba, no tenían de qué hablar. No había noticias del exterior, y de lo que sucedía en el campo todo el mundo estaba ya enterado. El hambre, que empezaba a ser dolorosa, era el único tema que encontraba adeptos.

Emili descubrió a Francesc apoyado en el tabique del barracón, donde el sol era sin duda más generoso. Con su cabeza adosada a la madera, y los ojos cerrados como si dormitara, parecía estar totalmente entregado a la

suavidad del momento. Visto de perfil, el rostro de su amigo inspiraba aplomo y confianza. Debido quizá a las profundas órbitas de sus ojos, quizá a la barbilla recta y voluntariosa...

—¿Duermes o piensas?

Francesc se volvió.

—¿Ya estás aquí?

—Creo que sí.

—¡Bonito te dejaron ese ojo! —observó sonriendo, y añadió—: ¿Qué te han dicho esos matasanos?

—Que no tiene importancia.

—¿Que no? ¿Te parece poco ese documento de identidad?

Emili sonrió también. Explicó después lo que había visto en la enfermería y esperó un rato a que su amigo dijera algo. Pero Francesc había vuelto a cerrar los ojos y no daba señales de haberse enterado de nada.

—¿No has oído ningún comentario? —preguntó el dibujante.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi tontería de ayer.

Francesc dejó pasar unos segundos.

—Saliste en defensa de un pobre hombre. ¿Quién va a decir nada?

—Fui torpe. Los excesos de ese bruto...

—Déjate de escrúpulos ahora. Preocúpate de tu caso personal.

Un preso se acercó a ellos.

—¿Tu número no es el 4386?

El dibujante tuvo que forzar su memoria para recordar el número que llevaba cosido en la pechera de su chaqueta, bajo un pequeño triángulo de tela azul.

—Sí —contestó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Hace una hora que te están llamando en el *Block.* Mi número es el siguiente.

Los dos amigos se dirigieron al barracón. Emili pasó al comedor y Francesc, desde la calle, pudo verle en conversación con el secretario y un preso desconocido, seguramente alemán. Popeye no estaba.

Cuando Emili volvió a salir en compañía del desconocido, Francesc se puso a su lado.

—¿A dónde vas? ¿A dónde te llevan?

—¡Yo qué sé! No les entiendo. Por los gestos, supongo que a la oficina.

—¿A qué?

—Seguramente a que me pregunten cómo me sienta la comida.

Enseguida lamentó haber contestado así. Francesc estaba preocupado.

—Por si me echan a la calle, adiós —añadió con humor.

—¡Eh, tú! —intervino el alemán.

Preguntó algo que los dos españoles no entendieron, probablemente el origen del ojo amoratado de Emili.

—Ayer —contestó este usando una de las pocas palabras que conocía del alemán y haciendo un gesto expresivo con el puño.

—¿Eres boxeador, tú?

El alemán se reía con toda la anchura de su cara.

Francesc les dejó marchar. Pensaba: «Popeye habrá encontrado la forma de desquitarse».

4

Hans Gupper, «el Negro», había entrado en su despacho. Todos los días, alrededor de las nueve, salía de su casa, una villa que habían construido los presos a unos dos kilómetros del campo, y en su moto hacía el trayecto en pocos minutos. Era el comandante efectivo del campo y el más temido de los SS de la zona. Militante fundador del partido en territorio austriaco, había tomado parte activa en todos los actos y manifestaciones de los primeros tiempos del nazismo, principalmente en el *putsch* contra Dollfuss. Fracasado este, se había refugiado en Alemania para volver a su país al producirse el *Anschluss.* Gupper había entrado en Viena con la guerrera llena de medallas y galones. Cada grado y cada condecoración significaban centenares de vidas inmoladas a la «gran Alemania». El flamante *Obersturmführer* de las SS lucía la aureola de los héroes; la había ganado asesinando a judíos y comunistas.

Ahora, unos cuantos años después de aquellas hazañas, no era fácil encontrar en él, en su conducta, el menor destello de satisfacción por el valor que tantos honores le habían valido; antes al contrario, bajo la máscara de la severidad, se traslucía un fondo de amargura y de desengaño. Sentía la nostalgia de sus buenos tiempos de zapatero, cuando rodeado de amigos, clientes y vecinos, podía hablar pestes del populismo cristiano o de la socialdemocracia, en espera de un mundo mejor.

Su figura le era favorable. Con su gorra de tobogán, el abrigo de piel que le llegaba a los tobillos, sus botas impecables, las espuelas brillantes (para montar en moto) y la pareja de dogos que le acompañaban en sus paseos por el campo, tejiendo arabescos a su alrededor, nadie podía negar que el cargo le iba a la medida.

—Gupper ha entrado en el campo.

La noticia corría por los barracones como el fuego por un reguero de pólvora. *Blockältester, Stubenältester* y secretarios tomaban rápidamente

sus precauciones. Ponían orden en lo que estaba ya ordenado, limpiaban lo que estaba limpio y ocultaban lo que bien escondido estaba. Esto último más que cualquier otra cosa, por cuanto Gupper era zorro viejo y conocía de memoria todos los trucos de que se valían los presos-administradores para estraperlear con alimentos, ropas y materiales de todas clases. Cuando Gupper descubría uno de los muchos chanchullos que existían en el campo, las medidas disciplinarias eran severísimas. Gupper tenía el puño de hierro. Dentro del campo, carecía de corazón: obedecía órdenes y las daba.

Ese día, al entrar en su despacho, no se quitó el abrigo ni la gorra. Solo los guantes y aún porque sentía los dedos helados de haber ido en moto. Bebió una taza de café del termo que el ordenanza le dejaba dispuesto todos los días, encendió un cigarrillo y se calentó las manos en la estufa. En un rincón del despacho había una maqueta de lo que el campo sería algún día. Cuando Gupper se hizo cargo del mando, solo existían los barracones de los presos, una alambrada a su alrededor y unos pocos barracones-dependencias en el exterior. Las murallas, los portalones, los jardines, las escaleras, el garaje y muchas otras instalaciones habían sido construidas bajo sus órdenes. Y solo había empezado. Se sentía llamado a ser el constructor del campo modelo, del campo piloto. No le iban a faltar vidas por sacrificar, especialmente ahora que las tropas alemanas avanzaban victoriosas dondequiera que ponían los pies.

Hans Gupper contempló una vez más la maqueta que era su obra y su programa. Al hacer una valoración rápida del tiempo que le faltaba, los músculos de su cara se contrajeron con una mueca que quería ser el comienzo de una sonrisa.

—Dos años —murmuró entre dientes—. En dos años lo termino.

Era necesario acumular materiales, y a la llegada del buen tiempo, dar el empujón. Piedra, piedra sobre todo. El Reich no podía disponer de cemento ni de hierro, pero Gupper tenía piedra, en cantidad y en calidad, y también hombres para arrancarla, acarrearla y colocarla. Había demostrado saber lo que es organizar un campo; él construiría uno mejor que los demás, donde los enemigos del nacionalsocialismo morirían mejor que en parte alguna.

No siendo hombre soñador, pronto volvió la espalda a la maqueta y salió a la calle. Unos presos limpiaban el hielo que se había formado a la entrada del despacho. Al verle salir, forzaron su ritmo de trabajo. Un buen día, con un sol brillante, pero al oficial le interesaba más el trabajo de sus hombres. Los miró al pasar y notó su extremada delgadez. Pensó: «Si comieran mejor, trabajarían mucho más». Llegó pronto a la oficina general.

—*Achtung!*

Todo el mundo se puso en pie. Gupper se dio cuenta de que, un momento antes, allí no trabajaba nadie, de que se habían hecho guisos en la estufa y de que el barrigudo *Lagerälteste* (preso responsable de la administración del campo) estaba presidiendo la tertulia. Los enchufados de la oficina, presos alemanes todos, eran además burócratas perfectos.

—Sigan trabajando —dijo, reticente.

Aquellos hombres le eran más útiles como verdugos que como escribientes, pero el comandante opinaba que una función bien realizada bastaba. Se acercó a la mesa del preso secretario general y, sin prisa pero con el aire del que acostumbra ordenar las cosas una sola vez, dijo:

—A partir de mañana dispondrás que sean quinientos los hombres que transportan piedra. Que sea personal fuerte.

—*Jawohl!* —contestó el secretario y, a continuación, le habló de unos asuntos pendientes.

Gupper se dirigió luego al *Lagerälteste:*

—Acompáñeme, Hermann.

—*Jawohl!*

Hermann era un tipo gigantesco, obeso como buen hijo de Múnich, con una cabeza pequeña y puntiaguda. Los españoles le llamaban «King-kong» y, pese a que era un bocazas, no se portaba tan mal como otros presos con cargos de responsabilidad. Se limitaba a presionar a los que de él dependían, sin necesidad de ensuciarse las manos y la fama.

—En el campo se roba mucho —le dijo Gupper cuando ya llevaban un buen rato andando—. Los presos deberían estar más fuertes.

Y mirándole de reojo, añadió:

—En cambio, solo unos pocos lo estáis.

King-kong prefirió no darse por aludido.

—Que yo sepa no se roba. La ración es muy justa y los presos trabajan mucho.

—Yo sé que se roba; conozco el campo mejor que tú.

—Es difícil evitarlo totalmente, *Obersturmführer.*

—Procura que no me vea obligado a intervenir.

—Extremaré mi vigilancia y cortaré los abusos —prometió Hermann.

Los presos que se cruzaban con ellos se quitaban la gorra y pegaban los brazos al cuerpo con rigidez prusiana. Cuando llegaron a la zona de construcciones, el *Kapo* supremo de las obras se presentó para dar la novedad.

—Ven, ven —le dijo Gupper—. También tengo algo para ti.

El *Kapo* respiró aliviado; según las apariencias, el comandante estaba de buen humor.

—Llévame a la nueva *Kommandantur;* quiero ver cómo está.

—Notará usted muchos cambios, *Obersturmführer* —previno el *Kapo,* sumiso.

—Mejor.

Gupper no escuchaba los detalles que el *Kapo* le enumeraba.

—Dime —interrumpió—; para terminar el muro sur y poner los cimientos del gran hospital en los tres meses de verano, ¿qué personal necesitas?

El *Kapo* lo pensó un rato.

—Es difícil decirlo, así, de golpe.

—Aproximadamente.

—No sé... Creo que con unos cuarenta albañiles y unos quinientos peones podría apañarme.

—Prepárate a trabajar y, sobre todo, a hacer trabajar.

Habían llegado a una de las obras en curso, de piedra labrada, en cuyo interior reinaba la febrilidad de una colmena. Gupper no se hacía ilusiones; le constaba que el movimiento solo era fruto de su presencia. «A este paso no necesitaría dos años», pensó. Los albañiles colocaban piedra sobre

piedra y los peones transportaban materiales, individualmente o por parejas, con parihuela. Había quien se limitaba a mover los braseros para evitar la congelación de la argamasa que, unos metros más allá, preparaba otro grupo de presos. La agitación general era dominada de vez en cuando por los chillidos de los *Kapos* y la severa presencia de los SS en misión de inspectores.

Gupper comparó el estado de la obra con el recuerdo que tenía de su anterior visita y sacó buena impresión.

—El trabajo es correcto, ya ve usted —apoyó el *Kapo.*

—¿De dónde son esos albañiles?

—De todas partes. Muchos polacos, pero la mayoría españoles.

—¿Cuáles son los mejores?

El *Kapo* dudó un instante; no sabía si su opinión caería bien.

—Si tuviera que escoger, me quedaría con los españoles, pero yo no...

—Está bien, está bien.

El oficial dio todavía unas vueltas por debajo de los andamios, entre braseros, montones de piedras y sacos de cemento. Luego, satisfecho de su visita, despidió al *Kapo* y, siempre acompañado de King-kong, se dirigió a otro trabajo.

—Hermann —dijo—, me harás el censo de todos los albañiles españoles que hay en el campo. Lo necesito para mañana.

Cuando August llegó al *Block,* Francesc se le echó materialmente encima.

—¿Sabes dónde lo han llevado?

—¿A quién?

—A Emili.

—¿Quién es Emili?

Francesc le contó lo que sabía.

—Me da mala espina —concluyó.

—Me informaré. Espérame aquí.

Francesc no tuvo que esperar mucho; August volvió con noticias.

—El alemán que le acompañaba está empleado en el almacén de la ropa civil.

—Todavía lo entiendo menos.

—Alguna dificultad administrativa —supuso August—. ¿Trajisteis algo de valor?

—Ni un real.

—¿Ropa?

—Vieja, como todo el mundo.

—Pues tampoco lo entiendo yo. Pero no te preocupes; no creo que sea nada de importancia.

Al quedarse solo, Francesc sonrió: estaba claro que Popeye no había tenido intervención alguna en el asunto. Se sentó en los escalones de la entrada, aprovechando que el sol los había secado. Se sentía cansado y hambriento. Evocó el recuerdo de otras épocas malas que había conocido durante su vida de luchador, y llegó a la conclusión de que lo incomprensible para él era la fría crueldad que presidía la organización del campo. La mentalidad nazi iba más allá de sus facultades y veía que contra la máquina deshumanizada que le tenía preso se estrellarían inexorablemente todos los impulsos de su temperamento.

Un campo nazi ofrecía al internado una posibilidad de salvación contra mil de perecer en él. Los hombres, si querían sobrevivir, debían buscar afanosamente aquella posibilidad única. La penetración psicológica de quien hubiere ideado tal régimen penitenciario era diabólica. Cuando los hombres morían lo hacían aferrados a la más miserable de las existencias, esperando hasta el último segundo, con los dedos crispados y la piel pegada a los huesos, la llegada de una suerte casual. La sonrisa ya no era posible ante aquel panorama. ¿Luchar? He aquí una idea desorbitada, una pretensión ridícula. Luchar. ¿Cómo? ¿Con qué? ¿Por dónde empezar? También él tendría que esperar la suerte como los demás. Un *Kommando* más tranquilo que los otros, un trabajo ligero, un suplemento de comida... El misterio de su futuro le oprimió el corazón.

No se había dado cuenta de que Emili estaba a su lado.

—Me han *enchufado* —gritó este, exultante.

—¡Cómo!

—Sí, señor, ¡enchufado! En un almacén de no sé qué.

Sentado al lado de su amigo, Emili contó el milagro. Al revolver los sacos de los equipajes, alguien había encontrado sus dibujos. El SS encargado de la dependencia, habiéndolos visto, había encargado que buscaran al autor.

—Me ha preguntado si me prestaba a dibujar para él. Pornografías, por supuesto. ¡Y yo que había creído que me iban a matar a palos! Este será mi trabajo. No es para sentirse orgulloso, ya lo sé...

Francesc sonrió.

—Si así salvas el pellejo...

Y añadió después de una pequeña pausa:

—¡Perseguir la pornografía! ¡No me negarás que es una estupidez!

Los colores del campo no eran los mismos de un rato antes. Los dos amigos se sentían felices. El papel de héroe no puede ser grato a todas horas.

En los tres grandes pabellones, a la derecha de la plaza de formaciones, estaban instalados respectivamente los lavaderos-desinfección, las cocinas y el crematorio-calabozos. La cocina en medio, lugar a propósito si se tiene en cuenta que era el eje a cuyo alrededor giraba todo el campo. Instalaciones modélicas todas, pero principalmente la cocina, con sus paredes esmaltadas, los aparatos niquelados, limpia y refulgente como un quirófano. Cuando las calderas de cocción a vapor tenían sus tapas levantadas, daban la impresión de una fila de individuos de alguna nueva especie de ostráceos educados a la prusiana. De aquella cocina perfecta salía la comida más inmunda. Nabos gigantes para el ganado y patatas con su piel, hervido todo a la vez con agua y sal hasta quedar hecho una pasta, eran la base de la alimentación de la gente. La margarina reglamentaria desaparecía antes de llegar a las calderas. La margarina era el patrón-oro de los intercambios.

Los cocineros pertenecían a una clase privilegiada. Los alemanes, que habían sido los primeros en llegar al campo, conservaban tal ventaja a toda costa. El cocinero era un señor que contaba con criados a su servicio, vestía bien dentro de lo reglamentario, fumaba cigarrillos que la población civil alemana no veía ni en pintura, se emborrachaba cuando le apetecía (a escondidas, claro está) y alimentaba a sus amigos y «amiguitos». Llegaban a darse casos de cocineros que tenían deudores y protegidos entre los subalternos de las SS.

En el subterráneo de la cocina, en cambio, no existía tanta exclusividad alemana. Trabajaban allí muchos polacos y hasta algunos españoles. La tarea era mondar nabos y patatas. La luz era débil, la humedad mucha. El agua de los grandes lavaderos empapaba el pavimento, trepaba por las paredes, por las patas de los bancos y taburetes, por el calzado de los hombres, lo invadía todo. Era un calabozo de grandes proporciones. La jornada era de doce a catorce horas y se trabajaba en un silencio absoluto, sin parar un solo minuto. No obstante, los presos del *Kommando* eran considerados seres afortunados y dignos de envidia.

Ernesto estudiaba el bachillerato al estallar la guerra civil e hizo el camino de tantos otros. Pertenecía al primer grupo de españoles que habían entrado en el campo y fue uno de los cinco escogidos al ser autorizada la inclusión de los españoles en el *Kommando.* Era un muchacho fino, delicado, simpático y bien parecido. El *Kapo* del grupo le nombró enseguida su criado. Limpiar zapatos, lavar la ropa, hacer la cama y cocinar comida especial eran sus deberes. Como contrapartida, iba bien trajeado, fumaba cuanto quería y podía llenar su estómago. Ernesto era joven, muy joven, y no veía más allá de sus narices. Pronto olvidó a sus compañeros, pronto ignoró las condiciones del lugar donde estaba encerrado. Llegó a creer que su puesto era algo así como un título nobiliario. Ernesto se vanagloriaba de ser el criado de un delincuente común.

—¿Qué te parecen mis nuevos zapatos? —preguntaba a uno cualquiera de los desgraciados que le seguían para sacarle algo—. Me han costado tres panes. No son caros, ¿verdad?

—Toma, si quieres fumar —decía a otro, dándole la colilla—. Por una caja de cien cigarrillos me han pedido medio kilo de margarina. ¡Algo caro, pero qué le vamos a hacer!

Otro día se había comprado una camisa o se hacía confeccionar una gorra de las que llevaban visera y parecían de *Kapo,* o adquiría cremas para el masaje o daba su pantalón a uno de los sastres de las SS para que le ensanchara las perneras.

Ernesto guardaba sus amabilidades para el *Kapo* que le protegía. A su modo de ver, este era un verdadero *gentleman:* fuerte y cuidado, se perfumaba, se hacía afeitar la cabeza dos veces por semana, movía sus manos con gestos displicentes y encargaba sus «*trajes»* a medida. Ernesto se reía con ganas cada vez que su honorable amigo levantaba el bastón para dispersar a los pobres diablos que hurgaban en los cubos de basura para coger unas mondas de patata y comerlas crudas. Ernesto era el escogido del dios de aquel subterráneo y nadie podía levantarle la voz. A través de la «privanza» se veía respetado, halagado y temido por hombres que doblaban sus años.

Aquella mañana, se habían encerrado el *Kapo* y él, en la pequeña habitación particular del primero. Una estufa para cocinar, una mesa, un armario, un par de taburetes y la cama constituían todo el mobiliario. Las tablas que la separaban del resto del subterráneo eran demasiado finas para ahogar el alboroto con que los dos amigos mataban su tiempo. Los que mondaban patatas un poco más allá intercambiaban sonrisas maliciosas.

La puerta se abrió de pronto y Ernesto salió disparado, con el rostro congestionado y riéndose nerviosamente. El *Kapo,* persiguiéndolo, tropezó con un cubo de patatas y derramó el agua. Los presos que trabajaban allí tuvieron que levantar los pies para evitar el remojón. El alemán se aprovechó de la vacilación de su joven amigo para cogerlo por el cuello de la chaqueta y llevarlo en vilo al interior de su cuarto. Una vez cerrada la puerta, las risas empezaron de nuevo.

Uno de los españoles que mondaban nabos comentó con su vecino:

—Estos juegos acaban en la cama.

Ernesto era muy joven, pero no lo bastante para ignorar esta verdad.

5

Los barracones con camas en los dormitorios estaban destinados a los presos privilegiados. La cama no era únicamente un mueble donde descansar durante la noche, sino también un signo de categoría social, la distinción que imperaba entre ricos y pobres. Esto planteaba a los primeros preocupaciones bastante serias, por cuanto el reglamento o las costumbres del campo convertían la «construcción de camas» en un arte difícil. Era necesario convertir un jergón en una especie de paralelepípedo perfecto. Mantas, sábana y funda a cuadritos tenían que estar colocados en un orden especial, siempre al hilo, con todos los ángulos perfectamente rectos y planchado todo a conciencia. Terminada la ímproba tarea, el *Blockälteste* pasaba su revista y, ante la más insignificante arruga o desigualdad de línea, cogía la sábana por una punta y desbarataba en un santiamén la paciente obra de media hora. Si el preso era de alta categoría no sucedía nada más, pero si el «privilegiado» era de segundo orden, llovía fácilmente algún bofetón o, más frecuentemente, el castigo de pasarse el domingo por la tarde haciendo y deshaciendo camas. Como es natural, la aristocracia suprema del campo disponía de criados para realizar este engorroso trabajo.

A partir de su entrada en el *Kommando* del almacén, los días de Emili tomaban un sentido uniforme a través de la cama que le había sido concedida. Para él, más que el mueble para dormir o el símbolo de su categoría social, la cama tenía significación de síntesis. Sus manos eran hábiles y, ya al segundo intento, el *Blockälteste* había pronunciado el «puede pasar» que equivalía a un certificado de aptitud. Un día, una cama. La cuenta parecía fácil y clara, pero cuando, a los dos meses, calculó una mañana que llevaba hechas cincuenta y dos camas no pudo evitar cierta sensación de sorpresa. Era un mismo clisé repetido cincuenta y dos veces, y las imágenes, perfectamente adaptadas en su superposición, no le daban ninguna idea de cantidad.

Cierto que el paisaje había cambiado y que, pese a la duración del invierno y a la resistencia de la nieve a fundirse, después de un mes de febrero sin piedad había llegado un marzo benigno y transparente. El pedacito de mundo que todavía era visible por donde no existía muro iba engalanándose con los verdes nuevos y brillantes, que para algunos serían tal vez los colores de la vida resurgiendo, pero que para Emili significaban el escarnio de su impotencia. Al contemplar aquel pequeño paisaje, sentía más precisa que nunca la impresión de la inexorable continuidad del tiempo, y entonces su reacción de hombre sorprendido era inversa a la de la mañana cuando hacía su cama: dos meses era una considerable cantidad de tiempo perdido. Las imágenes que obtenía de la naturaleza en transformación no podían superponerse como las de su cama. Terminar el muro de una vez sería facilitar la resignación de los presos, permitir que continuaran día tras día un mismo sueño, ahorrarles el dolor del insuperable contraste con el mundo exterior. Mientras el muro no estuviera terminado, la única solución posible era neutralizar el tiempo y buscar refugio entre las cuatro tablas de la cama, donde la pelusa de las mantas presentaba siempre el mismo dibujo, donde el color de los muebles y de las paredes parecía inmutable, donde el tiempo transcurría discretamente, como si anduviera de puntillas.

Aclimatarse al campo era el más alto de los privilegios y, sobre el particular, no existía regla fija. Hombres que no encontraban protección alguna, que pasaban hambre, que se consumían paulatinamente, no padecían tanto como otros que, por tener sus necesidades más perentorias cubiertas, se forjaban con la imaginación insolubles problemas y, peor aún, perdían la esperanza. Para los más desgraciados existía siempre la posibilidad de un cambio favorable. Para los afortunados, el riesgo de caer en desgracia les impedía saborear su suerte y, si eran además personas sensibles, la visión de las calamidades ajenas llegaba a ser la peor de las torturas. Además, el hambre es un dolor absorbente y exclusivista. Los hambrientos no pensaban en otra cosa que en la comida y, si alguna vez lograban llenar el estómago, conocían momentáneamente un estado de

euforia del que los saciados no gozaban nunca por el simple hecho de que sus anhelos no tenían en el campo satisfacción posible.

Aclimatarse era adormecer la sensibilidad con la droga que destilaba la limitación del lugar. Era necesario ajustar los sentidos al mundo del que se formaba parte, olvidar lo que existía al otro lado de las alambradas, perder cualquier interés por familia, amigos, bienes, guerra, ideas, lograr en definitiva que fuese la vida vegetativa la que llenara todas las dimensiones interiores. Cuando uno había renunciado a todo, era la propia incomunicación la que traía el único consuelo permitido. La reclusión en el campo era una noche polar de duración desconocida; para adaptarse a ella era necesario ignorar la existencia de la luz. Era el embrutecimiento total del hombre; para los famélicos, el instintivo afán de alimentos; para los privilegiados, la sumersión en un pozo pestilente de egoísmos, codicias, brutalidades y vicios.

Al dibujante le gustaba pasar por el mirador que dominaba el patio del garaje y, en parte, el muro exterior, y desde donde podía contemplar la inmensa llanura del Danubio, cortada, casi en el horizonte, por las protuberancias de los Alpes. A pesar de los riesgos que el lugar entrañaba para los presos, el paseo constituía para Emili su pequeña evasión hacia un mundo a cuya pérdida no se resignaría jamás. El privilegio de aclimatarse al campo no le interesaba, si su precio era la negación de la condición humana. Prefería crear un mundo particular, un mundo íntimo que, con el concurso de la imaginación, se extendía hacia los grandes espacios verdes y azules del llano y de las alturas de la cordillera lejana.

Aquel día de primavera, a los dos meses de haber entrado en el campo, el dibujante se dispuso a la resistencia activa contra el espíritu del lugar. El nazismo intentaba aniquilar físicamente a sus enemigos y, por si no lo lograba enteramente, había preparado la atmósfera que los anularía moralmente para siempre. Emili iba a intentar la superación de ambas pruebas.

Al acostarse por la noche, desbarató la cama sin el desaliento de otras veces. El que al siguiente día tuviera que rehacerla había perdido toda su

importancia. Se sentía muy por encima de las molestias materiales, y la cama dejaba de ser el reloj de su tedio para convertirse en su aliado. Tumbado en ella, sabría encontrar en lo sucesivo la soledad propicia a la evasión íntima. Aquella noche se acostó seguro de las fuerzas que cuajaban en su interior, y su gesto fue parecido al del cazador de fieras que pone el pie sobre el cuerpo caliente de la pieza cobrada.

Emili tenía que asistir con frecuencia a espectáculos de violencia. Como empleado del almacén de la ropa civil, tenía que presenciar las entradas de las expediciones, siendo excepcionales las veces que, como por imposición de una especie de rito, no se producían las peores crueldades.

Las medidas tomadas, un día, al ser anunciada la llegada de un grupo de víctimas, habían sido extraordinarias. Mientras los siete hombres que lo formaban iban desnudándose, fueron probablemente todos los oficiales y sargentos de la *Kommandantur* los que pasaron por el almacén. Muy pocos se despedían sin antes demostrar la pericia y la potencia de sus puños.

No se habían puesto aún la camisa de uniforme, y los siete hombres tenían ya caras y cuerpos maculados de sangre. Emili no conocía el alemán como para enterarse de los términos de tan accidentados «interrogatorios», pero no le cabía la menor duda de que los recién venidos eran gente importante. Cuando la curiosidad pudo más que la prudencia, cogió un paquete de calzoncillos y se dirigió a uno de ellos.

—¿Alemán? —preguntó quedamente.

—No, húngaro. Judío. ¿Y tú?

—Español.

—¿Español? —repitió el otro, sorprendido, y preguntó acto seguido en correcto castellano—: ¿Por qué estás aquí?

—Por apátrida.

Un SS se acercaba con un látigo en la mano. Emili simuló estar buscando algo en el fardo.

—¿Qué profesión tienes? —preguntó el guardia.

El dibujante levantó la cabeza para asegurarse de que la pregunta no le iba dirigida.

—Médico —contestó el judío.

—Médico, ¿eh? —exclamó el SS con sarcasmo—. Esto te vendrá bien. Necesitamos médicos, muchos médicos... para transportar piedras, je, je...

De un puñetazo en la cara proyectó al judío contra unas cajas alineadas al pie de la pared, unos tres metros más allá.

—Toma, esto para que no olvides tu ciencia. Podrás practicar con tus malditas narices, je, je...

La víctima se levantó del suelo tambaleándose. Al guardia le brillaban los ojos.

—¡Va, rápido, deprisa! —gritaba entonces como un energúmeno—. Vístete, va, que el trabajo espera. ¡Rápido, rápido! Aquí no queremos holgazanes.

El judío obedeció, pero sus nervios, desatados, no le permitían acertar las perneras del pantalón.

—¿Es que no sabes vestirte? ¡Perro sucio!

Le pegó un puntapié en el bajo vientre; el desgraciado se desplomó.

—Conque teatro, ¿eh? Levántate ya, vamos, ¡levántate!

Le pegaba con el látigo, como alocado. El húngaro miraba a su verdugo con los ojos desencajados por el espanto. Se cubría la cabeza con los brazos. Los vergajazos dejaban huellas de sangre en su piel desnuda. Inmóvil soportaba el suplicio sin despegar los labios. Cuando, por fin, el SS se cansó de pegar y dar voces, se alejó en busca de otra víctima.

—¡Ánimo! —le dijo Emili, paralizado de horror.

No hacía falta darle ánimos.

—Algún día pagarán —susurró el judío.

Una vez uniformados, los siete hombres tuvieron que ponerse cara a la pared, en las proximidades del cuerpo de guardia. Los SS tenían siete *punchings* en los que ejercitar sus puños. El Führer procuraba distracciones a sus hijos predilectos.

A la mañana siguiente, después de una tarde y una noche atroces, dos de aquellos hombres habían muerto. Los supervivientes pasaron a la compañía disciplinaria para el transporte de piedras. Emili los vio pasar una vez por delante de la puerta del almacén y no hubiera reconocido al médico si este no le hubiera hecho un signo de amistad.

Por la tarde, después de la cena, Emili dio una vuelta por la plaza de los recuentos con Francesc. Supo entonces el final de la trágica historia.

—He visto caer a tres —le contó su amigo—. Debió ocurrir después de su segundo viaje. A unos cincuenta metros de mi tajo, hay una torre con centinela. Los tres hombres se han dirigido a ella, cogidos de las manos, con la cabeza muy alta y cantando a pleno pulmón himnos no sé si revolucionarios o religiosos. Al pasar la alambrada, el centinela ha disparado su fusil ametrallador.

—¿Y el médico?

—Yo no los conocía...

—Era el más alto de los siete.

Francesc explicó entonces que le habían cargado con una piedra descomunal, de unos setenta kilos más o menos.

—Sus pies se han negado a sostenerle. Cuando después de muchos palos se ha levantado otra vez, se le doblaban las piernas como si fuera un muñeco. He visto cómo el SS le daba un pedazo de alambre y le dirigía a la barraca de los canteros. Alguien ha contado que le había dado diez minutos de plazo. Han dicho después que, al descolgarle, tenía el alambre hundido en el cuello.

Emili se estremeció. Le pareció percibir más irritante que nunca el áspero olor de la carne quemada.

Cuando llegó el buen tiempo, la comida perdió parte de su ya escasa consistencia.

—Las aguas del deshielo han inundado la cocina —comentó con humor negro uno de los hambrientos.

Y Vicenç, que estaba batiendo un récord de resistencia, vio aumentados todavía sus sufrimientos. En realidad, el hambre era la misma, pero cada vez que alargaba su escudilla y veía vaciar en ella un cazo de agua turbia con rastros de nabo y de patata, el hambre le llegaba al cerebro por el vehículo de los ojos. Parece evidente que con agua sucia nadie puede vivir, y pese a que la inteligencia de Vicenç era harto rudimentaria, aún le sobraban luces para extraer las consecuencias naturales de sus reflejos.

—No pienses en la comida —le aconsejaban los compañeros menos famélicos—. No sufrirás tanto.

¿Cómo dejar de pensar en su hambre, si las piernas no le sostenían, si la cabeza se le iba, si el vacío interior había devorado ya todas sus carnes? El Valencia no podía impedir que sus ojos se le fueran detrás de cualquier cosa que tuviera relación con la comida, que un tintineo de platos o cucharas fuese para él más atractivo que años atrás, en su pueblo, los conciertos de la banda local. No era culpa suya ser el primero en oír el silbato que anunciaba el momento de la recogida de termos en la cocina. Estaba mejor informado que nadie del «menú» del día siguiente y de las dosis variables de los materiales que constituían la bazofia habitual, sabía con precisión matemática el número de cazos que salían de un termo y, por verlos a diario en la cola, conocía a todos los afortunados que, por sus servicios extraordinarios, obtenían de vez en cuando un plato suplementario.

Vicenç había improvisado una especie de balanza con listones y guitas con el fin de hacer más equitativa la distribución del pan que, para cada tres personas, daban por la tarde. Y por si la equidad llegaba a fallar a pesar de la balanza, sorteaba los pedazos ante testigos, haciendo la pregunta «¿Este, para quién?» con entonación casi litúrgica. Más tarde, se comía su ración sin olvidarse jamás del papel que, a guisa de servilleta, evitaría la pérdida de las migajas. Era un pan que parecía de serrín y se desmenuzaba al más suave de los roces.

El truco de presentarse a los *Blocks* de abundancia a esperar las sobras le daba tanto mejor resultado cuanto peor era la comida. A Vicenç no le importaba pasarse horas enteras al acecho, los días en que, por ser festivos,

todo el mundo comía en el campo. Parecía inmune al dolor cuando, por salir el *Blockälteste* a despejar la calle de pedigüeños, era él quien recibía la mayor parte de los palos debido a la flojedad de sus piernas.

Vicenç husmeaba como un perro en los cubos de la basura que los guardias dejaban en las puertas de sus barracones. Entre polvo, serrín, ceniza y paja, era posible encontrar un puñado de mondas de patata o una corteza de pan requemada y sucia.

Si su mente hubiera tenido tiempo para dedicarse a otros pensamientos que no fueran el hambre, y hubiese intentado alguna vez identificar al Valencia de ahora con el Vicenç de antes, difícilmente lo habría logrado. ¿Es que su piel apergaminada de ahora era la misma que la tersa y reluciente de otros tiempos? ¿Había su espalda tenido alguna vez la curvatura de ahora, como si su torso se hubiera doblado sobre el estómago vacío? ¿Y el negro humor que le dominaba, haciéndolo cada vez más irascible en el trato con sus compañeros? Vicenç no se daba cuenta de su metamorfosis porque para él solo existía el hambre. Cuando se peleaba con alguien por menudencias, su furia, el torrente de injurias y palabrotas en que prorrumpía, la santa cólera que conmovía su delgadez, extrayendo fuerzas de Dios sabe dónde, tenían en realidad las más válidas justificaciones. Si vivir era su derecho natural, hasta su deber, con su irritabilidad no hacía sino defenderse frente a la sociedad que se confabulaba para hacerle perecer de hambre. Encerrado por los que estaban al otro lado de las alambradas, menospreciado por sus compañeros de desgracia, el hombre era, en principio, su enemigo. Las privaciones de toda clase, el dolor físico de tantas semanas, le habían llenado de odio, un odio arraigado que estallaba cuando su instinto de conservación lo pedía. Como fiera enjaulada, mostraba sus dientes amarillentos y descarnados a quienquiera que se le pusiera enfrente.

Hacía largo tiempo que Vicenç vivía en este estado. Resistencia excepcional la suya, cuando miles de casos parecidos no duraban más de tres meses. El destino, experimentando sobre su pobre cuerpo, lo exprimía hasta el máximo. Los sufrimientos habían traspasado el límite de la sensibilidad. Por ello el Valencia había dejado de tener el sentido de la

convivencia, como si la inactividad de su aparato digestivo paralizara los resortes de su conciencia. Vicenç nada sabía, nada comprendía, nada recordaba. Solo tenía hambre.

August, valenciano como él, le ayudaba en lo que podía, pero en el campo había muchos Vicenç.

—No comas porquerías, paisano —le aconsejaba—. No te quitan el hambre y te dan diarrea.

Con esfuerzo sobrehumano logró Vicenç subir, aquella tarde, los ciento cuarenta escalones que separaban la cantera del recinto del campo. Dos de sus compañeros, derrengados como él, habían tenido que llevarlo casi a rastras. Vicenç, por toda gratitud, no había dejado de refunfuñar durante la subida. La formación para el recuento de la tarde había sido más larga que ningún día y, como puntilla, antes de entrar en el barracón, una vez rotas las filas, había disputado interminablemente con los compañeros que, al igual que él, se estrujaban en la puerta para llegar antes a la cola del pan. En aquellos momentos, Vicenç tenía fiebre; faltaban pocos minutos para entrar en posesión de su tercio de pan y la transparente rodaja de salchichón de vísceras, y notaba ya en su reseco paladar la aspereza de las bastas harinas y la acidez de su mezcla. Vicenç, desde la fila, avanzando lentamente, no apartaba sus ojos de la mesa en la que aparecían los panes bien apilados. Hacía sus cuentas; sabía ya el ejemplar que, por la forma de repartir, probablemente le tocaría. ¡Un asco de pan! Pequeño, aplastado, que se desmenuzaría con solo tocarlo. El hombre maldijo su mala suerte y se propuso eludirla si se le presentaba la ocasión. Simular necesidades corporales podía ser un buen pretexto para salirse de la cola. Y luego, probar suerte otra vez.

—¡Eh, tú! —protestaron los que le seguían, maliciándose la maniobra—. ¡A tu sitio, que aquí nos conocemos todos!

Vicenç no se movió. En realidad ya no necesitaba moverse. El *Blockälteste,* el brutal Popeye, había entreabierto la puerta de su armario personal, arrimado al tabique del fondo del comedor, detrás de la mesa donde comían él y el secretario. Desde su puesto en la fila y con solo un

vistazo, Vicenç había distinguido dos panes enteros, uno encima del otro, colocados en el estante más alto. No, sus ojos no mentían. El armario estaba de nuevo cerrado, pero la imagen de los dos panes no se borraba de su retina. Tomó sin rechistar el que le tocó, dio su número de matrícula y, en compañía de los dos camaradas con los que debía compartirlo, entró en el dormitorio. A la hora del sorteo de los tercios, no se peleó como acostumbraba y aceptó sin despegar los labios las ideas igualitarias de sus socios.

Hace ya mucho rato que las luces están apagadas, pero Vicenç, pese a su infinita fatiga, no duerme. Sueña con los ojos abiertos. Sueña que ha logrado infiltrarse en el almacén de comestibles del campo, a cuyo servicio estuvo en ocasión memorable, transportando cajas. Su olfato percibe con precisión el olor inconfundible de colmado que el almacén despide, mezclado con otro olor igualmente sugestivo: el del pan tierno. Ve claramente cómo rezuma el almíbar de los grandes botes de mermelada y la grasa que pringa los enormes paquetes de salchichones. Con algo de imaginación, todo eso puede ser suyo en este momento. Va a empezar por los embutidos en papel parafinado, seguirá con apetitosas rebanadas de pan untadas con mucha margarina y espolvoreadas con azúcar fino y terminará engullendo la mermelada a cucharadas. Un sueño, solo un sueño. Piensa entonces con amargura que, en la realidad, un mamarracho como Popeye guarda dos panes enteros en su armario, dos panes que ha robado a los presos que administra. A Vicenç no le queda nada del que le ha tocado esta tarde. Cada tres días, un pan. Dos panes enteros. Se los zamparía sin esfuerzo, uno detrás del otro. Su mal no tiene cura.

Cuando se levante mañana, engullirá la sopa o el «café» y resistirá su hambre atroz hasta mediodía. Un litro escaso de agua sucia y nada más. De pan, el único alimento algo sólido, no percibirá ni un solo gramo más hasta pasadas otras veinticuatro horas. Vicenç quiere pan, necesita pan, tiene derechos sobre el pan que el responsable del *Block,* harto de otras comidas, guarda para sus intercambios.

Y Vicenç se levanta de su jergón como alma en pena, sortea los cuerpos de los compañeros dormidos y, descalzo, en calzoncillos, como si se dirigiera al retrete, pasa del dormitorio al comedor. El silencio y la oscuridad no son absolutos; en el campo no lo son jamás. En el comedor hay literas en las que duermen los administradores alemanes, el intérprete y los chicos de la limpieza. Oye sus respiraciones acompasadas y, de vez en cuando, la tos bronca de uno de ellos. La luz de los reflectores que recorren los límites del campo entra a veces por las ventanas sin postigos y el entarimado cruje bajo el peso mínimo de Vicenç. Inmovilizado por el miedo, temblando como un azogado, escucha atentamente durante unos pocos segundos. Nadie se mueve a su alrededor. De los urinarios llega el gorgoteo de los desagües. En la sala duerme todo el mundo. Vicenç se libera de su petrificación y avanza, nulos sus sentidos, hacia el armario...

Al levantarse por la mañana procurará no cometer la tontería de migar pan en su sopa. Popeye se da cuenta de todo. El Valencia saldrá para el trabajo con sensación de plenitud en su estómago martirizado, pero en el curso de la difícil digestión, le parecerá que su malestar es fuente generosa de delicias.

6

Hans Gupper tenía motivos para estar contento. La guerra seguía su curso favorable para los alemanes, los preparativos militares anunciaban otra gran campaña, la construcción del campo avanzaba a buen ritmo, la instalación del nuevo hospital le dejaría un estupendo margen de comisiones y, por si lo dicho fuera poco, acababan de anunciarle la llegada de fuertes contingentes de presos, con los que podría completar sus grupos de trabajo, bastante diezmados últimamente por el hambre, el calor y el cansancio. Con este excelente balance en su pensamiento, el oficial empujó la puerta de la barbería.

Esta dependencia, al servicio exclusivo de las SS, estaba instalada en uno de los compartimentos del pabellón vecino al de su despacho. Los modestos parterres de césped que rodeaban los barracones aparecían moteados de flores amarillas, sin perfume.

Sonó el acostumbrado *«Achtung!»* y todos los presos se cuadraron. Gupper hizo un pequeño gesto con la mano autorizándoles a continuar su trabajo. La butaca que le estaba reservada le acogió suavemente y el *Kapo* del *Kommando*, un barbero vienés barrigudo y envanecido de sus privilegios, se dispuso a afeitarle y también, como de costumbre, a contarle la retahíla de los últimos chismes. Gupper solo le escuchaba a medias, pero de vez en cuando sonreía.

Era corriente entre los alemanes el gusto inmoderado por los masajes faciales y el uso de cremas. A los *parvenus* del nazismo les encantaba el lujo que en otro tiempo, cuando aún no llevaban el uniforme, debían de considerar como privilegio de ricos y poderosos. Se daban casos de SS que comían con los guantes puestos y lo creían la expresión del máximo refinamiento. Otros llevaban puestas enormes sortijas de latón y piedras falsas. No permitiendo el uniforme militar muchas fantasías, el afán de ostentación se manifestaba sin trabas en la barbería. Los potingues de

aquella época eran «de guerra», pero su escasa calidad no impedía su uso por los flamantes aristócratas. Lo importante era ir muy perfumado y con la piel de la cara reluciente de grasa. Gupper, como comandante del campo y de acuerdo con su categoría social, disponía de masajes de fabricación francesa, obtenidos a «buen precio» cuando la invasión del vecino país. De su tesoro, iba entregando unidades a su barbero a medida que se iban gastando. Para el vienés, el masaje de Gupper era un auténtico tesoro. Un preso cocinero o del almacén hubiera dado la vida por uno de aquellos frascos. ¡La crema del comandante! No había en el campo bastante pan ni suficiente margarina para comprarla.

Hacía mucho tiempo que el *Kapo* tenía pensado apoderarse de un frasco para sus negocios. Al ver que Gupper estaba de buen humor, creyó llegado el momento de la «operación».

—*Obersturmführer* —empezó—, quiero que pruebe un masaje que acaban de traerme. Me atrevo a decir que es mejor que el francés. Hecho a base de hierbas naturales...

—No quiero probar nada.

—Es que... es que del otro... ya no me queda.

—Hace una semana que te di un frasco entero.

—No sé cómo decírselo a usted, *Obersturmführer.* Estoy muy disgustado... Se me rompió ayer...

—Mientes.

La sonrisa del *Kapo* fue de un servilismo abyecto.

—¡Dios me libre de mentirle! Aún no estoy loco.

—Bueno, pasa luego por mi despacho.

El *Kapo* se creyó a salvo y continuó su servicio. Pero Gupper había dejado de sonreír y, cuando se levantó de la butaca, mientras se secaba la cara, empezó a dar lentamente una vuelta por la estancia. Su aparente indiferencia empezó a intranquilizar al vienés.

—¿Cómo estás de material?

—Bien, bastante bien.

El oficial había abierto uno de los armarios y examinaba los estantes con mayor atención que otras veces. Luego abrió el armario contiguo, el que contenía las batas y los paños, e introdujo la mano entre los pliegues para tantear largo rato. El *Kapo* se había puesto pálido.

—Otra vez oculta mejor tu botín —dijo Gupper de pronto, con su terrible sonrisa.

Puso el frasco sobre el cristal de la mesilla. La expresión del oficial era severa.

—¿Para qué lo querías?

El *Kapo* se puso dramático.

—Habrá sido alguno de estos españoles. Me dijeron que se había roto y yo me lo creí. Todo me ocurre por ser...

—¡Cállate! Que seas ladrón, pase. Por esto estás aquí. Pero no me gustan las mentiras. —Llamó entonces a uno de los presos que presenciaban la escena, en una curiosa mezcla de alemán y castellano—: *Españóler.* Sí, tú, tú.

Un hombre que aparentaba unos treinta y cinco años se cuadró ante él.

—¿Lo sabías tú, que esto estaba ahí?

—No comprendo —contestó el español en su difícil alemán.

Era la mejor excusa. Gupper sonrió brevemente y se dirigió al *Kapo.*

—Mañana, a la compañía de castigo. Y en lo sucesivo —añadió para el español—, tú serás mi barbero particular.

El español puso cara de tonto y el oficial intentó hacerse comprender con signos. Pronto se dio cuenta de que su situación era ridícula. El otro había comprendido perfectamente.

—¿Cómo te llamas?

—Rubio.

—¿Barcelona, Madrid...?

—Madrid.

Gupper cogió su gorra y se dispuso a salir.

—Buenos trabajadores, estos españoles —dijo sin dirigirse a nadie.

Todo el mundo se cuadró a la voz de *«Achtung!»*. En la calle, puso en marcha la moto. Aquel día comería con su familia.

Desde que Emili había sido trasladado a un *Block* de privilegiados, Francesc se reunía frecuentemente con August, especialmente después de la cena, el único momento de solaz en la jornada de un campo de concentración. August se había portado bien con él. Utilizando sus buenas relaciones con los *Kapos* alemanes, le había proporcionado un lugar de trabajo tranquilo, hasta con algunas ventajas alimenticias. No era de extrañar, pues, que conservándose fuerte, Francesc tuviera ganas de hablar, aunque fuera con August, más hombre de discurso que de polémica.

Sentados aquella tarde en la cama que el intérprete tenía en uno de los ángulos del comedor, donde también dormían los alemanes del *Block,* la discusión había empezado sobre temas culinarios para terminar sobre la guerra. Emili llegó cuando August estaba hablando con singular pasión de la «tortuosidad» británica.

Desde su mesa, donde estaba cenando, Popeye le había sonreído con amabilidad. De las amenazas de unos meses antes no quedaba otro eco que esta sonrisa servil. Werner, un alemán que hablaba francés y que trabajaba también en el almacén de la ropa civil, había dado su versión sobre tal conducta:

—Los latinos no podéis entendernos. El rencor es un sentimiento propio de temperamentos individualistas. La ofensa, la dignidad, el honor son conceptos sin sentido para muchos alemanes. Vuestro Calderón de la Barca produciría risa, aquí. Estamos demasiado acostumbrados a obedecer y a respetar las jerarquías. Entre nosotros, el único freno que encuentra el poderoso es la autoridad de los que aún lo son más. El débil soporta el abuso del fuerte y, como si todo el país fuese un cuartel, cada cual hace sentir su poder sobre el inferior como compensación del que le es impuesto por el superior. Pero lo que te parecerá más curioso es que un débil alemán que sube de categoría no piensa jamás en vengarse de quien antes le ha maltratado o vejado. El rencor es un sentimiento extramilitar y entre

nosotros no tiene sentido. El que alcanza un puesto más elevado en la escala social aplicará su autoridad con rigidez y objetividad y el que ha quedado por debajo de él aguantará los golpes con perfecta impasibilidad. Entre dos que estén a un mismo nivel, las relaciones dependen siempre del miedo que se tengan el uno al otro o de los servicios que se puedan hacer recíprocamente.

Popeye ostentaba un cargo importante, cierto, pero Emili trabajaba en *Effektenkammer* y se decía que el oficial SS del *Kommando* le protegía directamente. Existía, pues, nivelación de jerarquías. Popeye era hombre prudente (*älteste*) y, cuando el dibujante entraba en su *Block,* le daba la bienvenida con la mejor sonrisa.

—¡Que me vais a hundir la cama! —protestó August cuando Emili se sentó.

—Traigo una buena noticia —anunció el dibujante—. Los ingleses han empezado otra ofensiva en el norte de África.

—Lo que os decía —saltó August—. Los ingleses juegan con la guerra. Hoy avanzan, mañana retroceden... Que pase tiempo y a esperar que la guerra se generalice, que los Estados Unidos, Rusia, el Japón...

La discusión se animó. Emili interrumpía los discursos del intérprete defendiendo a Inglaterra y Francesc atacaba a la Unión Soviética por haber provocado la guerra con el pacto germano-ruso.

—Rusia no puede asistir impasible a la expansión alemana por el sudeste europeo. Tendrá que intervenir, seguro.

Francesc sostuvo que todos los comunistas, incluso los del campo, estaban convencidos de tener, tarde o temprano, una decisiva misión en el desenlace de la contienda.

—¿Los del campo? —preguntó Emili, sorprendido.

—¿Tú no sabes que están organizándose?

—¿Los españoles?

—¡Claro, hombre! ¡No van a ser los bandidos alemanes o los católicos polacos!

—¡Bah, la manía de siempre! —menospreció August—. Organizarse donde vayan. No creo que tenga mucha importancia.

Francesc explicó que los comunistas estaban coordinando la ayuda entre correligionarios, que iban a la conquista de puestos de privilegio en el campo, a salvar a su gente, a fortalecerse, a buscar contactos con el exterior. Concluyó:

—Creen que los presos de los campos de concentración están llamados a desempeñar un gran papel en el levantamiento final de la quinta columna.

—Eso es soñar despierto —dijo el intérprete—. Lo único que lograrán será la intervención de las SS.

Emili opinó que sería mejor aglutinar a todos los españoles, sin distinción de partidos.

—Sería hacer el juego a los comunistas y comprometernos todos —repuso August—. Debemos impedir que prospere esta tontería.

—¿Y por qué no hace cada grupo lo mismo que los comunistas? —sugirió Francesc.

—¿Continuar aquí la guerra civil? Lo que tenemos que hacer es atraernos la confianza de los mandos del campo y con su tolerancia modificar el régimen interior. Cuestión de habilidad y paciencia...

—Sobre todo paciencia —interrumpió Francesc—. Cuando eso sea posible, estaremos todos vagando por las nubes.

—Cuando en el campo seamos todos españoles, lo cual es muy posible que ocurra pronto, según me han dicho, las SS no tendrán más remedio que contar con nuestra colaboración. Habrá llegado el momento de demostrar de lo que somos capaces.

—¿Y si lo que te han dicho no es verdad y no pasamos nunca de ser minoría?

—Mi plan puede ser una solución, mientras que organizar grupitos y luchas políticas será, en el mejor de los casos, un suicidio colectivo.

Estaba oscureciendo. El *Blockälteste* llamaba a los muchachos del servicio para empezar la limpieza de todas las noches. Los tres amigos debían abandonar el lugar.

—Os invito a fumar —dijo Emili.

En la calle, la noche dejaba caer sobre el campo sus primeras sombras. Las estrellas empezaban a lucir, desinteresadas por las cosas de los hombres. Los tres amigos fumaban silenciosamente. Es posible que si se hubieran contado sus respectivos pensamientos, todos hubieran coincidido en que sus especulaciones de un rato antes eran insignificancias dentro del orden universal, cuyo reflejo era la noche tranquila que se avecinaba. Millares de hombres morían, la devastación y la miseria reinaba sobre las tierras de Europa, y pese a ello, el sol se había puesto como todos los días, la noche llegaba como de costumbre y también se desvanecería a la mañana siguiente. La esperanza solo podía nacer de la seguridad que emanaba de las cosas perennes. El tiempo transcurría lentamente, pero de la sucesión serena de días y noches se desprendería sin duda la solución de los problemas presentes. Pasarían meses, años, siglos, y cuando el mundo hubiera olvidado ya aquella guerra, el sol seguiría ocultándose al anochecer y reaparecería todas las mañanas.

Era preciso tener los pies en el suelo. Cuando, después de unas palabras triviales, de despedida, los tres amigos se separaron, August continuaba rumiando sus planes de llegar a influir en la marcha del campo, Francesc se proponía hablar con los compañeros sindicalistas y Emili se agarraba a la idea de la unión de todos los españoles.

El *Kapo* del crematorio se despertó con náuseas. La sangre le percutía en las sienes y sentía intensos escalofríos. Algo indefinible le impedía despejarse totalmente. Hizo un esfuerzo y sacudió la cabeza a pesar del dolor que el más pequeño movimiento le producía. «He dormido en el suelo», se dijo, sorprendido. Con otro esfuerzo logró levantarse. La pastosidad de la boca le recordó otros despertares. Procuró recordar: «Hace años que no bebo alcohol». Miró su reloj de bolsillo: la una menos unos minutos. Apoyado en la mesa contempló las tazas del «café» que, como todas las noches, había tomado con el *Kapo* Seppl y el sanitario Peter. De pronto comprendió: de los tres, era el único que había vaciado la taza.

Como un rayo, sin prestar atención a sus males, con el paso inseguro de la embriaguez, atravesó la estancia y bajó la escalera metálica. No se equivocaba: la rejilla de la galería subterránea de calefacción estaba abierta de par en par. En el suelo, en un rincón, vio un montón de trajes a rayas. No necesitaba saber nada más. De un salto estuvo en la calle.

La campana del campo se puso a sonar con gran estrépito y los reflectores del muro azotaron la noche. También las ventanas de los *Blocks* se animaron con luces y siluetas en movimiento. Los SS del cuerpo de guardia entraban y salían, iban y venían del crematorio a los *Blocks* y de los *Blocks* a la secretaría del campo. La voz y el corpachón de King-kong dominaban la singular turbamulta de miles de hombres despavoridos. Entre toques de silbato, gritaba como un energúmeno:

—Reunión de *Blockältester*, reunión de *Blockältester.*

Un poco más tarde, estos volvían a sus *Blocks* respectivos y daban la orden de formación general. De los barracones, unos momentos antes dormidos, empezaron a salir hombres, muchos más de los que su capacidad aparente hacía suponer. Los alemanes responsables no dejaban de azuzarles con sus voces y sus golpes. La gente, todavía adormecida, atontada, recordaba un enjambre asustado.

—¡Recuento en la plaza! —fueron las órdenes.

Y por las calles que desembocaban en la plaza iban afluyendo las masas humanas de cada *Block* en columnas de diez filas y al ritmo acostumbrado del «*Links, zwei, drei, vier...*». La operación sería larga. Cuando cada hombre estuvo en su lugar, solo rompían el silencio las voces de mando de los *Blockältester* para lograr alineaciones perfectas. Voces secas, cortantes, que se levantaban como los ladridos de una jauría, como la algarabía de una tribu salvaje excitándose para la guerra.

Terminado el recuento, todo el mundo pudo comprender el motivo de la alarma. La luz cruda de los reflectores recortaba las figuras y subrayaba la regularidad impecable de la formación. Miles y miles de hombres, con la cabeza desnuda, inmóviles, alineados, con los ojos pegados todavía por el sueño, esperaban saber qué resultaría de tanto ajetreo.

Llegó una moto. Al parar, se oyeron los taconazos y las «novedades», a voz en grito. Había entrado Hans Gupper, y los SS demostraban su celo intensificando los movimientos inútiles.

Órdenes y contraórdenes se sucedían, resonando en el ámbito de la plaza.

August escuchaba las explicaciones de Popeye.

—¿Qué hablan? —preguntó Francesc, formado a su lado.

—¡Estamos apañados!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Dos fugados. No romperemos filas hasta que los encuentren. Es lo que dice el reglamento.

—¡Vaya! ¿Y si no los encuentran?

—Los encontrarán. No han fallado jamás.

Después de un breve silencio añadió:

—Recuerdo que en otra ocasión estuvimos firmes once horas, y aguantando la nieve.

—¡Estamos de suerte, vaya!

—¡Silencio! —ordenó Popeye.

Pasaba Hans Gupper hacia el crematorio, andando despacio, muy estirado, como si tuviera muelles bajo las suelas. Le acompañaban sus dogos, brincando sin cesar, y, detrás, unos cuantos SS, visiblemente animados por el acontecimiento que alteraba la monotonía de su existencia. A la cabeza de sus respectivos cuadros, los *Blockältester* saludaban con sus taconazos.

—¿Seppl? —exclamó el secretario—. Su *Kommando* fue el que construyó la galería, ¿no?

—Por eso conocía el camino.

Unos momentos después, Popeye añadió:

—Parece que el *Kapo* del crematorio estaba complicado en el juego.

—Pues no ha huido.

—Le han apeado. Es un cobardón.

—Pronto va a cantar. Tendrá que decir lo que sabe y lo que no sabe.

Francesc se enteró de la conversación, pero al no conocer a ninguno de los personajes, la historia le dejó indiferente. Tan solo pensaba que, de noche,

les iba a ser muy difícil hallar el rastro de los fugitivos y que si tenían que esperar la llegada del nuevo día en aquella postura, aun en el supuesto de que los perseguidores acertaran, la broma resultaba cargante de verdad. Le dolían los riñones y las piernas. «¡Y soy de los que comen!», pensó. A los que en las condiciones normales del campo no podían con su alma el tormento de aquella formación les resultaría insoportable.

Hans Gupper volvió del crematorio. El cómplice abandonado formaba parte de su séquito. Iban a empezar los interrogatorios. Unos ordenanzas pasaron unos minutos más tarde transportando el utensilio adecuado: un caballete parecido a los utilizados en las caballerizas para guardar las monturas.

—Es la silla de los veinticinco —informó August.

Francesc la conocía por referencias. Era el tormento más frecuente en los campos de concentración. Una falta cualquiera, una pequeña indisciplina, pasar cubierto ante un SS, «requisar» unas patatas, romper por desgracia alguna herramienta de trabajo, constituían delitos que se purgaban con la famosa silla. El culpable de tales faltas tenía que colocarse boca abajo, de forma que el cuerpo se adaptara al lomo del caballete. Verdugos escogidos entre los más fuertes de los SS le aplicaban veinticinco vergajazos en las nalgas, estableciéndose entre ellos una especie de competencia deportiva. El azotado tenía que contar los golpes recibidos en voz alta y, si perdía la cuenta, la serie empezaba de nuevo. Una vez recibido el último latigazo, debía cuadrarse ante su verdugo y saludar.

Sonaba limpiamente en la plaza el restallar del látigo a ritmo de martillo contra el yunque, como si golpearan un almohadón de cuero, cuando de pronto un grito de terror rasgó el silencio angustiado de la multitud, un chillido que resonó unos segundos por el ámbito del campo. Al *Kapo* del crematorio le era aplicada una serie triple. Cada tres latigazos era un número a pronunciar y su voz, deformada por el dolor, salía gutural, ininteligible. En la formación nadie perdió la cuenta. Para la mayoría, el *Kapo* había sido siempre un bandido alemán como los demás, un compañero que se prestaba a actuar de verdugo sobre los más débiles, pero

en aquellos instantes el campo entero estaba a su lado. Cuando los ejecutores interrumpieron el suplicio para preguntarle si estaba dispuesto a confesar, todos sabían que llevaba recibidos setenta y cinco latigazos. La solidaridad duraría mientras el interrogado se callara. Quien no supiera resistir, aun a costa de su vida, era despreciado por los demás.

El *Kapo* del crematorio resistía más de lo que su fama de cobarde hubiera permitido esperar. Ya no se oía el silbido del látigo, pero los alaridos del torturado sonaban aún más siniestros. Eran gemidos prolongados, como de bestia herida, agudos, o apagados como ecos de los anteriores. August supuso:

—Lo habrán colgado con las muñecas atadas en la espalda. Hasta que se le descoyunten los hombros.

Unos momentos después, los gemidos quedaron ahogados por los ladridos y los aullidos de los perros. Un escalofrío sacudió a la asamblea. La madrugada parecía un aguafuerte goyesco: solo luces crudas y el pensamiento anulado por el martilleo del terror.

Hacía cerca de tres horas que duraba la formación y, por levante, aparecía la primera luz del alba. La inmovilidad y el fresco de la noche se hacían insoportables para los presos más decaídos. Las horas del descanso se esfumaban inexorables y tendrían que salir a trabajar sin haber dormido. Francesc pensó en la dureza de la jornada que iba a empezar, pensó en los hombres que en su transcurso caerían para siempre. Quiso generalizar, hallar explicaciones: era su manera de distraerse, de soportar las pruebas. El juego que llevaban a cabo los nazis con los castigos colectivos saltaba a la vista: cuanto más injustos, mejor; cuanto más denso el clima de terror, cuanto más espectacular era la *mise en scène,* más eficaces resultaban. Aniquilar el cuerpo y también el espíritu. Francesc se maravillaba de la eficacia con que los nazis exterminaban a sus enemigos. Resistirse a la fatiga era, por el momento, la mejor oposición posible a los designios de los exterminadores.

De las últimas filas del cuadro donde estaba formado, se levantó una ola de voces y de movimientos. Popeye fue a ver lo que sucedía.

—¡Silencio! —ordenaba—. ¿Qué pasa ahí?

Uno de los presos se había desmayado y dos compañeros lo sostenían de pie. Popeye dio sus órdenes, August las tradujo y el enfermo fue abandonado, fuera de la formación, sobre el suelo húmedo.

—Ya se le pasará —rezongaba el alemán.

Otros hombres fueron cayendo en uno u otro cuadro de formación y a la primera e incolora luz del amanecer, los intervalos entre cuadro y cuadro estaban sembrados de hombres desvanecidos.

Entre tanto, el *Kapo* del crematorio había salido de la oficina tambaleándose, sosteniéndose a duras penas, los brazos caídos, la cabeza hundida entre los hombros y rígidas las piernas para que la tela del pantalón, hecha jirones, no le rozara las nalgas, en carne viva. Lo dejaron cara al muro. Una vez terminada la investigación, pasaría al *Arrest*, las celdas disciplinarias, cárcel en la cárcel, del que muy pocos salían con vida.

Y de la formación por *Blocks* se pasó a la formación por grupos de trabajo. Los presos salieron hacia el trabajo sin haber tomado el reglamentario cuarto de litro de «café».

7

Los centenares de judíos holandeses que acababan de entrar inauguraban la temporada de las grandes carnicerías. El campo de Hans Gupper, construido después de la incorporación de Austria al Gran Reich Alemán, dominando las aguas del «bello Danubio azul», empezaba entonces a admitir a los perseguidos predilectos de la Gestapo.

Al invadir Holanda, los alemanes habían hecho un llamamiento a las juventudes sionistas ofreciéndoles la libertad a cambio de trabajo y colaboración. Los invasores se disfrazaban con pieles de cordero y, a través de un rico despliegue de propaganda, anunciaban la creación de «campos de trabajo voluntario» donde los judíos podrían encontrar su redención. A los incautos que cayeron en la trampa, una vez concentrados, les fueron tomadas filiaciones, direcciones y referencias. El trato era correcto. Nadie hablaba de trabajo. Pronto vieron cómo sus parientes, amigos y conocidos se les unían. Los alemanes habían sabido hacer buen uso de las informaciones logradas. Y llegada la hora de ir a «trabajar», familias enteras iban a la muerte.

Trescientos judíos holandeses, algunos de ellos niños de catorce y quince años, acababan de entrar en el campo de exterminio, cargados de equipajes, provisiones, dinero y alhajas.

—Abre bien los ojos —decía Werner, burlón, a Emili—. Abre bien los ojos, amigo, que la sesión de hoy será memorable.

Los judíos tuvieron que desnudarse, después de vaciar sus bolsillos, abrir sus maletas y destrozar sus paquetes. Los SS, acudiendo en tropel, permanecían un rato asombrados a la vista del cuerno de la abundancia que les había tocado en suerte. Trajes, gabanes, ropa interior (¡de seda!), cigarrillos de lujo, estuches de bombones vitaminados, fruta endulzada, relojes, sortijas, carteras llenas de florines y... ¡monedas de oro! El pillaje se produjo sin respeto alguno a las jerarquías. Un simple *Rotenführer* (soldado

de primera) se disputaba la posesión de un reloj con el primer *Obersturmführer* que se presentara. SS y presos alemanes competían en plan de igualdad cuando se trataba de escamotear una estilográfica o un «solitario» deslumbrante.

—Te lo decía, ¿no? —voceaba Werner, sarcástico—. ¡El oro judío! ¡Mucho cuento! Si el oro pertenece a una raza determinada, es a la raza aria, la más pura de todas. —El hombre se reía hasta que sus ojos parecían rayas—. ¡El racismo es una doctrina genial!

A los SS no les importaba en demasía cubrir las apariencias, pero a fin de que nadie dijera que se llevaban las cosas de balde, procuraban al entrar y salir de la turbamulta dar una prueba de su fervor antisemita. Así, cubrían el expediente repartiendo a diestro y siniestro algunos puñetazos y puntapiés a los judíos que se les ponían por delante, sin dedicar a ello más tiempo del estrictamente necesario. Luego revolvían maletas, pillando lo que se les antojaba, y se despedían, con otras demostraciones más de la sagrada furia que les animaba, no muchas a fin de evitar que con los movimientos se les vaciaran los bolsillos. Al cabo de un rato, volvían. El chocolate, sobre todo, les tenía a todos obsesionados.

—Guárdame chocolate, *españóler* —le encomendaban a Emili, ocupado en llenar sacos con la ropa de los recién llegados.

Algunos SS se lo comían a bocados, allí mismo.

Una vez terminado el ajetreo y ya de vuelta al almacén, el dibujante se sentó sobre un montón de sacos y encendió un cigarrillo. Werner se le acercó.

—¿Qué te ha parecido?

Los demás presos del *Kommando* estaban atareados hurgando entre los residuos del gran festín.

—Increíble.

—Hace muy poco que vives entre alemanes.

—Los presos hambrientos se habrían portado con más moderación.

Werner se sentó también.

—No te extrañe —dijo en su francés lento—. Alemania es un pueblo primitivo, como el Congo o las islas oceánicas. Nuestra civilización es solo material, lo cual quiere decir que es inexistente. El régimen nazi ha asesinado el espíritu y ya no nos queda más que el progreso científico, la industrialización, la ley del más fuerte, la idolatría del Estado y una oligarquía de ambiciosos sin talento alguno. Y, como has visto, todo esto nos ha llevado a una necesidad perentoria de chocolate.

Añadió después de una corta pausa:

—Si Hitler hubiese anunciado que Londres era solo un enorme almacén de chocolate y no la capital de Inglaterra, tal como aseguran los judíos y, en general, todos los malos patriotas, hoy seríamos los amos del Imperio Británico.

Emili sonrió. Werner era sajón, exfabricante de relojes, y había pasado largas temporadas en Francia y Suiza. Cuando se trataba de hablar pestes de sus compatriotas no solo resultaba ingenioso sino también elocuente. Amaba de Occidente su gusto por la buena vida y su libertad de espíritu. Acusado de contrabando con accesorios de relojería suiza, había sido condenado a tres años de cárcel. Al cumplirlos fue internado en el campo de concentración con el verde triángulo de bandido cosido en la pechera de la chaqueta. Hacía cinco años que estaba detenido. Él atribuía tal arbitrariedad a desacuerdos con su familia. Insinuaba, sin dar mayores detalles, que su mujer le había denunciado como antihitleriano para adueñarse del negocio.

Emili afirmó que el germanismo se asentaba en la miseria, punto de partida de todos los movimientos expansivos.

—La gran ventaja del pueblo alemán sobre los más occidentales —dijo Werner— radica efectivamente en esta carencia de todo. Un soldado con hambre, cuanto más atrasada mejor, rinde mucho más que harto.

Se interrumpió para encender su pitillo.

—En cierto modo —añadió con gesto de disculpa—, los soldados españoles son valerosos por una razón semejante. Pero no quiero hacer comparaciones odiosas.

Emili se creyó obligado a protestar:

—En España no iríamos a la guerra para apoderarnos de lo ajeno.

—Ahora no, porque con eso de la intervención de las masas en la política, solo los pueblos colectivamente codiciosos son capaces de atacar, y vosotros, los españoles, no lo sois. Es un caso parecido al de Italia, el vuestro. A pesar del *Duce,* los italianos no cesan de huir ante los ingleses. Nosotros, los alemanes, en cambio, formamos el primer pueblo codicioso que se encuentra en el camino de Oriente; los japoneses son el último. Nosotros continuamos siendo los invasores de Roma. Claro está que disfrazamos nuestros apetitos con ideales pomposos, imitando el procedimiento de los viejos estados occidentales cuando hacían sus guerras de agresión, pero la verdad es que ninguna de las grandes frases de nuestros dirigentes tiene el más pequeño valor fronteras adentro; aquí no hay una sola persona inteligente que les haga caso. Führer, ministros, generales, soldados y hasta las mujeres del pueblo, todos sin excepción hacemos la guerra para el saqueo del vecino rico, exactamente como hacían nuestros antepasados.

—No eres lo que se dice benévolo...

—He dejado de ser alemán; renuncio a la gloria —aseguró Werner con ironía—. No me gusta el chocolate, precisamente, pero sí los vinos de Francia, los vuestros, la cocina algo picante de los latinos, y su espíritu, todavía más picante. Es por lo que me queda de alemán falto de todo lo que es bueno por lo que voy en busca de los bienes de los vecinos, pero mis armas son otras. Con tanques y aviones no se consigue nada definitivo. Yo me introduzco pacíficamente.

Werner sonreía y sus ojos parecían aún más pequeños.

—Los alemanes solo podrán mejorar sus posiciones —concluyó— el día que abandonen la ventaja guerrera de su miseria, el día que dejen de ser pangermanistas y renieguen de su país como yo. Entonces seguirán mi programa y...

—Antes hará falta que pierdan algunas guerras más.

—Las perderán, las perderán —afirmó Werner convencido.

Durante todo el día ha caído la lluvia de tierra alta, la que fecunda los prados y entristece los espíritus. Es una lluvia pequeña, silenciosa, fría, lenta, penetrante... Las mismas flores, la hierba, los frutales, parecen quejarse de tanta melancolía. A través de la ventana en la que tiene su mesita de dibujo, Emili ha podido observar durante horas enteras los parterres de césped y de flores que cubren los espacios entre barraca y barraca y ha visto los movimientos bruscos de los tallos, aparentemente sin causa exterior. Una comunidad de sentimientos se ha establecido entre él y las plantas, pues él también protesta contra la tristeza de este día.

Hoy hace años que se casó con Matilde; un día de junio, una Barcelona bajo el cielo brillante y unos sentimientos en efervescencia. La melancolía hace más vivo su descontento. La situación de privilegio, mientras tantos compañeros mueren todos los días sin remedio ni consuelo, le va dejando, desde hace algún tiempo, algo así como una sensación de indignidad. ¿Cuáles son sus méritos para no correr la misma suerte de los demás? Será porque dibuja, precisamente porque dibuja este género vil, por lo que hay un SS, bellaco como todos, que le protege; y él vive, vive bien en comparación con sus camaradas. Recuerda ahora los argumentos que le sirvieron para aceptar este trabajo, y se da cuenta de que para eludir el destino colectivo se prestó a complacer al granuja de su jefe, poniendo sobre su conciencia un peso cada día mayor. Escrúpulos vanos, podría decirse, y seguramente con razón, puesto que con su sacrificio personal tampoco iban a mejorar las cosas para los demás. Pero se siente manchado, acaso culpable. Podría rectificar, pero para este gesto espectacular necesitaría la suficiente fuerza de voluntad para llegar a las últimas consecuencias. La misma fuerza de voluntad que ya, de antemano, le hubiera servido para rechazar el empleo. Un paso atrás, en estos momentos, tendría mucho de ridículo.

Ha llegado al *Block* sin ganas de cenar ni siquiera de pasearse. Se ha tumbado en la cama, su refugio de las horas amargas, y ha querido leer. Imposible pasar ni una página. La mente se le aleja más allá de estos campos, de estos prados, pasados muchos ríos, muchas sierras. Le ahoga

este presente vacío y disolvente, y hoy más que nunca vive el recuerdo con unos colores alucinantes. La nostalgia es hoy violenta, desacostumbrada; nunca se ha sentido tan abandonado, tan perdido.

También Matilde se habrá sentido sola durante todo el día, quizá con menos esperanza aún. ¿Cómo se explicará la falta de noticias? Hace diez meses que Emili no ha podido escribir una sola línea. Todos los detenidos en Alemania pueden escribir a sus casas, a excepción de los españoles, seguramente por su condición de secuestrados y para evitar la divulgación de esta arbitrariedad. Y muchas familias esperarán en vano, ya que sus ausentes lo serán para siempre. ¡Quién sabe si Matilde lo cree de su marido! Es posible que el aniversario haya sido para ella un día de lágrimas en su rincón de costura... «¡Si vivir me valiera, por lo menos, para evitarle tal incertidumbre!», piensa Emili. La evocación de Matilde es dolorosa y Emili aprieta sus puños y golpea la colchoneta con violencia. Está abandonado en su hundimiento y quisiera estarlo más aún. El ajetreo de los compañeros de *Block;* las conversaciones de quienes, detrás de la fila de armarios, cenan en las mesas; los pasos y portazos de los que entran y salen, son como la profanación del recogimiento en el que quisiera disolver su alma, en su afán del absoluto que todo lo explique, en busca del sentido vital que todavía no ha logrado encontrar. «¡Si pudiese odiar!», piensa. No el odio cerebral, la imposición de una voluntad de odio para justificarse ante sí mismo, sino un sentimiento real, cálido, entrañable. Tiempo este de odio. «No puedo ir al unísono de mi época», se dice. Los fuertes, ahora, son los que odian. «¿Es que solo soy capaz de amar?» Tampoco. Las dos cosas van estrechamente ligadas. «Mi amor pertenece al pasado. Amo el recuerdo de mi amor. Dios mío, ¿por qué tanta sequedad en mi corazón?»

La voz de Francesc estalla:

—¿Durmiendo tan temprano? ¡Levántate, holgazán!

Le ha pillado un pie y pretende arrancarle de la cama.

—¡Déjame, no fastidies!

—¿Qué es eso?

—Que me dejes tranquilo.

—¿Estás enfermo?
—No.
—Si no estás enfermo, fuera de aquí. No han dado las ocho.
—Quiero dormir; déjame en paz.
La voz de Emili es tajante. Francesc sonríe, burlón.
—¡Ah, vamos! Hoy estás melancólico.
El dibujante ha tenido que renunciar a sus sueños. Se incorpora.
—Me ha dado por pensar.
—¿La lluvia?
—¿Se puede saber por qué diablos has venido?
—¿No te gusta?
—Parece que estás contento.
—Acabo de conocer a un personaje.
—¿Un príncipe polaco?
—No, amigo, no. La eminencia gris de los comunistas. ¿Te parece poco?
Emili se queda muy tranquilo con la noticia.
—¿Y se puede saber quién es? —pregunta sin interés.
—Rubio, el barbero de las SS.
—No le conozco.
—No es un cualquiera, te lo aseguro. Es un tipo fino, muy fino.
—Lo celebro.

El comunismo de Rubio era una aplicación curiosa de su temperamento de comerciante. Barbero de oficio, desde muy joven había abandonado navajas y tijeras para dedicarse a la perfumería. Primero, agua de colonia casera; más tarde, una pequeña industria próspera. Sobrándole tiempo, le habían gustado sucesivamente los toros, el fútbol y la política. Teñido del vago sentido humanitarista que dominaba durante los años de la República, y hombre de acción como era, rechazó las moderaciones de los profesores socialistas y se afilió al naciente partido comunista. Metódico, tenaz, inflexible, su manera de ser se adaptó estupendamente al espíritu algo funcionarista del partido y supo compaginar dos actividades aparentemente

contradictorias. Captaba prosélitos como si fueran clientes y viceversa. Siendo austero y nada vanidoso, la política era para él sacrificio y trabajo de hormiga. En el campo de concentración, Rubio continuaba su esfuerzo como si no se hubiera movido de Madrid: buscaba clientes y procuraba conservarlos.

Una tarde, después de cenar, se plantó en la puerta de la cocina. En aquella hora salían los presos. Al pasar Ernesto, Rubio le detuvo:

—No lo sabía, chico; acaban de decírmelo. Te felicito. Ser intérprete es algo. Podrás prestar buena ayuda a tus camaradas.

Ernesto se sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos.

—Ya sabes que no fumo —rechazó el barbero, pero enseguida cambió de idea—. Trae, lo guardaré.

Durante la guerra civil, Rubio había tratado mucho a un hermano de Ernesto, muerto más tarde, y le había prometido velar por el muchacho, entonces muy joven. Al entrar en el campo, todavía iban juntos.

Ernesto sabía que su «tutor» le había buscado esta noche para algo más que para felicitarle. Estaba acostumbrado a los métodos de que Rubio se valía para «guiarle». El barbero había empezado con un cálido elogio de la capacidad de su protegido para el estudio del alemán, ponderaba luego el esfuerzo que ello significaba y terminaba hablando de la necesidad de trabajar, cada uno en su puesto, en favor de los demás. Lenguaje apacible el suyo, mediante el cual sabía envolver al interlocutor como con velos de bailarina.

—Te necesitamos —concluyó.

—Sí, ya lo sé —admitió Ernesto—, pero no vayas a pensar que soy el mandamás de la cocina...

—Bueno, bueno. Estudia primero los recursos con que puedes contar. Nos quedará tiempo para hablar de todo. Lo que importa es que quieras ayudarme. Conozco a las personas y sé por anticipado que puedo contar contigo. No soy de los que prestan oídos a la maledicencia, yo...

—¿Qué quieres decir?

—Nada, no te alarmes. No me gusta juzgar al buen tuntún. Diga la gente lo que quiera, comprendo que has hecho muy bien cultivando la amistad del *Kapo.*

Rubio continuó su discurso con la melifluidad que era siempre su distintivo al hablar. «Un joven comunista debe ser activo, tenaz, con mucho espíritu de sacrificio», decía, «y hasta es recomendable la diplomacia cuando hace falta para lograr determinados objetivos, pero cuando estos han sido alcanzados, entonces es preciso volver a la rigidez moral.»

—Tienes que dar ejemplo —añadió—, y creo que me comprendes. La confianza de tu *Kapo* te ha valido el lugar que ocupas. Ahora debes alejarte paulatinamente de su compañía. No interesa que la gente hable...

—El *Kapo* es buen amigo mío y no tengo por qué alejarme de él.

—Su amistad te perjudica... Nos perjudica.

—Si haces caso de habladurías...

La voz de Rubio se endureció, aunque el gesto amable de su rostro persistiera.

—Sé muy bien que no son solo habladurías. El *Kapo* es un zorro viejo, carne de presidio, y sabe perfectamente lo que quiere de ti.

—No te tolero que me hables así.

—Tengo un compromiso contraído con tu hermano —dijo Rubio casi con dulzura—, y sería traicionarle no ponerte sobre aviso. Tú eres comunista...

—Soy un preso, ni más ni menos que los demás.

—Y también comunista, y por mi boca te habla el Partido...

—Vete al diablo con el Partido.

—No podemos tolerar que nos avergüences. Tú sabes que las ligerezas se pagan caras entre nosotros.

—No tengo por qué cambiar.

Rubio permaneció un momento en silencio.

—Muy bien. ¿Es esta tu última palabra?

Ernesto no respondió. Miró con atención fingida su cigarrillo casi extinguido y, con gesto de aburrimiento, lo tiró.

—Volveremos a vernos —dijo el barbero a modo de despedida—. Espero que meditarás lo que hemos hablado y que modificarás tu conducta. Si quieres poder contar con nosotros...

—Sé lo que debo hacer.

Rubio abandonó la partida pero con el propósito de volver a la carga otro día. El puesto de intérprete en «las patatas» era de un valor estratégico decisivo para sus designios. Al pasar, unos minutos más tarde, ante la puerta del *Block* de los «enchufados», vio a uno de sus camaradas con el plato de aluminio bajo el brazo.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó.

—No. Es decir, sí. A veces reparten el sobrante de sopa...

—¿Vienes todos los días?

—Sí.

—¿Cuántas veces has tenido suerte?

—Una, hace tres o cuatro días.

—Ganarás más quedándote acostado.

Rubio hizo el gesto de irse, pero cambió de parecer.

—¿Fumas?

El interpelado contestó con un movimiento afirmativo.

—Toma.

Le dio el cigarrillo que unos minutos antes había guardado en su bolsillo.

8

En Austria las madrugadas son siempre frías, hasta en junio, y lo son mucho más si de lo que se trata es de salir en pelotas a la calle cuando dan las seis. Para los nazis, este era un detalle sin importancia. La orden había sido cursada: «El domingo próximo, a las seis horas, todo el personal estará dispuesto para efectuar la desinfección general del campo. Los presos dejarán en el interior de los respectivos *Blocks* todos sus efectos personales, sin excepción alguna, y se concentrarán en la plaza del garaje hasta el fin de la operación. Puertas, ventanas y aberturas de los barracones deberán quedar herméticamente cerradas, a cuyo fin en la oficina del campo les serán facilitadas a los *Blockältester* tiras de papel encolado. El personal responsable deberá velar por la observancia de la más rígida disciplina y por el cumplimiento de la presente orden».

Si la plaza llamada del garaje tenía algo de penitenciaría eran los muros que la rodeaban y la escalinata de piedra que la comunicaba con la entrada principal. Aquel día los centinelas cruzaban líneas de tiro con sus fusiles ametralladores desde cada uno de los ángulos de la galería que coronaba el recinto. Sin sobrarle espacio para tanto personal, en aquella hora de la mañana quedaba todavía lugar para muchos más. Un espectáculo nada corriente. La multitud se apretaba contra los muros y buscaba en el amontonamiento el calor que la hora le negaba. Se ponía la carne de gallina y las escasas palabras que alguno se atrevía a pronunciar sonaban entrecortadas por un espasmódico castañeteo de mandíbulas.

—¿Cuándo va a salir el sol? —era lo que llegaban a preguntar los más habladores.

¡Millares de cuerpos desnudos! Pese a no tener el ánimo predispuesto al análisis, Emili observó que su disgusto, su asco ante el espectáculo del que formaba parte, no procedía exclusivamente de la visión constante y obsesiva del nudismo total de una multitud casi esquelética, ni de los malos

olores por la falta de higiene, ni del inevitable contacto de unos con otros, sino de alguna causa más íntima y personal. Era la sensación de la propia desnudez, la turbadora falta al pudor más elemental, la humillación de verse privado de la más pequeña protección corporal, el tacto repelente de la propia piel al frotarla para prevenir los calambres y temblores.

—¡Fíjate qué fachas! —dijo Francesc.

Parecían los mártires de Roma descendiendo a las arenas del circo. A pesar de su mal humor, Emili no pudo reprimir una sonrisa. Embozados con sábanas blancas, tal como los caricaturistas pintan a los fantasmas, bajaban las escaleras los enfermos del lazareto. La lentitud, obligada por las dolencias que sufrían, tenía algo de majestad solemne. Los más fuertes transportaban en camillas a los que no podían andar. La mayoría se ayudaban entre sí, cogidos los unos a los otros. De vez en cuando, alguno rodaba escaleras abajo.

—Les han puesto el sudario por anticipado —observó Francesc.

Las SS saben lo que se hacen; el frío les ahorrará el trabajo de rematarlos.

—Son los parásitos. La limpieza de hoy será completa.

El sol iba ganando posiciones y doraba ya la mitad occidental de la plaza. Pronto terminaría la tortura del frío y empezaría la del calor. Los racimos de hombres se desparramaban, los movimientos eran más holgados y la plaza parecía encogerse. Las conversaciones se animaban lentamente y las mandíbulas reconquistaban su seguridad de movimiento. Algunos no podían resistir la tentación y con sus manos por fin desentumecidas, se llevaban a la boca el pan y el recorte de margarina que era el alimento de todo el día.

Los dos amigos dieron una vuelta por el recinto.

—¿No eras tú quien, hace unos días, nos hacías la apología del nudismo? —preguntó, burlón, Emili.

—Esto no es nudismo —protestó—; esto es una feria de calamidades.

En uno de los ángulos de la plaza, en el rincón más umbrío, cerca de unos bidones vacíos y de un camión en reparación, se agrupaban los judíos holandeses recién llegados. Por lo menos, los que continuaban con vida. No se les veía flacos, pero sus carnes habían perdido el color natural. Los

verdugones, las postillas, las llagas purulentas y la suciedad formaban en conjunto una tonalidad oscura que acentuaba aún más en sus caras angulosas las características raciales. Eran pocos los que podían sostenerse en pie. ¿Qué podía importarles el frío y la humedad del suelo? En su tristeza resignada se evidenciaba toda la hiel de una situación desesperada.

Emili echó una ojeada al dolor vivo que tenía ante sí y movió la cabeza conmiserativo.

—No entiendo por qué se emperran en continuar viviendo. ¿Qué posibilidad les queda?

—Casi la misma que a nosotros.

—Su muerte es segura, mucho más que la nuestra. Por lo menos, más inmediata.

—Es posible, pero lo mismo para ellos que para nosotros el tiempo es un factor favorable. ¡Quién sabe! Un final rápido de la guerra...

Los pies desnudos de los amigos se acostumbraban paulatinamente a la menuda grava del suelo. Emili rompió un silencio de varios segundos.

—Le tememos a la muerte, esto es todo. Mucho, demasiado. Nuestra indiferencia es cobardía. Asesinan a nuestros amigos, a nuestros deudos, sabemos que tarde o temprano nos tocará idéntica suerte y, sin embargo, somos incapaces de un pequeño gesto de hombría.

—Época de sentido práctico, la nuestra.

—Hablo de un gesto que tenga valor individual.

—Romanticismos de otro tiempo.

—Me revuelve el estómago pensar que, si sobrevivimos, nos van a considerar como mártires, como héroes. Habremos sido prudentes, nada más.

—El suicidio no es solución. Debemos reservar nuestras fuerzas para momentos más propicios.

—Si tanto nos refrenamos, terminaremos por andar a gatas.

—Depende de lo que nos esforcemos para continuar de pie.

—Soy el primer impotente, lo reconozco, pero si salgo de esta no se me quitará jamás el escozor de mi cobardía.

El sol se dejaba caer sobre la plaza con violencia creciente. Los músculos se habían ablandado y una postración dolorosa se apoderaba de la multitud sin vitalidad. La tierra se había secado y el polvo se iba pegando a la piel humedecida por el sudor. Asomados a la barandilla que coronaba los muros, unos SS tomaban fotografías. Podrían mostrarlas cuando hiciera falta cantar las glorias del nacionalsocialismo. Les acompañaban unas muchachas con el uniforme del partido.

Entre la multitud destacaba un punto negro. Era un muchacho barcelonés nacido en el África española. El oficial que lo descubrió desde arriba lo hizo llamar para que se presentara. El cuerpo del negro, robusto y musculoso (el hecho de ser negro le había valido un buen *Kommando*) sorprendió a los alemanes. Según sus convicciones racistas, los negros eran seres con las extremidades flacas, el vientre abombado y con expresión de caníbales. Aquel muchacho no era únicamente bello, sino hasta culto. Hablaba varios idiomas, entre ellos el alemán. Una vez en el mirador, tuvo que permanecer largo rato en la posición de «firmes», mientras el grupo de visitantes saciaba su curiosidad. Los prejuicios racistas se tambaleaban. Uno de los soldados, un joven linfático, con cara de infeliz, no pudo refrenar su necesidad de comprobar que no existía superchería; humedeció su dedo índice con saliva y frotó con fuerza la piel del negro. Su cara expresó desencanto y admiración a un tiempo: el color era sólido.

Otra de las atracciones fueron los tatuajes. Entre los presos alemanes, gente del hampa la mayoría, y también entre los eslavos, muy aficionados por lo visto a la decoración del propio cuerpo, se encontraban numerosos «ilustrados». Serpientes, leones, palmeras, mujeres, anagramas, antorchas, símbolos de toda clase eran los temas pictóricos preferidos. Aquel día se exponían todas las pinturas vivientes de la «casa». Nadie se extrañaba de ver cómo un *amateur* levantaba delicadamente el brazo de un tatuado para buscarle debajo del sobaco la terminación de una figura. Por fortuna para los «expositores», la esposa del comandante del campo no era coleccionista de pitilleras, pantallas o carteras de piel de tatuado, como aconteció en el campo de Buchenwald.

Las horas transcurrían lentas y cada vez más pesadas. El sol quemaba los cuerpos desnudos. El polvo se elevaba por entre la gente, se pegaba a la piel, y penetraba hasta los bronquios, ardiente y seco. La sed hacía estragos y el único grifo de la plaza (las fuentes del garaje eran interiores y no había acceso a ellas) no bastaba para la interminable cola de los sedientos. Para los hambrientos que se habían tragado la ración de pan con margarina, la sed era desesperada.

Emili no comió nada. La monstruosidad del espectáculo, la visión de los que se sentaban o tumbaban en el suelo y con sus manos sucias rompían el pan; la de su propio cuerpo desnudo y sudoroso, el poco cuidado de los que pasaban por encima de los que estaban sentados, las llagas de algunos, el hedor que procedía de la alcantarilla abierta donde la gente evacuaba, el calor, el polvo, la sed y la rebeldía contra el trato bestial de que eran todos víctimas, bastaban para quitarle el apetito. Francesc, en cambio, más tranquilo, más ducho quizá en esas lides, se tomó las cosas con mayor sosiego e hizo honor a la frugalidad de su porción de pan con margarina.

Cuando a media tarde Emili regresó de su viaje al excusado, Francesc notó su cara contraída por el asco.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con afecto.

—¡Mierda! —estalló el dibujante—. Me estoy ahogando en mierda, ¿entiendes?

Mostró sus pies, manchados de inmundicias.

En aquel momento, un preso alemán, que iba vestido por ser de los que se ocupaban de la desinfección de los barracones, corría escaleras abajo. Algunos de sus amigos acudieron a preguntarle algo, seguramente si terminaría pronto la tortura. Pero el preso contestaba con breves palabras y hablaba después de algo más importante, que motivaba discretas manifestaciones de alegría. No se paraba mucho con sus interlocutores. Terminaba con unos y se dirigía rápidamente a otros. El hombre se sentía orgulloso de la importancia de su papel. Sus palabras corrían por entre los grupos de adamitas, como el agua se desliza por las juntas del adoquinado. La ola de los comentarios alborozados invadía progresivamente la singular

asamblea. Emili se dio cuenta del fenómeno, del viento que arremolinaba a las gentes y les hacía olvidar el calor, la sed y el asco.

—Algo pasa —comentó.

El alemán iba a pasar muy cerca de él.

—¿Qué sucede, Rudy? —preguntó con su alemán lamentable.

El tal Rudy contestó animadamente. Emili, al escucharle, también se alegró, pero Francesc se quedó a oscuras.

—Bueno, ¿qué te ha dicho?

Emili le cogió por los brazos.

—Ahora va de veras —dijo—. Ha estallado la bomba. Estamos en el momento decisivo...

—Revienta tú, también.

Emili se rio y sus ojos expresaban el brillo de la esperanza.

—Alemania ha atacado a la Unión Soviética. Hoy mismo.

9

Al entrar los *Kommandos,* poco antes del toque para el recuento de la tarde, los presos se encontraron con una horca montada en el centro de la plaza de formaciones. De las tres poleas del travesaño pendían sendas cuerdas anudadas.

—Vamos a tener teatro —decían los enterados—. Van a ahorcar a los fugitivos del crematorio.

—¿Delante de todo el mundo?

—Claro que sí.

Terminado el recuento, sin que los presos abandonaran su postura de «firmes» en la formación, pudo observarse la gran afluencia de SS deseosos de emociones fuertes. Hans Gupper presidía el acto con sus perros, mientras King-kong, acompañado por los *Blockältester* más diligentes, se ocupaba de los últimos detalles, corría de un lado a otro y demostraba su celo gritando a pleno pulmón. Los cuadros compactos de la formación llenaban el aire turbio de la tarde con su emoción contenida, emoción que era a su vez silencio, y silencio que contenía hambre, fatiga y odio.

Por el lado externo de la puerta de entrada empezaron a sonar los acordes de una marcha alegre. Los presos aficionados a la música y que llenaban sus escasos ocios practicándola habían sido reunidos y obligados a amenizar el espectáculo. Se abrió la puerta de par en par y los soldados que se habían colocado en los miradores de las torres con techo chino soltaron grandes risotadas. Entró una plataforma con ruedas, arrastrada por dos presos. Las barandillas de la improvisada carroza lucían banderitas multicolores y guirnaldas de papel. Tres hombres, los dos evadidos y el cómplice burlado, iban de pie en la plataforma. Abría paso la orquesta, precedida por King-kong marcando el ritmo con una vara. Dos pancartas habían sido fijadas a los lados del carricoche: «Hemos vuelto porque aquí se está mejor que en parte alguna», «No nos fugaremos nunca más». La

comitiva dio un par de vueltas por el pasillo que quedaba entre los *Blocks* formados. La orquesta repetía una y otra vez el pasacalle, y King-kong, con su rostro congestionado, la dirigía con gestos mecánicos levantando los pies grotescamente. Algunos SS iban detrás del cortejo, celebrando la broma con el aire de niños pueblerinos siguiendo al gitano del oso.

Los tres condenados, pálidos como cadáveres, desnudos de medio cuerpo para arriba, a duras penas podían sostenerse sobre sus pies. Las huellas de los tormentos padecidos se notaban en sus rostros sin afeitar desde hacía tres semanas o un mes. Todas las burlas organizadas para atenuar la solemnidad de la ejecución contribuían a realzar su grandeza trágica. Los delincuentes comunes que iban a ser ahorcados tomaban, a los ojos de la multitud, categoría de mártires, se convertían poco a poco en símbolos de una causa de libertad. Por esto, la gente apretaba los puños y el aire de la tarde era cada vez más denso.

El carro se detuvo por fin bajo el cadalso y los tres condenados se apearon. El silencio era absoluto. Las cuerdas se balanceaban casi imperceptiblemente. Hans Gupper tenía la voz seca, más propia de un prusiano que de un vienés.

—El comandante de la zona —dijo— no está dispuesto a tolerar que se produzcan más intentos de fuga y la suerte que tienen reservada estos tres insensatos será la de todos cuantos intenten la misma aventura. No podéis confiar en el éxito. Se han tomado todas las medidas y la muerte será el final inevitable de los que se aventuren.

Parecía que el sol huía aquella tarde más aprisa que nunca, avergonzado o compasivo. El mundo entero necesitaba que llegara la noche, la oscuridad que ocultara tanta crueldad y tanto vituperio.

Gupper continuaba su discurso sobre la disciplina.

—Que nadie sea tan necio como para creer que la derrota de nuestros ejércitos, por otra parte inconcebible, mejorará su suerte. Ninguno de vosotros sobreviviría a una hipotética derrota alemana. Rogad a Dios para que continúe la marcha del III Reich hacia su destino victorioso.

La elocuencia cuartelera parecía acentuar paganamente la macabra representación. Las víctimas eran ofrendadas al dios de la guerra, para obtener su favor para las tropas escogidas. Los asistentes, las futuras víctimas cuando ese dios exigiese nuevos sacrificios, presenciaban la inmolación en un silencio vacío y desesperado.

Uno tras otro, los condenados tuvieron que agacharse sobre el caballete de los veinticinco golpes. Los valerosos propósitos de reprimir el dolor, comunes a todos los torturados, se desmoronaban a medida que subía la cuenta de los latigazos. La obligación de contarlos en voz alta facilitaba la expansión del sufrimiento. Hasta los más duros gritaban cuando, al llegar a la decena, sentían que el látigo les desgarraba la carne con su afilada uña.

Luego empezó la segunda parte del espectáculo. Los propios condenados tuvieron que situar la escalerilla metálica bajo una de las cuerdas. El primero que debía morir subió los escalones y se colocó en la plataforma. Uno de los compañeros le puso el lazo alrededor del cuello. Descendió para disparar el resorte por el que se hundía la plataforma. El campo entero se estremeció. El cuerpo se debatió unos instantes en el vacío. Poco después se movía como el péndulo de un reloj terminando su cuerda. El tercero de los condenados ajustició al segundo. King-kong remató el espectáculo ejecutando al último.

El desfile de la gente por debajo de los tres cuerpos colgando constituyó un brillante fin de fiesta. Era obligado pasar en rigurosa fila india, levantando la vista hacia los ajusticiados. Un SS, látigo en mano, velaba por el cumplimiento de la orden, y si alguien pasaba sin mirar, tenía que hacer marcha atrás y pasar de nuevo a vergajazos. De la contemplación de las bocas espumajosas, de la palidez verdosa de la carne desnuda y del oscilar de los pies suspendidos, esperaba obtener el comandante la más férrea de las disciplinas.

Una vez rotas las filas y cada hombre en su *Block,* el pan de la tarde fue comido en el silencio que había dominado la tarde entera. La noche cubría el cadalso, el campo y el mundo entero.

—Eran alemanes, eran delincuentes comunes —decía un vecino de Emili —, pero también eran hombres, hombres como nosotros. Si los SS se han divertido, ¿quién nos asegura que no repetirán la función con otros que no sean evadidos, ni alemanes, ni delincuentes?

Emili y Rubio se conocieron personalmente un domingo en que los presos privilegiados fueron movilizados con carácter extraordinario para trabajar a pico y pala en un campo de deportes destinado a las SS. Llenando vagonetas en un mismo tajo, la conversación iniciada para matar el aburrimiento derivó pronto hacia el tema que preocupaba a ambos. Los éxitos alemanes en territorio ruso les hacían coincidir en una visión pesimista de la situación.

—Muchas veces pienso que deberíamos hacer algo en beneficio de nuestra gente —dijo Emili en un momento de la conversación.

—No es empresa fácil —contestó Rubio—. Yo, personalmente, lo he intentado y sin mucho éxito, por lo que se ve.

El dibujante no quiso dar a entender que ya lo sabía.

—Con mis amigos hablamos a menudo de este problema. ¿Por qué no nos reunimos un día para hablar del asunto?

Rubio se mostró de acuerdo y convinieron en encontrarse el domingo siguiente.

El aspecto del campo en los días festivos, principalmente si hacía buen tiempo, era bastante distinto del de los días de labor. Las calles se veían mucho más concurridas, en la plaza se celebraban partidos de fútbol y en las puertas de los *Blocks* se improvisaban barberías para el personal. Cuando uno llevaba ya bastante tiempo en el campo, con la consiguiente aclimatación a fuerza de renuncias y embotamiento mental, aquel lugar de tortura y de muerte adquiría la apariencia de un pueblo, como una imagen deformada de los del mundo exterior. Un pueblo monstruoso, una parodia trágica y grotesca de los de verdad, pero participando en esencia de las características de un pueblo. Así, todas las ambiciones que mueven la vida de una colectividad normal encontraban su caricatura en el campo. El

dinero lo constituían los platos de rancho o los cigarrillos; la ostentación, cualquier cargo en «las patatas», en los almacenes o en los lavaderos; la presunción, llevar calada una gorra con visera o el pantalón reajustado por un sastre; la vanidad, la adulación de unos cuantos hambrientos; la voluptuosidad, tumbarse al sol con la piel untada con cualquier clase de vaselina; las mujeres... Con algo de imaginación y previo un lavado de memoria, los presos creaban un sucedáneo de existencia en el que todas las pasiones encontraban cabida. Era un mundo de clases sociales perfectamente diferenciadas, más injustas aún que las del exterior, puesto que los motivos que las determinaban no podían ser jamás la conducta, el mérito, la inteligencia o la laboriosidad, sino la suerte, el favoritismo y, a menudo, las inclinaciones inconfesables. La injusticia básica no era casual, como sucede en el mundo normal, sino que formaba parte del sistema penitenciario. Si alguien llegaba a salvar su cuerpo, saldría del campo con el espíritu destrozado. Los alemanes lo tenían perfectamente planeado.

El domingo convenido, se reunieron Rubio, Francesc y Emili. Sentados los tres en la cama del último intentaban conciliar sus diferentes puntos de vista. Emili creía equivocado hablar de grupos políticos; Rubio, como comunista, llevaba el agua para su molino y proponía a los demás el aprovechamiento de la organización de ayuda creada por el partido como núcleo de la empresa; Francesc, pese al escaso entusiasmo encontrado en el sector sindicalista, se opuso a la fórmula de Rubio «porque no quería convertirse en juguete de nadie», y sugirió la formación de un comité coordinador. Rubio estuvo de acuerdo en principio, pero antes de dar su asentimiento definitivo debía hablarlo con sus amigos. Emili aceptó la idea como mal menor.

Estaban concretando las finalidades que se proponían alcanzar con la unión de sus esfuerzos, cuando se presentó August.

—¿Es que ha llegado la hora de conspirar? —dijo bromeando.

Quería disimular su sorpresa. Estaba acostumbrado a estar en el centro de todo y se consideraba traicionado cuando prescindían de él.

—Vienes como anillo al dedo —dijo Emili—. Supongo que conoces a Rubio...

—Sí, ya nos conocemos —contestó el barbero.

Rubio recordaba muy bien las actividades anticomunistas del intérprete cuando estuvo en las Brigadas Internacionales.

—Hemos tomado acuerdos... —empezó el dibujante.

—Ya me lo imagino —cortó August—. Tenéis muchas ganas de perder el tiempo. Yo sí traigo noticias interesantes.

August necesitaba el halago de los demás, que se le escuchara. Su mitomanía alcanzaba algunas veces calidad de virtuosismo. Lo mismo podía vanagloriarse del origen aristocrático de su sangre y de su fortuna familiar, como pretender pasar por un revolucionario de cuidado. Igual podía declararse hoy bailarín profesional que, al día siguiente, poeta y autor dramático. Una vez aseguró tener varios cursos de medicina, y una semana después resultó ser ingeniero y gerente de la industria paterna. Y cuando deseaba asombrar a su auditorio, afirmaba haber tenido relaciones sexuales con una hermana suya por parte de padre. Lo importante para él era la atención de los demás.

—Todo lo que no venga desde arriba no sirve para nada. Gupper sabe que puede contar con los españoles. Esto es lo que importa, que sepamos aprovecharnos de nuestra situación...

—Bueno, y de las noticias, ¿qué? —interrumpió Emili.

—No hace ni cinco minutos que he estado hablando con Gupper. Él mismo acaba de darme la razón.

A Emili le ponía nervioso tanta reticencia.

—¡Va, suelta de una vez!

Seguro del efecto que iba a producir, August explicó:

—Salgo con cincuenta españoles a poner en marcha una sucursal del campo. Voy de *Lagerälteste.* Españoles solo, ¿entendéis? Es posible que más adelante lleguemos a ser quinientos o mil.

Dio cuenta de su programa: organizaría el campo modelo de administración y de convivencia. Todo el humanitarismo posible. Se

conquistaría la confianza de los SS y demostraría con hechos que un preso bien tratado rinde mucho más que otro que no lo sea. Concluyó:

—Unos cuantos centenares de españoles se salvarán. Yo los devolveré al mundo sanos y salvos.

—La sangría rusa —exclamó Rubio, con alborozo—. ¿No os dais cuenta? Los alemanes empiezan a sentirla. La mano de obra es material de guerra.

Francesc se dirigió al intérprete:

—Muy bien. Salvarás a quinientos españoles o a un millar, pero esta no es tu idea. Los demás permanecerán aquí, muriendo lentamente.

August sonrió enigmático.

—Saldrán otros *Kommandos.* Gupper lo ha dicho.

—¿También los dirigirás tú?

—Déjalo de mi cuenta; la cuestión es saber maniobrar.

En la plaza jugaba el equipo español contra el austriaco, y el griterío de los espectadores llegaba hasta el rincón donde los cuatro hombres estaban reunidos.

—¿Por qué no vamos a tomar un poco el aire? —propuso Francesc.

Salieron del *Block.* Dejaron en el comedor a dos alemanes jugando al ajedrez, a un polaco que estudiaba el alemán y a dos o tres españoles merendando. Francesc, cuyo barracón era de parias, consideró la enorme diferencia en el trato que recibían unos y otros. En su *Block,* Popeye prohibía la entrada de la gente y la obligaba a permanecer en la calle durante todo el domingo. Solo los administradores alemanes podían hacer vida en el comedor, y durante las tardes de ocio se permitían el lujo de recibir a sus amiguitos, de beber *Schnapps* clandestino o agua de colonia con azúcar y de preparar en la estufa las opíparas cenas con que se regalaban a expensas de sus administrados. Estos, entre tanto, arrastraban los pies por las piedras del irregular pavimento, se tumbaban en cualquier rincón, buscaban colillas o se acercaban a la plaza, no para presenciar el partido, sino para perseguir a algún amigo o conocido que pudiese darles un pedazo de pan, los residuos de un plato de sopa o un cigarrillo. Los domingos por la tarde, las diferencias sociales eran más ostensibles todavía

que los demás días. Mientras salía a la calle con sus compañeros, Francesc pensaba que el domingo era el día más triste de la semana.

—Sentiré no poder ayudaros —dijo August irónicamente.

Estaba persuadido de la trascendencia de su experimento.

Su sueño estaba a punto de convertirse en realidad. «¿Es casualidad», reflexionaba, «o es que, para un hombre de carácter, basta desear las cosas con toda el alma?» Solo la limitación del encargo recibido de Gupper enturbiaba algo su satisfacción. En el campo central, el experimento hubiera tenido mayor vuelo. «En pequeño, sí», se consolaba pensando, «pero será un intento único: convertir un campo de concentración nazi en un lugar donde la vida sea posible?»

—¿Cuándo sales?

—Mañana por la tarde, seguramente. Depende de lo que diga la compañía de ferrocarriles.

August se despidió para ir al encuentro de King-kong.

—Muy inteligente y muy activo —admitió Rubio—, y me gustará que las cosas le salgan bien. Si salva unos centenares de vidas, perderán mucha importancia otras historias viejas.

Francesc se sonrió. «Este no conoce la mía», pensó.

En la plaza continuaba el partido, los espectadores mantenían sus entusiasmos y los hambrientos mataban su tiempo en espera de que terminara la diversión. Comprendían, a pesar de todo, que sus protectores, aquellos que guardaban un pedazo de pan en su armario, tenían derecho a celebrar la fiesta semanal con la tranquilidad que da un estómago satisfecho.

En la zona alpina, los días nubosos son siempre invernales, hasta en pleno mes de agosto. Cualquier tormenta de verano, tan efímera en los países marítimos, en uno continental se prolonga hasta cuatro o cinco días por lo menos y el frío se hace sentir con insospechada dureza.

En tales condiciones, el trabajo exterior constituía para los presos una tortura temible. Eran a veces once horas ininterrumpidas de aguantar la

lluvia, de tentarse los hombros y comprobar cómo el agua iba filtrándose a través de la chaqueta y la camisa, para llegar poco a poco hasta los mismos huesos. Los *Kapos,* provistos de impermeables, velaban para que nadie se escabullera en busca de cobijo. Quien lo intentara sin permiso, después de la inevitable paliza, era enviado a la compañía de castigo de la cantera, cuyo trabajo solo podían resistir los más fuertes.

Aquel día no llovía, pero la tormenta de la noche anterior había dejado la acostumbraba secuela de viento y frío. Pronto se le entumecían a uno los dedos, las narices empezaban a destilar y no tardaba en aparecer el dolorcito bajo las orejas, propio de los días duros.

Francesc tenía un buen refugio en el cobertizo de las herramientas. A costa de muchos regalos al *Kapo,* Emili había logrado para su amigo aquella modesta situación de privilegio. Los resultados eran un techo, una estufa, el que unas pocas herramientas estuvieran en orden por todo trabajo y, más que nada, la preparación de la comida para su superior. Por su modo de ser, Francesc sufría pensando en sus compañeros, en los que trabajaban a la intemperie, cogidos a las palas y a los picos, a los martillos de aire, a las vagonetas, a los mazos, o acarreando la piedra empapada de barro. Probablemente antes de llegar la noche volvería a llover y le dolería que alguien le dijese tentándole la espalda:

—¡Se ve que estás enchufado!

Cogió un cubo y salió para ir hasta la bomba. Tenía que descender por una breve pendiente, atravesar un carril, sortear los barracones-talleres y, por un pequeño puente bajo el cual se deslizaba un arroyo, aquel día más crecido que de costumbre, llegar a la carretera principal de la cantera. Al otro lado, al pie de un tajo abandonado, se encontraba el pozo.

El viento soplaba encañonado por el valle artificial creado en el curso de siglos de trabajo. El frío húmedo no desagradaba a Francesc; antes al contrario, excitaba su vitalidad. Cuando una ráfaga se anunciaba desde lejos, la recibía levantando la cara, cerrando los ojos y la boca y dilatando las ventanas de su nariz; el perfume que solía traer de tierras más lejanas era el perfume de la libertad. Por las aberturas de su uniforme, percibía en su

piel la caricia de una voluptuosidad sana. El vigor tanto tiempo reprimido desbordaba los poros de su cuerpo, pero Francesc no sufría por ello. No precisaba de ningún sustitutivo de vida, de ningún mundo artificial, de ninguna parodia de normalidad, como tantos de sus compañeros. Su fortaleza se bastaba a sí misma, y Francesc contemplaba su presente y su porvenir exactamente como ahora aguardaba los asaltos del viento. Sabía conservar sus energías en una asepsia moral absoluta, con la seguridad de que algún día podría emplearlas todas a un tiempo. Francesc vivía, puro, para la venganza.

Una vez que tuvo el cubo lleno, se entretuvo unos instantes más con el juego del viento. Le dolía tener que volver a su chamizo oscuro y destartalado, y al reemprender por fin el camino no pudo reprimir una triste sonrisa pensando que los compañeros envidiaban su suerte.

El paso de la carretera estaba en aquellos momentos interceptado por una columna de judíos transportando grandes piedras. Francesc dejó el cubo en el suelo y esperó que la comitiva terminara de pasar. Pero el SS que conducía el *Kommando* no debía tener excesiva prisa; uno de los desgraciados, exhausto, un cadáver viviente, no podía seguir la marcha de sus compañeros, lo que, al parecer, constituía una diversión para el guardia. Con la cara y el uniforme manchados de sangre y de barro, el judío no lograba sostenerse sobre sus piernas. Como si estuviera borracho, iba de un lado al otro de la carretera, tropezando con sus propios pies y cayéndose como un saco una y otra vez como si en su anhelo de evasión quisiera hundirse en la tierra. El SS le espoleaba con los clavos de sus botas y con el mango de pico que llevaba en las manos.

Francesc no pudo resistirse a la extraña fascinación de la sangre y del dolor, contrastando con las expansiones de vitalidad de unos momentos antes. Fijos los ojos, tensos los músculos, apretaba las mandíbulas, el espectáculo sangrante parecía absorberlo por atracción hipnótica.

El *Kapo* de la columna había ordenado el alto y el SS, excitado hasta el paroxismo, hundía el talón de la bota en la cara roja y enlodada de la

víctima, la cual, inerme sobre el camino, emitía el ronquido inarticulado de los agonizantes.

Cuando Francesc se dio cuenta de la temeridad de permanecer allí plantado, era ya demasiado tarde.

—*¡Españóler!* —le gritó el SS haciéndole signos para que se acercara—. Ven, ven para acá.

Francesc se le acercó. No entendió las palabras del alemán, pero sí lo que le decía.

—No comprendo —intentó como última salida.

Sin levantar el pie de la cara del hebreo, antes al contrario, cargándole el peso de todo su cuerpo cuando el pobre hombre se movía, el guardia repitió las órdenes, acompañándolas de gestos elocuentes. No era posible ninguna escapatoria; repugnándole el recurso de simular idiotez, Francesc optó por echarle cara al SS.

—*No puc fer aix*ò[3] —dijo en catalán.

El tono de su voz y el acento de sus palabras no daban lugar a dudas. Pasada la perplejidad del primer momento, viéndose tan insólitamente desobedecido, el alemán empezó a gritar y a gesticular como un energúmeno. El judío, casi muerto, dejaba de ser interesante; era mucho más divertido el atrevimiento de aquel español que acababa de entrar en escena. Con las manos atrás, inclinando el cuerpo como solían hacer los SS cuando se disponían a pegar, repitió la orden marcando las sílabas con los dientes cerrados. Sus ojos, fijos en los de Francesc, relampagueaban de cólera.

El español permanecía inmóvil y mudo. Pese a la sensación de estar precipitándose a un abismo, no le abandonaba la serenidad de los grandes momentos de su vida. La decisión estaba tomada y, al precio que fuere, no se volvería atrás.

—Si no lo echas al río, vas a ir tú, ¿entiendes?

Iban acudiendo otros SS y algunos *Kapos.* El papel de verdugo tomaba importancia creciente ante tanto testigo. Francesc no parpadeó siquiera al recibir el primer bofetón. El guardia veía tambalearse su prestigio de

golpeador irresistible. Algunos de los presentes empezaron a sonreír, burlones. El segundo golpe fue dado con el puño cerrado y, al observar que la víctima lo había acusado, púsose en marcha como una máquina. Francesc se cubrió con los brazos y, aunque los golpes no le resultaban excesivamente duros, comprendió que la paliza sería grave si no empleaba un recurso que satisficiera la vanidad pugilística del bruto aquel. La estratagema de simular la caída daba en ocasiones buenos resultados, pero Francesc temía que el SS utilizara con él el mango de pico que antes había empleado con el judío. Se decidió: sin dejar de cubrirse con los brazos, dio la vuelta hacia el otro lado de la carretera y se puso de espaldas al arroyo. El guardia, cansado de golpear en vano, se sintió aliviado al observar el movimiento de su víctima. Dejó de golpearla. Por encima del cuerpo acurrucado del español, situado ya al borde del terraplén, había visto el agua turbia del riachuelo. Dobló la cintura hacia atrás y levantó el pie. Francesc sintió el choque brutal en el costado izquierdo y notó que la tierra se deslizaba debajo de sus pies como si fuera una alfombra que alguien estirara desde lejos. El barro del talud cedió también a la presión de sus dedos crispados y el agua le acogió, blanda y helada. Levantóse sobre los guijarros del fondo, resbaladizos e inseguros, y miró por dónde había caído. El SS, desde arriba, se reía como un loco.

Francesc no pudo volver a la barraca de las herramientas. Un *Kapo* lo condujo a la compañía disciplinaria y cursó la «recomendación» que le había hecho el SS. La jornada fue interminable. El viento amigo de la mañana se transformó en hostil durante toda la tarde y, aunque Francesc no paró de trabajar duramente, la humedad le venció. Cuando llegó al campo no podía contener el convulsivo temblor que sacudía su cuerpo y le hacía rechinar los dientes. Emili le trajo ropa seca, le frotó el cuerpo con embrocación y le hizo tomar una aspirina con «café» caliente. De nada sirvió nada. Debajo de las mantas, más tarde, Francesc notaba que una creciente quemazón invadía sus mejillas y agitaba sus sienes, y que visiones extravagantes enturbiaban su pensamiento.

—Debo pasar de los treinta y nueve —se dijo.

Cerraba los ojos con incontenibles ganas de dormir. Dormir horas, días, años enteros. Como si el sueño pudiera calmar el odio infinito que, durante todo el día, había incubado en su corazón.

10

En el *Block* 13 había cambio de ropa interior y Vicenç era uno de los muchos que, desnudos, con la muda sucia en las manos, guardaban cola para recoger la limpia. La operación solía durar dos o tres horas; otro de los muchos tormentos que era necesario soportar en el curso de una semana.

—¿Has visto, Valencia? —observó el compañero que le seguía en la fila —. Tienes los pies hinchados.

—Ya lo sé. Hace tiempo que los tengo así. Es el sol que entra y no se va.

—¡Qué tontería! Lo que tienes ahí es agua y no sol.

—Es como la lluvia. El sol hace la lluvia. Sin sol no llovería nunca—. El vecino no supo qué contestar, pero juzgando que las palabras del Valencia eran solo fantasías de ignorante, se echó a reír. Vicenç se encogió de hombros. ¿Qué iba a ganar explicándolo mejor? Sabía perfectamente lo que le ocurría; había observado que era con el sol cuando más se le hinchaban los tobillos. El sol penetraba a través de la piel reseca y, obrando como si fuera una cuña, abría sus articulaciones. Los días de lluvia, en cambio, le costaba mucho menos levantarse de las piedras donde se sentaba para comer, andaba más ligero y se acostaba por la noche más descansado.

Puso atención a los pies de sus compañeros; no tenía motivos para preocuparse demasiado. La mayoría estaban como él o aún peor. La piel aparecía arrugada en los sitios del cuerpo normalmente más carnosos, desaparecían las nalgas a las que reemplazaba una mancha de piel negruzca, con algo así como un diafragma en el centro, más negro aún.

«Nos sale rabo como a los monos», pensó al fijarse en las vértebras coxales de sus compañeros. Pero el pensamiento no le hizo gracia como en otros tiempos seguramente le hubiese hecho. Tenía mucha prisa por recoger su muda y tumbarse en su parte de colchoneta. La operación se prolongaba más de la cuenta, entre incesantes disputas y abundante reparto de golpes.

Llegó por fin su turno. Cogió las dos piezas limpias bajo el brazo y, sin verlas siquiera, corrió pesadamente hacia el dormitorio. Su cuerpo esquelético se doblaba como una caña quebrada. La cabeza, demasiado pesada, al final del cuello demasiado delgado, parecía arrastrar el cuerpo entero en su desplome. Se sentó en los sacos y pronto tuvo metidas las perneras de los calzoncillos. Vio sus pies asomando y tuvo por un instante la punzante impresión de su exagerada hinchazón. La piel lisa, tersa a causa de la presión del líquido interior, conservaba durante unos segundos, como en bajo relieve, la huella de los dedos que la habían oprimido. El Valencia se entretuvo un rato en la contemplación del fenómeno. Ignoraba si la hinchazón era causa de la fatiga o esta motivaba aquella. Solo sabía que el agua aparecía primero en los pies, subía por las piernas hasta las rodillas y, desde las rodillas, saltaba a las bolsas de los ojos y, a menudo, henchía la cabeza entera. Muchos compañeros entraban en la enfermería al llegar a tal estado y ya no volvían a salir. Movió la cabeza en silencio, se frotó los tobillos con las dos manos y terminó exclamando para sí mismo:

—Estoy listo; tengo un pie en el crematorio.

Se tendió en el jergón y se cubrió con una manta. La posición le aliviaba. Los presos, en su mayoría, iban y venían atareados con sus mudas. Los vecinos de lecho no habían llegado aún. Cerró los ojos, pero el sueño no comparecía. Mitigado en parte su cansancio, despertaba otro dolor, el de su estómago protestando como siempre. Se tragó la saliva y, desesperado, hizo un gesto brusco para taparse la cabeza con la manta. Al cerrar los ojos violentamente para preservarlos del polvo, le pareció que la vida se le escapaba. Cuestión de un instante. Cuando, asustado, asomó de nuevo la cabeza, estaba seguro de haber visto a Eugenia, a Perico, a Vicentet... Hacía mucho tiempo que no pensaba en ellos. Ahora, de pronto y sin saber por qué, aparecía ella con su delantal blanco doblado de una punta, sus vigorosos brazos desnudos hasta el codo, riéndose con sus dientes fuertes y muy blancos; el mayor de los chicos jugaba con el perro mientras el más joven se acurrucaba en las faldas de la madre. Sin terminar de construir su alucinación, Vicenç sintió que le invadía un presentimiento indefinible. ¿Tal

vez los suyos sabían algo de sus pies hinchados, de su hambre, de su agotamiento, del crematorio que a no tardar le recibiría?

Fijó sus ojos en la luz encendida y en los hombres que, desnudos o a medio vestir, iban de acá para allá con sus mudas. Los sacos de paja triturada eran ciertamente incómodos. Se volvió hacia la derecha y, con el movimiento, el cansancio se hizo nuevamente doloroso.

—¡No puedo más! —murmuró.

Hundió la cabeza en el montón de ropa que hacía las veces de almohada y, como víctima de otra alucinación, percibió, nítido, el olor del pan, del pan negro y blando que aquella noche habían distribuido para cenar y que él había devorado en un santiamén. Pero no, no era desvarío. El olor, muy real y próximo, procedía de la ropa que uno de los vecinos, todavía ausente, había dejado en la cabecera de su puesto en la colchoneta. Sin pensar siquiera en lo que hacía, Vicenç alargó su mano por debajo de la manta. El pan estaba allí, efectivamente, con su olor, su tacto, áspera la corteza, blanda la miga.

«Sería robar a un compañero», pensó. Esta vez no sería lo mismo. Aquellos otros panes eran de Popeye, mejor dicho, eran de los presos, algo suyos también. «Sería un crimen», como había dicho August, tiempo atrás. No, no robaría. Acariciaría solo su superficie rugosa... Nada quedaba ya de su angustia de unos momentos antes. El estómago se hacía presente con la secreción de abundante saliva. No existía otra cosa a su alrededor; habíanse desvanecido recuerdos, cansancio, compañeros. En posesión de su secreto, le era dado disponer de todas las voluptuosidades de aquel perfume y de aquel tacto. Era mucho. Nadie sabía nada del éxtasis que le separaba del mundo circundante.

Alguien se acercó para abandonar una muda limpia sobre la colchoneta. Vicenç sintió en la cara el soplo del aire desplazado. Entonces se dio cuenta de que tenía el pan estrechamente protegido entre sus brazos. Con los ojos abiertos, inexpresivos, inmóvil su cuerpo, Vicenç no pensaba en nada. El olor del pan se imponía sobre el hedor de la manta y llegaba a su olfato con irritante exclusividad. No entendió lo que le preguntaba el recién llegado, ni

siquiera advirtió que estaba revolviendo su ropa, las mantas y hasta la colchoneta. El Valencia estrechó el pan con mayor codicia aún y notó que la masa se aplastaba suavemente.

—¿Has visto mi pan? Estoy seguro de haberlo dejado aquí.

Vicenç le miraba con ojos estúpidos, sin contestar.

—¿Has visto mi pan, sí o no? ¡Va, contesta!

—¿El pan? ¿Qué pan? —musitó Vicenç, mientras con un rápido movimiento se ocultaba bajo la manta.

Sorprendido el otro por tan extraña actitud, no supo de momento qué pensar. Solo al observar que su compañero se movía bajo la manta se le hizo más precisa la sospecha. Le destapó de un tirón. Con su boca llena, desorbitados los ojos, desmenuzando su presa con frenesí, Vicenç no se dio cuenta de nada.

—¡Mi pan! —gritó el expoliado—. ¡Ha robado mi pan!

Forcejeando para recuperar lo que era suyo, mientras Vicenç se debatía desesperadamente, continuaba gritando:

—¡Ladrón, mi pan! ¡Ladrón!

Con el alboroto, los presos se levantaban de sus colchonetas y se disponían a contemplar una escena fuerte, quizá más divertidos que apenados; la desgracia ajena podía ser un sedante para la propia. Popeye se presentó y poco le costó enterarse de lo que sucedía. Vicenç continuaba con la boca llena, y por encima de las mantas en desorden, las migajas le acusaban. Al ser sometido a interrogatorio, no le faltó el valor de reconocer su culpa. El nuevo intérprete del *Block,* un alemán que hablaba un castellano harto pintoresco, en lugar de traducir las torpes excusas del valenciano, quiso demostrar su celo ante el *Blockälteste.*

—¡August! —gimió Vicenç, olvidando que su paisano ya no estaba en el campo—. Que venga August.

Excitado por los gritos del intérprete, Popeye se puso asimismo a vociferar. Vicenç, de pie como ante un tribunal, no entendía nada de lo que se le decía, no escuchaba siquiera. Su situación era tan grave, era tan clara su conciencia de tal gravedad, que nada de lo que podía ocurrirle parecía

importarle. No le sorprendió lo más mínimo el estallido metálico sobre su oído izquierdo. La mano de Popeye era dura. Al caer de espaldas sobre la colchoneta su cabeza dio contra el tabique. A los puntapiés de Popeye contestó con lastimeros gemidos, pero el alemán no se ablandó. Le cogió por el cuello del camisón y arrastrándolo por la desigual alfombra de sacos hacia el comedor, lo dejó por fin como si fuera un fardo sobre el pavimento cementado del lavabo. Los otros alemanes del *Block* habían preparado los instrumentos de tortura.

—Desnúdate —ordenó Popeye.

Vicenç no comprendió. Acorralado entre la hilera de lavabos y la pared, se aplastaba como si quisiera filtrarse a través del tabique y con sus ojos aterrorizados miraba alternativamente a uno y otro de sus verdugos.

—¡Desnúdate! ¿Es que eres idiota?

Uno de los alemanes se lo hizo comprender con un gesto brutal. El Valencia se quitó la camisa y los calzoncillos y su cuerpo apareció desnudo con su extremada flacura.

—Ponte bajo la ducha —le gritaron, empujándole al mismo tiempo.

La parihuela del pan —una caja de listones enrejados, suficientemente amplia para contener, encogido, el cuerpo de una persona— fue puesta boca abajo con la víctima aprisionada en su interior. El agua a toda presión, introduciéndose por las hendeduras de la parihuela, azotaba la espalda del torturado. Los alemanes llenaban cubos en los lavabos y proyectaban su contenido a través de los laterales de la jaula. Dolorosa y penetrante, Vicenç no hubiera podido decir si el agua estaba muy fría o muy caliente. Solo se asfixiaba, como si el líquido lo cubriera, denso, pesado, opresor. La sensación era idéntica —lo recordaba bien— a la de un lejano día, siendo aún chiquillo, en que estuvo a punto de perecer en las marismas del pueblo.

Al abrir la boca para aspirar el aire que le faltaba, se le escapó un prolongado gemido que pronto, casi sin transición, se transformó en un chillido que por unos momentos se impuso sobre el ruido del agua y las risotadas de los verdugos. Después, recobrada la respiración, le entró un irreprimible temblor. Su cuerpo se debatía en el interior de la caja, la cual,

demasiado ligera, se desplazaba fácilmente de la vertical del chorro. Los aullidos eran cada vez más atroces. Los ayudantes de Popeye aseguraron con palos la inmovilidad de la parihuela. Muchas veces resbalaban sus puntas y se introducían por el enrejado hasta dar violentamente en la carne de Vicenç. Insensibilizado por el helor, el desgraciado no se daba cuenta siquiera. Era aquel un frío singular, un frío que parecía salir de dentro del cuerpo, un frío que debilitaba su voz hasta reducirla al lloriqueo de un niño. Cada vez era el cuerpo más pequeño y la parihuela más holgada. Por entre los listones solo se percibía una masa informe de carne oscura, sacudida de vez en cuando por los espasmos de la agonía que empezaba.

El Valencia no tenía miedo alguno de la muerte que le tenía abrazado y estrechaba cada vez más su abrazo. El apretón parecía suave, casi una caricia. Era como si el dolor, antes acumulado, se dilatase ahora y se desvaneciese por los poros de la piel. Un dolor piadoso que se esfumaba con el tiempo y la vida. Perdida ya la conciencia de lo que le ocurría, las imágenes de vértigo que cruzaban su mente participaban de aquella misma dulzura.

—¡Eugenia! —dijo.

Cuando Popeye ordenó cerrar el grifo y entre dos de los verdugos quitaron la parihuela, el cuerpo de Vicenç se desplomó sin brusquedad sobre el lado derecho. Todavía respiraba, pero el llanto se había extinguido totalmente. Sobre el pavimento empapado, en el silencio, en la oscuridad, el cuerpo se desovillaba lentamente, adquiriendo la rigidez cadavérica.

Once horas en aquel rincón de almacén eran muchas. En una atmósfera de polvo, de emanaciones de ropa sucia y de dibujos obscenos encima de la mesa; Emili llegaba a envidiar a sus compañeros que trabajaban en el exterior. Desear un cambio de suerte hubiera sido una idiotez, pero en algunos momentos creía necesitarlo. Hasta el dibujo, su pasión de toda la vida, era ahora un suplicio.

Aquella tarde, tenía un libro abierto encima de la lámina pornográfica a medio terminar, pero cuando Werner se acercó sin hacer ruido, sus ojos

habían dejado de prestar atención a la lectura desde hacía largo rato. Su mirada se había extraviado en el césped de los parterres o quién sabe si en los planos verde-gris del barracón de enfrente.

—Estabas en otro lugar, ¿verdad?

Emili se sonrió. Werner era un excelente compañero, un hombre simpático. Su esfuerzo por desgermanizarse halagaba el resentimiento del dibujante contra todo lo que oliera a alemán.

—¿Sabes que me han robado la maleta de los libros? —informó Werner.

—No. ¿Es que hay alguien que sepa leer por aquí?

—Una chanza más de esos idiotas.

Los otros alemanes del *Kommando* odiaban a Werner, quizá porque lo envidiaban por su superioridad de espíritu, por la causticidad de sus réplicas. Que Werner guardara una maleta llena de libros, mientras ellos solo tenían maletas para reservar los mejores trajes de los judíos muertos, les parecía una afectación ridícula y una provocación.

—Te ayudaré a buscarla. La tendrán escondida por ahí.

Werner habló del valor que tenía para él el «tesoro» que le habían quitado, recordó títulos y autores y terminó diciendo que los libros eran totalmente suyos, aunque solo fuese porque «ya los llevaba dentro».

—Te veo alicaído —dijo de pronto—. ¿Es que te pasa algo?

—A mí, no. Mi amigo Francesc tiene una pulmonía.

El alemán contrajo su boca desdentada.

—¿Lo ha visto algún médico de confianza?

—Un compañero español. Él es optimista, pero yo...

—Tú no eres médico.

El dibujante insistió entonces sobre algunos detalles de la aventura desgraciada de su amigo. Werner escuchaba en silencio.

—Lo que más me subleva es lo estúpido del incidente. Si le hubiera caído una piedra encima o hubiera contraído el tifus...

—Estamos en un lugar donde el crimen es consigna patriótica.

—No puedo comprenderlo. Solo siento asco, un asco absoluto.

—El mundo es algo más que este campo de concentración.

—¡Es que ya no puedo más! —estalló Emili—. Ya no puedo más, ¿entiendes? Estoy harto de pintar estas indecencias, contemplando entre tanto cómo los demás van cayendo uno tras otro.

Cogió la lámina que tenía empezada y la rompió furiosamente.

—Me avergüenzo de mí mismo. ¿Por qué tanta injusticia? ¿Por qué no paso yo los mismos peligros que los demás? ¿Por qué me domina el miedo y no soy capaz de decirle al oficial que estas porquerías se las dibuje él?

—¿Qué ibas a ganar con eso?

—Nada, Werner. Y la verdad es que me encuentro bien aquí.

—¡Déjate de tonterías! ¿Es que has olvidado ya tus propósitos de hace unos días? Creo recordar que ibas a organizar algo...

—¡Qué quieres que haga! Francesc solo podía haber hecho mucho más que todos los demás juntos.

—Lo que puedas hacer, poco o mucho, es más importante que esos escrúpulos tontos. Cuando tu amigo pueda levantarse se reirá de ti.

—La gente es apática y egoísta. Nadie cree que valga la pena intentar nada.

—Las condiciones exteriores pueden cambiar.

—Claro que sí, pero antes habrá caído la mayoría de los que estamos aquí.

Werner reconoció que un cambio de suerte en los frentes no dejaba de ser una bella ilusión. En el mejor de los casos, la URSS resistiría el empuje enemigo, pero tendrían que pasar muchos meses antes de que los aliados estuvieran en condiciones de emprender la contraofensiva. La guerra podía durar años todavía, mientras que los presos solo podían aguantar semanas, y no muchas. El alemán quiso mostrarse animoso.

—No creo que tengas razón con tu pesimismo —dijo con mayor lentitud de la acostumbrada y brillándole los ojillos—. Pero si todavía debe caer la mayoría de tus compatriotas, que no sea porque te has cruzado de brazos. Hay que salvar lo que se pueda, y la mejor manera de lograrlo es que cada cual procure ser de los que van a quedar. El egoísmo es la ley del campo, el veneno de nuestra existencia aquí, pero también es el único antídoto de que disponemos. Alguien tiene que quedar para exigir justicia.

Le pareció a Emili que en las palabras del alemán encontraba un eco de la voz de su amigo enfermo. También Francesc hubiera hablado en aquel tono.

Werner añadió, con emoción patente:

—Soy alemán y todo esto me afecta más directamente que a vosotros, los extranjeros. Mira...

Con un gesto rápido se arremangó el faldón delantero de la camisa y mostró un bulto como el puño a la altura de su estómago.

—Cuando la otra guerra —explicó—, a los diecisiete años, un casco de metralla estuvo a punto de matarme. Me quedó este recuerdo. Al entrar en este campo, mientras un par de tipos de esos me pegaba brutalmente, les pedí alguna consideración hacia un mutilado de guerra. Se rieron mucho y me pegaron con más rabia hasta dejarme medio muerto. Yo también quiero estar presente cuando llegue la hora de la justicia, no solo porque he sufrido mucho sino también porque estoy avergonzado. En mis momentos de depresión pienso siempre en la justicia. Hazlo tú en los tuyos. Creo que es un buen consejo.

En el ala izquierda del *Block* 1, al lado de las oficinas del campo, existía una supuesta escuela de canteros que, a pesar de los años que llevaba de existencia, no sabía aún lo que era un alumno. Un día se presentó un *Kommando* de albañiles y empezó el ajetreo. Arrancaron los tabiques divisores, levantaron los suelos y acumularon frente a la entrada apreciables cantidades de cemento, ladrillos y arena. La cosa pasó de extraña a misteriosa. Entre los que se decían enterados había quienes aseguraban que iban a poner allí una ampliación de la enfermería. Otros creían saber que serían celdas de aislamiento para los recién llegados, algunos sostenían que, por su situación, lo más probable era establecer allí un cuerpo de guardia especial contra motines. Un preso alemán que tenía excelentes relaciones con los SS dio la versión más sensacional:

—Esto será una casa de putas.

Nadie lo creyó.

—Menos mal que no has dicho un teatro de ópera.

Sin embargo, la noticia tuvo éxito entre los presos. Todo el mundo lo comentaba, cada uno según su modo de pensar, pero nadie llegaba a creer totalmente en ella. Fueron los detalles observados en la obra los que paulatinamente la hicieron más verosímil, y cuando un día por la mañana fueron descargados de un camión diez lavabos y diez bidets, ya nadie dudó de la veracidad de la versión.

Para los hambrientos, hubiera tenido mucha más importancia la descarga de diez calderas para la cocina y, naturalmente, pocos entre ellos se mostraron interesados por la innovación. Para los privilegiados, en cambio, la noticia tuvo la trascendencia de una verdadera revolución. Hubo entusiasmos y reprobaciones, cálculos sobre la capacidad viril en un régimen como el del campo y comentarios para todos los gustos. Algún imbécil llegó a decir que, con aquella medida, los alemanes «humanizaban» sus procedimientos penitenciarios.

Unos días más tarde y después de cenar, Emili estaba tumbado en su cama, esforzándose en ahogar su malhumor. Una aparatosa tormenta se había desencadenado poco antes y el agua, proyectada por el fuerte viento, tamborileaba en el cartón embreado del techo, a pocos palmos de su cabeza. Al otro lado de la fila de armarios, sentados alrededor de las mesas, muchos de sus compañeros de *Block* estaban comiendo y charlando. El tema general era la inauguración del burdel, que había tenido lugar la tarde anterior. Emili reconoció la voz de Ernesto. Él no había ido personalmente porque a los españoles no les estaba permitido, pero el *Kapo* de «las patatas», su amigo, había sido uno de los primeros que habían saboreado el abrazo del «amor» oficial y le había contado la singular experiencia con todo lujo de detalles.

Según Ernesto, bastante antes de la hora señalada, el *Kapo* se había afeitado, duchado, perfumado y vestido con el mayor esmero y, al sonar en el campo la llamada discreta: «Los que hayan pedido relaciones, ¡a formar!», con la misma alegría del estudiante que va en busca de su novia se había presentado en la barraca especial. Allí se habían reunido unos

cuarenta presos, alemanes la mayoría, polacos unos pocos, esperando turno disciplinadamente.

Ernesto contaba que cada cliente iba provisto de un *ticket* «personal e intransferible» con la firma del SS encargado y un número muy visible que no pasaba nunca del diez. Exactamente como si se tratara de una lotería. Cada una de las diez mujeres de la casa, como todos los seres vivos de Alemania, animales incluidos (las aves de corral lo llevaban atado a las patas), disfrutaba del privilegio nazi de tener un número propio. En el caso presente, el número de la mujer coincidía con el de la habitación de «trabajo». En contra de la costumbre, los clientes no podían escoger; el SS organizador repartía los números al azar, procurando solo igualar el trabajo de cada mujer. Cuatro hombres diarios para cada una y quince minutos para cada hombre. Total, una hora diaria de trabajo, dos marcos de ganancia y garantía absoluta contra las grandes pasiones amorosas. Para pedir «relaciones» era necesario firmar por cincuenta *pfennigs* en la hoja de cuenta corriente de la cantina. La cantina vendía amor a dos reales la pieza, y quien no tuviera dinero...

Antes de entrar en la habitación que la suerte destinaba a cada uno, era preciso pasar por un saloncito de espera, dispuesto con relativa coquetería, donde un enfermero examinaba el estado de salud de los concurrentes, pero como el espacio era muy reducido, la cola se formaba en la calle. Al llegar el invierno, el sistema tendría muy poco de afrodisíaco.

—¿Qué número te ha tocado?

—La siete. Pero no me ha tocado aún.

—La gitana joven. Mucha carne para mis gustos. Ya me dirás qué tal te ha ido.

—¡Lo mismo da! Aquí no se admiten reclamaciones. ¿Cuál es la tuya?

—La dos, la polaca rubia. Está bien y parece simpática. La he visto asomada al ventanuco.

—¡Mejor, chico! La ilusión hace milagros.

A un extremo del pasillo se abría una puerta y salía el cliente recién servido. A mano izquierda se alineaban las habitaciones numeradas. Una

mujer mayor voceaba el número vacante.

—El siete... He dicho el siete.

El primero de la fila que llevaba un siete marcado en su papeleta se dirigía a la puerta del mismo número. Lo primero con que tropezaban sus ojos era una mirilla que, desde el pasillo, permitía ver lo que pasaba en el interior de la habitación. ¡Buen estímulo!

—Mucho cuidado —recomendaba la mujer, de entrada—. Las fantasías están todas prohibidas; se pagan con la compañía de castigo.

Si después de tantos tropiezos la imaginación tenía fuerza bastante para crear un clima propicio, lo cual era mucho pedir, todo el encanto se desvanecía de golpe cuando alguien llamaba a la puerta y decía severamente:

—Han pasado los quince minutos.

O aún peor, cuando en determinados casos de entusiasmo heroico entraba de pronto el vigilante SS con un bloc de notas y un lápiz y gritaba con indignación puritana:

—Dame tu número, cerdo. Mañana transportarás piedras.

Ernesto contaba su historia entre las risotadas de sus oyentes. La atmósfera era pesada, como si la tormenta exterior hubiese puesto un acento enfermizo en la falsa alegría de aquellos hombres. Emili, desde su cama, cansado de tanta broma de dudoso gusto, no había podido conciliar el sueño.

—Es raro que el *Kapo* de «las patatas» haya ido —observó uno de los contertulios—. Tenía entendido que las mujeres no eran su debilidad.

—¿Por qué no se lo preguntas a Ernesto?

La algazara fue general. El muchacho intentó defenderse, pero las risas y las chanzas de los demás no le dejaban hablar.

—¿Y tú, Ernesto, vas a ir cuando se lo permitan a los españoles?

—¡Imbéciles!

—No te vayas, hombre, no te vayas aún.

El vocerío obligó al *Blockälteste* a pedir silencio. La conversación continuó algo más sosegada. A la pregunta de alguien sobre la procedencia

de las mujeres, otro explicó que eran internadas de un campo de mujeres que habían venido organizadas en *Kommando* de trabajo.

—Parece ser que les han prometido la libertad cuando lleven medio año así.

—¡Están apañadas! Cuando hayan transcurrido los seis meses, les dirán que al cabo de otro medio año se lo tendrán en cuenta.

—Al fin y al cabo son voluntarias.

—¡Voluntarias! En un campo como este es fácil encontrar voluntarios para todo, hasta para ir al diablo. Yo las compadezco, como también compadezco a esos muchachos que aquí para comer...

Le interrumpieron las protestas. Uno que todavía no había dicho nada intervino:

—Los alemanes se proponen terminar con el homosexualismo. En algunas cosas son revolucionarios de verdad. En ningún otro país del mundo sería posible una medida como esta, quiero decir los países capitalistas... Los prejuicios religiosos...

Emili no pudo aguantar más. Se incorporó en su cama y, asomando por encima de los armarios que lo separaban de la tertulia, estalló como uno de los truenos que se oían de vez en cuando:

—¿Queréis callaros? ¿Queréis terminar con vuestras estupideces? Os estáis divirtiendo como cerdos en un corral. De entre todas las vergüenzas que hemos tenido que soportar esta es la peor, la más humillante. Ahora resulta que los alemanes son revolucionarios. Después que asesinan a miles de hombres dignos, aprobáis que intenten embrutecer el espíritu de los que quedamos todavía. Dejad estas conversaciones para los bandidos alemanes y callaos de una vez.

Desapareció de su mirador y se estiró otra vez en su cama. Entre los concurrentes se produjo un momento de sorpresa, pero pronto se reanudó la conversación aunque sin elevar la voz. Emili, entre tanto, se sentía un poco ridículo por la inutilidad de su gesto.

11

Cuando el dibujante entró aquella tarde en la enfermería, se preguntaba por el origen de la cohibición que experimentaba cada vez que iba a visitar a Francesc. Era evidente que, con la pérdida de la corpulencia, de la jovialidad innata y de la inquietud propia del vigor físico y moral de su amigo, se había alterado la índole de la amistad que les unía. Acostumbrado Emili a apoyarse siempre en la fuerza personal que emanaba Francesc, se extrañaba de que ahora fuese este quien necesitara la suya. De tal inversión de papeles procedía sin duda esa sensación de estar andando sobre un terreno falso, la dificultad de encontrar temas de conversación y el esfuerzo de mostrarse siempre con el aplomo que le faltaba.

Aquella tarde tenía tema dispuesto, y la perspectiva de una entrevista llana y agradable para ambos le había dado alas hasta la enfermería. Solo el encuentro del aire viciado del lugar frenó su contento, dándole la desagradable impresión de las otras veces. Algunos enfermos, casi desnudos, arrastraban por el comedor del *Block* sus cuerpos esqueléticos y su piel cadavérica. Las cabezas al rape, desproporcionadas en relación con los cuerpos, hacían pensar en los dibujos esquemáticos de los niños. El hedor de las llagas y de los desinfectantes llegaba a oleadas, procedente del dormitorio. Los enfermeros alemanes achuchaban y empujaban a los enfermos que remoloneaban en el comedor y les obligaban a volver a sus camas.

El médico español le salió al paso y le dio la mano. Era joven, parecía competente y tenía fama de aliviar en lo que podía las penalidades de los enfermos. Emili le estaba agradecido por las atenciones dispensadas a su amigo.

—¿Cómo está?

—Igual, con la fiebre de siempre. No come casi nada.

Ante el silencio del dibujante, añadió:

—Empiezo a estar preocupado por él. Ya sabes, una pulmonía aquí trae muy malas consecuencias.

—Quieres decir que...

—No sé. —El médico dudó unos instantes—. Esta misma tarde le han hecho una radioscopia.

Emili le interrogó con la mirada. Empuñó con fuerza la pechera de la bata blanca con un gesto de defensa, quizá para detener el golpe que presentía que iba a recibir. La sentencia estaba escrita; ¿hacía falta que el médico la pronunciara? ¿Por qué la realidad no se sometía al conjuro de su voluntad? ¿Por qué no era más compasiva con los desvalidos? ¿Por qué les abandonaba Dios?

—El pulmón izquierdo —declaró el médico—; la lesión es importante.

El dibujante tuvo necesidad de hallar un culpable al cual hacer un reproche inútil.

—Me dijiste que no tenía importancia. Tú ya lo sabías...

—De nada hubiera servido decirte la verdad. Hoy el diagnóstico es ya oficial. Quiero decir que el peligro es mucho mayor. Me entiendes, supongo.

—¿Se puede hacer algo?

—No. A la larga, no. Por mi parte intentaré aplazar el final. —Y añadió al cabo de un instante—: ¿Quieres verle?

Emili hizo un signo negativo con la cabeza. Se dirigió hacia la puerta como aturdido. Algo en su interior le apretaba la garganta y le relajaba las piernas.

—Haré todo lo posible —repitió el médico.

—Esta carta te interesará.

—¿De quién es? —preguntó Emili.

—De un amigo que salió con August.

El dibujante cogió la carta que Rubio le ofrecía y empezó a leerla.

«Después de tantos meses ahí, entrar en un campo como este da un poco la impresión de un primer paso hacia la libertad. Ahí la situación del campo

era dominante; aquí es dominada. Más cercanos a los Alpes, los montes son bastante más abruptos y no solo aprisionan al río que pasa al pie del rellano que ocupamos, sino también nos aprisionan a nosotros que hemos venido a hacer un embalse. Son barreras, igualmente, pero seguramente más tolerables que las que sufrís vosotros. Ya no vemos los grises de la piedra labrada, sino los verdes tostados del otoño. El campo es diminuto, sin corriente en la alambrada, y entre todos no llegamos a los doscientos. Nuestra misión es preparar el trabajo para más adelante. Cuando la obra empiece de verdad, hará falta mucha más gente y creo que para los españoles será este un lugar relativamente seguro. Aparte de los dos alemanes que están de cocineros, todos los demás hablamos una misma lengua. Y nos llevamos bien.

»Todos hemos comprendido, como por instinto, la necesidad de obedecer, de trabajar y de llevar una vida al gusto de los que nos tienen presos, y no creo que, por ahora, August se encuentre con más dificultades de las normales. Es el momento de imponer su autoridad frente a la rutina de los teutones. Si lo consigue, es muy probable que todo marche como una seda. August me tiene a mí entre sus colaboradores —vete a saber por qué— y ocupo el lugar del *Blockälteste,* aunque aquí no es como entre vosotros; aquí los que tenemos cargos en el campo trabajamos en la obra como los demás. La comida no es tan mala como en el campo principal y se reparte con estricta igualdad. Si sobra algo, se reparte entre los más decaídos. También hay más justicia en los servicios, que se hacen por turno riguroso y solo quedan exentos de ellos los enfermos y los que tienen ya una función fija en el interior del campo. El comercio entre presos ha sido abolido, y los sastres, zapateros, barberos, etcétera, hacen sus servicios desinteresadamente y no como ahí, a cambio de comida o cigarrillos. Hay camaradería de verdad, no se habla de política, se previenen las desviaciones y se puede decir que la austeridad de nuestra existencia aquí y las ocupaciones constantes hacen más necesario el descanso que matar el tiempo en tonterías. Todos hemos comprendido que en este campo se está haciendo un experimento que puede representar la salvación de muchos

hombres. A los alemanes —dice August— hay que convencerles con resultados. Acostumbrados a la violencia, no acaban de comprender que con mayor humanidad en el trato sacarán más partido de nuestro esfuerzo. Es para vencer esta incomprensión que August tiene a veces necesidad de organizar representaciones disciplinarias en la plaza de los recuentos. Entonces vocea mucho, gesticula más aún, reparte algún bofetón y por una nadería te pone de cara a la alambrada durante un par de horas. Si no lo hiciese así, probablemente los SS le reprocharían debilidad y seguramente el preso alemán que le sustituyera ya no haría teatro. La gente comprende y acepta tales espectáculos con humor. Yo que, como sabes, discrepo de August en tantas cosas, no puedo por menos de...»

—Lo que viene ahora ya no tiene interés general —dijo Rubio.

Emili le devolvió la carta. Preguntó sonriéndose:

—¿Es muy amigo tuyo este que te escribe?

—Sí, ¿por qué?

—Tu amigo no hará carrera. Los fiscales no pueden ser sentimentales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Un hombre sincero, demasiado sincero.

Y para no dar nuevas explicaciones, añadió rápidamente:

—Por lo que parece, August ha andado más trecho que nosotros. Está demostrando que sabía adónde iba...

—Su experimento es bueno, pero modesto. De eso a tener el control de todo el grupo español...

—Un primer paso.

—No te hagas muchas ilusiones. Los alemanes no nos van a dejar el paso libre. ¿Conoces a Metzinger?

—Sí. Viene a menudo al almacén. A mangar, ya puedes suponerlo.

—Nos tiene declarada la guerra. Mientras esté en ese puesto, no lograremos nada práctico.

—¿Tú crees que puede caer?

—En el campo suceden las cosas contra toda lógica —dijo Rubio con aire ladino—. También yo tengo mis planes.

La carta de contestación terminaba así:

«Si tu próxima información tiene el tono de la recibida y solo puedo enseñarla a nuestros enemigos para convencerles de la candidez angelical que, a juzgar por lo que escribes, nos anima, consideraré que tus servicios no me interesan.»

Le pareció demasiado dura. Rompió la hoja de papel y escribió:

«Espero que tu próxima carta tendrá más interés, ya que la que ahora contesto solo ha servido para demostrar a nuestros oponentes que también sabemos valorar las cosas buenas de los demás. Con saludos... Destruye estas hojas cuando las hayas leído.»

Rubio se levantó de la cama y se metió la carta en el bolsillo. «Que uno deba exponerse escribiendo estas cosas», pensó. Se sonrió levemente y salió a tomar el fresco, pero al llegar a la calle recordó que todavía le quedaba algo por hacer. Una tarea enojosa. Era posible que una entrevista con Ernesto resultara difícil, quizá hasta violenta. Al muchacho se le habían subido los humos a la cabeza y la amoralidad del campo había encontrado en su falta de escrúpulos un excelente medio de cultivo.

Debía reconocer que con Ernesto había equivocado la táctica. Un caso frecuente: poca hombría, ninguna disposición a soportar privaciones y escasísima vergüenza. Añadiendo a esto la evidente disposición para el estudio de la lengua alemana, la desviación había hallado expedito el camino. Con unas cuantas sonrisas bien distribuidas entre los alemanes privilegiados y una vez pasadas las primeras repugnancias, el premio ya no se hacía esperar. Rubio se culpó de haber puesto poca atención en este asunto y se dispuso a llevar con el mayor cuidado la labor de recuperar a su protegido y correligionario.

Llegado al umbral de la cocina, contempló unos segundos los movimientos de un grupo de presos, los más jóvenes del *Kommando,* escogidos todos según los gustos de Ernesto, que enjuagaban los termos del mediodía alrededor de los lavaderos. La primera impresión fue de molestia. El bullicio que allí reinaba era equívoco. Pidió a uno de los muchachos que

avisara a Ernesto. Unos minutos de espera. Al presentarse, el intérprete no pudo reprimir una mueca de disgusto.

—Perdona que no te reciba en mi despacho —dijo enfáticamente—, pero es que tengo pocos minutos. El *Kapo* me espera abajo para hacer una relación. —Y añadió con volubilidad—: Los apellidos españoles le parecen japoneses.

—Celebro que tengas despacho y nombres españoles por relacionar —dijo Rubio con ironía—. No te molestaré mucho rato.

Y empezó su asalto con el obligado «Supongo que no te enfadaste cuando, hace unos días...». Habló luego de la amistad en los términos más generosos y terminó pidiendo ayuda para un viejo camarada que acababa de llegar al campo, gravemente enfermo.

—¡Ya está! —gruñó Ernesto—. Qué pronto arregláis las cosas, vosotros. No basta tener voluntad para ayudar a los demás. Hace falta poder hacerlo. Yo tengo muchos compromisos... No sé cómo apañarme... Y ahora llegas tú... No puedo, créeme, no puedo.

Era una resistencia sin fuerza, la de Ernesto, y Rubio consideró que había acertado planteando la cuestión en aquel momento. Hacía falta insistir, persuadir.

—Un esfuerzo más —dijo con voz envolvente—. El caso lo merece; un militante de los viejos, de los buenos. Lo conozco hace muchos años. También tu hermano lo conocía...

—Lo haría —contestó Ernesto—, pero estoy abusando mucho y me expongo a que cualquier día me llamen la atención y se termine todo. No, no puede ser.

—Nos consta que tu labor es meritoria —aseguró Rubio con sonrisa encantadora—. En el campo se habla mucho de ti, y hasta he oído rumores que no sé si responden a la realidad, pero que...

—¿Rumores? ¿Otra vez te han soplado en los oídos?

—No, no. Es un rumor... favorable, este.

Y casi al oído de su joven camarada, añadió:

—Se dice si van a encargarte la dirección de un *Kommando* como el de August. Tú sabrás lo que hay de verdad...

El intérprete sintió su sangre afluyéndole al cerebro. Sus piernas se le aflojaron.

—No sé nada —confesó con escasa voz—, y no quisiera que... Es mucha responsabilidad...

Rubio prosiguió con su asalto:

—Hombres como tú son los que nos hacen falta aquí. Amistad aparte, creo que la elección sería acertada.

El barbero estaba divirtiéndose como pocas veces. Prescindiendo de los resultados, la mentira conducía la situación hasta lo grotesco. «¡Pobre Ernesto!», pensó.

—Es posible que lo sepa yo antes que nadie más —dijo con aire cómplice —. Ya sabes que no me faltan medios de información. Sin contar con Gupper, que me tiene mucha confianza... Y nosotros mismos, con nuestros resortes, que... En fin, ya me entiendes.

Los chicos que limpiaban termos armaban más jolgorio que antes. Procedente del subterráneo llegaba el olor agrio de las patatas en fermentación. Los cocineros con delantal blanco iban y venían preparándose para salir. Rubio dejó caer sus palabras con delicadeza:

—Te mandaré al camarada de quien te he hablado. A tu *Block,* ¿no? Se llama Fuentes.

Y antes de que Ernesto tuviera ocasión de oponer más reparos, se apresuró a despedirse.

—Ya te he entretenido bastante. No olvidaré el asunto del que te he hablado. Hasta la vista.

Ernesto hizo un último cumplido:

—¡Oye, tú! Yo estoy muy bien aquí...

Rubio estaba ya en el portal y se limitó a sonreír. Pensaba que la vanidad humana es arma política de primera calidad y que, en conjunto, la tarde había resultado provechosa.

Hans Gupper se presentó a la formación de la tarde y, antes de romper filas, pidió que se presentaran los presos conocedores del ruso. Entre unos pocos alemanes y bastantes polacos que se presentaron, escogió a los que tenían el aspecto más patibulario. Una segunda llamada fue dirigida a la compañía disciplinaria, e idéntico criterio presidió una segunda selección. Con los escogidos puestos a un lado, esperó la llegada de un SS cargado de cachivaches. Uno de los seleccionados se desnudó para vestirse enseguida con la ropa traída por el guardia. Se puso una chaqueta azul marino y un pantalón encarnado, guarnecido todo con ribetes y entorchados amarillos; se tocó luego con un casco de la primera guerra, pintado de esmalte blanco y culminado por una punta bismarckiana, y empuñó un sable de caballería de dimensiones descomunales. Los SS se reían a mandíbula batiente. Solo faltaban los últimos retoques, tales como el calzado, el cinturón, el ajuste del traje, pero estos eran detalles sin importancia que se resolverían sobre la marcha. Gupper pareció satisfecho de sus conocimientos en materia de indumentaria. ¿Es que podía encontrar otro uniforme más adecuado para un cuerpo de policía interior? La ropa procedía de la guardia real yugoslava y seguramente los rusos, cuya llegada era inminente, y a quienes iba destinada la policía en formación, encontrarían maravilloso el espectáculo de aquellos guardias tan vistosos.

Cierto que el campo no era de prisioneros de guerra sino de presos políticos y comunes y que las leyes internacionales... Con buena voluntad, existen soluciones para todo. Con separar una fila de barracones por medio de una alambrada y poner un rótulo que rezara «Campo de Trabajo para Prisioneros de Guerra» sobre la puerta de paso, todo iba a quedar dentro del orden más estricto. Gupper era hombre de muchos recursos.

A los pocos días, durante una mañana ventosa de octubre, tuvo lugar la más importante recepción en la historia del campo. Iban a llegar dos mil rusos. La llegada estaba prevista para las diez, pero mucho rato antes habían sido tomadas las más insólitas precauciones. Refuerzo de la guardia exterior, prohibición de paso por la plaza de formaciones, movilización de los *Blockältester*... ¿Dos mil rusos o dos mil fieras?

Pasaban unos pocos minutos de la hora señalada, cuando desde la puerta pudo distinguirse una gran mancha oscura, rojiza, que serpenteaba carretera arriba. Un poco más tarde empezaba a entrar en el campo la compañía de conducción, armada con metralletas y granadas de mano. Los «*húsares»* de la policía especial hicieron entonces su aparición de opereta y se dispusieron a lograr las alineaciones convenientes en la columna de los prisioneros. Los «monstruos» iban colándose lentamente por la entrada «china»; ninguno de ellos llegaba a pesar cincuenta kilos. Con cara de hambre, sucios, medio desnudos, descalzos la gran mayoría, temblaban como azogados cada vez que el viento se filtraba por las calles del campo. Los SS se reían, satisfechos, felices, ante el desastre.

—¡Vaya ejército! —exclamaba Gupper sarcástico—. No es de extrañar que avancemos tan aprisa.

Era la primera vez que veía rusos.

A pesar de su casi total desnudez, la operación de quitarles la poca ropa que llevaban se prolongó lo bastante para que algunos cayeran exhaustos. Se desnudaban por grupos, dejaban todos sus enseres en un gran montón, descendían a las duchas de agua caliente, y, sin secarse, todavía desnudos, salían de nuevo a la calle, desde donde eran conducidos a los barracones de su campo «especial». Y desnudos permanecieron tres o cuatro días más, en espera de que se les distribuyera la misma ropa que habían traído —mezclada, claro está—, limpia y desinfectada, puesto que siendo prisioneros de guerra no podían ponerse el uniforme a rayas. Las leyes internacionales... ¡Cuatro días desnudos, formando en la calle la mayor parte del tiempo! Muchos no pudieron esperar tanto.

Los facinerosos de la policía interior tuvieron sobrada ocasión de lucir el uniforme y la ferocidad que los distinguía. El sable anacrónico fue sustituido por el tubo de goma relleno de arena: un símbolo. En el recinto de cinco barracones reinaron durante el invierno entero el frío, el hambre, el terror y la muerte.

La llegada de los rusos abrió el camino a innumerables deportados de los países del este y sudeste europeo: más rusos, grupos de yugoslavos, de

checos, y también de judíos de todas las procedencias posibles. Emili, por su trabajo, tuvo que presenciar el interminable rosario de aquellas recepciones sangrientas. De la llegada de un grupo de checos, principalmente, guardaría para siempre un recuerdo tenebroso.

Una noche de otoño, probablemente dulce para quienes vivían al otro lado de la alambrada, entró aquel centenar de condenados, entre ellos unos veinte judíos. La plazuela donde tenía lugar el cambio de ropa estaba situada en un ángulo del muro que cerraba el campo a uno de los dos lados de la puerta «china». Los reflectores, distribuidos regularmente a lo largo de la pared, dirigían sus luces sobre el pavimento pulido y daban a la escena un brillo alucinante. Por encima de las cabezas pesaba la bóveda infinita de la noche, mientras la luz parecía deslizarse por el suelo. Los personajes, rayados unos, verde gris otros, de color indefinido los recién llegados, se movían todos duramente iluminados como ante las candilejas, iban de un lado a otro sin causa aparente. Sus voces parecían temer al silencio y, al mismo tiempo, lamentar el eco. Los checos permanecían alineados para pasar ante las mesas donde dejarían todo cuanto llevaban y darían los datos de la primera filiación. Los judíos iban detrás.

—¡Desnudaos! ¡A desnudarse todo el mundo! —ordenó el oficial.

Y para dar prisa se aproximó a la fila y empezó a repartir puntapiés y puñetazos.

Gupper llegó seguido de su Estado Mayor. Los componentes del grupo venían alegres, animados, con las caras congestionadas y vacilante el paso: se levantaban de la mesa donde habían celebrado una victoria de sus tropas. La embriaguez aumentaba su peligrosidad. Werner había dicho en cierta ocasión que, dada la facilidad de los alemanes en encontrar sustitutivos, los SS sabían transformar el vino en sangre y la sangre en vino.

La primera visita de las jerarquías del campo fue para los judíos. El procedimiento de los interrogatorios de capricho, que siempre daba lugar al reparto de golpes, tomó aquella noche, a través de los vapores de la cena, las proporciones de una orgía de sangre.

Hans Gupper se aproximó a la mesa donde el primero de la fila, desnudo y tiritando, contestaba a las preguntas del empleado que llenaba las fichas.

—¿Qué eres?

—Checo, señor.

—Llámame *Obersturmführer,* ¿oyes? ¿Eres judío?

—No, señor.

—¿Es que no me has entendido, cerdo?

—Sí, *Obersturmführer.*

—¿Qué has hecho?

—No lo sé, *Obersturmführer.*

—¿Que no lo sabes? Espera, que voy a refrescar tu memoria. ¡A calentarla, mejor dicho!

De un puñetazo en la barbilla, el checo cayó de espaldas contra el muro. Se levantó aturdido y con los ojos desorbitados. Con el revés de la mano se frotaba el lugar dolorido.

—¡Comunista! —vociferaba el comandante—. ¡Un perro comunista, eres tú! De los que asesinan por la espalda a nuestros soldados. ¡Comunista, criminal, saboteador!

Se lanzó como una fiera sobre su presa; pegaba ciego, tambaleándose a causa de su embriaguez, en el paroxismo de la furia. El checo se protegía como podía, negando una y otra vez que fuera comunista. A la vista de la sangre que brotaba de la nariz y de la boca del desgraciado, la ira de Gupper pareció encenderse más aún. Dio un paso en falso y su corpachón rodó por los suelos.

—¡Marrano comunista! —imprecaba al levantarse—. ¡Vas a saber lo que hago yo con los cerdos como tú! ¡Levántate!, ¿oyes?

Hundió su bota claveteada en la carne del checo.

—¡Dadme un látigo! —ordenó.

Los otros SS habían seguido el ejemplo de su superior y cada uno de ellos había escogido a su víctima. Los alaridos de dolor, los insultos, los chasquidos de los golpes, resonaban entre los muros como una provocación al silencio de la noche que los cubría. La luz daba relieve a la monstruosa

deformación de cuerpos y objetos. Sobrecogido de horror, Emili observaba cuanto le rodeaba como inmerso en una pesadilla. La luz refleja que procedía del pavimento proyectaba las sombras en la inmensa bóveda de la noche.

Cuando Gupper obtuvo el vergajo, el checo había logrado arrinconarse en el ángulo del muro, hecho un ovillo y sollozando como un niño.

El desorden en la plazuela era impresionante. Cuerpos desnudos, muertos o agonizando, se mezclaban con las ropas desparramadas y las maletas despanzurradas. La sangre formaba charcos negruzcos. En su locura los SS terminaban con una víctima y empezaban con otra, y probablemente el exterminio habría sido total, si el propio Gupper, agotado por el esfuerzo, no hubiera ordenado el alto. Contra los checos no tenía otra orden que la de internarlos en el campo, y con la matanza se exponía a las repulsas de la superioridad. La operación del reparto de uniformes empezó, larga y difícil. Los SS no podían abandonar de repente la partida empezada con tantos bríos. Procurando no rebasar la medida normalmente admitida en el trato a los enemigos del Reich, se situaron en dos filas, cada uno de ellos con su látigo, formando una especie de «tubo de la risa», por cuyo interior debían pasar los recién llegados. El juego consistía en dar con el nervio de buey en los ojos o en las partes de los que pasaban. Cuando los desgraciados, locos de espanto, llegaban a la boca de la escalera que conducía a las duchas subterráneas, uno de los verdugos, apostado adrede, los empujaba con el pie o les hacía la zancadilla para que rodaran por los escalones. Otros SS esperaban en la sala de las duchas, provistos de mangueras de agua caliente a toda presión. Una buena parte de los que habían escapado antes morían reventados cuando se les obligaba a abrir la boca...

Ya de madrugada, al tenderse en la cama, era un mundo de pesadilla el que le negaba a Emili el consuelo del sueño. Un mundo de espectros sangrientos se movía inclemente bajo sus párpados cerrados, entre un silencio más impresionante aún que los gritos de terror de un rato antes. Los movimientos de bocas, de ojos, de piernas y brazos, en este momento en que solo se oía la respiración sosegada de sus compañeros dormidos,

tomaban un sentido tanto más angustioso cuanto más absurdo. El gesto sin la compañía de la palabra lograba una plasticidad corrosiva y trágica, y la fascinación de la sangre convertía en ridículo el esfuerzo de su protesta íntima. Todo el mundo dormía a su alrededor, y se encontraba muy solo sosteniendo sin ayuda alguna el peso de tantos muertos. Él era el único que percibía el acre olor de los charcos viscosos, solo él podía dar a cada gesto de los sacrificados el grito que le correspondía. Su cerebro intentaba en vano yuxtaponer las impresiones visuales y auditivas que bullían en su fresco recuerdo. Se sentía desbordado por la erupción irrefrenable de la crueldad. Le había sido hecha la revelación más dolorosa de su vida: acababa de sentir en sus entrañas el vergajazo de la sangre caliente, cosa de un breve instante, como un rayo encendiendo el explosivo de la bestialidad humana, pronto a estallar cuando el espíritu cae vencido. Aquella noche no lograría conciliar el sueño, no podría liberarse de las invisibles ataduras que le unían a unos cuerpos desnudos, tibios y ensangrentados. También él era un despojo de aquel naufragio. No se sentía culpable, de nada podía avergonzarse. Solo sufría.

De aquella noche y de muchas otras que conocería, presididas por idéntica locura, no podría extraer un rumbo definido hasta que la sangre que había manchado las rayas de su uniforme se hubiera secado. Quizá entonces podría pensar en la justicia.

La «revista de piojos» era una búsqueda minuciosa de toda clase de parásitos por los pliegues y costuras de la ropa y por las regiones velludas de los cuerpos. Un par de veces por semana, el *Blockälteste* colocaba un taburete a la entrada del dormitorio para que sus administrados, uno a uno, subiéndose a él, le fueran mostrando sus intimidades más recónditas. Mientras uno de los ayudantes repasaba camisas y calzoncillos, el propio *Blockälteste,* con la ayuda de una potente luz y de una espátula, buscaba afanosamente el animalillo o las liendres que justificarían sus brutalidades.

Con las ventanas cerradas, el aire del comedor era turbio y maloliente. Emili contemplaba la escena desde su cama y recordaba unas palabras de su

amigo Werner sobre el desequilibrio resultante de considerar en plano desigual los dos elementos básicos de la personalidad humana: cuerpo y espíritu.

—Nosotros, los alemanes —había dicho su compañero de *Kommando*—, estamos convirtiendo ese desequilibrio en ideal. Hacemos de la naturaleza, del cuerpo, de la salud, de la fuerza física, los más altos hitos de la perfección humana. Y lo cierto es que, como todos los materialistas, pecamos de ingenuidad. No nos damos cuenta de que el mundo, con nosotros al frente, va hacia una nueva Edad Media, aunque de signo contrario. El espíritu es un estorbo ahora, y concedemos al cuerpo el culto exclusivo y pernicioso que durante la Edad Media se concedía al alma. Hablamos de raza, practicamos la eutanasia, hacemos deporte idiotizante, menospreciamos a los viejos, implantamos el castigo corporal como profilaxis social, ponemos al cuartel por encima de la familia, es decir, en nombre de la colectividad aplastamos al individuo y hasta llega a parecernos que el nudismo es un extraordinario descubrimiento científico del siglo. ¡Cuánta estupidez! Adán y Eva ya se dieron cuenta de que esto de andar desnudo por el mundo era una bobada.

Las escenas a que daba lugar la «revista de piojos» ilustraban elocuentemente las palabras de Werner. En aquel mismo instante, un muchacho acababa de subir al taburete y su desnudez era examinada por todos lados. El *Blockälteste* le rozó con la bombilla el punto más sensible de la piel masculina, y se rio estentóreamente ante el movimiento defensivo del muchacho.

—Estás muy gordo, amigo —dijo, insinuante—. Debes requisar mucho.

Con la mano libre le tentaba el pecho y los flancos, entre las risitas equívocas de los alemanes presentes. «No tardará en recibir buenas proposiciones», pensó Emili con asco.

El culto al cuerpo y a la fuerza física desembocaba en esto.

La juventud alemana pasaba de la escuela pagana al campo de formación paramilitar. Iban luego al cuartel y terminaban en los campos de batalla. Siempre en vida común de hombres solos, considerando a las mujeres como

máquinas productoras de hijos para la patria, y haciendo del ejercicio y de la desnudez deportivos no ya un camino sino un objetivo, el clima era propicio a muchas aberraciones. La sensibilidad, el pudor, la piedad, eran virtudes negativas, adormecedoras, que era necesario desarraigar en beneficio del Reich.

El nudismo era, para los dirigentes del sistema penitenciario nazi, algo más importante que el vehículo destinado a destruir moralmente al enemigo. Al observar la violencia que para sus compañeros representaba mostrarse desnudos ante los inspectores, Emili pensaba hasta qué punto está indefenso el hombre que se ve obligado a ofrecerse desnudo a la curiosidad (razón de más si es malsana) de sus dueños y señores. El mito de nuestros primeros padres se repetía aquí. El hombre que se sabe desnudo se allana, se humilla, se rinde a quien puede devolverle sus vestidos. En un grupo de hombres desnudos, la miseria y la vergüenza establece entre ellos la igualdad que es principio y fin de todas las claudicaciones. La lucidez crítica, el amor propio, la rebeldía, todo cuanto sitúa al hombre por encima de la bestia, es imposible; y si por un momento no lo fuera, pronto sería ahogado por el sentimiento del ridículo que brota de la desnudez.

El aire era espeso y hacía mucho calor. Emili continuaba reflexionando desde lo alto de su observatorio. En general, al subirse al taburete, la gente ponía cara inexpresiva y procuraba descender de él lo antes posible. Algunos, sin embargo, adoptaban una actitud sumisa y servil, se sonreían si el alemán les decía algo aunque no hiciera falta sonreírse, y exageraban el gesto de ofrecerse. Controlados con mayor atención que los viejos, la mayoría de los jóvenes rechazaban las bromas de los alemanes, pero también había muchos que las aceptaban amablemente, esperando quizá que llegase por este lado la solución de sus problemas personales. Los protegidos, los «javas» como se les designaba en el lenguaje canallesco de los españoles del campo, no pasaban hambre, encontraban buenos puestos de trabajo, iban bien vestidos y muchas veces entraban a formar parte de la clase superior.

El dibujante observó que el mal progresaba, que los «ernestos» aumentaban en proporciones alarmantes. Los muchos que morían sin haber claudicado jamás no cubrían con su sacrificio la cara repugnante de los envilecidos y Emili se preguntaba, desalentado, cómo evitar el avance victorioso del «espíritu del campo», cómo levantar la voluntad colectiva de defensa, cómo quebrar la apatía general.

Se levantó de la cama y salió a la calle, esperando que el frío fuese más acogedor que el ahogo del comedor. El contraste le produjo, en efecto, la sensación de que algo se había desvanecido de su pensamiento para dejar un vacío confortable. El aliento se hacía visible y se disolvía sin prisas en el helor. Contempló el cielo: parecía que las luces del campo estaban ensuciando el alto techo de las nubes. Un friolero, con las manos en los bolsillos y la cabeza hundida entre los hombros, salió detrás.

—Esta noche va a nevar —dijo—. Si amanecemos con nieve, el invierno va a ser interminable.

Emili contestó con algo parecido a un gruñido. Se sentía irritado, no ya por el espectáculo de unos momentos antes, sino por su tonto proceder al sentirse llamado a redentor de los demás. Le parecía que su generosidad no tenía calor humano, que era, más que otra cosa, el imperativo de su sentido del deber. ¿Por qué no refugiarse en su mundo interior y buscar en él la estabilidad que el exterior le negaba? Hacía ya muchos días que duraba su desasosiego, su asco, su anhelo de anulación y de olvido. Rubio perseguía finalidades partidistas. Esos sindicalistas, también. Él no. ¡El deber! ¡Ridículo! No, él no tenía vocación de apóstol. «Soy tan débil como los demás», pensó; «mi egoísmo es impotencia, como lo son el servilismo de los cobardes y las aberraciones de los maricas.» El egoísmo era otra de las armas de que se valía el «espíritu del campo».

Aquella misma mañana, solo unas horas antes, un joven español había sido liberado, repatriado por menor de edad. ¡El único que había tenido esa suerte entre tantos miles! Pese al juramento que le había sido exigido por las autoridades del campo, el muchacho había anotado la dirección de Matilde y había prometido ir a verla. Emili sabía que el chico cumpliría su

promesa exponiéndose a lo que fuera. ¿Es que no había otros compañeros capaces de obrar así? La mayoría de los que él creía seres abyectos, ¿no procederían como el muchacho, si el caso se presentaba? ¿Puede censurarse al hombre que se agarra desesperadamente a la vida? Y la lógica le devolvía al punto de partida: era necesario comprender, compadecer, ayudar. Por sentido del deber o por sentimiento sincero, lo mismo daba, era necesario hacerlo. Luchar como fuese, sacrificándolo todo, evitar ser absorbido por el «espíritu del campo». Cualquier otra cosa sería colaborar con el nazismo.

En la *Isolierung,* una pequeña habitación destinada reglamentariamente a los infecciosos, entraban solo los casos desesperados. Repleta de literas de dos pisos, sin ventilación, abandonada por los médicos y los enfermeros, podía decirse que su única puerta era la que comunicaba con el crematorio. Por si las hemorragias no eran suficientemente frecuentes, la fiebre suficientemente alta, y suficientemente extrema la debilidad, por si Francesc no estaba suficientemente seguro de la suerte que le esperaba, su entrada en la sala certificaba que la sentencia ya no tenía apelación.

Antes de su traslado desde la sala general de la enfermería, Emili había buscado desesperadamente la recomendación o la influencia que pudiera evitarlo. Los esfuerzos habían resultado estériles: la orden venía personalmente del médico de las SS. El interés del dibujante había servido para que el régimen de la salita fuese para Francesc algo más benigno de lo que era, en general, para los desvalidos. Haciendo caso omiso de las prohibiciones, Francesc continuaba recibiendo alimentos e inyectables; el dibujante lo compraba con la ropa, el dinero y el tabaco que sacaba del almacén.

—No te esfuerces —le decía el enfermo—. No tengo apetito ni puedo curarme. A otro le será más provechoso todo eso.

Serenidad deprimente, la de Francesc. Valor sin ostentación, defensa cerrada frente a la desintegración moral, integridad de las facultades superiores ante la muerte... Emili se sentía inferior, empobrecido, casi miserable.

—En cierto modo, la muerte es una compensación —había dicho Francesc en una ocasión—. Al matarnos, esta gentuza nos da la razón, justifica nuestras luchas de años.

—No hables así. Tu caso no es tan grave como crees. Además, los romanticismos no te sientan bien.

—Tienes mucha razón. No vale la pena hablar de estas cosas. En el fondo, espero que llegue un día en que puedas recordar con algo de orgullo que yo he sido tu amigo.

—¡Qué burro eres! —dijo Emili, emocionado.

Al entrar en el aislamiento, Francesc se hundió rápidamente. La fetidez de los enfermos, la suciedad acumulada, el aire corrompido, el cadavérico aspecto de sus vecinos de cama, los lamentos y estertores de los moribundos, el espectáculo de todas las mañanas cuando se llevaban a los que no habían podido esperar el nuevo día, y también el abandono en que se les tenía, representaban un fardo excesivo para su espíritu debilitado. Muchas veces se sentía invadido por una profunda tristeza; se daba cuenta de que la compañía prolongada de la muerte, la peor de las soledades, le enervaba hasta destrozar sus defensas. Si había aceptado a la Muerte como amiga, su presencia constante era no solo innecesaria, sino exasperante. En aquel lugar, la Muerte solo podía ser un compendio de miserias y de sufrimientos, no la que él había llegado a querer cuando, invisible su fealdad, representaba la paz largo tiempo deseada.

Durante aquellos días sin fin, Francesc revisaba su vida y, pese a su convicción de haber obrado siempre de acuerdo con su conciencia, encontraba en su interior un vacío, cuya naturaleza escapaba a su análisis. Le pareció encontrar un principio de explicación de ese vacío, al darse cuenta un día del valor que tenían para él las visitas de su amigo. Siempre solitario, no había conocido en su vida afecto alguno y, posiblemente por instinto, se había dejado arrastrar por una fe social a la que había sacrificado sus años de juventud y a la que iba a dar lo poco que le quedaba. Un amor que había pedido mucho y que solo le pagaba con la vaga sensación del deber cumplido. Ahora, en la *Isolierung,* se daba cuenta del

valor de una amistad, cálida e incondicional, como la de Emili. Veía con desconsuelo que de todos los yacimientos vitales había ignorado el mejor y, demasiado tarde para hacer marcha atrás, se agarraba desesperadamente al desahogo sentimental que representaban para él las visitas de Emili, cada vez que era posible burlar el reglamento que las prohibía. Entonces la presencia del dibujante era la compensación real y sensible de su vano sacrificio. Aunque su voz se hubiera debilitado mucho y sus palabras salieran de sus labios siempre entreabiertos con harta dificultad, en tales ocasiones se resarcía de los silencios tristes de sus días de soledad.

—No hables tanto. Te cansas.

Los accesos de tos cavernosa que de vez en cuando cortaban la conversación dejaban al dibujante en la duda de si obraba bien dejando hablar a su amigo. Claro está que la euforia del enfermo era transitoria y que las depresiones venían luego cada vez más profundas, pero Emili llegaba al convencimiento de que, a un inútil ahorro de fuerzas, era preferible mil veces la alegría de tales expansiones.

—Bastante les ha costado... cogerme... Ahora estoy listo... terminado... Solo me fastidia eso... que me quemen... Entero, todavía me atrevería a salir... de vez en cuando... a hacerles la puñeta... a exigirles cuentas...

—No sigas con tus tonterías...

—No son tonterías... No, no... Más de uno se alegrará... allá, en el pueblo... Créeme... lamento darles ese gusto...

—El médico dice que vas a mejorar.

—El médico no sabe nada.

Y después de una pausa, con los ojos fijos en los travesaños de la cama superior, añadía con voz más vacía aún:

—Acuérdate... de todo esto... cuando se termine la guerra...

Emili le estrechó la mano. El hedor de los enfermos le mareaba. Al otro lado de la cama de Francesc, un polaco hablaba con su visita. En la cama de arriba alguien sollozaba. Decidió despedirse; no se sentía seguro de su entereza.

—No puedo abusar —dijo para explicar su súbita decisión—. El médico me ha hecho prometer que no te cansaría. Hasta otro momento.

Unos días después, al salir de otra de sus visitas y al dirigirse a la otra ala del *Block* donde el médico español tenía su pequeño «consultorio», un enfermero le paró.

—Sal corriendo —le dijeron—. Acaba de entrar el médico SS y si te encuentra aquí... Vete, vete enseguida.

Emili obedeció. La congoja que, como siempre, se había adueñado de él en la sala de los aislados se resistía al aire frío que llegaba acanalado entre los barracones. Emili notaba un peso en su pecho, algo así como un presentimiento. Aquella situación tenía que terminar, la hora llegaría fatalmente en que... ¿Al día siguiente, al cabo de una semana, de un mes? Francesc muerto. Este era el significado real de su presentimiento, pero le resultaba imposible imaginar a su amigo sin vida. Sin él serían incomprensibles muchas cosas: continuar viviendo en el campo, la derrota de los alemanes y hasta el propio fin de la guerra. Emili comprendió que la resignación de Francesc ante la fatalidad era en cierto modo la seguridad de sobrevivir en un estadio superior, quizá en otro mundo, donde su maravillosa fuerza personal encontraría un campo mejor en que aplicarse. En este caso, la muerte llevaba implícita la sublimación de la vida, una deseable consagración. Aunque confusamente, Emili empezaba a explicarse otras cosas.

Su presentimiento hubiera sido más patético aún, si por conocer mejor las costumbres de la enfermería, hubiese sabido que el médico SS solo iba a su despacho por las mañanas, y que si en alguna ocasión se presentaba por la tarde, era para hacer selección de fichas; si hubiese sabido que las cartulinas seleccionadas eran marcadas con una cruz potenzada en tinta roja; si hubiese sabido, en definitiva, que el número de enfermos era en aquellos momentos muy superior a la cifra oficialmente admitida.

Al siguiente día no aparecería el sol. La niebla del amanecer se levantaría poco a poco en el curso de las primeras horas, pero un techo compacto de nubes cubriría la mañana entera. Probablemente, más tarde, caería una

nieve pequeña y seca, provocada por un descenso repentino de la temperatura.

Francesc había dormido bien hasta que le despertó una sensación de frío. Se notaba los pies helados y un fuerte temblor se había apoderado de su cuerpo. Esperando con ello reanimarse, había metido la cabeza debajo de la manta, pero no pudo resistir mucho rato tal postura. Le faltaba aire. Le extrañó que el frío que sentía no fuese como el de otras veces. Sus temblores tenían algo de nervioso. Sus manos estaban húmedas. Intentó amodorrarse. Inútil. ¡Aquel hedor! Un hedor insistente que parecía formar un todo con el frío. Supuso que el mal olor procedía de alguna cama próxima. De nuevo se cubrió la cabeza con la manta, pero también su cama, quizá su cuerpo, despedían la misma peste. La habitación entera estaba impregnada. Echó una ojeada a las camas vecinas. La paja de las colchonetas molida y polvorienta, las arpilleras manchadas, las mantas mugrientas, todo cuanto le rodeaba conocía una larga historia de crueldad y de tristeza. ¿Cuántos compañeros de cautiverio habían pasado por allí antes que él y sus vecinos? Ninguna compañía, ninguna ternura, solo asco y miedo. Francesc comprendió: era la fetidez de la muerte la que emanaba de las camas y de los cuerpos. «Figuraciones, decadencia», pensó. «Figuraciones de enfermo.» Quiso reaccionar, pero pronto se dio cuenta de que era solo una prueba más a la que la muerte sometía su valor. Algo indefinible flotaba en el aire. En la sala, habitualmente abandonada, había aquella mañana un trajín desacostumbrado. Después de haberse llevado a los muertos durante la noche, como todos los días, algunos enfermeros habían entrado y salido numerosas veces y hasta el *Kapo* había hecho varias visitas con papeles en la mano y tomado notas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Francesc al médico español, una vez que este entró.

—Nada importante. Visita y probable traslado.

Y se marchó sin dar más explicaciones.

Francesc llevaba demasiado tiempo en el lugar para que pudiera compartir la fingida despreocupación de la respuesta de su amigo. «A los moribundos

no se les visita», se dijo. En cuanto al traslado, sí, seguro que sería verdad. Él nada sabía de las fichas con las cruces rojas, pero no creía librarse cuando se produjera la primera selección. Pero, cosa rara, su angustia se había desvanecido. Tuvo que hacerse algo de violencia para admitir que aquella podía ser su última hora. Se la había imaginado de mil maneras, pero nunca hubiera creído que pudiese llegar con la placidez interior que en aquellos momentos volvía a sentir. Quizá unas horas más tarde yacería rígido y desnudo en el depósito del crematorio, un cadáver más entre centenares de cadáveres. Pero el pensamiento no le infundía miedo alguno. El corazón le latía con regularidad y, por muchos esfuerzos de imaginación que hiciera, no lograba descubrir la proximidad de abismo alguno. Muy al contrario, veía ante sí una pendiente suave, sin fin, donde los sentidos no iban a producir molestias de ningún género. Los padecimientos, las injusticias, las ingratitudes, el olvido, los odios, los crímenes, la dolorosa autoexigencia de siempre... todo se desvanecería para dejar paso a la dulzura de la nada. Hasta llegaba a carecer de sentido el pensar que tantas veces había lamentado no haber puesto un rápido final a su aventura repeliendo la agresión del SS con un gesto viril. Una luz nueva se había puesto sobre todas las cosas, y la venganza, como pasión, aparecía ahora bajo el aspecto de tensión abrumadora y fatigante. Se sentía muy por encima de todo eso. La certidumbre de que el sacrificio no era tal desde el momento en que afirmaba la razón y la esencia de su ser le llevaba a aceptar la muerte como colofón obligado, sin el cual sus años de lucha no tendrían sentido alguno. ¿Por qué desear nada más, si la paz infinita estaba al alcance de su mano?

—*Qu'est-ce qu'il y a?* —le preguntó el vecino de cama, alarmado asimismo por el ajetreo de la sala.

Era un judío holandés de diecisiete años, enfermo de tifus.

—*Arrive que nous avons eu le gros lot, voilà!* —contestó Francesc, enigmático.

—*Je ne comprends pas ce que tu veux dire.*

—*Ce soir... j'aurai le temps de t'expliquer ça... Maintenant j'ai sommeil.*

Acababa de entrar el *Kapo* por segunda vez, en compañía de dos subordinados. Los tres hombres se dirigieron sin vacilar hacia la cama del polaco.

—Tienes que pasar visita —le dijeron—. Anda, te ayudaremos. Eres el 2765, ¿no?

El *Kapo* hizo una señal en su lista. Los otros dos cargaron con el enfermo. El desgraciado lanzó de pronto un estridente chillido. Con los ojos fuera de sus órbitas, gritaba:

—¡Me van a matar!... ¡No, no quiero!... ¡No quiero morir!...

Fue el rayo que desató la tormenta. Mientras unos empezaban a sollozar, otros gimoteaban o gritaban a todo pulmón que estaban sanos, que lo que iban a hacer con ellos era un crimen. Algunos lanzaban imprecaciones e insultos, o invocaban a sus familiares. Muchos rezaban. Todo ello en tantas lenguas como enfermos había en la sala. Francesc se puso las manos en la cabeza como para protegerse de tanta desesperación. Al cerrar los ojos, con toda su fuerza pretendía aislar sus sentidos; no quería ver la muerte bajo otros aspectos que los ya aceptados por su voluntad, los que la hacían benigna y casi deseable.

Al desaparecer el polaco se produjo un silencio oprimido. Es posible que alguno de los enfermos esperara la realización del milagro. Solo se oían de vez en cuando unos sollozos ahogados que parecían medir el tiempo. No se produjo ningún prodigio. A los pocos minutos volvió el *Kapo* con su lista.

El judío holandés fue el tercero de la serie. Francesc le cogió la mano.

—*Rappelle-toi... ce soir... j'ai à te parler... Courage, mon cher!*

El muchacho era valeroso. No había despegado los labios desde su breve conversación con Francesc. Se despidió con una mirada grave, sin decir nada.

Y ya eran muchas las camas vacías cuando el *Kapo* se dirigió al español. Este apartó la manta. Su deseo hubiera sido presentarse a la «sala de liquidaciones» sin ayuda de nadie, pero no pudo. Sostenido por los dos enfermeros, quiso abarcar con una sola mirada lo alto y lo ancho del

dormitorio. «La última vez que veo esas camas», pensó, «este techo, la puerta, el pasillo.» Le quedaba muy poco.

La sala donde le condujeron era como el comedor de un *Block.* Sentado al otro lado de una mesilla, el médico SS revolvía papeles. En el centro, bajo una gran pantalla, la mesa de curas, articulada y cubierta con un hule granate y, a su lado, una mesilla de cristal, con ruedas, cubierta de botellas y herramientas niqueladas. Un enfermero estaba allí, con bata azul: un conocido. Los dos acompañantes dejaron a Francesc tendido en la mesa y se retiraron. El enfermo tuvo la impresión de que el tiempo transcurría más veloz que nunca y que los movimientos de los que le rodeaban eran bruscos y convulsos. La pantalla, con el espejo cóncavo en su interior, parecía recoger materialmente su atención. Sintió frío y notó que se le ponía la carne de gallina. ¿Qué significaba aquello? Tuvo que hacer un esfuerzo para situar su pensamiento y recordar que iba a morir. Pocos minutos, pocos segundos... «Soy idiota», pensó. «Estoy soñando. Aquí no hay médicos, ni mesas, ni pantallas, ni yo siquiera.» Solo parecía real el espejo que le absorbía y aniquilaba de su conciencia la huella del tiempo y las dimensiones del espacio. ¡La muerte era un espejo! Fría, reluciente, virtual, una imagen ilusoria, el reflejo invertido de un mundo absurdo, de unos hombres ajetreados alrededor de una mesa donde estaba tendido un hombre desnudo. Francesc pensó que aquel momento fugitivo, inconsistente, irreal, era el que pesaba obsesionante y temible, durante toda la vida. Le pareció que el pasado tenía algo de grotesco. Las luchas de años, de muchos años, solo para retrasar este instante, eran sin duda desproporcionadas y hasta ridículas. ¿Miedo? ¿De qué? ¿De la luz que le deslumbraba con el fogonazo de la revelación? El espejo deformante era la Muerte, y la tenía ante sus ojos, fascinante por lo que tenía de mágica, imponente por lo que tenía de serena. Alargando la mano hubiera podido alcanzarla...

Debía llevar largo rato en aquella situación, por cuanto, al frotarse la piel del muslo, la notó helada. ¡Resfriarse! Ya no tenía importancia alguna. Las palabras fueron pronunciadas sin esfuerzo, sin querer.

—¡Va! ¿A qué esperáis?

No se había dado cuenta de que el médico español estaba hablando en voz baja con el oficial. No comprendió que su amigo intentaba salvarle hasta que el SS se acercó a la mesa de curas. Unos ojos sin expresión le examinaron. Francesc se fijó en aquella cara tan bien afeitada que apestaba a *cold cream* de guerra. El médico volvió a sus papeles. Francesc no pudo darse cuenta del signo que le hacía al enfermero de la bata azul. Percibió unos segundos después el tintineo de los instrumentos en el cristal de la mesilla. Sin mover la cara pudo ver que el de la bata azul levantaba una jeringuilla de grandes dimensiones, armada con una aguja muy larga.

—¿Me dolerá? —preguntó con interés ficticio.

El enfermero era alemán. Nada dijo. Fue el médico español, de pie al otro lado, quien contestó:

—Con este tratamiento mejorarás. No temas.

—Ya lo sé —dijo Francesc con una breve sonrisa—. ¿Cuánto tiempo?

—Poco —repuso el médico con voz oscura.

Y le puso la mano en el antebrazo.

La atracción del espejo se hacía irresistible. Alguien hacía subir la mesa lentamente, sin parar. En la pantalla ya no existía luz alguna, sino únicamente las imágenes invertidas de todos los hombres, de todas las cosas. Francesc se sintió el pinchazo en el corazón. El arma estaba muy fría y se ensanchaba en el interior de su pecho. El dolor era vivo, pero no irresistible. Todo iba desapareciendo poco a poco y solo el espejo conservaba aún algunas sombras, las sombras de una noche casi maternal. Un gran fragor procedente de su cerebro le ensordecía, como si algo fuera a estallar en su cabeza. Pronto se redujo todo a un silbido prolongado, fino, perforante. Entre tanto, la mesa no paraba de ascender hacia el espejo...

—La gasolina no alcanzará —dijo el enfermero de la bata azul.

—Reduce las dosis —respondió el médico SS—. Con menos mueren igual.

—Tardan más y sufren mucho.

—¡Muy bien! Reduce las dosis.

12

Fatuo y de pocas luces, Max llegó a estar convencido de que Jenny, una de las mujeres del burdel, estaba enamorada de su cabeza cuadrada. A cambio de tanto amor, el hombre le regalaba pares de medias y trajes procedentes de mujeres judías asesinadas en el subterráneo del crematorio en el curso de inimaginables orgías de sangre.

Cuando Gupper interrogó a Jenny y le preguntó quién le había dado el reloj de oro que encontraron en su colchón, la muchacha apretó los dientes y maldijo a la envidiosa Hilda, seguramente la delatora. Confesó llanamente:

—Max.

—¿Quién es Max?

—Trabaja en el *Effektenkammer*.

Gupper sonrió. Hacía mucho tiempo que deseaba llevar a cabo una investigación en el almacén de las ropas civiles. Ocasión propicia la que se le presentaba: el oficial encargado estaba disfrutando de un permiso de quince días y no se producirían conflictos de competencia.

Acompañado de un ayudante, Gupper entró en el barracón donde estaba instalada la dependencia y preguntó por Max. Una vez que tuvo en su poder toda la documentación que le pareció de interés, se llevó a Max a su despacho.

La visita inesperada de Gupper fue para el personal del almacén el primer signo del desastre. Movilización general: las etiquetas comprometedoras fueron retiradas de los sacos que cada preso empleado tenía preparado, las hojas de registro fueron quemadas en la estufa, los armarios velozmente vaciados. En media hora se trabajó allí más que en dos meses. Probablemente Emili no se hubiese enterado de nada, por estar escondido en su rincón, de no haber sido por Werner.

—Ha llegado la hora. No te entretengas. ¡Vamos, vamos!

Emili preguntó qué diablos sucedía.

—No debe quedar rastro. ¡Quémalo todo!

—Solo me extraña que hayan tardado tanto en descubrirlo.

Con los centenares de nuevos reclusos que entraban todos los días, inexorablemente convertidos en ceniza y humo, las ropas civiles, el dinero, las alhajas, servían de base a un comercio altamente lucrativo para todos los que en él intervenían. Había llegado la hora de hacer el escarmiento ejemplar. A los empleados del almacén les había tocado una pésima lotería.

Max, hombre de confianza del oficial, manejaba grandes cantidades de dinero y de objetos de valor. Dada la moral del lugar, hubiera sido una idiotez no aprovechar la ocasión. Todo el mundo lo admitía como la cosa más natural. Lo que resultaba imperdonable era que se hubiera comprometido por una meretriz. Gupper se lo explicaba a palos. Max, un cobarde, confesaba todo lo que sus verdugos le preguntaban y algunas cosas más.

Hacía más de tres horas que Emili, en zapatillas y sin más abrigo que su pulóver, exactamente igual que sus compañeros de *Kommando,* aislados los unos de los otros para impedir que pudieran hablarse, estaba «firmes» en la plaza de formaciones. Un vientecillo frío extendía por el campo el humo del crematorio. La noche se acercaba y sus sombras tenían algo de siniestro.

Según se supo más tarde, Max inculpó a Werner de ser el principal encubridor de los abusos cometidos por el oficial, puesto que era Werner quien llevaba la contabilidad. El amigo de Emili fue llamado a declarar. La tortura duró más de una hora. Werner tenía casi cincuenta años, era mutilado de guerra y su salud no estaba como para soportar un palizón. Cuando por fin salió de la oficina, con el uniforme desgarrado y tambaleante, con manchas de sangre por todas partes, a Emili se le encogió el corazón. Era admirable la afectación con que su compañero mantenía erguida la cabeza.

Uno detrás de otro, pasaron todos los alemanes del *Kommando* por la prueba de los veinticinco vergajazos, hasta el punto de que el dibujante había ya perdido sus esperanzas iniciales de escapar al tormento. Cuando,

en último lugar, fue llamado por un SS, se hizo el firme propósito de no decir una sola palabra aunque le molieran a golpes. No le movía deseo alguno de encubrir a los demás —a excepción de Werner, ninguno de sus compañeros era merecedor de tal sacrificio—, sino solo el afán de conocerse a sí mismo en un momento de dura prueba.

El interior de la oficina daba la impresión de haber sufrido los efectos de un temblor de tierra. Muebles caídos, papeles esparcidos por todas partes, ropa abandonada, manchas de sangre. Gupper estaba sentado en un ángulo de la mesa central, despechugado, con el pelo en desorden, un látigo en la mano y las piernas colgando. La misma cara que Emili le había visto la noche de los checos. Se cuadró al entrar, dando un fuerte taconazo.

—*¿Españóler?* —preguntó el alemán después de contemplarlo largo rato.

—*Jawohl* —contestó el español.

—¡Tú no sabes nada, claro! ¡Vosotros nunca sabéis nada! ¡Fuera, fuera de aquí!

Los inculpados alemanes fueron trasladados al *Arrest* aquella misma noche. Emili, en cambio, pudo pasearse tranquilo y acostarse en su cama. Nadie le dijo nada hasta la tarde siguiente. ¡Ni siquiera tuvo que ir a trabajar! Algo después de comer, un SS le condujo al mismo lugar donde estaban los demás compañeros.

El *Arrest* y el crematorio formaban un solo cuerpo de edificio, el único que existía en el campo construido totalmente con ladrillos. El horno de incineración estaba en la planta inferior, mientras que el *Arrest* ocupaba el piso superior, repartido en dos alas separadas por un cuerpo de guardia especial. Cada ala era un amplio pasillo, pulcro, reluciente, aireado, con celdas en ambos lados.

Emili entró en una celda ocupada por un alemán, un desconocido. Cuando estuvo acostumbrado a la penumbra de la estancia, descubrió que se trataba de un «triángulo rosa», un homosexual.

—Me llamo Heinrich. ¿Eres español?

Hablaba correctamente el francés. «Sospechoso», pensó el dibujante. El clásico «gancho». Emili escuchó con desconfianza las explicaciones que su

nuevo compañero le daba. Encargado de un almacén de herramientas en la cantera, hacía ocho días había sido castigado por trato clandestino con la población civil. Emili contó su caso con las palabras indispensables.

La celda tenía unos ocho metros cuadrados y el mobiliario consistía en un banco de madera para dormir, puesto de pie y arrinconado durante el día, un radiador frío y un cubo para las necesidades.

—Prohibido sentarse en el suelo, pasear, fumar, hablar o cantar —anunció Heinrich con sonrisa burlona—. Deberás permanecer de pie debajo de la ventana durante todo el día sin apoyarte en la pared en ningún caso. ¡Una verdadera delicia! Si desobedeces, el carcelero te verá por la mirilla de la puerta y... tú mismo. Ninguna manta para dormir, aunque no pasarás frío debido a la calefacción que funciona durante la noche. ¿Te han quitado el cinturón? Y también el pulóver, claro. Para comer, un pedazo de pan diario y un cuarto de litro de agua negra. Dos veces por semana te darán un litro de sopa caliente. Verás lo que es tener hambre y no decírselo a nadie.

—¿No salís nunca?

—Sí, por la mañana, para ir al lavabo y vaciar el cubo. Salimos todos a la vez y los movimientos son conjuntos, como las bailarinas. Con música de silbato. Los movimientos se aprenden a palos. ¡Muy divertido!

Emili no comprendía por qué había sido conducido al *Arrest* al cabo de veinticuatro horas. «¿Habrán sabido lo del dibujo?», se preguntaba. ¿Habría interrogatorio, tortura? Después de considerarse a salvo... Por otra parte, su situación era hasta cierto punto grotesca: su ignorancia del lío causante de todo, sus dibujos sucios y, para colmo, el «triángulo rosa». «No lo parece», se dijo. Hasta entonces, el alemán no había formulado pregunta alguna.

—Esta noche han «suicidado» a uno de tus compañeros.

Para Emili, la información fue un puñetazo en plena cara.

—¿Werner? —preguntó.

—No sé cómo se llamaba. El ordenanza ha dicho que era el más viejo de todos.

El homosexual hizo un gesto displicente.

—En esos casos, los SS son los primeros interesados en que se callen. No se puede ser honrado, aquí.

—Estoy seguro de que no habló.

—Más tarde o más temprano hubiera hablado. Los métodos no fallan jamás. Para estar más seguros han preferido ahorcarle en la llave del radiador.

Emili contempló con horror la instalación de la celda: la llave del radiador estaba puesta a un metro del suelo.

—No es posible —dijo—. El cuerpo de un hombre...

—Para los SS todo es posible. Cuanto más complicado es el procedimiento de matar, mejor, más placer...

Las circunstancias de este segundo crimen —reciente todavía la muerte de Francesc— sobrepasaban la resistencia moral del dibujante. En aquellos momentos, el dolor era físico. Se tapó la cara con las manos.

—¿Por qué tanta crueldad? ¿Por qué?

—Lo siento de veras.

El «triángulo rosa» no esperaría que la muerte de un compañero pudiese afectar tanto en un lugar donde a diario morían centenares de hombres.

—Lo siento —repitió—. ¿Erais muy amigos?

El español se destapó la cara, miró a los ojos a su interlocutor y cerró los puños.

—La rabia me hace llorar, ¿entiendes? ¡La rabia!

En una de las reuniones de la Internacional Comunista en miniatura que existía en el campo, Rubio conoció a Frantisek, un estudiante de Medicina de nacionalidad checa, empleado en la enfermería. La coincidencia de partido y el que Frantisek hablase castellano iban a ser los fundamentos de su estrecha relación futura.

Una de las obligaciones del checo era la desinfección periódica del crematorio.

—¿No lo has visitado nunca? —le preguntó un día al barbero.

—No.

Una mañana se escabulló del trabajo para presentarse en la enfermería. Unos minutos más tarde, cargado con una gran botella de desinfectantes, entraba en compañía del checo por un pasillo semisubterráneo hacia la escalera metálica de la dependencia.

—Una casa con muchos secretos.

—Como cualquier tumba.

—Aquí los secretos son de *los vivos.*

Los cadáveres eran introducidos por una puerta trasera. Los entraban desnudos, con una chapita de hojalata en la que estaba inscrito el número de matrícula y, en espera del turno de incineración, permanecían a veces semanas enteras estibados en la cámara frigorífica. Dado que los hornos no eran muy grandes y solo «producían» un centenar de cuerpos cada veinticuatro horas, promedio a menudo sobrepasado por la mortalidad, aquella larga permanencia quedaba plenamente justificada.

Rubio se dio cuenta de que, ante el macabro espectáculo, sentía más repugnancia que piedad. Frantisek rociaba con su aparato fumigador las dos pirámides de cadáveres tan cuidadosamente colocados. De los unos eran visibles las cabezas, de los otros los pies. La luz débil que entraba por un ventanuco a ras de suelo parecía aumentar el volumen de los dos montones. El tufo de los cuerpos se mezclaba con el olor picante del desinfectante. «Son soldados de la revolución que han caído», pensaba Rubio; pero comprendió pronto que las frases hechas no suelen servir para el propio uso. ¿Era quizá el sufrimiento lo que contaba? ¡Había tanto allí! La suma de dolor acumulado era muy superior a la que podía imaginar su mente demasiado disciplinada. «Un orden nuevo que hiciera imposibles tales monstruosidades», pensó. «Claro que haría falta... ¡Una vez más y se acabó! Exterminación de exterminadores y luego paz.»

—No es agradable, ¿verdad? —hizo observar un empleado alemán que les estaba haciendo los «honores»—. Ven conmigo si quieres ver nuestro «quirófano».

En el centro del lugar estaba la mole del horno. A ambos lados, grandes pilas de carbón. Debajo mismo de la abertura con puerta redonda de hierro

por donde eran introducidos los cuerpos, estaba el hogar. Las llamas tornasoladas del carbón parecían burlarse de muertos y vivos.

—Frío no tendréis, supongo —preguntó el barbero esperando que su voz le tranquilizaría.

—El mejor *Kommando* de invierno.

—Para ti.

—Mira —invitó el alemán mostrándole la mirilla de la puerta redonda.

En el interior cilíndrico de la caldera distinguió Rubio un montón de materia incandescente en la que se distinguía vagamente la forma de algunas tibias. Se retiró pronto de su observatorio: le asaltaba la impresión de que con su curiosidad estaba profanando algo sagrado. Siempre había creído que la incineración era un procedimiento progresivo, higiénico y práctico. Ahora no lo veía tan claro como antes; expuso sus dudas a Frantisek.

—Para los antiguos —dijo este—, la incineración era una ceremonia solemne. Aquí queman a los muertos para borrar las huellas del crimen.

Rubio se dirigió a una mesa adosada a la pared del fondo.

—Es donde «operamos» —explicó el alemán con humor dudoso.

El barbero echó una rápida ojeada, suficiente, sin embargo, para recoger la más espeluznante de las imágenes: los pedazos sangrientos de un cadáver descuartizado.

—Hay que partirlos a trozos antes de meterlos ahí —explicó el empleado con la mayor tranquilidad—. Los cuerpos enteros no caben.

En otra mesa había un rimero de botes parecidos a las latas de conservas. Recordó el rumor de que los alemanes hacían conservas de carne humana.

—Para guardar las cenizas. Los residuos de cada hornada los repartimos en seis botes. Cada uno lleva el nombre y el número de uno de los muertos. La familia tiene derecho a reclamar...

—Pero esto es un fraude. Las cenizas están mezcladas.

—Claro, claro, pero cuando no se sabe, no tiene importancia.

Frantisek había terminado su trabajo y, cuando el alemán les invitó a visitar el subterráneo, dijo:

—No vale la pena. Más que un columbario parece un colmado. No tiene atractivos ni para filosofar.

Al salir a la calle, Rubio se mantuvo largo rato meditabundo.

—Ya ves que tus inquisidores parecen corderitos comparados con los alemanes.

—No comprendo por qué se toman tanta molestia en ocultar sus crímenes. Un día u otro los conocerá todo el mundo, y creo francamente que quedarían mejor justificándolos ya desde ahora como una necesidad política. Los nazis los aprobarían decididamente. Mientras que ahora, tal como se llevan a cabo estas cosas, serán los nazis los primeros que se avergüencen...

—Si algún día se descubre todo esto, los nazis ya no existirán y las consecuencias no tendrán la menor importancia.

Rubio reflexionó un instante.

—Un trabajo repugnante.

—No. Un cargo que da mucho provecho.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo que has visto cortando carne humana forma parte de una de las combinaciones más lucrativas del campo. Te he hablado antes de los secretos. ¿No conoces el tráfico del oro?

—¿Las dentaduras? Tenía entendido que eso estaba muy vigilado, que los SS jefes del crematorio y de la enfermería eran personalmente responsables...

—Déjate. Todo depende del precio.

Habían llegado a la puerta de la enfermería. Rubio, cuya curiosidad no tenía límites, quiso saber más detalles.

—Deja estos trastos y sal otra vez. Entraremos en mi *Block* y charlaremos tranquilamente.

Unos minutos más tarde, sentados en el comedor del barracón solitario, Frantisek daba pormenores de la combinación.

Según él, los *Blockältester* empezaban por explorar qué enfermos llevaban piezas de oro en la boca. Con mucho tacto y siempre según de quién se

tratase, procuraban acelerar la decadencia y la muerte de las víctimas escogidas. Un enfermo con dientes de oro duraba poco y ni que decir tiene que la impunidad era absoluta. En el crematorio se los arrancaban en un santiamén.

—El propio SS es quien hace el reparto. Él se queda con la parte del león, claro está.

—Y Gupper, con lo desconfiado que es...

—Hay oro para todos.

—¿Y cómo has sabido todo esto, si no es preguntar demasiado?

Frantisek sonrió misteriosamente.

—Los tabiques de los barracones son muy finos, sobre todo para los imprudentes que toman éter.

—¿Has informado?

—Sí. Se hablará del asunto en una próxima reunión. Por eso te lo he contado.

Rubio inquirió más detalles.

—La organización tiene un cerebro rector —continuó Frantisek—. Es un tipo que tiene en el campo una posición única para crear las más favorables condiciones para el negocio: él es quien reparte a las víctimas entre los *Kommandos* más duros, organiza en algunos casos los «accidentes fortuitos», cursa los partes de defunción con prontitud y discreción, enlaza las fases de la operación y tiene informaciones precisas cuando hay que dar la alarma.

—¡Termina! —gritó Rubio con júbilo incontenible—, ¡termina que ya sé de quién se trata! ¿Metzinger, verdad?

—No negarás que es el mejor director que podían haber encontrado.

Rubio explicó que era Metzinger quien había acusado a Emili de complicidad en el asunto del almacén de ropas civiles. Desde su cargo de secretario interior del campo, Metzinger empleaba su influencia cerca de Gupper en desacreditar a los españoles y detener el ascenso de estos a los buenos cargos.

Las pocas o muchas actividades de Emili en la organización de solidaridad entre españoles no interesaban a Metzinger; al denunciarle como ladrón, creyó decapitar la organización.

—Mi temor era que Metzinger fuera demasiado honrado o demasiado prudente. Ahora estoy mucho más tranquilo; algún día caerá.

Al despedirse del checo, Rubio se regocijaba con el pensamiento de empujar, cuando la ocasión se le presentase, el curso de los acontecimientos.

Al pie de la vagoneta y con la pala en la mano, Emili hacía balance de sus días en el *Arrest.* Otra vez al aire libre, le parecía imposible que hubiera sido realidad lo que ahora quedaba atrás, como un mundo de figuraciones hipnóticas. Y sin embargo, un mundo vivo en su recuerdo: aún resonaban en sus oídos los pasos del carcelero de una punta a la otra del pasillo, todavía se agitaban en su mente las imágenes dolorosas de su estancia en aquel lugar. Contempló unos instantes el montón de tierra removida a sus pies. El esfuerzo que le exigía su trabajo le resultaba difícil. «He comido demasiado», se dijo. En el *Arrest* había pasado diez días de hambre. Sus compañeros de *Kommando* pasarían treinta más, y luego, durante un año, permanecerían castigados en la compañía disciplinaria. También el oficial pagaría con creces sus abusos. En tales casos, los SS pasaban por un consejo de honor. Otros SS, tan ladrones como él pero sin haber sido descubiertos, lo juzgarían y lo enviarían a un campo de concentración con el triángulo verde en la pechera. Emili le recordaba riéndose como un adolescente ante una lámina pornográfica. El mismo hombre al que había visto en otra ocasión arrancando con unas tenazas la nariz de un sacerdote polaco. Un bruto como los demás, pero... Y Werner, asesinado. Antes, Francesc. Este no había tenido tiempo de ver el desastre; hubiera padecido mucho.

Descansó unos momentos. Sus compañeros le miraban con malos ojos por estar trabajando a un ritmo demasiado vivo.

Diez días de pie bajo la ventana. Las noches constituían un descanso, pese a los gritos de los Werner que morían ahorcados de las llaves de los radiadores, pese al paso de los carceleros. ¡Diez días! Siete de ellos completamente solo. «Le eché de menos, a Heinrich», pensó Emili como en algo lejano. Había desconfiado de él. Después de haberse fumado entre los dos el cigarrillo que les dio uno de los ordenanzas, el recelo desapareció. Proyectando el humo contra la pared el aire permanecía limpio. Emili se había mareado. «Nunca jamás fumaré con tanto placer», se dijo. Había un cartelito junto a la puerta, entre el marco y el cubo-letrina. «La única palabra que leí durante diez días.» Centenares, miles de veces. ¿De dónde viene esta necesidad de leer?, se preguntaba ahora. «Estamos drogados de letras.» Heinrich le había advertido: «Si te lo miras mucho corres el riesgo de caer en la tentación de llamar». Y era verdad: la fascinación del rotulito iba aumentando de día en día. Oprimir el botón y los pasos del guardián se hubieran aproximado, los cerrojos chirriarían y aparecería un hombre, una voz, unas manos, unos ojos... «Aunque te estés muriendo, no llames nunca. Te rematarían.»

Emili trabajaba con ahínco. Las manos se le despellejaban, los riñones le dolían. «Con las manos así, se terminó el dibujo», pensó. La vagoneta tenía que quedar colmada. Como su plato del mediodía. La gente, los conocidos, le felicitaban como si hubiera triunfado en una competición deportiva. ¡Un héroe! Sabía que con muchos días cargando vagonetas como la que tenía a su lado, las fuerzas durarían poco. Observó que el *Kapo* le miraba. «Si le digo que necesito mis manos para dibujar, me tomará por loco.» Le pareció que los *Kapos* debían ser tipos poco inteligentes. Si lo fuesen, comprenderían, y comprensión quiere decir piedad. Al noveno día había estado a punto de pulsar el maldito timbre. Unas letras impresas en marrón sobre fondo crema. *Rufen.* Emili se había tumbado encima del mosaico intentando amodorrarse; de otra forma, la tentación le hubiera vencido. «Si llegan a verme tendido, tampoco hubiera escapado del palizón.» Lo que no comprendía Emili era que nadie lo hubiese interrogado. La versión de Rubio era que Metzinger quiso hundirle. En diez días nadie le había dicho:

«Ahí te pudras». Sintió deseos de fumar. «En el almacén podía fumar cuando quería.» Se hizo el propósito de dejar el tabaco. Luego, se sonrió. Su vagoneta estaba llena; las de sus compañeros, medio vacías aún. Le miraban con inquina. «Tendré que acostumbrarme al trabajo de equipo», se dijo. «Que no vayan a tomarme por lo que no soy.»

El *Kapo* dio la orden de juntar las vagonetas. Luego, en espera de que llegara la máquina Diesel que se las llevaría, tuvieron que trasladarse a otro tajo. El lugar era menos tranquilo. Emili se encontró metido en un barullo de presos trabajando bajo el terror de las porras de los *Kapos.* Un polaco de unos cincuenta años estaba socavando una enorme mole de tierra helada que de desprenderse le aplastaría. Más allá, un SS empujaba a un judío hacia la alambrada, al otro lado de la cual un centinela preparaba su fusil ametrallador. Un yugoslavo acababa de ser enterrado debajo de la nieve y de vez en cuando le destapaban la cabeza para saber si seguía vivo...

Cuando llegó a su barracón, después de la formación de la tarde, el dibujante no podía siquiera moverse. El secretario le anunció entonces su traslado al *Block* de Popeye. Tenía que abandonar la cama individual de que disfrutaba en el *Block* de los privilegiados, para volver a las colchonetas polvorientas y sucias, al amontonamiento de centenares de hombres famélicos, exhaustos, desesperados. Otra vez Popeye, con sus vesanias. Recogió sus libros, un pedazo de jabón, su cuchara y la ficha que le dio el secretario como credencial. Popeye estuvo amable. «Castigado por un asunto de robo», debió pensar. «Este es de los míos.»

Más tarde le llamó.

—Si quieres dibujar para mí no te faltará nada. Podrás quedarte muchos días en el barracón.

También Popeye sabía lo que Emili creía secreto. Contestó con evasivas. Había tomado una decisión: no volver a dibujar pornografía.

Comenzó entonces el desfile de amistades. Ofrecimientos, promesas, bellas palabras. Más pesado aún que el trabajo de la tarde. El proceso sería el de siempre: la generosidad de los primeros días se enfriaría paulatinamente y, cuando su traje estuviera harapiento y sucio, cuando su

piel se pusiera apergaminada y oscura, los «amigos para siempre» le ahuyentarían como a un perro sarnoso.

Rubio se presentó también. Su aire protector impacientó a Emili; le pareció entrever en la afabilidad de las palabras algún designio recóndito impropio del momento. Solo le interesaron las noticias sobre Metzinger.

—En el nuevo *Kommando* de *Effektenkammer* no hay ningún español; Metzinger se ha salido con la suya.

Le invitó a cenar para el día siguiente; era la víspera de Navidad.

—Unas papas fritas, ¿qué te parece?

Al salir, el barbero tropezó con Popeye.

—Es mi amigo. ¡A ver cómo te portas con él!

—Siempre soy un buen camarada —contestó Popeye con risa siniestra.

Emili durmió en las colchonetas del comedor; era una distinción. Se sentía como un muñeco colgado a merced de los vientos. Ahora todo iba a ser distinto. Debería empezar de nuevo y precisaría de todas sus fuerzas morales. Se disponía a contar con la nueva soledad que le esperaba, y a prescindir de la ilusión de viejas amistades que pronto se esfumarían. Le quedaría mucho tiempo para pensar, lo cual era una suerte evidente. No acudiría a la cena de Rubio. Navidad, unas pocas patatas fritas y los amigos de Rubio. Su humor negativo le hizo sonreír. Pensó: «He aquí donde termina el materialismo histórico». Se dio la vuelta en la colchoneta y cerró los ojos.

13

Y pasó el invierno. Invierno, primavera, verano, otoño, invierno... Muchas vidas iban apagándose entre tanto, al ritmo de un reloj insensible y perenne, y cada muerto era un mojón que el tiempo dejaba en su camino infinito. El calendario parecía tener un elevado número de hojas para cada día. Cada hoja era un hombre que debía renunciar a la lucha y que se encogía para encontrar protección en las tinieblas que devoraban el mundo. Las filas, ferozmente diezmadas, iban cubriendo sus huecos con nuevos contingentes de hombres que entraban incesantemente para el holocausto. Y cada día era un calco casi perfecto del anterior: las mismas voces, los mismos gestos, las mismas angustias, el mismo horror. Y ninguno de los días por venir aportaría innovación esencial alguna, y si existía transformación, se producía tan lenta, tan imperceptible, que la visión, acostumbrada a los pequeños incidentes y a los grandes dolores inmediatos, de nada se daría cuenta. La ley del campo imponía a cada individuo la ignorancia de sus semejantes. El egoísmo era la única arma eficaz contra la acción del tiempo, puesto que los egoístas tenían el privilegio de conservar en sus manos sus respectivas hojas de calendario. Los egoístas y también aquellos a los que la suerte protegía caprichosamente con su coraza. Unos y otros presenciaban la caída de la nieve seca o blanda, rechazaban como podían las acometidas del frío, resistían la dura carga de la fatiga en verano, acallaban su hambre cuando la ocasión se presentaba, se protegían contra los malos tratos y, en definitiva, vivían. El tiempo abatía a sus amigos, a sus vecinos, pero les respetaba a ellos, los predestinados a la supervivencia. ¿Por qué precisamente a ellos? No eran, posiblemente, los mejores, ni siquiera los más fuertes. ¿Quién les había otorgado esta gracia de ser los testigos de la muerte ajena? ¿Por qué ellos podían soportar los rigores de los inviernos y de los veranos, y pese a su temor constante y a su innegable decadencia

física iban acercándose al puerto final? Nadie podía saberlo. El universo se sostiene por la fuerza del capricho, que acaso sea su secreta ley.

Parecía lenta la marcha mortífera del tiempo, pero al recordar el pasado, uno observaba que los resultados de su desgaste formaban espeluznantes montones. Eran números que nadie llamaba jamás, nombres que nadie recordaba, humo que había sido barrido por el viento, cenizas que unificaban sus silencios en los estantes de un subterráneo. El calor de tanto cuerpo incinerado había secado el aire y los corazones de los que quedaban. Pero poco importaba eso si los días habían transcurrido sin más consecuencia, si las nieves se habían derretido ya en las umbrías, si la primavera ponía por fin su gama de verdes en el paisaje, si la naturaleza entera era anuncio de que las esperanzas de tiempos mejores no eran vanas. El sol vencía como todos los años, y los afortunados que podían contemplar su sonrisa luminosa sentían en su interior el eco del mensaje siempre vivo de la esperanza.

Emili pasó frío y pasó calor; los trabajos rudos deformaban sus manos y el hambre le torturaba como a los demás. A través de los meses fue dejando buena parte de sus carnes en la cantera. Pero logró desoír siempre la voz del realismo animal, próximo al instinto de conservación, que le aconsejaba volver al dibujo de obscenidades. Ya no podía hacerlo. Existía por medio el recuerdo de Francesc y de Werner. Las más duras pruebas le parecían soportables con tal de que le condujesen, tarde o temprano, a descifrar el secreto de su destino.

Solo Rubio se acordaba de él, cuando se lo permitían sus compromisos más perentorios. Un recuerdo que tenía su precio, como todo. El barbero era un verdadero maestro en el arte de insinuar las cosas, y Emili, cada vez que recibía un pedazo de pan o un plato de comida de manos de su amigo, adivinaba tan claramente el designio proselitista de tal ayuda, que hasta el consuelo de verse sostenido se desvanecía.

Y los meses corrían más aprisa que los días, y de esta subversión paradójica del valor del tiempo procedía quizá la indiferencia negativa en la que Emili se mecía, sin ulterior análisis de causas y resultados. Entre tanta

locura, ¿qué posición mejor que la de hacerse el loco? Locura, la suya, que era búsqueda de paz para su espíritu, aunque fuese a costa de la reducción de su cuerpo con el azote de las privaciones.

Aparte de esa paz, nada podía mover su interés. Cierto que el embrutecimiento de cuantos le rodeaban progresaba. Era deprimente que, mientras estaban fusilando a cuarenta guerrilleros yugoslavos, cinco mujeres entre ellos, la multitud formada en la plaza de los recuentos lamentase solo que la lentitud de la operación retrasara la hora de la cena; morboso era sin duda que algunos compañeros perdieran horas de su escaso descanso contemplando, a través de las ventanas, las torturas colectivas de que eran objeto checos y judíos en medio de la plaza, o espiasen las idas y venidas de los matarifes de las SS cuando, armados de hachas, entraban en el edificio del crematorio a liquidar «transportes especiales»; cruel era la indiferencia con que era acogido el espectáculo diario de los carros repletos de cadáveres de rusos caídos en el trabajo; feroces eran las riñas entre compañeros por naderías; asqueroso resultaba el vicio extendiéndose entre la gente joven... Emili se daba cuenta de todo y lamentaba que el lugar se convirtiera poco a poco en una selva, pero recordaba de qué forma tan contundente le había sido indicado por el Destino que no era él el llamado a remediar tal estado de cosas. También permanecía ausente de las vicisitudes de la guerra. Los alemanes estaban en el Cáucaso y en territorio egipcio y, suponiendo que todo marchara por el mejor de los caminos, faltaban por lo menos dos años o tres para que los aliados recuperaran todo lo perdido. Pero de la misma manera que no se preocupaba de saber si los españoles que quedaban con vida podrían llegar hasta el final de la contienda, tampoco le interesaba mucho saberlo de sí mismo. La guerra y todas sus consecuencias eran su expiación, un estado de crisálida del que saldría, si salir de él era su destino, bajo la forma querida por las fuerzas superiores. El valor consistía en afrontar la dura realidad y, como creía poseerlo, quería llegar hasta el fin sin recurrir a nada que no fuese su propia fuerza.

Un día se vio desnudo. Como tantos antes que él, hizo el descubrimiento de su delgadez. Las nalgas habían desaparecido, los pies y los tobillos

empezaban a hinchársele y podían contársele las costillas apenas cubiertas por la piel.

—Oye, Emili —le dijo Rubio unos días más tarde—. Pasa a verme todos los días después de la cena. Te guardaré un plato de sopa del mediodía.

El dibujante comprendió el porqué del ofrecimiento. «Ha descubierto que la Muerte me ronda», se dijo. A partir de la tarde siguiente, se presentó diariamente en el *Block* de los privilegiados a recoger la comida que le había ofrecido su amigo. Estando todavía en el almacén, había pensado alguna vez en la conveniencia de anticipar el fin con un gesto altivo. Ahora le parecía estúpida la idea de un suicidio por acción u omisión. No quería forzar el secreto del tiempo. Su trayectoria tendría forzosamente su punto de llegada. Entonces sabría si le esperaba la luz o la sombra. El tiempo no era su enemigo.

Con motivo de una selección de españoles para un *Kommando* exterior, Emili fue uno de los escogidos y cuando con uniforme nuevo, formado entre cincuenta compañeros más, estaba a punto de salir hacia la estación del pueblo, Rubio se acercó para despedirle.

—Te felicito —le dijo—. Vais al *Kommando* de August.

—¿Tú crees? Lo han dicho por aquí, pero yo no me fío.

—Puedes estar seguro. Estoy muy contento por ti. Al lado de August te sentirás más animado. —Y añadió después de una breve pausa—: Tengo allí a un buen amigo mío. Se llama Castro y puedes confiar en él. Por su conducto puedes escribirme cuando quieras. Me gustará saber de ti.

Pese a que la ayuda recibida de Rubio había sido muy importante, Emili se daba cuenta de que su amistad con Rubio carecía de calor. El dibujante lamentaba su falta de dominio sobre los propios sentimientos.

—Gracias por todo cuanto has hecho por mí —dijo con esfuerzo—. Es posible que volvamos a encontrarnos y no seamos ya, como ahora, unos miserables presos. Creo que, una vez libres, nuestro diálogo tendrá más valor que hasta ahora.

La comitiva salió del campo. Hacía casi dos años que el dibujante había entrado por la puerta del recinto exterior y, hasta este momento, no había vuelto a cruzarla. Marcando el paso cuesta abajo, en la incertidumbre de la dirección que llevaban, pensaba que, si su opinión hubiera sido consultada, probablemente habría preferido no moverse del campo. Se sentía invadido por un vago sentimiento de protesta. Si el traslado iba a ser únicamente el principio de una nueva prueba, si el *Kommando* a donde le destinaban iba a significar para él la precipitación del final, ¿por qué le estaba vedado el derecho a escoger el patíbulo? ¿Por qué al bote de sus cenizas no le sería permitido descansar al lado de las cenizas amigas?

En contraste con sus negros pensamientos, los compañeros de expedición parecían alborozados. Las mujeres y los niños con los que se cruzaban por las calles del pueblo solían ser objeto de comentarios ruidosos.

—¡Callaos! —ordenó uno de los guardias—. Parecéis judíos.

La gente obedeció y durante una parte del trayecto se oyó solo el paso rítmico de las botas de suela de madera por los adoquines. Los habitantes del pueblo se asomaban a las ventanas, les veían pasar y, sin exteriorizar sentimiento alguno, volvían a desaparecer en los interiores de las casas. Los niños seguían detrás y contemplaban a los SS con respeto y envidia.

En la estación les esperaban dos vagones «*8 chevaux-40 hommes*» y Hans Gupper en persona. Les fue hecha la concesión de ir con las puertas abiertas de par en par. El comandante les acompañó y, durante el camino, se mostró singularmente amable. Les confirmó que iban a reforzar el *Kommando* de August.

—¡Y pensar que anoche hice gestiones para no ir! —exclamó uno de los transportados, sentado al lado de Emili.

Este, sin saber si el comentario del vecino le iba dirigido, se sonrió por si acaso. Debía mostrarse contento como los demás. Había motivos para hablar, reír, cantar... No contestó cuando el compañero le preguntó:

—¿A ti no te gusta?

Se sentía desplazado y poco humano. Recordó la espontaneidad de Francesc en casos como aquel. «Si estuviera aquí, me reñiría», se dijo.

Quizá debido a la muerte de su amigo, Emili creía que en medio de la efervescencia de que el mundo era víctima, el optimismo solo podía conducir al desencanto y a la amargura. Vivir era callar, sufrir, tal vez morir. Comprendió entonces que el cambio de lugar le exigiría el esfuerzo de recuperarse. El indulto que para él, como para los demás, significaba este traslado tenía un precio que debía aceptar. Podía empezar a pagarlo acto seguido confesando que se sentía feliz.

El tren abandonó pronto la llanura del Danubio y enfiló en dirección sur por el valle de uno de sus afluentes. Pequeñas ciudades industriales mostraban, con vanidad, las enormes construcciones de las que salían toda clase de armamentos. Las estaciones estaban abarrotadas de plataformas cargadas con tanques, cañones, camiones y motores de aviación. El azul pálido del cielo parecía velado por el humo de las numerosas chimeneas.

—En la próxima —anunció Gupper.

Pronto apareció la punta algo bizantina del campanario del pueblo y, a su alrededor, los agudos diedros de los tejados, rojos algunos, de pizarra los más. Una aldea dispersa, encerrada en un valle cada vez más estrecho y abrupto. Entre la estación y el pueblo, el río. El aire era tan transparente que hasta los capuchones de las cumbres parecían más blancos. La paz reinaba en aquel rincón: allí no existía ninguna fábrica de guerra.

—Por lo menos nos libraremos de los bombardeos —observó alguien.

—¡Quién sabe! Puede que existan fábricas subterráneas.

Después de media hora de caminar, la comitiva llegó a un pequeño llano con cuatro barracones sin pintar y otro, algo mayor, que a juzgar por las chimeneas debía ser la cocina. Los espacios libres habían sido aprovechados para el cultivo de hortalizas. Alambradas sin corriente eléctrica creaban por doquier separaciones laberínticas.

August les esperaba en la puerta, acompañado de dos oficiales de las SS. «Una expresión de cara distinta», observó Emili. Pronto se dio cuenta de que August llevaba el pelo largo, con una raya de unos tres centímetros de anchura que partiendo de la frente le llegaba hasta el cogote. Se trataba de una nueva moda implantada por la dirección berlinesa de los campos, con

vistas al aprovechamiento del pelo humano en la manufacturación de fieltros. Hacía ya algún tiempo que los presos habían sido equiparados al ganado lanar, pero no por ello dejó de sorprenderle al dibujante la cara de su amigo. El pelo negro, muy tupido e hirsuto, le estiraba el rostro y le daba cierta semejanza con la cabeza de algunos insectos.

Después de las formalidades de rigor, llegó el momento de los abrazos. August cogió a su amigo por el brazo.

—Estoy muy contento de que hayas venido. Esto es un paraíso. Comparado con aquello, claro está. Vienes algo estropeado, pero aquí te recuperarás, estoy seguro.

El intérprete tomó la palabra y ya no la abandonó. De lo que sucedía en el campo principal solo quería confirmaciones; de lo que ocurría en el suyo propio, hablaba con extensión y vehemencia.

—El verano ha sido malo, muy malo. La comida solo servía para estimular el hambre. Los hombres se me caían agotados. Han llegado a comerse las hierbas de los prados. Pero yo me he mantenido firme. Era necesario mantener el ritmo del trabajo a toda costa. Era mi única arma. Hubo un momento en que creí haber fracasado, pero mis números y el control que llevo del trabajo me sirvieron de mucho para demostrar que nuestra productividad era superior a la de los prisioneros de guerra y hasta a la de los elementos civiles. Un día di un golpe de efecto. Ordené a todos mis hombres que se desnudaran en la plaza de los recuentos y acto seguido pedí al comandante que pasara revista. Eran esqueletos con vida. «¿A ustedes les interesa nuestro trabajo?», le pregunté. «Pues ya ve usted que si esta gente no come mejor, el trabajo se terminará muy pronto.» Hace algo más de un mes que nos atiborran de coles y patatas. Bazofia, es verdad, pero la gente se ha repuesto rápidamente.

Los dos amigos cenaron juntos. Emili hizo honor a las coles que hacían milagros. La vanidad de August hería la fina sensibilidad del dibujante, pero saltaba a la vista que la tranquilidad, el orden y la convivencia que imperaban en aquel pequeño campo pesaban mucho más que lo inmodesto de las palabras.

—Aquí somos todos iguales —explicaba August—, pero el árbitro soy yo. Comprensivo o severo, según convenga. Y siempre muy bien informado. Sé todo cuanto hace la gente, lo que dice, casi lo que piensa. Hay quien me cree el diablo personificado. Sistema patriarcal, el mío...

El dibujante recordó la carta que Rubio le había dejado leer hacía ya algún tiempo. Se sonrió. El mejor don de August era, sin duda alguna, su poder de sugestión sobre los que le rodeaban, y el agente de Rubio —el llamado Castro— había sido víctima de él. Miró con curiosidad la cara de su interlocutor. No era únicamente el pelo largo y partido lo que modificaba la expresión que él conocía de antes, sino algo así como una afectación, un aplomo satisfecho que, sin saber aún si le gustaba o no, explicaba muchas cosas.

Cuando, algo más tarde, se metió en la cama, todos los compañeros de *Stube* dormían ya. Un silencio confiado, sin la opresión angustiosa de los silencios en el campo principal. Encendió un cigarrillo que le había dado August; aquí no tenía por qué temer nada. Sobre la mesa del centro, vio un juego de ajedrez y un par de libros. ¿Era posible que este campo fuese una sucursal del otro? Le pareció que algo había cambiado en su interior. El Emili que fumaba en la cama no podía identificarse con el otro Emili que, solo unas horas antes, había salido del campo principal con un angustioso sentimiento de abandono y de renunciamiento.

—Cuento con tu ayuda —le había dicho August hacía unos pocos minutos.

La obra de defensa del hombre contra el «espíritu del campo», olvidada durante largos meses, retoñaba de pronto con fuerza creciente. Esta vez le había sido confiado un papel subalterno, como si los «poderes superiores» quisieran darle una última oportunidad.

—*Sursum corda* —exclamó contento.

Se levantó de la cama para apagar la luz.

14

Mientras los aliados tomaban la iniciativa guerrera en el Volga y en el África del Norte, los pueblos del Occidente europeo empezaban a reaccionar contra los ocupantes alemanes. Las expediciones de resistentes belgas, franceses y holandeses constituían un barómetro elocuente del esfuerzo progresivo de estos países frente a la ocupación hitleriana.

Pierre, obrero metalúrgico en una ciudad del norte de Francia, había sido detenido por la Gestapo y acusado de saboteador. Después de conocer muchas cárceles, llegó al campo agotado y maltrecho y ya el primer día de estar en él fue víctima de la insolación corriente entre los que se habían visto privados de sol durante meses. Aquella primera penalidad abrió la puerta a muchas más y, al cabo de unas semanas, el edema del hambre se apoderaba de su empobrecida naturaleza. En tales casos, la prescripción del médico era de un descanso de dos o tres días en la enfermería, de la que se salía, cuando la hinchazón había desaparecido, para volver al trabajo. A la tercera vez...

La ciencia alemana había encontrado soluciones masivas para resolver el problema de las bocas improductivas. La inyección de gasolina, la ducha fría o las palizas eran sin duda operaciones muy lentas. Rendía mucho más trasladar a los enfermos al campo «sanatorio» de Dachau, por ejemplo, a servir de cobayos en laboratorios químicos y bacteriológicos o en institutos de vivisección.

También el «coche fantasma» daba buenos resultados prácticos. Era un autocar de unas veinte plazas, cuyos cristales habían sido sustituidos por planchas metálicas. Se presentaba en el campo de vez en cuando para cargar a los enfermos y, en plena marcha, desde la cabina aislada, los conductores soltaban el gas letal. Los cuerpos eran utilizados en prácticas de disección o en la fabricación de grasas para jabones, o simplemente llevados a los crematorios gigantes de Estiria para ser incinerados.

Ningún procedimiento tan expeditivo, no obstante, como la cámara de gas instalada hacía poco en el subterráneo del crematorio del campo. Aparentemente era una inofensiva sala de duchas: suelo de mosaico, paredes con un friso de baldosa vidriada y unos globos blancos de mucha luz colgando del techo. El emparrillado de tubos presentaba numerosas perillas de ducha. La puerta era muy recia y cerraba a presión contra un marco acauchutado. A través de una ventanilla podía verse desde el exterior lo que ocurría dentro de la sala.

Si los condenados a morir eran recién llegados, desconocedores de los misterios del campo, se les ordenaba desnudarse en una antesala con abundantes percheros y, en el momento de entrar en la cámara, se les entregaba pedacitos de jabón y toallas. Estas expediciones, que no dependían del comandante del campo, sino directamente de la Gestapo, estaban constituidas por familias enteras, hombres, mujeres y niños procedentes de los más diversos países. Una vez cerrada la puerta, aquellos desgraciados, completamente desnudos y en promiscuidad vejatoria, esperaban en vano que empezara el agua a caer. Era el gas lo que pronto envenenaría el aire, provocando en los ejecutados una espantosa agonía. En su desesperación, eran muchos los que se destrozaban la cabeza contra las paredes, o se lanzaban contra sus compañeros y con las uñas y los dientes se tomaban una venganza absurda, o morían con los dedos metidos en la garganta como para abrir paso a un aire puro que no existía... Poco a poco iban cayendo, unos encima de los otros, hasta que entre todos formaban un solo montón de cadáveres verdosos.

Entre tanto, con relucientes ojos, músculos tensos y apretados los dientes, especialistas en gases, oficiales de las SS y agentes de la Gestapo contemplaban el espectáculo desde el otro lado de la ventanilla.

Cuando se trataba del exterminio de los enfermos del campo, los refinamientos del jabón y de la toalla se estimaban innecesarios. Los seleccionados salían de la enfermería totalmente desnudos y eran conducidos al suplicio como corderos al matadero, a bastonazos.

Pierre, el francés, fue condenado a morir gaseado cuando entró en la enfermería por tercera vez. El terror y la desesperación con que eran acogidas por los enfermos estas selecciones tuvo la virtud de revitalizar su constitución prácticamente exhausta. Una vez en la fila, pareció comprender de pronto todo lo que de monstruoso tenía su suerte. La resignación de días antes, cuando pensaba fríamente en el inevitable fin de sus males, había dejado paso a la última rebeldía. No debía dejarse matar como una res. Era joven, no tenía enfermedad alguna como no fuese la del hambre, y en Francia le esperaban su mujer y sus hijos. Vivir era su deber, salvarse como fuese.

El grupo emprendió la marcha por las calles rústicamente empedradas del campo. Pierre notó que su paso era hasta seguro y que no tenía necesidad de apoyarse en sus compañeros, como les pasaba a la mayoría. ¿Por qué iban a matarle? ¿Qué sentido tenía su muerte?

Un español que andaba a su lado vio a un compañero que contemplaba el paso de la comitiva.

—¡Eh, tú! —le gritó— ¡Ya ves! Si te salvas, díselo a mi mujer.

Al entrar por la puerta trasera del crematorio, Pierre procuró rezagarse. ¿Adónde ir? No lo sabía, no hacía falta saberlo. Ante todo, correr, huir, salir del rebaño. Una vez cruzado el umbral de la puerta... Intentó dar un salto atrás, pero un alemán le empujó brutalmente. El remolino de la gente le absorbía y parecía vano cualquier intento de liberarse de él. El griterío, los gemidos y las interjecciones en todas las lenguas llenaban de terror las gruesas paredes del subterráneo. No existía escapatoria posible. Solo aparentemente, porque al llegar a la misma puerta de la cámara de gas, como movido por un resorte, Pierre supo extraer nuevas fuerzas de su debilidad. Dio un empellón al alemán que no le perdía de vista, el cual, cogido de sorpresa, se tambaleó unos instantes, los suficientes para que el francés pudiera escabullirse hacia la puerta exterior.

La gente no había vuelto aún de sus trabajos y los *Blocks* estaban vacíos. Pierre atravesó la plaza como una exhalación y no tardó en perderse por

entre los barracones. Se introdujo por la primera ventana que encontró abierta.

Al dar la alarma, todo el personal administrativo del campo fue movilizado en la búsqueda del fugitivo. Todos los *Blocks* y dependencias interiores fueron registrados varias veces, sin que nadie diera con el paradero del francés. Cuando los presos entraron en el campo, la formación duró una hora larga. Fue a la cuarta o quinta vez de examinar uno de los barracones cuando uno de los alemanes movilizados oyó el choque apagado de un cuerpo cayendo encima de una de las camas. Pronto descubrió el cadáver de un hombre desnudo, encogido, las rodillas pegadas a la barbilla, los ojos desorbitados, las manos crispadas. La muerte debió haberle sorprendido en el punto más alto de su último esfuerzo. El alemán no supo comprender lo que había ocurrido hasta que, recordando que era el ruido de una caída lo que había llamado su atención levantó los ojos hacia el techo del barracón. En la perpendicular del cuerpo se abría uno de los respiraderos del dormitorio, en forma de caja y con paredes de celosía. Solo agarrándose con los dedos de las manos y de los pies en las aristas de los listones y pegando la espalda en la cara opuesta, piernas y brazos en tensión poco menos que sobrenatural, era posible sostenerse allí media hora escasa. Pierre había aguantado durante tres horas.

Había muerto de frío y agotado, seguramente hacía ya largo rato, pero ni después de muerto había cedido en la decisión de escamotear su cuerpo al poder de los verdugos. Yertos los músculos, el cuerpo doblado por la estrechez del cajón, había caído en un momento cualquiera como cae la fruta madura.

En el crematorio, Pierre se reunió con sus compañeros gaseados.

En el *Kommando* de August, los días eran todos iguales. La identidad de movimientos y la meticulosidad de los horarios permitían a los hombres una saludable avaricia del esfuerzo. Simple cuestión de sumas y restas. La ración de comida era tan justa que todo el secreto de la conservación física descansaba en el rigor del ahorro de fuerzas. ¿Para qué agacharse para

coger una pala si apoyando el pie en la lámina el mango se levantaba automáticamente? ¿Para qué hacer un viaje a los urinarios y otro al lavabo, si con uno solo se podía ir a los dos sitios? Y si uno cogía además el plato sucio con una mano y las botas llenas de barro con la otra, eran dos viajes más los que se ahorraba. La monotonía de la existencia era aplastante: levantarse siempre media hora antes del alba, arroparse para salir a orinar y lavarse, vestirse con prisas, hacer la cama con el mayor cuidado, recoger la sopa, beberla, salir a la calle mientras el turno de limpieza barría, fumar medio cigarrillo cuando había tabaco, olvidar la fatiga de los días anteriores e ignorar las nueve, diez o doce horas de trabajo que entonces iban a empezar. Después, formación, recuento y salida de grupos de trabajo.

Emili se aclimató a partir del momento en que encontró en la rutina de cada día la réplica en positivo de la calma espiritual, lograda a costa de renuncia y de pasividad fatalista, que había sido su signo durante sus últimos tiempos en el campo principal. La diferencia era, sin embargo, decisiva. Su gradual decaimiento físico y moral había dejado paso a la revigorizante contraofensiva de las facultades superiores de su espíritu. El trabajo era duro, el tiempo inclemente, la compañía gris, la alimentación bazofia, pero reinaba allí un clima humanitario, existía piedad y ayuda para los más decaídos y la muerte encontraba resistencia en todos los terrenos. Los SS intervenían en el campo a través de August y su acción perdía su veneno inicial. El régimen general de los campos de concentración llegaba al *Kommando* de August lo bastante atenuado para dejar de ser el mismo régimen. Emili lo soportaba con la paciencia del convaleciente que intenta adaptarse a unas condiciones de salud ya olvidadas. Se sentía liberado del clima de desprecio hacia el hombre, instrumento del que se valían los nazis para el exterminio de los cautivos. En el campo de August, el dibujante ya no era únicamente un número, sino también un hombre.

Acostumbrado al favoritismo del campo principal, le sorprendió saber qué clase de ayuda esperaba de él August.

—Por ahora tendrás que salir a trabajar, puesto que nadie puede quedarse en el campo si no tiene un trabajo oficialmente asignado aquí. Por las

tardes, después de la cena, vendrás a mi oficina.

La oficina era una organización burocrática destinada a impresionar a los alemanes, en este caso más atentos a las apariencias que a las realidades. Muchos empleados de horas extras, mucho papeleo, estantes con archivadores, frecuentes reuniones de *Kapos* y *Blockältester,* colecciones de informes sobre el personal, ficheros, estadísticas, gráficos, eran para August otras tantas armas que, además de causar efecto, le servían para tener siempre a punto la réplica oportuna. En un departamento contiguo trabajaban los «artesanos» en la construcción de muebles, reparando relojes, haciendo sortijas o medallones, servicio destinado a complacer a las personalidades con las que August tenía relación, ingenieros de las obras oficiales, jerarquías del partido, simples guardias o capataces. Emili, como dibujante, pasó a esta sección especial.

—Me tiembla el pulso; ya no puedo dibujar.

—Lo mismo da que tiemble o no tiemble. Ninguno de esos brutos se dará cuenta.

Cuando la existencia de un dibujante fue conocida, Emili se ahorró muchos días de trabajo a la intemperie. El comandante, por ejemplo, un sargento de las SS algo maduro, le encargó la reproducción de las fotografías de su mujer y de los siete hijos que tenía, concediéndole permiso especial para quedarse en el campo hasta terminar el trabajo.

Así fueron sucediéndose los días, sin grandes emociones, sin huella aparente. Uno pasaba la jornada esperando la llegada de la noche para dormir, deseando que los sueños fuesen abundantes para evadirse de la triste realidad diurna. Sucesión tediosa de las horas y de los días que, probablemente, habría resultado insoportable para Emili si no hubiese podido refugiarse, una vez más, en el mundo interior que poco a poco iba reconstruyendo.

A su entrada en el campo, una tarde, observó una insólita agitación.

—Ha llegado correo —anunció alguien en el momento de romper filas.

Emili corrió hacia la oficina.

—Tienes carta de tu mujer —anunció August.

Hacía solo un mes que los españoles habían sido autorizados a escribir una tarjeta postal con texto impreso, igual para todo el mundo. Las contestaciones empezaban a llegar. La dirección del campo, hábilmente mixtificada, daba a entender que estaban retenidos en concepto de prisioneros de guerra y no de presos políticos. La condición de secuestrados continuaba; nadie allende las fronteras podía conocer la verdad del trato arbitrario e inhumano a que eran sometidos unos hombres a los cuales ninguna actividad antialemana podía ser imputada.

Emili conservó la carta entre sus dedos sin decidirse a abrirla. El peso de aquellos dos años, contados día por día, hora por hora, minuto por minuto, pesaba ahora como si se encontrara bajo la gran montaña que formaban. Aquellas líneas que ya no esperaba medían de pronto la distancia que en el tiempo y en el espacio se interponía entre él y el mundo exterior. Y sin embargo, este mundo rodaba y seguía su camino; en alguna parte, existía una mujer que esperaba su regreso. Comprendió que lo que detenía el gesto de romper el sobre era el temor informulado de sentirse extranjero en aquel mundo lejano. ¿Las cuatro líneas de la carta podrían llenar el vacío dejado por dos años?

—¿A qué esperas? —preguntó August riéndose.

Emili se decidió. La letra era poca, en efecto, y el dibujante la leyó tres veces antes de levantar los ojos del papel. «Con tu tarjeta en la mano he corrido por el piso, por el vecindario, por la calle... La he mostrado a todo el mundo, a todos les he dicho mi alegría...» Con deseos de soledad, Emili se dirigió a su *Block* y se refugió en su cama. La imagen de Matilde iba tomando en su recuerdo una precisión inverosímil. El futuro estaba en su interior.

Al siguiente día no salió a trabajar. Estaba dibujando en la oficina cuando entró August, procedente del despacho del comandante.

—Acabo de oír la radio —dijo, frotándose las manos.

—¿Y qué? —preguntó Emili sin dejar su trabajo.

—¡Sensacional! Los alemanes han perdido a su VI Ejército en Stalingrado. Habrá duelo nacional en todo el país.

Emili se levantó de un brinco. El taburete cayó con estrépito.

—¡Por fin! —gritó—. ¡El sexto, el séptimo, y los otros! Todos caerán. Esto se desmoronará. Ya verás como la guerra se terminará pronto.

August le miró algo sorprendido de tanto entusiasmo en un hombre habitualmente tranquilo. Emili se avergonzó enseguida de su ruidosa espontaneidad. «La carta», pensó, mientras August hacía comentarios. «La carta ha sido el anuncio de todo.»

—Entra, ¿quieres? —invitó August con gravedad.

El dibujante cruzó el umbral del despacho y, una vez que estuvo la puerta cerrada, se sentó en el taburete que el otro le ofrecía.

—Lo que voy a decirte es confidencial —empezó el valenciano—. Si te interesa, acepta; si no, te ruego que no hables con nadie del asunto.

Emili asintió con la cabeza.

—Sabes sin duda que tengo montado un servicio de información entre mi gente. Este servicio acaba de confirmarme lo que hace tiempo venía sospechando. No me sorprendo por cosas como esta, ya lo sabes. Cuando otros van, yo ya estoy de vuelta.

Emili contemplaba absorto la sombra que la cabeza de August proyectaba en la pared. La luz de la mesilla no tenía pantalla.

—Desde que llegué aquí con el *Kommando* —prosiguió August—, los comunistas han recibido siempre consignas del campo principal...

El dibujante recordó la carta de Castro que Rubio le había dado a leer.

—No he querido dar nunca la menor importancia a esta relación porque Castro, su agente aquí, ha sido siempre un juguete en mis manos, ya que me es personalmente adicto.

Involuntariamente, Emili hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Las consignas de ahora ya no son las del principio. Era de esperar; no pierden el tiempo.

Alguien llamó y empujó la puerta.

—No me molestes ahora —gritó August—. ¡Cierra!

Se levantó para correr el pestillo. Luego, paseándose por la estancia, añadió:

—Ellos son quienes han roto la tregua tácitamente convenida de no hacer politiqueos aquí. Como comprenderás, no estoy dispuesto a tolerarlo. No será la primera vez que me enfrente con ellos. Si me buscan, me encontrarán.

La voz apacible de Emili contrastó con la excitación del valenciano.

—¿Qué es, para ti, hacer politiqueos?

August le miró sorprendido.

—Pues... ¿qué te parece a ti? Es deshacer a mis barbas lo que tanto esfuerzo me ha costado hacer. Que se reúnan a escondidas y solivianten a la gente, que organicen células, troikas y demás zarandajas y que recluten prosélitos a costa de los demás. ¿Te parece poco?

—Aprendices de conspirador.

—Compran a la gente, la compran con la comida que es de todos.

Y sin esperar a que el dibujante interviniera, explicó:

—El defecto de origen de este campo es que no tengo el control de la cocina. El *Kapo* alemán depende directamente del tonto del comandante y de eso se valen.

—¿Son todos comunistas, los cocineros?

—Basta con que lo sea uno.

—¿Has hecho algo?

—He hablado con el *Kapo.* Me ha dicho que veo visiones. He hablado con el comandante y le he hecho ver que sin autoridad sobre los cocineros los conflictos no tardarán en presentarse. Me ha contestado que para solucionarlos estaba él aquí. ¡Una idea de alemán! ¡Pandilla de imbéciles!

Levantó de nuevo el tono de voz y varias veces recorrió a grandes zancadas el diminuto despacho.

—Que no se imaginen que la partida les va a ser fácil. Tengo muchos triunfos en la mano, todavía, y con los dientes, si es necesario, defenderé la paz que he creado. No quiero que cuatro desaprensivos lo estropeen todo. Mi orden es la igualdad ante la ley. Y la ley soy yo, que como lo mismo que

los demás. ¿Crees que, por política, voy a tolerar que haya quien coma más?

—¿Cómo piensas evitarlo?

—¡Como sea! De momento me hace falta información, mucha información. Por esto te he llamado. Tienes que ayudarme dándole mayor eficacia a este servicio. Mis agentes no pitan.

—Yo no entiendo nada de esas cosas, August. Además, es un trabajo que no me gusta.

—Tienes el deber de defender esta armonía interior que tú has podido apreciar mejor que nadie.

Emili, algo molesto, encajó la alusión. «Es la factura», pensó.

—Será una campaña defensiva —prosiguió August—. Es legítimo que me defienda, que defienda a los hombres a cuya salvación me he comprometido. Necesito saber lo que trama esa gente...

—¿Y por qué no hablas con Castro, con quien sea, y les haces ver...?

—¡Ingenuo! Te dirán que muy bien y seguirán haciendo lo que les parezca. Ellos obedecen órdenes de quien ni siquiera se ha preocupado de saber lo que hacemos aquí.

—Me consta que lo saben muy bien.

—Hacen política y les importa un rábano que la gente reviente. Te podría contar miles de casos...

Y mientras August empezaba a contarlos, Emili pensó que el puesto que le ofrecía el valenciano le serviría tal vez para atenuar los bandazos de una lucha estéril entre unos y otros.

—Acepto —dijo al final, sin pensarlo más—. Ya me dirás qué debo hacer.

Aquella misma noche, pocos minutos después de la entrevista, escribió una carta a Rubio, en la que intentó hacerle ver los peligros que entrañaba una actitud hostil a la obra de August.

Al cabo de tres semanas, Castro se aproximó un día a Emili y, con el mayor misterio, le entregó un sobre. El barbero contestaba:

«Las dificultades para sostener correspondencia con vosotros justificarán mi prolongado silencio, y espero que este pliego de cuartillas que te mando

demostrará que no ha sido por pereza que he tardado tanto en contestar a tu carta.

»Las cosas han cambiado mucho desde que nos abandonaste. En diez meses hemos pasado muchas vicisitudes y, después de los quebraderos de cabeza que no te costará imaginar, no podemos quejarnos de nuestra suerte. Como era de esperar, el origen de todos nuestros males fue Metzinger. Yo que tenía con él una cuenta pendiente debo reconocer que, si hoy estamos más tranquilos, ha sido más debido a sus imprudencias que a la eficacia de nuestra oposición. Llegué a creer que se había presentado una ocasión propicia cuando se peleó con un tal Otto, segundo secretario del campo. ¿Le recuerdas? Ese elemento proclamaba por todas partes que Metzinger era un mal camarada y un sujeto indeseable y que conocía de él varias historias, y que cualquiera de ellas bastaría para conducirle a la horca. Yo le ofrecí mi ayuda a cambio de la suya cuando hiciera falta. Poco pudimos hacer; Otto se asustó ante el clan de alemanes que Metzinger dirigía. Quedaba el recurso de ir directamente a Gupper, pero el procedimiento era muy peligroso, ya que si el apoyo de Gupper resultaba débil, nos exponíamos a una lucha entre alemanes y españoles en la que nosotros llevaríamos la peor parte. Pese a que Metzinger arremetía contra nosotros con creciente ímpetu, no quedaba otro camino que el de la paciencia.

»Un día, en la cantera, a un checo se le cayó del bolsillo un puente de dientes de oro. El *Kapo* quiso apropiarse de él, pero ni sus amenazas ni sus golpes pudieron acallar la protesta del desgraciado. Un SS intervino. Dicho sea de paso, casi todos los SS han sido renovados y han venido elementos de nacionalidades balcánicas, con antecedentes familiares más o menos alemanes, muy diferentes de los hitlerianos puros que teníamos antes y que han sido trasladados al frente. Estos son en su mayoría indiferentes y están contrariados por el «voluntariado a la fuerza» a que han tenido que someterse. El SS que intervino en el asunto del checo resultó ser buena persona. Ordenó al preso que abriese la boca y comprobó que los dientes eran suyos. Preguntó ingenuamente por qué no iba a ver al dentista del campo para que le sujetase el puente, a lo que el interrogado contestó con

evasivas. El guardia le acosó a preguntas y el checo acabó confesando que no tenía deseo alguno de morir asesinado. Al llegar al campo, el SS denunció el caso a la superioridad. Se hizo una investigación. A los pocos días, el checo murió a consecuencia de un palizón por haber robado un pan. Los alemanes saben organizarse bien. Como supondrás, nada pasó; Metzinger siguió tan campante.

»Unas semanas después intervine personalmente en un asunto frente a Metzinger. Un español acababa de ser seleccionado para entrar en la zapatería del campo, pero Metzinger se puso de acuerdo con el secretario del *Block* donde el zapatero vivía y convinieron en no comunicarle la hora de presentación en su nuevo *Kommando.* Al mismo tiempo, cursaron un parte de baja por enfermedad y, como consecuencia, un alemán que había quedado en segundo lugar en el concurso ocupó el puesto. Protesté ante Metzinger y no obtuve más resultado que unos cuantos bofetones que el animal ese me propinó.

»La situación se agravó para nosotros cuando Gupper se ausentó del campo por tiempo indefinido. Había salido a montar un *Kommando* exterior capaz para veinte mil hombres y la impresión era de que no iba a volver. Metzinger se aprovechó de la ocasión para lograr del sustituto de Gupper que un gran número de españoles fuesen depuestos de sus cargos. Yo fui uno de ellos. Y estoy orgulloso de decir que fui yo la piedra con la que Metzinger tropezó. Cuando Gupper volvió a «su campo», me echó de menos. Se dirigió como una exhalación a la secretaría a enterarse de lo que había sucedido. Las explicaciones de Metzinger no lograron atenuar su cólera y, como primera medida, lo destituyó. Otto se vengó facilitando el descubrimiento de muchas de las irregularidades administrativas de su antecesor, aunque el asunto de los dientes de oro permaneció en el más profundo secreto por miedo a complicaciones más altas. Metzinger fue a parar a la compañía disciplinaria y allí estuvo hasta que sus antiguos socios decidieron eliminarle. Tuve ocasión de presenciar cómo, a palos, le obligaban a electrocutarse en las alambradas.

»Entonces cambió todo. Los españoles recuperaron lo perdido y ganaron mucho más. El lugar de Metzinger lo ocupa ahora un checo, muy buen elemento. Un compañero del malogrado Francesc, un tal Manuel, trabaja con él. En todos los buenos *Kommandos* hay españoles y hasta Ernesto ha mejorado, ya que es ahora el *Kapo* de "las patatas". Con tanto privilegio estamos a punto de lograr nuestro sueño inicial de que ningún español pase hambre. Falta solo establecer enlaces con los *Kommandos* exteriores en previsión de lo que pueda pasar, y a eso vamos. Puedes decirle a August que hace falta la unión de todos, que eso es lo que nosotros queremos y que no vea fantasmas donde no hay ninguno. Lo que me cuentas es simplemente absurdo. Castro es un excelente amigo mío, y nada más.»

Emili leyó la postdata:

«Al releer esta carta me doy cuenta de que me he dejado llevar por el entusiasmo y que quizá sacarás de ella una idea inexacta de nuestra situación. Nosotros estamos bastante bien, en general, pero esto no quiere decir que el campo sea mejor que antes. En un campo de cuarentena que han construido al lado de este, los hombres mueren a razón de varios centenares diarios. La cámara de gas funciona todos los días y el coche fantasma no para de ir y venir. No puedes imaginar lo que aquí estamos viendo a diario, por muchos esfuerzos que hagas.»

La carta era interesante, pero Emili tuvo la impresión de que Rubio le quería tomar el pelo. El llamamiento a la cordura que el dibujante le había hecho recibía por contestación unas pocas informaciones de tipo general y, en cuanto a lo esencial, se limitaba a tranquilizarle con una negativa de cuatro palabras.

15

Se levantó de su siesta antes de lo acostumbrado. El calor de fuera, al llegar al subterráneo, se transformaba en bochorno húmedo. Con la camisa empapada en sudor, salió de su despacho para dar un vistazo a las dependencias.

Ernesto vivía en la gloria desde que ocupaba el cargo de *Kapo* de «las patatas» y, en este punto culminante de su «alemanización», el muchacho seguía con fidelidad las normas de conducta que parecían inherentes a su cargo, exageradas aún con el celo del *parvenu.* A nadie podía extrañar que, durante su reinado, el subterráneo de la cocina se hubiese convertido en nido de corrupción y abusos de autoridad. La disciplina era muy rígida para los hombres de más edad; los jóvenes, mientras supieran sonreír y mostrarse complacientes, hacían lo que les daba la gana. Ernesto seleccionaba de entre ellos a los favoritos de turno y no se tomaba siquiera la molestia de enmascarar sus extravíos.

Los españoles, interesados cada vez más en lograr un nivel moral que les dejara en buen lugar como grupo nacional, repudiaban abiertamente la conducta de Ernesto, llegando incluso, muchos de ellos, a volverle la cara cuando se cruzaban con él. El flamante *Kapo* no les hacía caso alguno; imitando a los delincuentes alemanes, viejas ratas de presidio, se había hecho un mundo aparte, con una sociedad y una moral para su uso particular, y prescindía de los demás.

Perezosamente, dio una vuelta por entre las filas de sus subordinados. Unos seleccionaban colinabos, otros preparaban las patatas escogidas destinadas a la tropa, algunos limpiaban grandes montones de espinacas y, en un rincón, unos pocos partían en cuatro trozos las patatas sin pelar que los presos se comerían al día siguiente. El trabajo se resentía del húmedo calor reinante. El silencio era fastidioso. Ernesto entró en uno de los almacenes contiguos a la gran sala de trabajo y, en el momento de cruzar el

umbral, descubrió que alguien se escabullía precipitadamente por la puerta que daba a la sección de lavaderos. Corrió detrás del fugitivo y le alcanzó sin dificultad. Era un español de unos cincuenta años, que había podido permanecer en el *Kommando* porque tenía un hijo que trabajaba en el almacén de víveres a quien Ernesto consideraba amigo. El hombre llevaba en sus manos un recipiente de hojalata con algunos kilos de patatas.

—¿A dónde vas con eso?

—Las llevaba al *Block.*

—¿No me dirás que son para ti?

—No... es decir... sí...

El *Kapo* le cogió por el cuello de la chaqueta y le zarandeó.

—Dime para quién son, ¿oyes? ¿Quién te ha ordenado que las robaras?

Ernesto, herido en su vanidad, se olvidó de la amistad con el hijo de su prisionero y quiso llevar el interrogatorio hasta el fin.

—Ha sido mi hijo que...

—Mientes. Tu hijo no necesita estas patatas. ¿Para quién las has robado? Dímelo enseguida o vas a saber quién soy yo. De mí no se ríe nadie, ¿te enteras? Aunque sea una persona mayor...

Le arrebató el recipiente de un tirón y lo lanzó contra la pared.

—Ven, ven conmigo, hablarás delante del oficial.

—No, eso no. Pégame, si quieres, pero no se lo digas al oficial. No puedo decirte para quién son, ¿no lo entiendes? No puedo decírtelo, no me obligues...

—¡Muy bien! ¡Como quieras!

Había cogido al hombre por la muñeca y tiraba de él hacia la escalera. El viejo apelaba desesperadamente a la condición de español que les era común.

—No, por favor —imploraba—. Déjame y te lo contaré todo. Son para un compañero, ¿sabes?, para un enfermo. Yo le ayudo un poco.

—Su nombre, dime su nombre. Quiero saber si me dices la verdad.

—A solas contigo, a solas te lo contaré todo.

Ernesto le soltó para mostrarle con un gesto la dirección de su despacho. Atravesaron la sala de los peladores entre la expectación general. Todo el mundo sabía lo que significaba ser viejo y atreverse a robar patatas. Solo los jóvenes, que robaban para comerciar, podían hacerlo si contaban con la protección de Ernesto. Robar para ayudar a un enfermo era un delito de los que se pagaban caros. Según el código aceptado por Ernesto, tenían derecho a protección los otros jóvenes, los amiguitos de los amiguitos, los eslabones de la cadena de corrupción que se extendía por el campo con la connivencia de las SS. Debían vivir los jóvenes que podían trabajar, pero a la vez era conveniente corromperlos por si salían algún día de entre las alambradas, para que no llegaran a ser hombres.

El pobre viejo no salió del despacho de Ernesto hasta después de largo rato. Cuando lo hizo fue para pasar en silencio por entre las filas de compañeros, que le miraban con curiosidad, y sentarse sin decir palabra en su lugar de trabajo.

—¿Te ha pegado? —le preguntó el vecino de banco.

—Sí —contestó el hombre, cerrando los dientes con fuerza.

Se oía el rascar de la herramienta especial que se utilizaba para mondar las patatas, y de vez en cuando, el chapoteo que estas hacían al caer en los cubos llenos de agua.

—¿Le has dicho la verdad?

—Me ha dominado el miedo. Quería llevarme ante el oficial y para no complicar las cosas...

—¿Y él?

—Ha dicho que se lo imaginaba, que éramos unos imbéciles por prestarnos al juego ese. Cuando le he hablado de que era un deber de comunistas, se ha echado a reír y ha empezado a darme empujones. «¡Idiotas!», me decía. «Eso es lo que él os cuenta. ¿No veis que hace méritos a vuestra costa?» Es un miserable.

—¿Cómo ha terminado?

—Dice que mañana iré a la compañía de castigo.

—No se atreverá.

—Le veo muy capaz de hacerlo.

—¡Idiota presumido! Algún día le romperán las narices y llorará como una mujerzuela, como lo que es.

Cuando Rubio entró en el campo aquella tarde, corrió hacia la cocina.

—Tú has perdido la cabeza —le dijo a Ernesto—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Yo sí. Sois vosotros los que no lo sabéis.

Con los ojos fijos en la mesa del despacho, el barbero hizo una aspiración profunda y dijo lentamente:

—Lo que has hecho hoy significa para mí un agravio personal. El hombre te ha dicho muy claramente que las patatas eran para mí. No contento con negárselas, le has amenazado. ¿Quieres explicarme el porqué?

—Podías pedírmelas directamente.

—Hace mucho tiempo que no te pido nada, Ernesto. ¿Sabes por qué? La última vez que te pedí ayuda para un camarada, dijiste que sí, pero duró tres días justos, ni uno más, ni uno menos.

—Las circunstancias no eran las mismas.

—También entonces hacías aquí lo que te daba la gana. Mira, Ernesto: de la ofensa personal, quiero prescindir, pero por el bien que te quiero te pido que no denuncies el caso de esta tarde. Ese hombre tiene ya muchos años y si le llevan a la compañía de castigo significará su muerte. Un *Kapo* alemán lo haría, pese a todo, pero yo sé que tú eres distinto. Tú no eres un preso común...

Cuando Rubio se enteró, al siguiente día, de que la amenaza había sido ejecutada y que el viejo estaba subiendo piedras de la cantera al campo, se limitó a mover la cabeza con algo de conmiseración.

—¡Insensato! —exclamó únicamente.

Ernesto era bastante más corpulento que el hijo de su perseguido y poco le costó dominarle cuando el muchacho le acometió a puñetazos. Los presentes les separaron, evitando que el incidente tuviera mayores consecuencias.

—Algún día nos encontraremos —le increpaba el agresor intentando soltarse—. ¡Cobarde marica!

Sentado al pie de la ventana, Emili zurce su único par de calcetines. Tienen remiendos de todos los colores, pero aún podrán servir durante mucho tiempo, posiblemente hasta que termine la guerra. En la mesa de al lado, dos compañeros juegan al ajedrez y un tercero, con un libro abierto delante, está distraído contemplando la partida. A Emili le da vueltas la cabeza pensando en la batalla de Normandía que no acaba de decidirse. Es la última batalla, claro está, pero... hace un mes que dura...

En el campo, después de un año de jaleo político, ha habido una temporada de paz. August se dejó impresionar por el asalto de los aliados a Europa. «Unidos todos bajo mi mando, organizados militarmente», decía, «podemos ser el eje de la rebelión armada contra los alemanes en derrota.» «Gobierno de Unión Nacional», «Ejército» y «Estado Mayor». Tan ridículo como la lucha política de un mes atrás. A August le entusiasma cambiar de postura: cada día preocupaciones nuevas. Ahora están de moda los preparativos bélicos. Hasta que la moda pase. Es posible que ocurra hoy mismo. Hay reunión a las seis. Emili tendrá tiempo de terminar sus zurcidos. Hacer un enrejado de hilos, una operación harto delicada. Piensa que tal vez también podría ejercer de médico. August tuvo durante unas semanas la ocurrencia de actuar como cirujano. Por fortuna para los enfermos, la ocurrencia fue fugaz. Entonces era muy amigo del médico del *Kommando.* La manía política duró casi un año. Con la vida del campo ya organizada, la ociosidad incubaba muchas tentaciones. En la Historia existen las llamadas «conspiraciones de alcoba»; August descubría aquí «conspiraciones de cocina». ¡Hombre de Estado, conductor de masas! Emili reconoce ahora que tuvo una mala idea aceptando el encargo de organizar la policía secreta de August. Todos los días le eran exigidas pruebas irrefutables de la conspiración de turno.

Los jugadores han terminado su partida y discuten a voces. Hace calor. Hay calma. Ese que atraviesa el patio debe estar orinándose. En casa esto

no ocurre. Un tramo de pasillo y basta. Tampoco necesita zurcirse uno mismo los calcetines, en casa. ¿Qué querrá August? Él hablará y los demás asentirán. Los comunistas dirán que su representación es de carácter personal, que lo del partido organizado es fantasía y ganas de buscar tres pies al gato. Castro es muy poquita cosa; no hará mucha carrera. Mala política, la de los comunistas del campo principal. Con su agitación política para hacer adeptos, ayudan a August en su juego. El médico no fue, por cierto, mucho más hábil que Castro. El que August le acusara públicamente de dirigente de la oposición le satisfizo más que contrariarle. Vanidades. Ganas de pelea. Los verdaderos enemigos, los nazis, son inalcanzables y hay que buscar el *Ersatz*... Ahora, Gobierno, Ejército, Estado Mayor... Menos mal que esto parece ir dirigido al enemigo de verdad. Algo se ha ganado. ¿Qué querrá August? ¿Complicar las cosas más todavía?

Los ajedrecistas están hablando del «Francés». ¡He aquí a un tipo! Hijo de padres españoles, nacido en Francia, oficial en las Brigadas Internacionales. De vez en cuando recibe paquetes de su familia. Los españoles no pueden recibirlos y las envidias son ostensibles. August no lo traga. Rivalidad que colea desde la guerra civil. El día que el Francés le ofreció una parte de su primer paquete, August le dijo que los enfermos del lazareto lo precisaban más que él. Buena contestación, cierto, pero cuando más tarde le confiscó otro paquete, se equivocó. Los comunistas hicieron del Francés un «mártir de la tiranía». La lucha política se exacerbó y la agresión al médico fue la primera consecuencia. Si algunos que estaban allí en aquel momento no llegan a impedirlo, el frenético Campos le mata a cuchillazos. August exultaba, aquella tarde. El «manipulador de masas» decía que la lucha política revivificaría la conciencia individual de sus gentes, que no quería llevar corderos a la libertad, sino hombres. «La monotonía los aplasta y hay que distraerles de sus preocupaciones individuales.» ¿Para que se maten entre sí? Ahora, «Jefe de Información del Estado Mayor». Un cargo mucho más «brillante». La comedia se pone cada vez más divertida.

Los jugadores de ajedrez hablan del «Turco», que ha sido durante algún tiempo el criado del Francés. Entonces era un potentado de segunda mano,

pero ahora, sin los paquetes de su «amo», el Turco vuelve a hurgar en los cajones de la basura buscando tronchos de col. Emili considera que es muy difícil gobernar a gente como el «Turco». ¡Hay tantos en el campo! August quiere hacerles hombres a fuerza de lucha política. ¡Humorismo! Y cuando el control se le escapa de las manos y ve que el propio juego le arrastra, da marcha atrás. Después de la pelea política, «Gobierno de Unión Nacional». La reunión de esta tarde empezará puntualmente. ¿Qué querrá? Seguramente se habrá cansado de gobierno y de ejército y querrá cambiar de postura una vez más. Si no se termina pronto esta guerra... La operación de Normandía está durando demasiado.

Emili recoge sus calcetines, la aguja y el hilo. El zurcido es perfecto. Se propone no contárselo nunca a su mujer. Los ajedrecistas han empezado otra partida. La gente de la habitación va desperezándose y, mientras los unos meriendan, otros salen para el lavabo. Un grupo, en un rincón y con todas las precauciones tomadas, está leyendo un periódico petainista entrado de matute. Fuera, en la calle, el sol ha perdido fuerza y el movimiento de gente aumenta por momentos. Un poco más tarde, empezará el partido de fútbol. El dibujante sale y se dirige al despacho de August. Otros de los compañeros que tienen secciones del Estado Mayor a su cargo están esperando que el «general en jefe» les invite a entrar. August les hará esperar unos diez minutos.

—Las operaciones del norte de Francia duran más de lo que podíamos suponer. Los alemanes resisten y no creo que llegue el hundimiento del frente mientras...

Emili piensa que tendrá que soportar todos los tópicos sobre el asunto. El preámbulo se prolonga demasiado. «No habrá venido a contarnos lo que sabemos todos», se dice.

—El «Gobierno de Unión Nacional» ha orientado equivocadamente su misión aquí. Yo necesitaba un Gobierno que infundiera a nuestra concordia la fuerza moral imprescindible para la lucha armada. En lugar de eso, me encuentro con un Gobierno que solo se preocupa de fiscalizar mi actuación administrativa. Ya podéis suponer que yo no puedo cambiar de táctica. Las

SS no deben sospechar nada. Si supieran que estamos preparándonos para cuando llegue la hora de su caída, nosotros caeríamos primero. La misión del Gobierno no puede ser repartir a los grupos de trabajo ni distribuir la sopa del mediodía. Hasta que llegue la hora final, el papel del Gobierno deberá ser simbólico. He intentado explicárselo, pero nadie me ha entendido, por lo visto. Y dado que lo que más interesa es la organización de la milicia del campo y que para lograrla entiendo que son nocivas las intromisiones políticas de algunas representaciones, a partir de este momento las funciones gubernamentales las asumirá el Estado Mayor. Debemos unificar el mando...

—¿Y qué vamos a hacer con el Gobierno? —pregunta el jefe de operaciones.

—Disolverlo.

—Esto es un golpe de Estado militar.

«Lo que faltaba», piensa Emili. «Un pronunciamiento con todas las campanillas.» Los comunistas protestan y August anuncia que si la solución por él propuesta no es aceptada, disolverá el Gobierno, el Ejército, el Estado Mayor, todo a la vez.

—No hacía falta haber empezado.

—Estoy harto ya de tanto teatro.

El jefe de servicios se levanta y se retira dignamente. La reunión se termina aquí. Las protestas ahogan el barullo de sillas, y todos, excepto Emili, dejan el campo libre al nuevo dictador.

—Era necesario —dice August cuando se queda a solas con el dibujante —. El campo está amodorrado y hay que darle algún latigazo de vez en cuando para que despierte.

—Después de lo de hoy, ya solo te queda proclamarte emperador.

August se ríe.

—Creo que estás abusando un poco —añade el dibujante—. Más vale dejar las cosas como están. Por mi parte, cuando llegue la hora de actuar, haré lo que me parezca mejor.

August sigue hablando para explicar su actitud. Emili no escucha. Prefiere volver a la tranquilidad de su *Block.* Por fin, logra escabullirse. «No tiene remedio», piensa al salir. «August, nombre de emperador y de *clown.* ¡Cuánto daño te está haciendo tu nombre, August!»

El cuadro descrito por Rubio en su carta a Emili pecaba quizá de optimismo excesivo. Era la carta de un comunista a un extraño, y como es natural no se ajustaba a la realidad más que en lo que políticamente interesaba. Inexacta, ante todo, en lo que se refería a las relaciones entre los dos grandes grupos de españoles. A pesar del relativo bienestar logrado, los dos sectores se peleaban entre sí con mayor ahínco que antes. Emili pensaba algunas veces que cuando la igualdad entre los hombres fuera realidad en el mundo, y el bienestar hubiese alcanzado su punto culminante, no por ello se terminarían las luchas entre unos y otros, aunque fuera por los motivos más irrisorios. La instintiva pugnacidad humana solo conoce la tregua cuando, en momentos excepcionales, surge casi por milagro la conciencia del interés común.

En el campo principal sucedía algo de eso. Con la relativa abundancia de comida entre los españoles, la pelea política de comunistas contra anticomunistas experimentó una intensidad inusitada. La reclusión de tantos años deformaba la realidad como un cristal curvado. Alguien había descubierto que la generosidad con los desvalidos podía un día llegar a ser un mérito político. Y dejaba de ser generosidad. El cocinero que podía disponer de comida o el empleado de almacén que contaba con ropa para distribuir llegaban a creer que sus cargos eran ministerios y, debido a que los partidos y organizaciones funcionaban sometidos a necesidades proselitistas, eran precisamente esos cocineros o empleados de almacén los que ocupaban los puestos directivos, aunque no supieran hacer la *o* con un canuto. Dirigentes y seguidores se lanzaban con pasión a la caza de nuevos adeptos, como si de la hegemonía en el grupo español dependiera el porvenir de la patria y del mundo entero. Los tibios, los neutrales o los

arribistas se aprovechaban de la rivalidad y, si querían, podían venderse a uno o a otro sector, según la cuantía del premio.

Los comunistas iniciaron esa táctica, de acuerdo con su principio de que es la adhesión lo que cuenta, ya que el convencimiento llega después. Los sindicalistas, temerosos de perder oportunidades, siguieron a sus oponentes por el mismo camino. La competencia para llegar a puestos que representasen «poder económico» fue encarnizada y sin piedad. Las «divisas» con las que se adquirían prosélitos, influencias o guardias SS procedían del robo. La habilidad en el escamoteo era un mérito cívico y los más ladrones pasaban por héroes cuando eran cogidos. El mando sabía lo que ocurría, pero las medidas destinadas a evitarlo no tenían eficacia alguna. El relajamiento de costumbres que se originaba era aprovechado por el nazismo en la preparación de su revancha póstuma. El veneno se esparcía sin contención. Miserables y privilegiados, hambrientos y hartos, egoístas y generosos, todos eran víctimas de la situación creada, cada uno en su terreno. El «espíritu del campo» tenía al hombre vencido y acogotado; de no realizarse el milagro, ese hombre no tenía posibilidad alguna de recuperación.

Entre los españoles, en general más austeros que otros conjuntos nacionales, el mal derivó hacia la politiquería. ¡Enfermedad latina! Las intrigas, las disputas, los odios, condujeron muchas veces a daños irreparables. Rubio y Manuel, al frente de sus respectivos grupos, se veían también arrastrados por la riada, pese a su esfuerzo en evitarlo. El motivo del choque era sin duda insignificante: la supuesta desidia de Manuel, funcionario de secretaría y encargado de los servicios de correspondencia del grupo español. Rubio atribuyó un pequeño descuido a su mala intención; la disputa les separó y, aunque enseguida se dieron cuenta del error cometido, las posibilidades de reconciliación murieron ahogadas en el clima de discordia reinante.

El motivo superior esperado, el «interés común», que iba a imponer la tregua después de meses de lucha ridículamente estéril, fue la llegada de un puñado de españoles detenidos en Francia por su actuación en la

Resistencia. Traían el aire limpio del *maquis,* venían templados en la abnegación y el heroísmo de la lucha clandestina, eran los heraldos de la ola libertadora que estaba desgarrando el muro del Atlántico. La consigna era «unión de todos contra el enemigo común». Se levantó en el campo el oleaje del entusiasmo. Las hazañas de los recién llegados corrían de boca en boca y eran objeto de sana envidia. Los antiguos presos se sentían inferiores, avergonzados de las miserables rencillas, cuando en las conversaciones se hablaba de metralletas, de «plástico» en las bases de los puentes, de espectaculares atentados contra oficiales alemanes o colaboracionistas, de detenciones o torturas en los calabozos de la Gestapo, del sacrificio de los que sabían callarse... Eran ráfagas de aire fresco que penetraban por las ventanas tanto tiempo cerradas.

Poco a poco se fue olvidando la vergüenza de tiempos anteriores y llegó el momento en que pareció imposible que hubiera existido jamás. Las palabras de concordia fraternal encontraban el mismo eco que antes las invitaciones a la guerra intestina. El milagro se había producido y se adivinaba que los españoles no tardarían en lograr sobre el campo la victoria definitiva. Salvarían su vida y, por añadidura, pasarían a ser el modelo de la hermandad, del altruismo y de la decencia. Una nueva vanidad se pondría de moda: la del puritanismo.

El médico español de la enfermería, que había sabido mantenerse al margen de la absurda lucha, quiso ser el artífice de la reconciliación personal entre Rubio y Manuel. Les invitó a cenar. Cuando Rubio llegó al *Block* enfermería a la hora de la cena, Manuel se levantó de su taburete y corrió a darle un abrazo.

—¿No te parece que hemos sido bastante imbéciles?

—Hace tiempo que quería preguntarte lo mismo.

—Un abrazo de Vergara sin carlistas —definió el médico, riéndose.

Los hombres de August se peleaban para salir con el *Kommando* de «las novias». El valenciano se había visto obligado a establecer un riguroso

turno para satisfacer a todo el mundo. También Emili quiso ir un día; pudo comprobar que merecía la pena.

En aquellos tiempos, las bases aéreas americanas estaban lo bastante próximas para que las incursiones de la aviación procedente de Italia afectasen a toda la región. Entre las muchas instalaciones de guerra que fueron destruidas por los bombardeos, se contaba una muy importante de cojinetes de bolas, emplazada en una ciudad cercana. Las máquinas que habían quedado menos deterioradas fueron depositadas en unos cobertizos que distaban del campo de August unos cinco kilómetros. Para la construcción de los barracones-talleres fueron utilizados prisioneros de guerra, deportados civiles y presos españoles. Cuando estuvo todo dispuesto para reanudar la fabricación, la mano de obra fue prontamente retirada. Permanecieron solo los españoles con la misión de abrir pistas y construir las ampliaciones que se hacían sucesivamente necesarias.

Las máquinas eran manejadas por mujeres: alemanas movilizadas, francesas «voluntarias» y una gran mayoría de ucranianas, arrancadas violentamente de su país y sometidas a la más vergonzosa de las esclavitudes. Aquellas chicas, por lo general muy jóvenes, solo contaban con cuatro harapos para cubrir las carnes exuberantes propias de su raza, calzaban botas con suela de madera como los mismos presos y olían a rebaño. Como no conocían la lengua alemana, eran tratadas por los capataces de cada sección a gritos y a empujones. Ante tal espectáculo, los españoles se olvidaban de la propia situación para compadecerse de ellas, y cuando alguna salía del barracón y pasaba por donde los presos trabajaban, inevitablemente era objeto de miradas, palabras o gestos de simpatía. Los *Kapos,* españoles también, con más misión de intérpretes que de *Kapos* propiamente, contando con más libertad de movimientos que sus subordinados, entraban en los talleres con cualquier pretexto y aportaban a las muchachas su afecto fraterno de casi compañeros de infortunio. No tardaron las rusas en corresponder a tales halagos mejorando como podían sus raras vestimentas. El eterno femenino triunfaba una vez más.

Los días en que la guardia SS parecía más benévola, eran aprovechados para vencer timideces. Los billetitos empezaron a circular discretamente y, abiertamente o en secreto, pronto cada español escogió a su Natacha. Pocos quedaron de uno y otro lado que no se liaran sentimentalmente. Las cartas estaban escritas en el alemán pintoresco de los intérpretes respectivos y en los términos inflamados propios de tales casos, seguramente ininteligibles para un alemán, pero claros y elocuentes para aquellos extranjeros de las dos puntas de Europa. Los domingos festivos (uno cada quince días), las rusas iban a pasear por los alrededores del campo español vestidas con sus mejores «galas», y a través de las alambradas, bajo el ojo adormilado de los centinelas, sostenían con los presos inefables conversaciones, siempre a base de cuatro palabras alemanas mal hilvanadas y gran lujo de gestos. Los españoles, asomados a las ventanas de los barracones, intentaban, entre empujones y peleas, hacer llegar una palabra o una sonrisa de correspondencia a sus visitantes. Y cuando las chicas se iban a su campamento en el último tren de la tarde, los españoles, lejos de sentirse deprimidos, empezaban sus interminables discusiones sobre las cualidades de sus respectivas novias, entre las chanzas de los indiferentes, los sermones de los sesudos y las presunciones de los *donjuanes.*

Una historia tan singular como esta en un campo de concentración alemán solo podía darse gracias a la manga ancha con que los SS trataban a los españoles. Estos no se fugaban, contaban con la consideración del propio Gupper y, en aquellos momentos de franca derrota, el celo nazi había menguado mucho. Se limitaban a recomendar prudencia oficiosamente para evitar compromisos y complicaciones.

Ya en el tren que iba al *Kommando* de «las novias» que los presos tomaban todas las mañanas, Emili observó hasta qué punto estaba haciendo estragos la epidemia erótica. Aquellos hombres no parecían los mismos de meses atrás. Su guasa era la de colegiales que van a merendar al campo. Jóvenes y maduros se afeitaban dos veces por semana, se lavaban el uniforme de vez en cuando y no salían nunca al trabajo sin haberse engrasado las botas. Con la mirada perdida en el paisaje que el tren estaba cruzando, el dibujante

intentaba comprender el singular proceso de reversión a las primeras edades que experimentaba a su alrededor. Superado el período de decadencia física y moral, estabilizadas sus vidas en el mínimo que les permitiría llegar al final de la guerra, la impaciencia por entrar de nuevo en la existencia normal era el signo que presidía aquella última espera. Buscaban, entre tanto, sucedáneos a los gustos, afanes, inquietudes e ilusiones propios de la normalidad, creándolos en su interior a imitación de los patrones conocidos, como si los años de privación hubiesen sido solo unas vacaciones penosas que estaban tocando a su fin. Se habían sentido políticos, por ejemplo, como en sus pueblos antes de la guerra civil; organizaban ejércitos sin prestar atención a lo grotesco de su inutilidad militar; se apasionaban por cualquier cosa, hacían y deshacían y volvían a rehacer solo con el deseo de evadirse de las alambradas, de no sentirse tan presos y tan insignificantes. Un juego de niños a cargo de hombres maduros.

Una vez llegados al trabajo, le dijo el *Kapo:*

—Ponte ahí y lo verás bien.

El espectáculo valía la pena. Entre los presos solo contaba la proximidad o la lejanía de las rusas. Actitudes, conversaciones, hasta el propio trabajo dependía de lo que hacían las rusas, trabajando en el interior de sus barracones-taller. Unos ponían ojos soñadores cuando sabían que las novias los estaban observando; otros se limpiaban el barro de las botas cuando sabían que ellas iban a pasar; los más atrevidos cogían una herramienta a cuestas y, con la excusa de ir a la herrería, por ejemplo, acudían al *rendez-vous* clandestino, en el que intercambiaban con ellas besos furtivos y ardientes...

—Ya, muchachos, a ver si trabajáis un poco —suplicaba el *Kapo* de tarde en tarde—. Hace una hora que no dais golpe.

La gente se movía indolentemente unos instantes, hasta que la idea dominante encontraba otro pretexto para suscitarse.

—Ahí va la tuya —avisaba uno a su compañero—. ¿Has visto? Hoy no lleva pañuelo en la cabeza. Tiene cara de luna.

El interesado sentía que algo le oprimía el corazón, pero simulaba indiferencia. La chica pasaba y, algunas veces, dejaba caer un papel arrugado mientras con los ojos hacía señas de inteligencia. El papel permanecía un rato entre los terrones y era recogido más tarde cuando no había peligro alguno.

—Para mi gusto, está demasiado gorda —decía uno desde el fondo de una zanja—. Dentro de unos años parecerá un fardo.

—Es lo que hace falta —saltaba otro—. Que tenga buenas agarraderas.

—Moveos un poco, va —rogaba el *Kapo* de nuevo—. Me llamarán la atención y entonces...

Las sirenas tocaron alarma aérea. En tales casos, estaba ordenado trasladarse a un cerro cubierto de bosque, que distaba unos quinientos metros del campamento. La guardia de aquel día era buena; ninguno de los SS que custodiaban a los españoles tenía fama de severo o de gruñón. Las chicas se agruparon en un lugar cercano al que ocupaban los españoles rodeados por sus centinelas. Al principio, cuando los aviones estaban lejos todavía, y justo empezaba a levantarse la niebla artificial que lanzaban en la vecina ciudad, las conversaciones entre los enamorados se hacían a través del cordón de guardias, indiferentes, quizá complacidos por esta prueba de confianza, pero cuando el primer vuelo de aparatos punteó el cielo y, siguiendo el curso del río, pasó por la vertical del cerro, algunos más decididos se aprovecharon de la distracción de los SS para atravesar la línea y sentarse descaradamente al lado de las respectivas novias. El ejemplo fue inmediatamente seguido por los más timoratos al ver que nadie les decía nada.

El dibujante, uno de los pocos españoles que no tenía chica a la que hacer la corte, se sintió impresionado ante tal escena idílica bajo los árboles, con el zumbido de los aviones por fondo sonoro. Algunas parejas se besaban con arrebato, otras intercambiaban viejas fotografías y papelitos con direcciones, las de más allá hablaban con la atención puesta en los gestos que compensaran las deficiencias del lenguaje. Bien afeitados y limpios, los hombres; ellas peinadas con el mayor cuidado (quedaban muy pocas con el

clásico pañuelo en la cabeza) y vestidas con los mejores harapos que habían podido reunir, ya fuese robando, mendigando o prostituyéndose. Algunas intentaban dar a sus novios la mitad de su almuerzo frugal, y aunque muchos muy gustosamente se lo hubieran comido, todos se sentían caballeros y lo rechazaban con abundancia de cumplidos.

Una vez terminada la alarma, cada uno volvió a su lugar de trabajo y ya ninguno de los enamorados encontró largas las horas, ni se dio cuenta del calor, ni sintió la pesadez de la tarea. Todos esperaban que los guardias del día siguiente fuesen igualmente tolerantes y que los aviones anglo-americanos no dejaran de acudir a la cita con sus bombas.

El virus amoroso fue propagándose poco a poco y haciendo víctimas entre los que respiraban aquella atmósfera excepcional. Las mismas alemanas de las juventudes femeninas, nazis convencidas todas ellas, que al principio se mostraban distantes y despectivas con los españoles, terminaron por sentir celos y hacer la competencia a las ucranianas. Ellas buscaban la amistad de los *Kapos,* mejor vestidos y que llevaban gorras con visera. El mismo August fue cautivado por una de ellas, una bávara, y con la excusa de inspeccionar los trabajos, salía a menudo con el *Kommando* del amor para entregarle poesías u obsequios fabricados en su sección especial. Este amor tuvo repercusiones en el campo, ya que cuanto más enamorado estaba, más extravagancias hacía, no solo en aspectos inofensivos tales como la manera de vestir, sino también en la política interior. Sus hombres, algo escamados y siempre maliciosos, hablaban de «la Pompadour». Lo grotesco de la situación alcanzaba extremos inauditos. Los apasionados alternaban los éxtasis amorosos con las oleadas de odio contra August, Castro o el médico, según el color político de cada cual, y se hablaba de ellos como de vulgares forajidos a los que sería necesario «liquidar» cuando llegase la liberación. O se hablaba de Ucrania como país ideal adonde ir a vivir cuando se terminara la guerra, o daban por seguro que se llevarían con ellos a sus Natachas, a vivir en la provincia de Córdoba o en el barrio de Lavapiés. Algunos que a duras penas conocían el castellano hacían desesperados esfuerzos para aprender el ruso. Los más románticos asociaban los preparativos militares

del «Estado Mayor del campo» a la epopeya novelesca a la que se sentían llamados, con la cual se liberaría el país a fuerza de acciones heroicas y que culminaría, como en las películas, encontrando de nuevo a la mujer amada y dándole el inevitable beso que precede a la palabra «Fin».

El desquiciamiento existente entre los españoles era resultado de unos factores bien determinados. Larga su clausura, próximo el fin, el espejismo de la liberación estaba a punto de convertirse en realidad. Era un frenesí de sensaciones, de cambios, de inquietudes constantemente renovado. Lo que hoy parecía nuevo al siguiente día aburría y apasionaba cuando habían transcurrido veinticuatro horas más. Electrificado el aire, la amenaza de tormenta igual podía terminar en una nube de verano como en un auténtico cataclismo.

La crisis llegó un día de septiembre, con el llamado «pronunciamiento de las coles».

Aquella misma tarde había entrado un camión cargado de coles tiernas para el suministro del campo. Pese a que no existía el hambre de otros tiempos, siempre se daban casos de individuos que se presentaban a la descarga para apoderarse de un repollo, fuese con el propósito de comerse crudas las hojas más tiernas, fuese para guisarlo el domingo en la estufa con cuatro patatas también robadas, fuese simplemente para no perder la habilidad. Precisamente aquella noche se le ocurrió al comandante del campo pasar revista de las dependencias, y se encontró con los lavabos atascados de tronchos y hojas. August, benignamente amonestado por el oficial, preguntó a sus hombres, durante la formación, quién había sido el autor de la falta. Nadie se dio por aludido.

—Permaneceréis aquí formados hasta que salga el culpable —anunció.

De nada sirvió la amenaza. Cuanto más grave se ponía la situación, mayor era el retraimiento de los culpables en confesar. August tuvo un arranque de amor propio como nadie le había visto aún. Entre otras medidas represivas, diezmó las filas y propinó a sus víctimas los clásicos veinticinco latigazos, aunque con mucha menos violencia de lo que era costumbre en el campo principal. También los policías de orden interior pasaron por el caballete y,

posiblemente, hubiera pasado el campo entero si, ante tanto discurso, tanta amenaza y tanto castigo y, principalmente, ante la proximidad de la noche, el comandante en persona no hubiese decidido intervenir. A las quejas de August sobre la indisciplina de sus hombres, respondió el comandante con la orden de romper filas y dejar la función para otro día. Era su hora de salir para el *Gasthof*, donde le esperaban sus amigos.

Cuando Emili entró en el despacho para terminar un trabajo, oyó los improperios del valenciano.

—Esto se ha terminado —vociferaba con furia jupiterina—. Vuelvo a coger el bastón. Es lo que queréis, ¿no? Con gentuza como esta no se puede hacer nada serio. ¿Qué os habéis creído? Me llamo August y antes de que los rusos lleguen aquí, tendré tiempo sobrado para demostraros hasta dónde puedo llegar. Hoy he pegado de verdad por vez primera en mi vida, pero os juro que no será la última. ¡Y basta de gobiernos y de ejércitos! Aquí mando yo, como siempre he mandado, como mandaré siempre hasta el fin, digan o hagan los comunistas lo que les dé la gana.

Emili sonrió burlón. La profecía hecha unas semanas atrás, al decir que August acabaría proclamándose emperador, se veía confirmada por la realidad.

Después de aquella noche, la vida siguió como antes, pero en la conciencia de cada uno la reacción fue sensata. August perdió aquel día las pocas simpatías desinteresadas que le quedaban. Los comunistas le odiaban y, hasta para establecer sus contactos, más o menos cordiales, con los sindicalistas, decidieron prescindir de él. Entre tanto los acontecimientos militares se sucedían: los americanos habían llegado al Rin y los rusos se precipitaban sobre Varsovia y Budapest. Pero la ola de cordura fue aplacando asimismo la hoguera del amor y, a excepción de cuatro sentimentales empedernidos, los demás enamorados se olvidaron pronto de las rusas de carnes abundantes. August recibía de vez en cuando la visita de su bávara, excepcional privilegio que le había concedido el comandante, y se paseaba melancólicamente por el campo con sus pijamas blancos y

negros, seguramente reflexionando sobre los múltiples problemas que crean el poder y el amor.

Un día de octubre llegó la orden de suspensión de todos los trabajos que no fueran estrictamente bélicos. Consideradas las obras en el pantano como obra superflua, todo el *Kommando* de August tuvo que regresar al campo principal.

El largo intervalo que, para muchos de los componentes del *Kommando,* había sido el grueso de su cautiverio, tocaba a su fin. Salidos del campo principal cuando de cada cuatro españoles morían tres, habían ido a parar a un rincón de mundo donde, con contadísimas excepciones, la gente había resistido. Era natural que la perspectiva de volver al punto de partida no gustase a nadie. Todos comprendían que un final de guerra en un campo pequeño, sin alambradas eléctricas y con poca vigilancia, sería mucho menos cruento que en el campo principal, con sus muros de piedra y su numerosa guarnición. Alguien habló de lanzarse al *maquis* y esperar en rebeldía la llegada inminente de las tropas libertadoras, pero la sensatez había echado raíces demasiado profundas entre los presos para que la iniciativa tuviera éxito.

Al coger el tren para el regreso, el sol caía tibio. Los cuatrocientos presos atravesaron el pueblo, camino de la estación, con el sentimiento de perder un pequeño paraíso y de dirigirse hacia un negro porvenir. ¿Sería aquella la última etapa? ¿Podrían superarla, como habían superado las anteriores?

El propio Emili, incluso sabiendo que los españoles vivían en el campo principal mucho mejor que antes, participaba como los demás de ese sentimiento. Las casas del pueblo, el río, la estación, tenían algo de familiar y hasta de querido. No habían sido, desde luego, unos años alegres, pero en su transcurso, también él había recuperado la esperanza de la libertad. Había llegado física y moralmente destrozado y se marchaba con el gusto de vivir. Por otro lado, el país era hermoso y no podía por menos que reconocer que sería agradable vivir en él sin cadenas en los tobillos. Se daba cuenta de que allí el tránsito de la vida libre hubiera resultado suave y sin brusquedades. Pero el destino no lo quería así, y, quieras que no, se veía

arrastrado a nuevas y desconocidas aventuras. Claro que también un final en el campo principal tenía sus atractivos; el dibujante recordaba que, durante las horas amargas, muchas veces había deseado estar presente cuando llegase el fin para tener ocasión de hacer justicia. Las cenizas de sus amigos continuaban en el subterráneo del crematorio y esperaban de él una actitud vindicativa. Pero la vida de rutinas del *Kommando* de August había enfriado su viejo odio. Cierto que miles de hombres asesinados clamaban venganza, pero...

Los habitantes del pueblo salían a despedirles en silencio. Era fácil descubrir en los ojos de la gente un reflejo de simpatía por aquellos extranjeros condenados por la crueldad absurda de la guerra. Hacía mucho tiempo que se les conocía, viéndoles todos los días cuando pasaban en formación hacia los lugares de trabajo. En aquel clima afectivo, Emili no podía sentir ningún imperativo de justicia. ¿Cómo iba a pensar en revanchas, en más derramamiento de sangre, en levantamientos revolucionarios, si el sol de aquella tarde era dulce y la gente se asomaba a despedirles?

16

El tren llegó a la misma estación en la que, cuatro años antes, Emili y los demás presos de su expedición habían sido recibidos a puntapiés y culatazos. El cielo, cruzado ahora por los reflectores antiaéreos, presentaba tonalidades metálicas. Precaución inútil, por cuanto los aviones enemigos preferían hacer sus incursiones a la luz del sol... El único efecto que lograban era oscurecer aún más la noche a ras de tierra. Los cuatrocientos españoles que llegaban, una vez emprendido el camino cuesta arriba, tropezaban los unos con los otros y más de uno se encontraba de pronto abrazado a los árboles que orillaban la carretera. Para los centinelas el peligro era todavía mayor: era frecuente oír un tintineo de fusiles y cartucheras y el refunfuñar de los que se habían caído en la cuneta.

—Buena ocasión para largarse —dijo alguien—. Podríamos degollar a los guardias sin que se dieran cuenta.

—¿Y a dónde iríamos? —preguntó Emili.

A excepción del Danubio, que lucía como una lámina de metal pulido en las tinieblas, no había otra referencia identificable. La primera vez, todo era blanco; ahora, en cambio, todo aparecía negro. Sin embargo, los presentimientos no respondían a esta clasificación. El miedo de antaño ante lo desconocido no existía ahora y, hechos a la idea de volver al lugar de partida, llegaba a parecer atractivo un final de guerra donde el riesgo fuera el acicate de grandes emociones. No se trataba del deseo de sangre o de catástrofe, sino probablemente de la conveniencia de entrar en la vida normal dentro de un clima emocional que diera realce al acontecimiento. Un segundo nacimiento sin dolores no parecería tal nacimiento.

De pronto apareció el campo como un castillo de escenografía. Acostumbrados los ojos a la oscuridad, el espectáculo se ofrecía deslumbrante y mágico. Los altos muros, en planos escalonados, estaban iluminados por los reflectores de vigilancia como los monumentos los días

de fiesta grande. Bajo el camino y por el lado izquierdo, dormían los barracones del «campo ruso», rodeados por el festón de luz de las alambradas. Aquel campo suplementario, terminado hacía pocos meses y destinado en principio a los «innumerables prisioneros rusos que iban a caer durante la ofensiva de verano», era un inmenso campo hospital. Miles y miles de enfermos, sin tratamiento médico alguno, sin alimentos, durmiendo tres o cuatro hombres en literas de setenta centímetros de ancho, esperaban pacientemente la hora de su muerte. No había tiempo para el trabajo de rematarlos. Los centinelas eran unos puntos móviles al otro lado de la alambrada y velaban el silencio de la multitud condenada.

Más arriba, el recinto exterior de las dependencias para la tropa daba la impresión de que durante la noche el campo no era el mismo, sino algo así como la reproducción en cartón piedra de sí mismo. Los primeros planos aparecían iluminados por las luces de la carretera, mientras que los más distantes se perdían en la oscuridad como si, logrado el efecto, dejaran de ser interesantes.

Al abrirse el portalón, la plaza de los recuentos, duramente iluminada por los reflectores, pareció acogedora para los que regresaban. ¡Cuántas imágenes terroríficas evocaba en Emili aquella desolada perspectiva y aquellos focos de luz violenta!

Los SS de la guardia y algunos presos acudieron a recibirles. Emili buscó entre ellos a alguno de sus amigos. No supo si era debido a los trajes civiles que vestían todos o a que no estaban en el campo cuando él se marchó, el caso fue que no encontró a ningún conocido. Uno de ellos se le dirigió:

—Es posible que no me recuerdes, pero tengo entendido que Rubio te ha hablado de mí. Me llamo Manuel.

—Creo recordarte.

—Estuve de servicio en el *Block* de Popeye. Francesc era buen amigo mío.

—Ha pasado mucho tiempo...

—Rubio os ha estado esperando mucho rato, pero no se encontraba muy bien y se ha ido a la cama. Mañana te verá.

El dibujante preguntó cómo iban las cosas.

—Nos sentimos muy animados. Esto se termina. Además el campo no parece el mismo. Los españoles estamos bien, ahora.

—¿Y los demás?

—Los otros, peor que nunca.

August, entre tanto, se movía como el general que prepara las fuerzas para la batalla.

—La gente está durmiendo —dijo en voz alta—. Procurad hacer el menor ruido posible.

—¿Qué tal August? —preguntó Manuel a Emili—. Me interesa saber tu opinión imparcial. Aquí está siendo muy discutido.

El grupo reemprendió la marcha hacia el barracón que se les destinaba. La chimenea de un nuevo crematorio eléctrico vomitaba lenguas de fuego. El humo negro de la carne quemada se extendía sobre el campo y se agarraba a la garganta con su cosquilleo característico.

La noche fue mala para el descanso. En un lugar donde cabían normalmente un centenar de hombres, fueron metidos cuatrocientos. Algunos no dejaron de gruñir. Cuando sonó el toque de diana, muchos, entre ellos Emili, no habían pegado ojo. El mismo dolor en los huesos que cuatro años atrás, la misma sensación de suciedad, el mismo desasosiego de quien ha sido expoliado de su legítimo derecho. Solo que ahora, el *Blockälteste* les dejaba tranquilos y hasta tenía para ellos miramientos y amabilidades. La diferencia era esencial; Emili consideró su precio: cinco mil compañeros lo habían pagado con su sangre.

Después del «café» llegaron los primeros visitantes. Fue entonces cuando Emili supo que estaban en el «campo número 2» y que los muros que se alzaban a su alrededor significaban un aislamiento de cuarentena. Los trajes civiles de los visitantes presentaban brochazos de pintura roja en la espalda y en las costuras de los pantalones. Algunas veces las telas eran de excelente calidad y parecían hechas a medida por un buen sastre. Agotados los uniformes a rayas, los presos que no salían a trabajos exteriores iban equipados con los trajes civiles de los muertos. El pelo largo, partido por

una raya de tres centímetros de anchura que iba de la frente al cogote, reiteraba a Emili el extraño parecido con las cabezas de ciertos insectos. Casi todos los españoles del campo calzaban buenos zapatos. Muchos de ellos traían presentes para los recién llegados: panes enteros bajo el brazo, paquetes de margarina o de azúcar. Emili no daba crédito a lo que veía. El desfile duró todo el día. El grupo español había movilizado sus recursos para tributar un recibimiento único a los que se reintegraban.

También Emili recibió visitas y regalos, pero no siempre con la misma alegría. Aunque reconocía que los españoles del antiguo campo (ahora campo número 1) tenían derecho a resarcirse de las penalidades pasadas, le parecía monstruosa la ley que hacía necesaria la muerte de muchos para que unos pocos pudieran sobrevivir. Los esqueletos vivos de gente de otras nacionalidades, casi desnudos, sucios y enfermos, entumecidos de frío a pesar del tiempo excelente que hacía, hambrientos, aturdidos por los malos tratos y sin esperanza alguna, que llenaban los otros barracones del campo de cuarentena, procedentes en su mayoría de los campos evacuados de Lublin y de Auschwitz, traían consigo todo el horror de las últimas horas, en las que la vida de miles de hombres nada importaba. Por encima de todo, obsesionaba al dibujante el grupo de judíos de doce a catorce años, con su monstruosa experiencia de la crueldad humana, a menudo suplicando protección a cambio de ofrecimientos corporales abominables...

Tenía un humor de perros cuando Rubio llegó:

—No entiendo vuestra indiferencia ante este espectáculo —le espetó después de un breve abrazo—. ¿Hasta ese punto os habéis embrutecido?

—Os sorprende, ¿no? Vosotros venís del paraíso, a lo que parece.

—Vuestra abundancia es una provocación.

—Ningún español cena dos veces, te lo aseguro. Nos sostenemos, pero nada más. Lo que robamos en los almacenes no perjudica la ración del campo. Si no robásemos, nadie saldría ganando. De las cocinas saldría la misma bazofia que ahora. El problema proviene de la gran multitud que está llegando todos los días. Gente depauperada, cadáveres que se arrastran... ¿Qué quieres hacer por ellos? ¡Dime!

El dibujante comprendió que sus escrúpulos eran de un puritanismo que desentonaba y no insistió.

—Esos que te miran como si fueses tú el responsable de sus males —continuó Rubio— acaban de entrar en el campo y nada saben de nuestra conducta. Te puedo asegurar que en el campo viejo nadie tiene queja alguna de los españoles. Es verdad que ha costado llegar a este punto, ya lo sé...

Habló luego de la perfecta armonía que reinaba entre los sectores de españoles.

—No creo que tenga la importancia que tú le das —negó Emili todavía de mal talante—. Con la barriga llena se ven las cosas de muy distinta manera...

—Nuestro mérito es haber sabido superar el ambiente de presidio que esto tenía antes. Hemos pasado cuatro años entre bandidos, en un clima de egoísmo desenfrenado, con la constante amenaza de la muerte... Pese a todo hemos sabido mantenernos hombres.

—Quizá tengas razón —admitió Emili, pensativo—. Reconozco que de pronto he olvidado muchas cosas.

—¿Y August? —cortó el barbero, antes de que la conversación languideciera—. Tengo muchas ganas de hablar con él.

—Os pelearéis.

—No importa. Tengo que verle y decirle lo que pienso de su actitud. Ha ido demasiado lejos. Naturalmente —se apresuró a añadir—, siempre que sea cierto lo que dicen por ahí... Cuento con que me ayudarás a formarme una idea justa del caso.

Emili expuso su punto de vista: sin justificar ninguna de las arbitrariedades cometidas por el valenciano, hizo resaltar lo bueno de su labor.

—No entiendo por qué a última hora...

—Ni yo. Lo comparo al artista de circo que, ebrio de aplausos, va colocando más y más adminículos en el castillo de sus equilibrios, hasta que todo se derrumba. Empezó haciendo experimentos útiles y ha terminado con los inútiles.

—Tengo ganas de hacérselo ver.

—Perderás tu tiempo. Le conozco bien.

Cuando Rubio le dejó, Emili se entretuvo dando una vuelta por el campo. En muchos de los corrillos de españoles se hablaba de August y pudo observar que quienes se mostraban antes más serviles con el valenciano eran ahora los más duros hablando de él, contando lo que era cierto y lo que no lo era. Regresó a su *Block* con una angustiosa sensación de asco. En la puerta, el *Blockälteste* le estaba pegando a un ruso una paliza mortal. Según dijo alguien, había robado pan a uno de los españoles.

Hacía solo unas horas que Emili había entrado en el campo con la esperanza de no moverse de él hasta el fin de la guerra. Unas pocas horas que le habían hecho cambiar de idea. En el *Kommando* de August no vestía ropa civil, no tenía más pan que el de su pobre ración, ni podía untarlo con margarina, pero por lo menos se sentía tranquilo. Cierto que en el campo principal los españoles habían mejorado mucho, pero la Muerte seguía segando vidas, más que nunca, y poco importaba que las víctimas fuesen de otros países si eran igualmente hombres. La guerra podía durar todavía algunos meses y el final, del que esperaba vibraciones que sacudieran su sistema moral adormilado, le obligaba al pago de un precio excesivamente elevado: cerrar los ojos aquí y encogerse de hombros con indiferencia representaba para él un sacrificio insoportable.

Los españoles llevaban ya dos semanas en el campo número 2 y nadie sabía aún cuál iba a ser su destino. Con las lluvias y el campo convertido en un barrizal, pasaban días enteros sin que nadie pudiera salir del barracón, donde muchas veces resultaba difícil encontrar un hueco para sentarse en el suelo. Las estrecheces, la inactividad y, sobre todo, el enervante espectáculo de la miseria circundante ejercieron pronto su influencia desmoralizadora sobre aquellos hombres habituados a un trabajo regular al aire libre. El fastidio trajo el malhumor, la susceptibilidad, los juegos brutales o equívocos, la maledicencia y las peleas. El ambiente se ponía irrespirable.

La palabra «imposible» no tiene sentido entre los alemanes y solo por ello podía comprenderse que los cuatrocientos hombres lograran dormir todas

las noches en aquel barracón. Al principio, fue un alivio el que grupos de españoles fueran a dormir a otros barracones del campo-cuarentena, pero la afluencia, en aumento, de evacuados de otros campos puso el problema del espacio al rojo vivo. Dormir pasó a ser una ilusión más. Era necesario colocar a los hombres uno a uno, en filas a lo largo del dormitorio, tocándose los unos a los otros. Al dar una señal, se dejaban caer todos a un tiempo y sobre un mismo lado. Los cuerpos formaban un perfecto enladrillado, compacto y sin huecos. Levantarse para ir al retrete era renunciar al sueño. Este sistema resultaba relativamente fácil en los barracones donde el *Blockälteste* iba todo el día con el látigo en la mano, pero con los españoles, tratados con atención especial por orden de Gupper, el sistema no resultaba aplicable. Las noches constituían una inimaginable tortura.

Una mañana, después del «café», Emili salió a la calle. La niebla era helada, pero la pureza del aire parecía tener virtudes balsámicas. La población de los *Blocks* vecinos, estacionada en la calle desde el toque de diana hasta el de retreta, intentaba en vano combatir el frío. Formaban una legión de espantapájaros en movimiento, buscando inútilmente un cobijo contra el helado viento, encogidos, con las manos en los bolsillos pataleando y temblando convulsivamente. Muchos de ellos se agrupaban como las abejas de una colmena y formaban piñas humanas para darse calor mutuamente. Muchas veces el corro empezaba a balancearse suavemente como un pan de gelatina, con la esperanza de que el roce de los cuerpos entre sí les ayudara a vencer el frío. Eran principalmente eslavos los que tenían esta forma de reunirse, y a menudo se dejaban llevar por la melancolía propia de su raza y, al ritmo de su movimiento conjunto, entonaban canciones de su país, generalmente muy tristes, agrupándose las voces con la maestría que les es propia. Canciones patrióticas, religiosas o populares llenaban el aire, entre muros y alambradas, de tierna nostalgia. Emili no podía comprender el salvajismo de algunos españoles que, por exceso de vitalidad y sin saber en qué ocupar su tiempo, se entregaban al juego de lanzarse en ariete contra los corros, para disolverlos con violencia

inhumana, entre risotadas de burla. Emili se sentía avergonzado del desprecio, más instintivo que consciente, que muchos de sus compatriotas demostraban en sus contactos con los desvalidos. Encontraba hasta cierto punto normal que los delincuentes alemanes que ocupaban los cargos directivos de los *Blocks,* productos de bajos fondos, envenenados además por las teorías racistas y las ideas sobre el *Herrenvolk,* se dejasen arrastrar por sus vesanias y crueldades, pero al tratarse de españoles, el caso no podía ser el mismo. Habían hecho una guerra civil y ahora padecían cautiverio por una causa común. Seguro que los mismos que cometían ahora tales atropellos no hubieran querido admitir nunca que trataban con desprecio a otros hombres aún más desafortunados, y todos se habrían considerado ofendidos al ser colocados en el mismo nivel del hampa alemana, pero los hechos no mentían. La miseria es siempre repelente y para comprenderla es necesaria una entereza moral que no podía darse en aquellas circunstancias.

La misma exaltación colectiva con que quisieron defender a un muchacho francés perseguido por el *Blockälteste* con propósitos aberrantes lo acabó de confirmar. El quijotismo de que hicieron gala con tal motivo obedecía a un deseo subconsciente de reparación. El incidente se presentó así:

Los *Blockältester* alemanes escogían a los presos más jóvenes para el servicio de limpieza del barracón. Era una forma de protección, por cuanto los escogidos percibían ración doble de comida, pero protección a menudo ignominiosa. Cualquier resistencia a la voluntad del alemán era inútil: o ceder o morir.

Entre los muchachos de servicio en el *Block* de los españoles, había un francés de dieciséis años, detenido por *maquisard,* muy delicado de maneras, melancólico y tímido, y de una docilidad canina casi fastidiosa. El chico se limitaba a cumplir con sus deberes y rehuía como podía las aproximaciones de su protector. Una tarde, este le invitó a sentarse a comer con él. Al decirle claramente el alemán lo que de él esperaba, el muchacho se levantó y salió corriendo con los ojos anegados hacia un grupo de españoles a los que pidió ayuda.

Cuando, al día siguiente, a la hora de comer, el *Blockälteste* hizo la comedia de preguntar quién había limpiado los cristales, detalle que conocía perfectamente, y el francés se presentó, todo el mundo supo de antemano lo que iba a suceder. En efecto, el alemán se puso como un energúmeno, vociferando como un loco que si los cristales estaban sucios, que si no quería gente inútil a su servicio, que para comer hacía falta trabajar... De las palabras pasó a los golpes, y el muchacho acabó con la cara como un mapa. Se pasó la mitad de la tarde en un rincón, hasta que el *Blockälteste* le invitó a merendar en su mesa porque esta vez «estaba seguro de que sabría ser como debía». El francés empezó a lloriquear y a los españoles se les inflamó la sangre. El *Blockälteste,* insultado y amenazado, protestó de tal intromisión en su esfera, se enfureció hasta el paroxismo y terminó asegurando que ya no tendría ninguna atención hacia los españoles y que pasarían por el aro como los demás presos. Los protectores del francés encontraron que el incidente resultaba excitante y el escándalo alcanzó proporciones insólitas. August decidió intervenir, pero al ponerse abiertamente al lado de sus compatriotas, posiblemente para contrarrestar la campaña de que era objeto, solo consiguió complicar las cosas más aún.

Cuando llegó la hora de colocar a la gente para dormir, el alemán quiso llevar a cabo su amenaza y se presentó con el látigo en la mano. No tuvo tiempo de levantar el brazo. Un soberbio puñetazo en la barbilla le derribó sobre las colchonetas. Un caso de indisciplina gravísimo. El hombre se presentó a King-kong y dimitió. El *Lagerälteste* no cursó la dimisión, temeroso de que Gupper, con su debilidad por los españoles, aprovechase la ocasión para relevar a los alemanes de sus cargos en los *Blocks* y darlos a sus amigos. Prefirió presentarse al campo de cuarentena a la mañana siguiente y dirigir a los españoles un diplomático discurso:

—El campo es como es —dijo entre otras cosas—. Vuestro deseo de reformarlo es muy noble, pero inútil. Vuestros compañeros del Campo 1, que llevan muchos años aquí, lo saben muy bien y no pierden el tiempo en actitudes que no pueden llevar a nada bueno. Olvidad el incidente y dejad que los *Blockältester* organicen las cosas a su manera y que cada cual

arregle sus propios asuntos. Todos queremos volver a nuestras casas, donde la vida no es cruel como aquí, pero debemos tener paciencia, que todo llegará. No os compliquéis la existencia en estos últimos momentos.

Los españoles aceptaron el cómodo argumento de King-kong para terminar el embrollo. Se daban en el campo muchos casos parecidos al del francés, quizá peores aún. Puestos a redentores, tenían trabajo para largos años... Para salvar la faz, August pidió que el francés fuese trasladado a un *Block* del Campo 1. King-kong accedió a ello y el asunto quedó cerrado.

El dibujante encontró en este incidente un motivo más de aflicción. A pesar de algunas apariencias en contra, el «espíritu del campo» continuaba haciendo su destructora labor entre los españoles. La bestialidad del régimen penitenciario alemán llegaba hasta a encontrar argumentos lógicos y sensatos para justificar el egoísmo y la indiferencia ante el mal. El embrutecimiento era taimado pero implacable.

A la mañana siguiente ya nadie se acordaba del francés... Había salido otro tema de conversación: el canibalismo. Un eslavo, en el último grado del hambre, entró en los lavabos donde durante la noche se apilaban los cadáveres y, con un cuchillo improvisado con un pedazo de sierra, había abierto el vientre de uno de ellos... No era el primer caso que se daba ni sería el último. Fue descubierto por las manchas de sangre alrededor de los labios. Unas horas más tarde, medio muerto a palos, fue ahorcado en uno de los travesaños del barracón.

El más riguroso de los secretos no impedía que fueran del dominio público algunos detalles de lo que ocurría en el interior del *Block* 20, un barracón aislado por altos muros de piedra. Se decía que los internados allí dependían directamente de la Gestapo y que ni siquiera las oficinas del campo tenían allí misión alguna. Con todo, eran SS los centinelas que los custodiaban desde sus altas torres armadas, enclavadas en los ángulos opuestos del muro.

Todos cuantos entraban en el *Block* 20 eran condenados a muerte, reos de alta traición, culpables de actividades importantes contra el régimen nazi.

Los encerraban allí durante la noche, vestidos con un uniforme de verano, sin ropa interior alguna y sin calzado de ninguna clase, y si la capacidad normal de un barracón era de doscientos hombres, el *Block* 20 contenía a veces más de mil quinientos. Sin lumbre, ni mantas, ni camas, ni colchonetas, ni muebles de ninguna clase, la única alimentación de los condenados era la sopa aguada del mediodía. Aquella multitud constantemente «renovada» arrastraba una lenta agonía de hambre, frío, enfermedades y terror. A menudo era preciso «hacer sitio» y entonces eran conducidos en grandes grupos a la cámara de gas o asesinados a hachazos o a tiros por agentes de la Gestapo amantes de emociones fuertes. Mejor para los que tenían la suerte de caer los primeros, puesto que una muerte rápida era su única esperanza.

Ningún infierno podía ser peor que aquel, donde el hacinamiento no permitía estar tumbado, ni sentado, ni casi de pie. Donde el griterío de los que enloquecían o de los que se peleaban hasta hincarse las uñas o estrangularse, los gemidos de los moribundos, el frío que entraba por las ventanas sin cristales y el hambre desesperada hacían deseable la piadosa liberación de la muerte.

Los dos SS que montaban la guardia en el interior del *Block* solo podían imponer su autoridad pistola en mano y dispuestos a utilizarla por nada. De poco les hubiera servido el arma si los presos no hubieran estado como estaban y, sobre todo, si no hubiera existido la convicción de la absoluta esterilidad a que estaba condenado cualquier intento de rebelión. A pesar de todo, uno de los turnos de guardia pagaría muy cara tal confianza en la pequeña arma que es una pistola.

Había nevado mucho aquella noche y continuaba nevando copiosamente durante toda la mañana, cuando entraron en el barracón veinte austriacos antihitlerianos. Iba entre ellos un hombre de unos cuarenta años, de aspecto distinguido, alto y fuerte, que parecía tener cierto ascendiente sobre el resto de sus compañeros. Se dijo que era un oficial del antiguo ejército austriaco, ahora del alemán, y que había sido acusado de alta traición. Al llegar al barracón, entre empujones y golpes, nadie dormía: acababan de salir unos

cuantos SS después de probar sobre la multitud inerme la eficacia de sus nuevas metralletas. En aquel momento y bajo las órdenes de los dos SS de guardia, los cadáveres eran arrastrados hasta la calle, donde permanecerían hasta la mañana siguiente, dejando en el entarimado rastros de sangre. Había quien, herido, se ocultaba entre la multitud enloquecida y enmascaraba sus quejidos con los gritos de desesperación, odio y terror de sus compañeros. Era difícil que los recién llegados pudieran hacerse cargo de su situación real, estupidizados como estaban. Procuraron solo permanecer agrupados en uno de los rincones del comedor. Entre tanto, los SS intentaban imponer silencio a vergajazos, tarea poco menos que imposible y que solo lograron a medias. En la oscuridad, la piña humana se agitaba como un montón de gusanos en la carne podrida, intentando encontrar el imposible descanso. Los muchos ruidos sordos, las oraciones de los creyentes, las blasfemias, los suspiros, los lamentos, el respirar rítmico de quien, pese a todo, dormía, parecían constituir, en su monstruosa unión, la voz única de la desesperación. De vez en cuando, los chillidos de un loco desgarraban el medio silencio reinante con la violencia de un relámpago.

El oficial austriaco no durmió en toda la noche y, al despuntar el día, propuso a sus compañeros la ejecución de un plan concebido durante su vela. Se distribuyeron los papeles, se buscaron otros cómplices y todos los conjurados esperaron en estrecho contacto a que se presentara la oportunidad.

Terminaban de beberse el agua sucia del mediodía, cuando uno de ellos provocó el alboroto. La inmediata aparición del SS fue rápidamente aprovechada. El guardia había abierto la puerta de un puntapié y se mantenía en el umbral con el látigo en una mano y la pistola en la otra. Su grito de «¡Silencio!» no logró dominar el tumulto. Levantó el látigo y se lanzó, rabioso, contra la gente. Fue entonces cuando, con agilidad de tigre, uno de los confabulados le agarró del cuello, mientras otro, con un madero arrancado del entarimado, le golpeaba la mano que sostenía la pistola. Como por arte de magia, se hizo en la habitación un total silencio. Se oía

perfectamente el vocerío que reinaba en la otra ala del *Block,* donde el segundo SS era víctima de idéntica celada. El oficial recogió la pistola y, después de recomendar calma a la gente, se precipitó al otro lado del barracón donde los rebeldes no habían tenido tanta suerte. El SS se mantenía en la puerta del dormitorio con la pistola amartillada y amenazaba con disparar si no se restablecía el silencio. Pero cuando la puerta de entrada al comedor se abrió a su espalda y, al volverse, vio que unos presos armados iban hacia él, tuvo un momento de indecisión que fue aprovechado. En un abrir y cerrar de ojos quedó reducido a la impotencia. Un tiro había salido de su pistola para incrustarse en el techo. No había tenido tiempo de expirar cuando ya uno de los rebeldes llevaba puesto su uniforme. El oficial introdujo la pistola en la rudimentaria trincha de su pantalón, y uno de sus lugartenientes le imitó con la otra arma, mientras la multitud se encarnizaba con los cadáveres de los guardias.

El oficial dio instrucciones en alemán, un ruso hizo la traducción y, con la espontánea disciplina que solo se da en momentos gravísimos, todo el mundo obedeció en silencio. Los que tenían todavía fuerza para correr la sensacional aventura se dispusieron a actuar cuando sonara la voz convenida. Los enfermos, los extenuados, intentaron levantarse para seguir al resto de sus compañeros, pero muchos tuvieron que renunciar a tal empresa entre lágrimas e imprecaciones. La rendija a través de la cual era visible la libertad resultaba muy estrecha para ellos pese a su extrema delgadez. Muchos se resignaron pronto, casi indiferentes ante las escasas posibilidades de éxito que ofrecía su motín; agradecieron, y esto sí era digno de agradecimiento, que con su gesto los compañeros hicieran más próximo el fin inevitable.

El oficial escogió a una docena de hombres entre los más vigorosos y repartió entre ellos las palas del pequeño almacén del barracón. Luego salió con ellos a la calle, mientras el falso SS permanecía en la puerta, ocultando la cara pero mostrando ostensiblemente su uniforme militar a los centinelas de las torres. El oficial daba órdenes, como si fuera el *Kapo* del grupo, y de

vez en cuando repartía vergajazos. Todo parecía normal y los guardias, desde sus miradores, nada sospecharon.

—¡Vamos, vamos! —vociferaba el capitoste del motín—. En diez minutos lo quiero todo limpio. Todo limpio, ¿me habéis oído? Toda la nieve a ese rincón. ¡A ese rincón, he dicho! ¿Es que no oyes, tú? ¡Deprisa, va!

Las palas se movían incesantemente. La nieve de la calle, muy abundante después de las recientes nevadas, iba pasando de montón en montón, hasta formar un cúmulo único en el ángulo del muro debajo mismo de una de las torres. Uno de los hombres la apisonaba con la lámina de la pala. El falso *Kapo* no dejaba un minuto de vociferar y le ayudaba el SS desde la puerta del barracón blandiendo su látigo. Los demás amotinados esperaban agrupados en las ventanas y puertas del *Block.*

Cuando el trabajo estuvo casi terminado, llegando el montón de nieve casi a la altura de la cornisa del muro, el oficial entró.

—¿Sabes manipular el extintor? —le preguntó al compañero de la pistola.

Viendo que el otro no le comprendía, insistió con impaciencia:

—Sí, hombre, el extintor de incendios. El Minimax.

—Naturalmente —contestó el otro—. ¿Por qué?

—Atacarás con él a los centinelas. ¿Entiendes? No vamos a hacerlo con las uñas. Mucho cuidado con fallar el golpe.

—Son más seguras las pistolas.

—No lo creas. Deja que te explique...

—Pero...

—Coges tú un extintor y yo el otro. Tu objetivo es el guardia de la rampa. Saldrás a la calle por la última ventana, la más próxima al muro. Al mismo tiempo, tú —se dirigía al falso SS— darás la voz de asalto. Rapidez y decisión. Vacilar ahora sería fatal. Recuerda que el chorro hay que dirigirlo a los ojos. Que Dios nos proteja.

Uno de los dos extintores había sido descolgado de su soporte y el encargado de usarlo lo examinaba con cuidado.

—Tu misión es apoderarte del fusil ametrallador de la torre —concretó el oficial mientras descolgaba el otro extintor—. Que no tenga tiempo de

disparar ni un solo tiro, si es posible. Yo haré como tú por el otro lado y enseguida me reuniré contigo.

Se separaron después de darse un apretón de manos y se dirigieron cada uno a su ventana. La multitud observaba silenciosamente las maniobras de sus cabecillas. Nadie se movía, nadie se atrevía a despegar los labios.

Con la prontitud y precisión de movimientos que solo es posible en ocasiones de vida o muerte, los dos hombres abrieron sus respectivas ventanas casi a un tiempo, saltaron al exterior y golpearon el resorte del extintor contra el suelo. Antes de que los centinelas se dieran cuenta de lo que sucedía, el chorro cáustico les había alcanzado los ojos. El falso SS silbó con fuerza y empezaron a salir los presos por puertas y ventanas como si una potencia extraterrena estuviera estrujando el barracón. El oficial tiró su Minimax y dejando a su centinela aullando como una fiera herida, corrió hacia el ángulo opuesto, hacia la rampa de nieve. Vio cómo su amigo descendía por la escalera de la torre con el fusil ametrallador al hombro. El centinela no estaba en su puesto. Seguramente había sido arrojado por la barandilla de la torre y yacía aplastado sobre la nieve. Los dos capitostes se sentaron a horcajadas sobre el muro, uno de ellos con el fusil apuntando al guardia de la torre opuesta.

—¡Veremos si te callas de una vez, idiota! —murmuró.

—No, no dispares —gritó el oficial—. Hay que ahorrar municiones.

La multitud se atropellaba para subir por el plano inclinado de la nieve demasiado blanda, pese a estar apisonada, para resistir tanto peso. Todos querían llegar primero y quien lograba encaramarse no se paraba en ayudar a quienes venían detrás, y pedían el sostén de una mano. Solo los dos jefes estuvieron largo rato izando hombres a lo alto del muro. Aquella gente huía desesperadamente de una muerte segura para caer en otra casi tan segura como la primera, pero, en todo caso, morirían sobre la nieve, bajo el cielo, entre los árboles, donde uno pudiera correr, donde fuera posible demostrar que no se resignaban a la brutalidad de su suerte.

Desde su torre, el centinela gritaba a pleno pulmón pidiendo auxilio. No podía disparar porque, al sentir en sus ojos la quemazón del líquido, se le

había escapado el fusil de las manos, pero con sus voces logró igualmente alarmar a los centinelas de las torres más cercanas. La sirena empezó a sonar y ya las primeras fuerzas de las SS se dirigían corriendo hacia el extremo del muro por donde los presos huían a puñados. De las otras torres armadas empezaron a salir ráfagas de ametralladora y el oficial y su compañero oyeron las balas silbar por encima de sus cabezas. La rampa había desaparecido totalmente y era necesario izar a la gente a plomo.

—Vámonos —dijo el oficial—. Aquí ya no podemos hacer nada más.

Centenares de brazos pedían la imposible ayuda. Los gritos, los lamentos, los insultos y las blasfemias se confundían en un vocerío patético. Los que quedaban al pie del muro se peleaban entre ellos ferozmente.

El oficial volvió la cabeza. A lo largo de la pendiente blanca destacaban los puntos negros y en movimiento de la multitud dispersa de fugitivos, puntos que se perdían por fin en el manchón negro del bosque que cubría la ladera opuesta. Esperar más hubiera sido entregarse. Los dos hombres saltaron con las armas a punto de hacer fuego. También grupos de SS corrían cuesta abajo y desde algunos emplazamientos crepitaban los fusiles ametralladores. Algunos de los puntos negros se inmovilizaban de pronto en la nieve; otros parecían rodar por la pendiente pero no se paraban hasta perderse entre los árboles. También el oficial y su compañero corrieron en la misma dirección, mientras el tiroteo se intensificaba por todos lados. Uno de ellos fue derribado; desde el campo no se distinguió cuál de los dos había sido alcanzado, pero al ver que el otro se volvía atrás y recogía algo del suelo antes de reemprender su carrera, se supuso que el oficial no había querido renunciar al auxilio del arma automática que llevaba el compañero caído.

Se habían fugado unos setecientos hombres. La cacería duró dos o tres días. Mientras unos morían helados, otros eran abatidos a tiros por las SS lanzadas en su persecución. Todos los bosques vecinos aparecieron sembrados de cadáveres, pero a pesar de la movilización del país y el prolongado esfuerzo de los perseguidores, al darse por terminada la batida

faltaban aún doscientos hombres, que no fueron hallados ni muertos ni vivos.

En el campo se tomaron medidas extraordinarias de seguridad. Durante una semana, el personal se vio obligado a permanecer en el interior de los barracones. Patrullas de SS recorrían el campo y tenían orden de disparar contra cualquier preso que asomara la cabeza por una ventana. Los cocineros y los transportadores de la comida eran los únicos presos que trabajaron durante aquellos días y lo hacían fuertemente custodiados por guardias con metralleta. Naturalmente, nadie se movió. Los condenados a una muerte segura podían cometer temeridades; los otros, no.

Los internados del *Block* 20 que no pudieron huir fueron asesinados a tiros aquella misma noche, sin excepción alguna.

A los ocho días, el campo recobró su ritmo normal de vida. La gente salía de nuevo a trabajar, vivía su miserable vida, moría de la muerte lenta habitual, y el barracón 20 se llenaba, se vaciaba y se volvía a llenar sin descanso. Todos los extintores fueron recogidos y guardados bajo llave. Alguien dijo, con humor, que a raíz de aquellos sucesos los alemanes habían descubierto otra arma secreta.

17

Era de prever que la guerra duraría hasta la primavera siguiente, pero también podía terminar antes, en el momento más inesperado. Por eso mismo, aquellos últimos meses, aquellas últimas semanas, quizá aquellos últimos días, transcurrían con lentitud aplastante. La pregunta, siempre la misma, se volvía obsesiva: ¿qué harán las SS al verse perdidas sin remedio? ¿Se vengarán, tal vez, sobre la masa indefensa de los presos? Unas veces parecía que sí, otras que no. Se hablaba de un campo de Polonia de donde se habían retirado los alemanes después de envenenar a toda la población penal, y donde, al llegar los rusos, solo habían hallado un macabro amasijo de cadáveres insepultos. Se decía que, en otro campo, todos los internados habían sido gaseados durante los últimos días de dominación alemana. Ciertas o no, las noticias de esta índole corrían de boca en boca, creando un clima de miedo que se extendía por el campo como la niebla.

Se constituyó secretamente un «Comité Internacional de Protección y de Ofensiva», en el que Rubio y Manuel ostentaban la representación española. Las reuniones se celebraban a la vista de todo el mundo aparentando un paseo inofensivo por la plaza o, cuando los asuntos que había que tratar eran realmente importantes, se encontraban en los subterráneos de la desinfección. Habían sido estudiadas todas las posibilidades y discutidos los planes de acción hasta los más mínimos detalles. También estaba asegurado el enlace constante con los *Kommandos* exteriores. Las informaciones sobre el frente y la retaguardia eran precisas y hasta se contaba con la ayuda de SS confabulados, que vigilaban de cerca las actitudes de la comandancia. Todo estaba previsto, excepto el día del hundimiento y el resultado que daría la complicada máquina que se estaba montando. Eran miles de hombres que se hacían, centenares de veces cada día, las mismas preguntas: ¿cómo?, ¿cuándo? Un pueblo penal de 40.000 almas (uno de tantos en Alemania) se dejaba llevar por un flujo y reflujo de

esperanzas y depresiones: los enfermos del «campo ruso», que solo comían mondaduras de patatas y se pasaban los días enteros en la nieve; los del campo de cuarentena, en el último grado de la indigencia; los del Campo 1 que nunca podían estar seguros de su situación privilegiada... ¿Resistiría el cuerpo? ¿Haría falta superar nuevas pruebas? ¿La inventiva monstruosa de los nazis no encontraría a última hora el instrumento de su venganza?

Definitivamente, Emili se había quedado en el campo, mientras sus compañeros del *Kommando* de August salían con destino a un trabajo de guerra. Rubio y Manuel insistieron en que debía quedarse. Estaba todo preparado para que entrara en el departamento fotográfico del campo, donde tenía una delicada misión que cumplir.

—No sé por qué tengo que ser yo —había protestado el dibujante—. No olvidéis que la otra vez, las cosas no empezaron a marchar bien hasta que me fui.

A los pocos días, entró, en efecto, como retocador de los laboratorios fotográficos. Una vez que estuvo al corriente de su trabajo, Rubio le encargó una colección de las fotos más interesantes del copioso archivo, antes de que las SS procedieran a su destrucción. La tarea era realmente peligrosa. Un resbalón podía representar para él la más terrible de las muertes. Si, por el contrario, obraba con discreción y acierto, lograría con su labor una sensacional acusación gráfica contra el régimen hitleriano.

Emili encontró clisés de todas las muertes violentas ocurridas en el campo. Todas habían sido amañadas para que parecieran suicidios o accidentes fortuitos. ¡El mando creía que las fotografías podían exculparle! Mientras persistía el régimen, posiblemente sí, cuando algún pariente o amigo de las víctimas tenía influencia suficiente para pedir explicaciones, pero al considerar el archivo en su conjunto, ante tantos miles de suicidios, tan parecidos los unos a los otros, la superchería era patente. Una tal epidemia de muerte voluntaria aparecía entonces como la más refinada y perversa de las crueldades. Miles de clisés en el *dossier* de «Suicidios en las alambradas», miles en el que llevaba escrito «Suicidios por procedimientos varios» y miles donde decía «Muertos en intento de fuga». No hacía falta

mucha perspicacia para suponer la espantosa realidad de aquellos grupos de hombres esqueléticos, puestos en serie en la base de la alambrada eléctrica con actitudes crispadas, o la inmensidad del desespero de quien se ahorcaba en la llave del radiador o en el grifo de un lavabo, o el sarcasmo que significaba atribuir propósitos de evasión al ser escuálido que no podía dar diez pasos seguidos.

Acostumbrado Emili a los antojos de su destino, comprendía que su lugar de combate era el que le señalaban los demás, los predestinados, al parecer, a interpretar los principales papeles. Debía permanecer en el campo principal, punto de partida y de llegada, círculo cerrado que resumía la unidad de su aventura y, sin saber por qué, le parecía que aquello era un buen augurio. Y el trabajo tenía su interés: una colección de documentos gráficos tendría más valor en la requisitoria final contra el nazismo que toda la verborrea de los conspiradores del campo.

Al otro lado de la ventana iban cayendo unos copos de nieve que parecían las plumas de un almohadón hecho trizas. Sentado en su mesa de trabajo, cara a los cristales, Emili mataba su tiempo retocando la fotografía de un SS en postura napoleónica. El *Kommandoführer* había impedido con su presencia que pudiera trabajar en la colección. Al dibujante le extrañó que su superior permaneciese hasta tan tarde. Abandonado a la suave sensualidad de no tener prisa, de poder contar con un futuro mejor, Emili recordaba el otro rincón que antaño ocupara en el almacén de la ropa civil, cuando dibujaba estampas pornográficas para el SS jefe del *Kommando.* Tenía entonces ante sus ojos un jardincillo verde y los tabiques de madera del barracón vecino; ahora el paisaje era mucho más bello, un horizonte abierto por encima de los planos escalonados de la sierra cubierta de bosque. Algo dentro de sí o en lo que le rodeaba se repetía en aquel momento. Quizá retocar la foto de un SS era, en cierta manera, hacer pornografía... Emili se sonrió al constatar que la imagen que tenía delante de sus ojos no podía ofrecerle excitante alguno.

El *Kommandoführer* estaba hablando. Emili no le seguía: cogía algunas palabras al vuelo, las justas para comprender el sentido.

—Sí, nuestro trabajo toca a su fin —decía el hombre—. Tengo orden de destruir el archivo. ¿Me has entendido? Destruir el archivo. No se lo digas a nadie, claro está.

Emili afectó indiferencia, pero la sangre le golpeaba las sienes. La insistencia del SS en hacerle saber una orden secreta no era normal.

—Yo no tengo prisa —añadió el guardia—. Estoy convencido de que a ti no te contrariará la lentitud con que pienso proceder. Como serás tú quien ejecutará la orden, ve pensando cómo quieres hacerlo.

El dibujante le miró con estupor.

—Te diré la verdad. Estoy en las SS como hubiera podido ser artillero o paracaidista. No creas que todos los que vestimos el uniforme de las SS seamos nazis.

La historia era larga y, según contaba su protagonista, con su actitud había infligido más daño al régimen de Hitler que todos los aliados juntos. Emili no podía prestar atención a lo que oía, ocupado como estaba en detener el hundimiento de su edificio interior. Lógicamente, la complicidad del SS, hasta entonces temido, tenía que agradarle por cuanto le permitiría llegar más fácil e impunemente al final de su empresa. Tampoco era excepcional el que el guardia buscase disculpas o cuando menos atenuantes para su responsabilidad, unciéndose a última hora al carro del vencedor. Lo que desconcertaba a Emili era la súbita desvalorización de su papel, el ridículo ante sí, la cruel burla del Destino al hacerle sentir la mediocridad de su persona.

El dibujante contemplaba absorto la suave caída de los copos de nieve y llegaba a creer que en realidad no caían, sino que se movían caprichosamente en todas las direcciones posibles, sin ley alguna. También él era un copo más, a la merced del viento, insignificante, efímero, perdido entre millares, millones de otros copos. Recordaba los tiempos de la guerra civil, cuando simples rivales políticos se convertían en mortales enemigos, cuando él mismo, hombre pacífico por naturaleza, se veía arrastrado con las armas en la mano a contribuir a la carnicería. En Francia, después, donde el hambre y los piojos del campo de refugiados le empujaban a salir en una

compañía de trabajadores militarizados, para luego caer cautivo de los alemanes durante el desmoronamiento militar francés. Más tarde aún, en el campo de prisioneros de guerra, cuando le faltó el valor para fugarse como algunos de sus compañeros. Y ahora, por fin, en el campo de concentración nazi, donde miles de desgraciados, tan ajenos como él al curso de los acontecimientos, morían cruel y absurdamente. De su vida no podía extraer explicación alguna, ningún sentido, ninguna ley. La caprichosa suerte era más fuerte que él. «¿Qué soy?», se preguntó. «¿Por qué vivo?» Sintió su ánimo desfallecer al pensar que cuatro años de campo de concentración solo le servían para tener la certidumbre de su mediocridad. Al volver a la libertad se encontraría en el mismo mundo del que ocho años antes había sido arrancado por la guerra civil, igualmente desarmado y desnudo. ¿Es que todos los horrores de los que había sido testigo, los padecimientos que habían curtido su piel y madurado su espíritu, no iban a servir para nada?

El *Kommandoführer* se levantó y se dispuso a salir.

—Si tienes que preparar algo, puedes hacerlo delante de mí. No pierdas tiempo. De mí nada tienes que temer.

Al abandonar asimismo la dependencia un rato más tarde, vio a tres hombres cara al muro, muy cerca de la entrada principal, con la cabeza descubierta bajo la nieve que caía incesantemente. Manuel, con quien se había tropezado en la plaza, le estaba dando cuenta de las últimas noticias, captadas por alguien que escuchaba las emisoras extranjeras. Emili le interrumpió para preguntarle por qué habían sido castigados los tres hombres.

—Dos de ellos por haber robado la comida de los perros —contestó el oficinista—. El otro, no sé. Parece que es un cura polaco que decía misa.

Al pensar más tarde en aquellos tres desgraciados, Emili creía valorar la distancia que mediaba entre los dos mundos que, en cierto modo, simbolizaban. Para los dos famélicos, para todos los hambrientos del campo, la libertad tenía un sentido concreto: satisfacer su hambre. El sacerdote, en cambio, como cuantos sentían una necesidad espiritual, encontraría en la libertad la recuperación de sus derechos morales. Emili no

había querido ser ni de unos ni de otros. Había pretendido hallar un punto de equilibrio en un vitalismo que no encajaba en su evidente mediocridad. «Los copos de nieve nada pretenden», pensó, y le inquietó la idea de haber seguido un tan largo y doloroso camino para llegar a la penosa sensación de su fracaso vital.

August había salido hacia otro trabajo con trescientos cincuenta hombres. Se trataba de un campo situado sobre la línea del ferrocarril Linz-Salzburgo, creado hacía un par de años y que, en aquel momento, constaba de unos quinientos presos de distintas nacionalidades, dirigidos por delincuentes alemanes y organizados según el modelo del campo principal. Se decía que la población del campo había sido renovada totalmente cinco o seis veces. Pese a constituir un grupo aparte, totalmente autónomo, los españoles no fueron insensibles al cambio. Los cuerpos, hasta entonces relativamente bien conservados, enflaquecieron pronto, el hambre volvió a hacer estragos y la muerte levantó una vez más su guadaña amenazadora. Veteranos todos, no se resignaron a morir en las postrimerías de su aventura, y pronto empezó su acción sobre los depósitos de comestibles. Fue entonces el bandolerismo lo que determinó la separación de clases. Por un lado, los que robaban y lo tenían todo; por el otro, los tímidos o prudentes que no tenían nada. Después de haber conocido las condiciones de vida en el campo principal, la nueva desigualdad creaba envidia, malhumor, disputas y odio, factores que muy pronto se canalizaron hacia la lucha política, que es a lo que desembocan generalmente las diferencias entre españoles. Cada uno de los grupos procuraba por todos los medios obtener la hegemonía atribuyendo al bando opuesto la responsabilidad de todas las privaciones que se padecían. Para los unos la culpa era de los comunistas que anteponían el proselitismo al interés general; para los otros, el único responsable era August, por sus inhibiciones y sus favoritismos.

Por la necesidad de contrarrestar la campaña que se le había hecho en el campo principal, ahogado por el clima de conciliación que en él reinaba, August se había visto obligado a aceptar que Castro y el médico, cabecillas

del grupo rival, formasen con él un triunvirato en la dirección del grupo español. En realidad, August esperaba deshacerse de ellos tan pronto como las circunstancias se lo permitieran, es decir, cuando con la dura oposición que se proponía hacer a los alemanes dirigentes del *Kommando* entero hubiese reconquistado la buena voluntad de sus hombres y también del comandante SS. Pero los tiempos habían cambiado mucho y los hombres también. Al iniciar la maniobra no encontró colaboración alguna; solo hostilidad o indiferencia. Acabó pronto por desinteresarse de los asuntos, o simuló hacerlo, suponiendo que un poco más de tiempo y el malestar reinante terminarían por hacer deseable la «mano fuerte» ejercida por él mismo con evidente éxito unos meses antes.

Los otros triunviros, al verle debilitado, quisieron hundirlo definitivamente. Faltando pocos días para las Navidades, tuvieron la idea de organizar una comida que reuniese a todos los españoles en una sola mesa. «Anticiparse a la victoria, olvidar todas las diferencias», fueron las consignas dadas. Pidieron autorización y colaboración a August, pero este, oliéndose la trampa, contestó:

—Organizadlo vosotros, si queréis; yo no me opondré.

La situación era difícil para el valenciano. Si asistía al acto, caía en el ridículo de secundar una iniciativa de sus rivales comunistas, él que nunca había dejado la batuta en manos de nadie; si no se presentaba, sería acusado de sabotear la concordia y hermandad entre compatriotas.

Llegó el día de la fiesta. Los comunistas hicieron el milagro de convertir el ancho pasillo del barracón en comedor para cuatrocientos hombres. Trabajaron mucho, mendigaron más; al final, la organización fue perfecta. Obtuvieron cigarrillos y prendas interiores para sortear, improvisaron una «orquesta» con un par de guitarras, un acordeón y un clarinete, y hasta lograron exhibir a unos «invitados de honor» personificados por las jerarquías del campo: SS y delincuentes alemanes.

Cuando, antes de empezar la comida, la comisión se presentó a August y le invitó a sentarse en la presidencia, el jefe del grupo español pretextó un diplomático «No me encuentro bien». La fiesta se celebró a pesar de todo.

Se repartieron unas pocas «patatas con camisa» y un cuarto de litro de gachas para cada comensal; como postre, se repartieron manzanas y una galleta sin azúcar para cada uno. Mientras algunos pensaban que, mirándolo bien, se habían quedado con más hambre que los otros días, lo cual era mucho decir, desde la presidencia se pronunciaban discursos inflamados en pro de la unión entre los españoles. Los alemanes aplaudían sin la menor idea de lo que se decía. Los músicos interpretaron un pasodoble, los que tenían algo de voz cantaron o intentaron cantar y, una vez terminada la celebración, todo el mundo reconoció que «había estado muy bien». Los organizadores, sobre todo, parecían encantados de su éxito: la abstención de August era un agravio imperdonable a la concurrencia; su prestigio parecía haber quedado definitivamente liquidado.

El golpe de efecto vino al siguiente día, a la hora del recuento, cuando August, al frente de la formación entera, anunció al comandante su resolución de dimitir del cargo de jefe del grupo español.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó el oficial, estupefacto.

—Los españoles no están contentos y no quieren obedecerme. Hacerles formar esta tarde me ha costado media hora de trabajo. No cuento con medios para imponer mi autoridad.

El SS gruñó durante unos minutos. August añadió, como destilando sus palabras:

—Hay quien puede ocupar mi cargo con más acierto.

Castro se encontró con el cargo en las manos. Desconocía el alemán y no tenía habilidad para tratar con los SS. Como buen militar, obedecía órdenes y las transmitía. La flexibilidad y la simpatía que tantos éxitos proporcionaron un día a August eran dotes de las que Castro carecía. Con hombres indisciplinados, famélicos, que se sentían protegidos por Hans Gupper, por un lado, y soliviantados por la proximidad de las tropas rusas, por el otro, todos los esfuerzos del nuevo jefe para restablecer la pretendida hermandad fueron sucesivos fracasos. Los asaltos a los depósitos de patatas llegaron a ser escandalosos y las SS se vieron obligadas a intervenir y a aplicar sanciones durísimas.

A August le había salido bien su maniobra. Desde su nuevo cargo de secretario del comandante, más importante que el de jefe de los españoles, hacía y deshacía a su gusto y, principalmente, no paraba de reírse ante los desastres provocados por la impericia de su sucesor. Los comunistas le atribuyeron actividades subterráneas contra Castro, pero August se reía más aún.

Entre tanto, terminado ya el trabajo urgente que había motivado la presencia de los españoles en aquel campo, vino la orden de reducción del personal; un centenar de hombres debían irse a otra parte. Era el gran momento para August; al cabo de cinco días, los comunistas más destacados montaban en los camiones que debían llevarlos a otra parte.

—Esta jugarreta nos la pagarás —amenazó Castro, desde uno de los vehículos—. ¡No lo olvidaremos!

August se encogió de hombros.

—A lo mejor se creían que era una broma —comentaba luego, rodeado de unos cuantos adictos—. Me han amargado la vida durante tres años. Ahora he dicho «basta». ¡Si me van a matar después, que por lo menos pueda vivir tranquilo mis últimos días! ¡Ahora veréis como los conflictos se han terminado!

Aunque se notó la ausencia de oposición, también los acontecimientos exteriores le ayudaron a acertar. Los rusos asaltaban Viena, los anglo-americanos avanzaban por territorio alemán. Los golpes militares repercutían en la hasta entonces apacible región donde el *Kommando* estaba instalado. Ferrocarriles y carreteras conocían el trágico embotellamiento de la evacuación civil. Las aviaciones aliadas bombardeaban sin tregua los nudos de comunicación, en los que se acumulaban trenes, camiones, carros, bicicletas y toda clase de cochecitos —hasta coches-cuna—, cargados de muebles y bultos de todas clases. Entre tanto barullo, huían de la guerra mujeres, viejos, niños y heridos, sucios todos, con las ropas en lamentable estado, con hambre, cansancio y terror en sus caras, empleando días y más días en recorrer distancias mínimas. Por muy cruel que esto pueda parecer, el espectáculo de tal desolación ponía el optimismo de los presos a punto de

caramelo. El cautiverio tocaba a su fin; la libertad llegaba detrás de la trágica comitiva de los evacuados. La alegría de los presos era abierta, sin disimulos, casi provocadora.

También en el aspecto material se obtuvieron ventajas. Fue en aquella zona cruzada por la línea Linz-Salzburgo donde iban a parar todas las intendencias militares amenazadas por el avance soviético: almacenes, cuadras, todos los espacios libres se vieron de pronto colmados de géneros de la mejor calidad. Los presos trabajaban en el acondicionamiento de esos almacenes improvisados y, como es de suponer, robaban cuanto podían. Otros iban a reconstruir estaciones bombardeadas en las que los trenes despanzurrados por las bombas ofrecían sus entrañas a la rapacidad de los hambrientos. Algunos se ocupaban de la descarga de los pocos trenes que llegaban intactos...

Al regreso de los trabajos, entraban en el campo sacos enteros de provisiones. El cuerno de la abundancia se derramaba generosamente sobre los hombres que durante cinco años no habían dejado de pasar hambre, y la obsesión general de guardar reservas en previsión de nuevas épocas de privación encontró en aquel regalo del cielo de almacenes atiborrados de ropas y de comestibles un inagotable campo donde aplicarse. Los sacos-colchonetas de las camas rebosaban de botes de *pâté de foie,* de saquitos con azúcar, de enormes lonjas de tocino ahumado y de bolsas de soja. Había quien disponía de botas de esquí y de calcetines y camisetas de lana. Algunos conservaban piezas de ropa militar por si hacía falta un día forzar las alambradas. Nadie se acordaba ya de la política; era mucho más interesante obtener un turno para guisar en la estufa o encontrar una sartén. Solo durante las difíciles digestiones se hablaba un poco del progreso de las tropas aliadas, y aún con la misma tranquilidad de una conversación de café en Estocolmo o en Barcelona.

Llegó el fin. Una mañana, Hitler fue dado por muerto. Por la tarde se suspendieron los trabajos porque los americanos estaban a treinta kilómetros del campo. Como medida de seguridad, el comandante dispuso

el traslado general a un *Kommando* más a retaguardia. Por falta de medios de transporte, el traslado se efectuaría a pie.

Se formó el personal. La gente llevaba a cuestas lo que buenamente podía. Algunos habían cargado con sacos llenos de provisiones. El propósito general era escabullirse a la primera oportunidad. El comandante hizo un discurso que August tradujo:

—La guerra puede darse por terminada, pero no podéis quedaros aquí. Tengo órdenes de conduciros a un lugar donde estaréis bajo la protección de la Cruz Roja Internacional. Aquí vuestras vidas correrían peligro. Os doy mi palabra de honor —la gente se rio— de que se os respetará. Obedeced y no intentéis fugaros. Sería lastimoso que a última hora los guardias tuvieran que adoptar medidas severas. No quiero que os llevéis una mala impresión del tiempo que habéis pasado aquí. Creo haber sido justo y haber apreciado vuestros méritos como trabajadores. Si hay alguien que esté descontento de mi trato, que lo diga francamente, como si yo fuera vuestro camarada. Yo intentaré explicarle los motivos que me han impedido portarme como hubiera sido mi deseo...

Se oyeron risotadas y expresiones de perplejidad.

August añadió por su cuenta que él se quedaría en el campo «porque su misión no había terminado aún». Uno de sus íntimos insinuó que se refería a un doble propósito de impedir la voladura de los trabajos de guerra y de detener al comandante.

—Lo que quiere es evaporarse —dijo otro.

La noche cayó sobre la larga columna de los presos que se alejaba a pie de la libertad que estaba a menos de treinta kilómetros. August no se quedó. Salió del campo un poco más tarde, sin que le custodiase nadie. Y se perdió en aquella misma oscuridad, sin dejar rastro alguno. Sus enemigos no pudieron siquiera darse el gusto de perseguirle.

❋

Daba pena ver el desprecio con que era recibida la primavera. Un mes de abril en el que nadie piense en la dulzura del tiempo ni en las mágicas

virtudes del mundo que renace es un abril desperdiciado y, en definitiva, un año perdido. Para la gente del campo principal, absorbida por desasosiegos y esperanzas, el sacrificio de un año poco podía significar. Su primavera era de otra índole.

Una tarde, después de la cena, bajo un cielo amable algo enturbiado por el crepúsculo, Emili y Manuel se paseaban por la plaza de las formaciones. Sus palabras y sus gestos traslucían el nerviosismo de aquellos momentos. Hablaban de los dolores que seguramente serían el precio del parto ya inminente de la paz.

—Es el momento del acorralamiento, no lo olvides —decía Manuel—. El nazismo está vencido, pero no cede, muere matando. Ya sabes que tengo ocasión de hablar con los presos que llegan evacuados del este. Aunque estoy acostumbrado a estos horrores, se me ponen los pelos de punta cuando les oigo contar sus desgracias.

—Hace mucho tiempo que dura eso.

—Ahora es peor. Ya no vienen en tren. Vienen a pie y son muy escasos los que lo resisten. Todos llevan en la cara el espanto de lo que han presenciado.

—No sabría qué escoger —dijo Emili—. ¿Has oído hablar de los «trenes de la muerte»? Un francés me explicó lo que eran y, mientras estaba hablando, le dio un ataque de nervios. De ciento cincuenta hombres que iban metidos en el vagón, solo unos veinte llegaron con vida. El resto había muerto en el camino, de sed o de asfixia. Aquel desgraciado se pasó las últimas veinticuatro horas de su viaje desvanecido y cubierto por los cadáveres de los demás. ¡Hay motivos para tener ataques, me parece!

Se produjo un breve silencio. Emili añadió después:

—Los alemanes no tienen la disculpa de la desesperación de última hora. Siempre han hecho lo mismo.

Manuel movió la cabeza como si hubiese llegado a una conclusión.

—Diversos sistemas de asesinato. Creo que hay poca diferencia entre morir asfixiado en un vagón de tren o morir de agotamiento en una marcha por carretera, rematado a tiros en la cuneta. Pero quizá la muerte de estos

últimos es todavía más cruel. Muchos de ellos han sido evacuados después de tener la liberación a cuatro pasos, después de haber oído los cañonazos rusos.

—¿Crees tú que van a evacuarnos?

—No. Si son los americanos quienes nos liberen, no van a hacernos escapar hacia el frente ruso, y si son los rusos los que llegan primero aquí, no creo que por el otro lado quede ya retaguardia. Estar equidistantes de ambos frentes ha sido para nosotros una gran suerte.

—¿Y si, a pesar de todo, quieren evacuarnos?

—Está previsto. No lo lograrán.

Mientras Manuel le contaba a su amigo los planes del comité internacional ante tal eventualidad, un conocido les paró:

—¿Nada nuevo, hoy?

Manuel se sonrió. Hizo como que contaba mentalmente.

—Contigo, cinco veces me han preguntado lo mismo en un par de horas. ¡Yo no soy la radio, amigo mío!

—Siempre sabes algo...

—Para nosotros solo importa una noticia, y de esta os enteraréis todos cuando llegue, sin necesidad de que nadie la cuente.

El conocido, algo sorprendido, insistió:

—Dicen si ha caído Múnich.

—¡Lo mismo da! Si no ha caído, ya no tardará en caer.

—Es molesto encontrar en los otros la imagen de las propias preocupaciones —dijo el oficinista cuando el preguntón se alejó—. Es algo así como mirarse en el espejo y encontrarse deforme.

En general, todas las conversaciones entre compañeros se reducían a preguntas que no tenían contestación y a respuestas que no contestaban a pregunta alguna. Los recuerdos de tiempos mejores, las anécdotas del día, los proyectos para el futuro, temas normales de las conversaciones entre los presos, quedaban ahora arrinconados por descoloridos y anodinos. Uno inquiría noticias de la guerra como el intoxicado pide la droga que le tranquilizará y, como él igualmente, se sentía insatisfecho cuando la dosis

era insuficiente. Además, las noticias perdían pronto su valor. La impaciencia por llegar al final, por descubrir el conjuro mágico que precipitara el momento esperado, creaba un clima de malsano nerviosismo.

Existían algunas excepciones, demasiado numerosas por cierto: los que, caídos en el último grado del agotamiento orgánico, pensaban solo en el momento presente, un presente sin actualidad, como adherido a la materialidad de sus sufrimientos físicos. Para ellos, la guerra, que era principio y fin de todos sus males, parecía algo lejano y marginal. Era la suya una indiferencia miserable y majestuosa al mismo tiempo, como si disfrutaran del privilegio de conocer un secreto esotérico más importante que la guerra y la paz.

Emili se refirió al contraste que esos desgraciados ofrecían frente al desasosiego de los demás.

—Es como si la proximidad de la muerte les hubiera impregnado de un desprecio superior. Sus cuerpos vegetan, la materia se pudre por anticipado, mientras sus espíritus se han ausentado ya de este mundo.

—Es su defensa, seguramente.

—Justo —asintió el dibujante—. El espíritu que intenta su salvación se aleja de la putrefacción del cuerpo. Muchos de los cuerpos que se arrastran por aquí ya no tardarán en ir al encuentro de su correspondiente espíritu. Pero, ¿has pensado alguna vez en los otros, en los que sobrevivirán y quedarán detenidos por el campanazo de la paz? ¿Qué harán estos, al llegar la resurrección?

—Quizá enloquecerán, o morirán más aprisa, o no se enterarán de nada. ¡Vete a saber!

Los dos amigos dieron algunos pasos en silencio. Emili rompió el mutismo.

—También nuestros espíritus parecen ausentes algunas veces. No sé si a ti te pasa, pero yo tengo a menudo la impresión de que, en todo lo que nos cuentan de la guerra, nada cierto hay. Es difícil explicar eso. Mientras que la razón no tiene duda alguna acerca de lo que ocurre fuera de aquí, hay algo interior, quizá un presentimiento estúpido, probablemente miedo, tal vez un

gusto subconsciente por la catástrofe, no sé qué, que solo me deja ver esta extraña estabilidad administrativa del campo, esto de que todo funcione normalmente, que los papelotes se cursen y se archiven, que el suministro, bueno o malo, no falte, que los trabajos de guerra prosigan, que los SS peguen o asesinen como si nada ocurriera.

—Comprendo lo que quieres decir, pero yo vivo más dentro de la realidad que tú. Son muchos los kilos de papel comprometedor que se destruyen a diario. Veo el ceño fruncido de los SS, sus momentos de desfallecimiento...

—Es tan importante lo que se avecina que solo podemos comprenderlo con el esfuerzo de la inteligencia. Esto es lo que quería decirte. Los que no puedan hacer ese esfuerzo mental están condenados a ser arrastrados como las nubes los días de viento fuerte, a adoptar las formas que al viento se le antoje... Una explosión humana que me atrae y me asusta a la vez...

—La rutina te ha adormecido —dijo Manuel sonriendo—. Cuando llegue el momento tendremos que bregar... y esto es todo.

Después de una pausa, el oficinista prosiguió:

—¿No te he contado mi conversación con Gupper, hace unos días? Ah, no; fue a Rubio... Gupper se había pasado cerca de una hora en la oficina removiendo papeles. Cuando se cansó, fue a sentarse ante mi mesa de trabajo. Encendió un cigarrillo y me ofreció otro. Yo hacía como que estaba enfrascado en mi trabajo. Me dijo de pronto: «Se nota que estás contento». Puse cara de sorpresa. «Sí, sí», añadió, «se te nota por el esfuerzo que estás haciendo para ocultarlo. Sabes que este trabajo ya de nada servirá; lo que no quieres es mirarme.» Quise protestar. Gupper es un verdugo como los demás, tal vez peor, pero se me ocurrió la idea de animarle. Una imbecilidad, si tú quieres; no tuve tiempo de cometerla. «No, español, no», dijo con lentitud. «Ya no hace falta que ocultes tus sentimientos. Yo sé que los años pasados aquí no os han cambiado, que sois lo que erais antes, quizá más duros aún.» Muchas veces me había hablado de asuntos de trabajo, siempre en su tono seco y tajante. Aquel día, si no hubiera conocido detalles de su vida familiar que humanizaban al personaje, habría creído que la derrota le estaba trastornando la cabeza. Permaneció unos instantes

silencioso; aplastó luego el cigarrillo en el cenicero y se levantó con pesadez. «Haces bien de estar contento», dijo con voz ronca. «Para ti la vida empieza de nuevo.» Por su mirada comprendí lo que se callaba.

—Lo encuentro ridículo —dijo el dibujante—. Las mujeres judías que asesinaba hace cuatro días a hachazos no le enternecían como ahora su gaznate en peligro. La pretensión de jugar siempre con ventaja no tiene nada de patética y sí mucho de grotesca.

—Tienes razón sin duda, pero el tipo de Gupper es importante. También los monstruos forman parte de la humanidad y...

—Veo que no soy el único adormilado —interrumpió Emili riéndose.

Cualquier insignificante incidente, una frase o una actitud en los SS, una palabra mal comprendida, cualquier nimiedad, podía levantar en aquellos momentos de excitación verdaderas oleadas de pánico. El equilibrio se mantenía gracias a una inercia de muchos años que se extinguía poco a poco, y una alarma, justificada o no, podía arrastrar al campo a posiciones catastróficas, desde el levantamiento suicida hasta el acoquinamiento estúpido.

Aquel día, por ejemplo, fueron unas palabras de Gupper las que, al circular, produjeron la sacudida.

Según se decía, al pasar por la plaza de las formaciones, le había preguntado a un español:

—¿Eres comunista, tú?

—No, señor.

El oficial se había sonreído burlón.

—Ya que no eres comunista, desearás luchar contra los comunistas, ¿no?

El español se había hecho el desentendido.

—Si estás dispuesto a vestir el uniforme alemán, mañana serás libre.

La alarma fue en aumento todavía, cuando una hora más tarde la proposición se hizo públicamente. Al parecer, eran tres las nacionalidades que merecían la confianza de los SS: alemanes, polacos y españoles. Los voluntarios debían presentarse por la tarde en la puerta de la oficina.

Muchos acogieron la invitación con buen humor, otros se indignaron ante el escarnio que representaba, pero los dirigentes de los grupos políticos españoles, creyendo peligrosa una abstención pura y simple y decididos a hacer las cosas conjunta y solidariamente, acordaron convocar una reunión de prohombres en el comedor del *Block* 13, después de comer.

Con todas las precauciones del caso, una docena de hombres acudieron a tomar «decisiones transcendentales». También asistió Emili, invitado como independiente. A pesar de su convicción sobre la inutilidad de cualquier acuerdo, sobre todo si los alemanes estaban realmente decididos a sacar voluntarios, no quiso dejarse perder un espectáculo que sin duda resultaría divertido.

En el comedor no había nadie más que los convocados a la reunión, todos con la expresión grave y la actitud solemne, todos orgullosos de su papel de prócer. Emili se divirtió al verles tan parecidos los unos a los otros. Por las ventanas entraba una luz radiante. A la conspiración le faltaba lobreguez. Aquello parecía mejor una tertulia de sobremesa.

Manuel había dicho: «Aunque la reunión no conduzca a nada positivo, un cambio de impresiones no nos perjudicará». ¡No se presenta todos los días la oportunidad de discursear! El mismo oficinista, desde la presidencia, exponía los motivos del acto.

—El peligro es, a mi entender, que ningún español acuda, pero nosotros no podemos apoyar a nuestros enemigos, aunque sea para salir de un mal paso. Somos unos parias, carecemos de todo, pero conservamos lo que nadie puede arrebatarnos: ¡el orgullo de nuestra dignidad!

«Prácticas tribunicias» se dijo Emili por lo bajo.

—Imaginaos lo que sucedería si Gupper, ante nuestra total abstención, nos hiciera la pregunta individualmente.

«Que al siguiente día seríamos todos de las SS», se contestó el dibujante, más divertido que nunca.

—¿Qué decir entonces? ¿Qué contestar? ¿Qué hacer? Sabemos que la pregunta ha sido hecha a dos *Kommandos* exteriores. ¿Es que nos puede extrañar que los alemanes recurran ahora a la coacción? Me diréis que su

pretensión es absurda, que nosotros no lucharemos nunca al lado de quienes han asesinado a miles de compañeros...

«Esto se calienta», pensó Emili. «Ahora es cuando todos recordamos que las SS todavía mandan. ¡No pasará nada!»

—Decir que no somos comunistas equivaldría a confesar que estamos dispuestos a vestir el uniforme alemán. Decir que sí lo somos sería exponernos a represalias inmediatas.

Cuando Manuel dio por terminada su perorata, se levantó Rubio. Como orador era lamentable: voz oleosa, construcción sin recursos y un tono aburridamente casero. Sostuvo que, en caso de coacción individual, era conveniente aceptar la proposición de las SS.

—Si nos entregan las armas —decía el barbero con aire glacial—, tendremos ocasión de volverlas contra ellos.

La declaración fue acogida con protestas.

—¡Jamás! —vociferaba un sindicalista—. No quiero manchar mi piel con el verde de nuestros verdugos.

—¡Que te crees tú que nos van a tener agrupados! —increpaba otro—. ¡Ya sabrán cómo hacernos inofensivos!

—Cuando los rusos nos hagan prisioneros —intervino un tercero—, ¿se lo explicarás tú por qué llevamos aquel uniforme?

Nadie como los españoles para hacer, entre pocos, el ruido de muchos. Manuel no lograba imponer orden. Rubio, siempre glacial, se desgañitaba ahora frente a sus objetores. Su voz era de una estridencia desconocida.

—¿Vosotros, los partidarios de la acción directa, tenéis miedo de quedaros solos? ¿Es que necesitáis asistentes para disparar vuestras armas?

—No nos peleemos como verduleras —gritó Manuel, imponiéndose por fin—. La solución propuesta por Rubio es digna de ser estudiada como otra cualquiera. Yo, personalmente, no la creo acertada. Aunque sea por conveniencia táctica...

—Debemos ser realistas —interrumpió el barbero.

—Debemos ser dignos —corrigió Manuel—. Situados en la alternativa, yo, que no soy comunista, propongo que todos, todos absolutamente,

contestemos que sí, que lo somos, que estamos dispuestos a cualquier cosa antes que claudicar de lo que es esencial.

—Sería un estúpido suicidio.

—Es lo que quieren las SS —añadió Rubio por su cuenta—. Vamos a darles todo el trabajo hecho.

—Que me maten antes que ponerme el uniforme alemán —protestaba un anarquista—, pero nunca diré que soy comunista. Me avergonzaría...

El alboroto fue mayúsculo. Parecía la representación de una pieza teatral de embrollo: sindicalistas que querían morir diciéndose comunistas, anarquistas que estaban dispuestos a morir pero no a declararse comunistas, comunistas que pretendían pasar por enemigos del comunismo...

—Entre morir en la cámara de gas como cobardes o hacerlo con el fusil en la mano, mi elección está hecha —decía Rubio—. No me rindo, no me rendiré...

—Calma, calma —solicitaba Manuel.

—¿Cuándo os atreveréis a declarar lo que sois? —preguntaba un sindicalista.

—¿Y por qué vosotros queréis pasar por lo que no sois? —replicaba Rubio.

—¡Calma, calma!

Emili se levantó para hablar. Los demás asistentes le miraron con hostilidad. «¿Qué querrá ese?», parecían preguntarse. El dibujante se aprovechó del lapso de atención que se le concedía por sorpresa.

—Solo quiero preguntar a quien pueda contestarme si, en caso desesperado, puede tener éxito un motín en defensa propia. No tengo deseo alguno de vestirme de SS, pero no creo que morir como conejos sea la única alternativa. Tengo entendido que el comité internacional ha previsto muchas eventualidades y pregunto si también tiene prevista esta. En tal caso, creo que podríamos ahorrarnos muchas disputas.

—Es precisamente lo que yo quería decir —saltó Manuel—, pero no me habéis dejado.

—Nuestro problema no afecta a los camaradas de las demás nacionalidades —interrumpió Rubio—. A los rusos, checos, franceses, italianos, nadie les ha dicho nada. No podemos arrastrar al campo entero a una actitud desesperada. El momento del levantamiento no ha llegado aún. El frente de batalla está muy lejos todavía y el sacrificio sería estéril.

—Nunca diré que soy comunista —gritó el anarquista con tozudez.

Manuel quiso hacerle ver que para los hitlerianos, entre comunistas y anarquistas no había diferencia alguna.

—Hace cinco años que tu ficha dice *«roter Spanier».*

La reunión se desenvolvió con mayor tranquilidad que al principio. Se estudiaron las posibilidades de acción inmediata y se tomó el acuerdo de no presentarse nadie al llamamiento del comandante. Fue discutido un plan de ataque a la armería del campo y quedó decidido que, según los resultados de la incomparecencia de la tarde, la cuestión sería planteada en el seno del comité internacional.

—¡Hans Gupper ronda por ahí! —advirtió uno de los que estaban apostados en la puerta.

Los confabulados se disolvieron rápidamente y, después de unos segundos, el comedor recobraba su aspecto habitual. Las escobas, extraídas de su rincón, recorrieron sumisas las tablas del pavimento y los trapos de la limpieza acariciaron la superficie de muebles y armarios.

A la hora señalada por el comandante para la presentación de voluntarios, solo comparecieron algunos delincuentes alemanes que querían eludir probables revanchas y algún polaco con rusofobia. Españoles, ni uno.

Gupper había comprendido que los tiempos habían cambiado y que, en aquellos momentos supremos, era quizá preferible no fiarse mucho de voluntarios forzosos. Y no pasó nada.

18

Por vez primera en la vida del campo, la campana dejó de tocar diana. Aquella mañana, los hombres despertaron cuando su sueño fue vencido por el alboroto progresivo que armaban los ya despiertos. Nadie habló de ir al trabajo, nadie se acordó del jugo negro que servía de desayuno. Todo cuanto se decía era sensacional. A través de olvidos, de sorpresas y de bulos, la gente iba tomando consciencia de la excepcionalidad de aquellas horas. Las cosas salían transfiguradas del cambio aquel, que pese a ser esperado, sobrecogía a todos como el primer premio de una lotería. La luz de la mañana, los colores de los objetos, la fisonomía de los amigos y de los enemigos, la ausencia de hambre y de cansancio, todo era nuevo. Y al igual que un pedazo de hielo al lado de la lumbre, se fundía poco a poco la esencia del campo. La disciplina se hundió en poco tiempo. La gente entraba y salía de los barracones cuando le parecía, los que tenían tabaco fumaban en las camas o en las narices de los *Blockältester,* los *Kapos* le hacían la pelotilla al que, veinticuatro horas antes, habían zurrado, los SS habían desaparecido como por encanto, los barracones, siempre tratados con el cuidado debido a los palacios, se veían privados de la limpieza más elemental y el burdel no conservaba de las mujeres sino un rastro de perfume y de desorden.

Antes del alba habían salido los voluntarios anticomunistas alemanes y polacos, equipados de *Volksturm* (milicia popular) y armados como soldados de verdad. King-kong había sido uno de los «voluntarios» de última hora, aunque resultase difícil creer que con su barriga descomunal pudiese llegar muy lejos.

Al relevo de la guardia, los SS habían sido sustituidos por soldados regulares del servicio auxiliar. Desde sus garitas y torres, los nuevos centinelas —por la edad, más viejos que nuevos— pegaban la hebra con los presos que fisgaban cerca de las alambradas.

—Los americanos están al llegar —decía uno para hacerse simpático—. Cuestión de horas. Con nosotros podéis estar tranquilos. Cuando lleguen, soltaremos las armas y... ¡a casita! Como vosotros...

Para uno de aquellos guardias la amistad de un preso tenía tanto valor como normalmente la amistad de un ministro.

El comité internacional estaba reunido en sesión permanente. También Emili había tenido que velar durante toda la noche, por estar encargado de la vigilancia nocturna en su *Block.* Llevaba media hora durmiendo, cuando uno de los amigos de Rubio le despertó sin miramientos.

—Levántate inmediatamente —le dijo— y llégate al *Block* 3. Encontrarás a Rubio en el lavabo. Quiere verte enseguida.

El lavabo del *Block* 3 era en aquellos momentos el cuartel general de los españoles. El dibujante no pudo entrar hasta que el vigilante colocado en la puerta se lo permitió, después de anunciar a Rubio su presencia. El barbero y Manuel estaban rodeados de un grupo de españoles con misiones parecidas a la de Emili la noche anterior o elementos destacados de los grupos políticos. Llegaron dos o tres más, antes de que Rubio decidiera explicarse.

—Tenemos la casi absoluta certeza —dijo— de que hoy es nuestro último día de cautiverio. Esta mañana, la radio alemana ha anunciado oficialmente la muerte de Hitler. Ha llegado la hora de estar dispuestos a lo que haga falta.

Los asistentes, emocionados por tales noticias, asintieron con la cabeza.

—El comité internacional os encarga una misión más delicada que las anteriores. Manuel, que es quien ha obtenido las informaciones, os dirá cuál va a ser vuestro deber. A los que seáis mis amigos os pido que no os volváis atrás.

El oficinista explicó entonces que Hans Gupper había ordenado la formación del campo entero para las diez de la mañana, es decir, al cabo de una hora.

—Ignoramos cuáles son sus intenciones —añadió—, pero debemos ser desconfiados. La sustitución de las SS por fuerzas del ejército no quiere

decir nada, ya que estas están igualmente bajo su mando y harán lo que él les ordene. Además, por las dependencias exteriores quedan todavía muchos oficiales SS. No hay peligro alguno de evacuación. Los americanos están más próximos que los rusos y sería absurdo pensar que puedan trasladarnos más al este. ¿Qué pretende Gupper con la formación? Estaréis de acuerdo conmigo en que no es este el momento de hacer recuentos. Sea lo que sea, hemos de estar dispuestos e impedir cualquier acto de desesperación de esa gente. Es nuestro derecho y también nuestro deber. He aquí mis instrucciones: cada nacionalidad tiene un grupo de choque con misión específica. Vosotros formáis el grupo español, los que vais a quedaros con nosotros, claro está, y la misión que tenéis asignada es el asalto de la puerta de entrada principal. Cada uno de vosotros buscará a dos hombres más de entera confianza y, dentro de una hora, formaréis con el *Block* 2, el más próximo a vuestro objetivo. Contamos con dos pistolas. Si es preciso dispararlas será contra Gupper y, en el momento que suene el primer disparo, os dirigiréis a la puerta con la mayor rapidez posible, la abriréis como sea y enseguida correréis hacia la armería. Yo os acompañaré con mi pistola. No es mucho, ya lo sé, pero vale más una pistola que las uñas...

Cuando, una hora más tarde, llamaron a formación, el ambiente del campo parecía cargado de electricidad. Las agitaciones del comité y los preparativos para el motín habían contagiado a la gente de la fiebre precursora de los momentos heroicos. Todo el mundo sabía que, ante la intención alemana de exterminar a los presos, sonaría la voz del levantamiento general. Se hablaba de ametralladoras emplazadas en las torres, de una compañía de SS formada en espera de órdenes, de la cámara de gas preparada desde hacía varios días, de las granadas de mano que tenía el comité...

Se hizo la formación con el orden acostumbrado. Cada *Block* tenía su *Blockälteste,* puesto que los voluntarios que habían sido incorporados al *Volksturm* habían sido sustituidos por suplentes, todos ellos delincuentes comunes alemanes, pero convertidos a última hora en los más celosos colaboradores del comité. Situado cada grupo de choque en el lugar

asignado y dispuesto cada uno a cumplir con su deber, la disciplina era entonces un arma muy valiosa que, de las manos de las SS, había pasado a las de los presos. Aparentemente nada sucedía, pero...

Hans Gupper entró rodeado de cuatro sargentos de la *Kommandantur.* El sustituto de King-kong le preguntó si debía hacer recuento. Gupper contestó con un movimiento denegatorio y, acto seguido, con una voz sin brillo y con visible esfuerzo por dominarse, habló a la multitud de la delicada situación del campo en relación con los frentes y de la posibilidad de que fuera núcleo de resistencia frente al avance enemigo.

—Mi deber es velar por vuestra seguridad —añadió—, y es para evitaros los peligros de los bombardeos por lo que os propongo que, de forma ordenada, os dejéis conducir a las fábricas subterráneas recién construidas en la cantera.

El presidente del comité, el enfermero Frantisek, formado en primera fila, se adelantó unos pasos y solicitó permiso para hablar en nombre de sus compañeros. Gupper le miró fijamente antes de concederle permiso. A través de su expresión y del movimiento de sus manos, se hacía visible su repugnancia ante la democracia de circunstancias a que los presos creían por lo visto tener derecho.

—Habla —dijo seco.

—¿Es una orden o una proposición? —preguntó el checo con voz suave pero segura.

—Una proposición. Sois libres para decidir y no pienso obligaros. Si no sois todos de un mismo parecer, haré que sean conducidos al refugio los que lo deseen, independientemente de los que prefieran permanecer aquí. Puedes hablar a tus compañeros y que ellos decidan.

Frantisek se volvió hacia la multitud. Dio cuenta de la proposición del comandante y expuso su opinión de que juzgaba innecesarias tales precauciones.

—Próximas como están las tropas norteamericanas no es de suponer que encuentren la resistencia que cree el *Obersturmführer,* ya que hace tres o cuatro días que no hemos visto volar un solo avión aliado. El comité

internacional —Hans Gupper le escuchaba con atención— vela por la seguridad de los internados y desaconseja que nadie salga del campo en busca de protecciones que no hacen ninguna falta.

—¡El refugio está minado! —gritó alguien.

—Es una trampa —aseguró otro.

—No queremos movernos.

—Los americanos son nuestros libertadores; no nos bombardearán.

El griterío fue generalizándose. Gupper sonreía displicente y ostensiblemente nervioso. Frantisek impuso silencio a duras penas.

—Contestad si queréis ir al refugio, sí o no.

Un gran «no» retronó en la plaza.

—Que levanten la mano los que quieran ir.

Repitió la proposición en ruso y en francés. Nadie levantó la mano. Gupper se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír despectivamente, dijo que si pasaba algo desagradable a alguno de los presos a consecuencia de la acción militar, la responsabilidad no sería suya. Añadió que pedía calma a todo el mundo y que, por su parte, daba seguridades de que ninguna medida represiva sería tomada mientras no se alterara el orden.

Frantisek respondió que existía un organismo responsable del orden y de la disciplina, que garantizaba la calma de la multitud mientras no se intentara nada contra la seguridad personal de los presos. Pidió que el racionamiento fuera incrementado, en especial para la gente de los campos de cuarentena, donde la situación era desesperada.

El oficial aseguró haber dado ya órdenes en tal sentido y recomendó prudencia en la administración de los comestibles, puesto que en los almacenes no había mucho y las tropas americanas podían tardar aún algunos días en llegar.

Una vez disuelta la formación, Emili se quedó hablando con Manuel de la inesperada postura de Gupper. ¿Obedecía a un propósito real de protección? Ante la actitud hostil de la multitud, ¿habría cambiado de idea?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó Manuel—. Gupper ha querido pulsar el campo y su mentalidad teutona ha quedado complacida.

—Tanto como complacida... Dudo que a estas alturas pueda complacerle nada.

—En cierto modo, sí. Solo los apasionados pueden ser vengativos o piadosos, y él no es un apasionado. Hasta ahora ha matado por orden superior y también lo haría ahora si tuviese una orden en tal sentido. Es el alemán que cree en las virtudes de la disciplina y quiere evitar el desorden cueste lo que cueste. Hasta cierto punto, habrá creído que solo gracias a sus lecciones hemos sabido mostrarnos hoy con tan elevado sentido de esa disciplina.

—¿Quieres decir que, si nos ve desunidos, nos entierra en su maldito refugio?

—Estoy seguro. Solo su horror al desorden podía empujarle hoy a hacer un aniquilamiento general.

A mediodía, Emili no comió nada. Era el segundo día que pasaba con el pedazo de pan negro de la tarde. El comercio entre estraperlistas había experimentado un colapso y los que tenían algo lo guardaban en previsión de horas difíciles. Emili no contaba con otra cosa que la sopa incomestible de su ración. No tenía apetito, empero. Los hechos que se desarrollaban al otro lado de las alambradas, muy cercanos ya, y la gran esperanza de aquellos momentos tenían mucha más importancia que la comida.

Cuando, después de haber recogido su sopa y haberla olido, salió de la puerta del *Block* para dársela a quien la quisiera, se encontró con el grupo numeroso de los desgraciados que se peleaban ferozmente para llegar primero a coger su plato. Lo vació en uno cualquiera de los receptáculos que se le ofrecían y, de regreso al interior del *Block,* consideró durante un rato hasta qué punto era absorbente y principalísima el hambre de sus compañeros. Al hombre que tuviera apetito para tragar aquella sopa de patatas medio podridas y sin mondar, hervidas con cuatro ortigas recogidas en las proximidades del campo, o que, al no bastarle la ración, se peleara tan encarnizadamente para lograr las sobras de los demás, al hombre que careciera de fuerza de voluntad para dominar el hambre durante los pocos días, quizá horas, que faltaban para alcanzar la libertad, el decaimiento le

había atrofiado la conciencia de su condición humana. Solo por deformación de las facultades superiores era explicable que aquellas pocas horas de prueba que faltaban parecieran más duras que las anteriores. Era una exacerbación de sensaciones y sentimientos; el hambre se convertía en bulimia, el temor de no llegar con vida a la Hora inminente se transformaba en pánico. Era el último esfuerzo del corredor a pocos metros de la meta, el esfuerzo final que debe justificar los esfuerzos precedentes. El instinto de conservación se había desatado y la actitud de aquellos hombres era humana solo por lo que tenía de bestial.

Emili dio una vuelta por el campo. Las entradas de los barracones y hasta el interior de algunos parecían hormigueros. Abiertos los campos de cuarentena, las multitudes que hasta entonces estaban allí en lo más hondo del pozo daban en el Campo 1 su primer paso hacia la libertad. Eran libres, cuando menos, para pasearse con un plato de aluminio en las manos, vacilantes sus rodillas, los ojos desorbitados por el hambre y la codicia; eran libres para permanecer horas en las puertas de los *Blocks* en espera de algo de comida.

El dibujante llegó a la plaza de los recuentos. Buscaba espacio y aire fresco. Agotado por la fatiga, se sentó en los escalones del almacén contiguo a la cocina. Deseaba estar solo. Sus compañeros corrían otros caminos: o buscaban comida o, en los barracones, discutían asuntos del momento. Nadie se paseaba con él, nadie se sentaba en los escalones de piedra fría. La acción esteriliza el pensamiento. Él tenía necesidad de pensar. Prefería quedar al margen de cualquier actividad organizadora a renunciar a su soledad. Observar para comprender. Los estímulos que movían a sus compañeros, ideas políticas, bienestar material, afán de revancha, eran posiciones unilaterales que no podían significar el auténtico sentido de la libertad. En la calma de su observatorio, Emili presentía que muy pronto iba a serle revelado el conocimiento que entonces precisaba más que ninguna otra cosa.

Sintió frío y se levantó. Respiró profundamente. La transparencia del aire invitaba a explorar su infinita grandeza. Los ojos se le detuvieron en las

chimeneas del crematorio. Por primera vez y seguramente para siempre, el humo de los muertos había dejado de ensuciar el ambiente. La libertad se anunciaba así. El campo había empezado liberándose del hedor a cuero quemado que se agarraba a la garganta y pesaba sobre los hombres como la materialización de su condena a muerte.

Confortado por la serenidad interna y externa que le invadía, Emili atravesó la plaza y dio la vuelta por la oficina donde el comité deliberaba desde que había salido de la clandestinidad. Entraba y salía mucha gente. Emili se preguntó qué buscaban allí. Manuel se asomó a una de las ventanas.

—¿Por qué no entras?

—Estáis muy atareados. Sería uno más a estorbar.

—Nada de eso. Tenemos trabajo para ti.

Como excusarse hubiera sido deserción, Emili obedeció. Algo más tarde estaba pintando sobre una sábana blanca la inscripción en inglés «Bienvenida a nuestros libertadores». Le rodeaban algunos curiosos, preguntándole tonterías. En la estancia vecina, el comité seguía reunido. ¿De qué diablos estarían hablando? «Vanidad», pensó Emili, «un recurso para no tener que pensar, para justificar la cobardía íntima con el pretexto de un deber social.» Los miembros del comité charlaban, corrían por el campo de un lado a otro, se amodorraban alrededor de una mesa; procuraban no dormir creyéndose así más dignos de la gravedad del momento. También estaban los que merodeaban por las antesalas, o pretendían distraerse o esperaban misiones que les dieran relieve. No faltaban los arribistas, los fatuos, los que tenían algún peso incómodo en su conciencia. Si se hubiera presentado un momento de peligro, muchos habrían desaparecido como por arte de magia. Emili conocía a muchos: los que regalaban sus «cantinas» a los *Kapos* para no tener que trabajar, los que aprobaban con una sonrisa servil las crueldades que los alemanes cometían contra los judíos o los rusos, los delatores, los que comerciaban con la comida ajena, los que hubieran vendido al hermano por un plato de nabos. Ahora acudían a ofrecer sus servicios, a dejarse ver, a demostrar

abnegación, ahora, cuando ya no corrían riesgo alguno. Ernesto estaba entre ellos.

Las meditaciones de Emili fueron interrumpidas por la llegada de Frantisek, llamado fuera un rato antes. Se abría paso con prisa, con impaciencia. Su cara, grave y hermética, denotaba la posesión de alguna noticia de importancia. Cuando, unos minutos después, salió otro de los miembros del comité, se hizo un profundo silencio entre los presentes:

—El único enemigo peligroso que quedaba —dijo en alemán— ya no puede hacernos daño. Hans Gupper se ha envenenado hace una hora con su mujer y sus hijos.

Los murmullos ahogaron la voz del anunciante.

—Toda la plana mayor de las SS ha huido del campo y ha dejado el mando a manos de un sargento del ejército. Propagad estas noticias y permaneced en calma. Nuestra seguridad puede considerarse definitiva. A esperar la llegada de las tropas norteamericanas. ¡Viva la libertad!

La entrada del campo había sido engalanada con ramas de abeto y banderas de todas las nacionalidades con representantes entre los presos. Las estrellas y las rayas de los Estados Unidos presidían el conjunto. Por todas partes colgaban rótulos de bienvenida y vivas a los ejércitos triunfantes. Emili y cuantos sabían manejar los pinceles habían pasado la noche en blanco.

Ya desde primera hora, la plaza aparecía llena de personal que esperaba la llegada de las vanguardias motorizadas. Se decía que los libertadores no encontraban ya resistencia alguna y que, probablemente, estarían en el campo a media mañana. Como los cocineros también habían trabajado mucho la noche anterior y la sopa matinal había sido abundante y sabrosa, la excitación de la gente era particularmente ruidosa. La masa de los campos de cuarentena, con el estómago lleno por primera vez después de muchos meses, empezaba a interesarse por aquel espectáculo único. El aspecto del campo era demasiado insólito para que la certidumbre del cambio no entrase en la conciencia de las multitudes insensibilizadas por la miseria.

Pero las horas de la mañana fueron transcurriendo sin que comparecieran los libertadores. El peso bienhechor de la sopa se desvaneció poco a poco y pronto la perspectiva de la comida, que también se anunciaba como extraordinaria, recobró la importancia que parecía haber perdido horas antes. El gentío se disolvió, cada uno se fue a su *Block* a esperar la llegada del condumio, y hasta es posible que alguien tuviera la impresión de haber sido engañado con la historia de la liberación. Muy pocos permanecieron en los alrededores de la puerta cuando, al dar las doce, salieron los termos de la cocina.

Emili comió con apetito, pero no había engullido aún el plato de gachas cuando oyó gritos y vio correr a la gente hacia la puerta de entrada. Salió de estampía por la puerta del barracón que, de pronto, parecía haberse estrechado. Por todos lados acudían grupos de presos siguiendo la misma dirección. Las voces en todas las lenguas se refundían en una sola universal, tal era la facilidad con que todo el mundo se entendía.

—¡Ya están aquí! ¡Los americanos! ¡Han llegado! ¡Somos libres! ¡Los tanques!

Quienes carecían de fuerzas para correr andaban despacio o se arrastraban o pedían ayuda, aunque maldiciendo su desgracia. Con las prisas y las carreras, muchos perdían las pesadas botas de madera. Algunos lanzaban al aire sus casquetes a rayas o se descosían a tirones los números que llevaban en la pechera.

Cuando el dibujante llegó a las proximidades de la puerta, le hubiera resultado ya imposible hacer marcha atrás. Aprisionado por la multitud, sacudido por el alud humano, se sentía arrastrado como por un torrente de lava. Nada veía. Muchos debían encontrarse en su mismo caso, los que se empinaban sobre las puntas de los pies y se apoyaban en los hombros de los vecinos. El griterío era ensordecedor.

—¡Hombre, por favor! —protestó contra un desaprensivo que le utilizaba como sostén.

Dado que hacia delante no veía otra cosa que cabezas, volvió la vista hacia atrás. El espectáculo merecía la pena. Por la plaza, en suave pendiente,

descendían verdaderos racimos de presos. Los que no corrían eran empujados por los que iban detrás, y si alguno se caía, se daba prisa en levantarse de nuevo sin hacer caso a nada, todos absorbidos por la puerta de entrada en la que debía realizarse el prodigio. Nada contaba para ellos si no eran las puertas que debían abrirse de un momento a otro para no cerrarse jamás. Y los tanques que roncaban remontando la cuesta del campo. Y el maravilloso impulso de miles y miles de hombres que se agrupaban para asistir a la entrada del primer blindado americano y recibir el indulto definitivo. Algunos voluntarios, esforzándose muchas veces inútilmente, hacían cordón con las manos agarradas para contener la oleada humana y dejar un estrecho paso para los vehículos armados. El ruido de los motores se iba haciendo distinto, y Emili, por entre las cabezas de la masa que tenía delante, percibió a los componentes del comité montados en el primer blindado, agitando banderas por encima del cañón, rígido como un dedo apuntando al cielo. Se abrazaban a unos soldados vestidos de caqui y tocados con unos cascos desproporcionados. Todos abrían sus bocas para lanzar vivas que nadie podía oír.

El ferviente clamor de la muchedumbre se levantó como el trueno de una explosión cuando el tanque cruzó el portalón.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaban unas voces raras, anudadas, débiles, que Emili tenía a su lado.

El vítor se extendía como si fuese la primera palabra de un nuevo idioma universal que iba a hacerse necesario en el mundo de la paz.

—¡Hurra, hurra!

Y de la suma de muchas voces débiles surgía el clamor que iba y venía por encima de la inmensa asamblea de los resucitados.

El tanque marchaba con muchas dificultades y la piña humana se abría a su paso como la carne viva al corte del bisturí. La estrella blanca de cinco puntas destacaba en el verde caqui del artefacto. Solo el roncar metálico del motor y de las orugas lograba en ocasiones ahogar la estremecedora batahola de los libertos. Era una alegría pesada, desigual, histérica casi, la de los náufragos cuando llegan al barco salvador. La emoción estrechaba las

gargantas y el grito que se producía al deshacer el nudo era un grito roto, un chillido doloroso.

Detrás del primer blindado vino otro y todavía dos más. Después, un *jeep* con oficialidad. Ya todos habían cruzado la puerta que durante cinco años había quedado reservada a condenados y verdugos. La aglomeración había llegado a su último grado y solo a costa de muchos esfuerzos logró el dibujante abrirse paso hasta la orilla de la plaza. El espectáculo era delirante. Los eslavos se besaban en las mejillas, incansables, mientras los latinos gritaban, saltaban y levantaban sus brazos. Quienes no lloraban estaban a punto de hacerlo. Unos yugoslavos, cogidos a su bandera, habían subido a uno de los tanques y un orador improvisado se desgañitaba y se hacía aplaudir por los que le entendían y los que no. Los soldados americanos no podían estrechar todas las manos que se elevaban hasta ellos; de vez en cuando tenían que secar las suyas, mojadas con las lágrimas de los rescatados. Sonreían incesantemente, contemplaban atónitos aquellas escenas patéticas y procuraban reprimir su evidente emoción.

—Son muy fríos, esos americanos —le dijo a Emili un conocido.

—¿Qué quieres? ¿Que bailen?

El dibujante prosiguió su camino hacia un lugar más despejado.

—¡Hurra, hurra! —gritaba la gente sin parar, como un sonsonete del que no es posible escapar.

Los yugoslavos habían terminado sus discursos; ahora cantaban himnos revolucionarios y patrióticos. Algunos, conocidos, eran coreados por los demás. Los más curiosos examinaban los tanques y el equipo de los soldados y se hacían los entendidos. La indumentaria sobria, algo negligente y de buena calidad, las pistolas que algunos llevaban al estilo *cowboy* o de gángster, el casco caído sobre el cogote, daban a los americanos un aspecto extravagante a los ojos de los acostumbrados a la rigidez del uniforme alemán. El *jeep* llamaba la atención con su apariencia destartalada, con su antena como una caña de pescar y los cascos de radio que llevaban los conductores.

—¡Parece un Ford de película cómica!

Un preso de trece años fue presentado a los soldados. Estos le besaron en la frente y le dieron chocolatines, mientras la multitud se desgañitaba con sus hurras. Otro preso tuvo la idea de pedir el autógrafo de uno de los soldados. El ejemplo tuvo imitadores y todo el mundo buscaba papelotes para presentarlos a los libertadores. Durante media hora larga los americanos no hicieron otra cosa que firmar y estaban dando ya señales de fatiga cuando un incidente sangriento les procuró la excusa de librarse, ellos a su vez, de los asaltantes.

Emili estaba fisgando una de las máquinas de guerra y a los soldados que la ocupaban cuando oyó gritos a su espalda. Un brazo se infiltró muy cerca de su oreja y, al levantar la vista, vio que la mano de aquel brazo agarraba con fuerza el cuello de la chaqueta de un tipo que también solicitaba autógrafos. El dibujante apenas tuvo tiempo de ver el triángulo verde que aquel hombre llevaba cosido en la pechera, puesto que el alboroto que se produjo le obligó a retroceder unos pasos. El alemán había perdido su gorro al primer bofetón; inmediatamente empezaron a llover puñetazos sobre su cara sorprendida y asustada a la vez. Uno de los americanos se apeó del tanque e intentó restablecer el orden. Alguien que chapurreaba el inglés le dio a entender que se trataba de un mal compañero que tenía muy merecido lo que le pasaba. El soldado montó otra vez en su vehículo, seguramente convencido de que lo mejor era no meterse donde nadie le llamaba. Un preso llegó con un enorme pedrusco; el alemán murió con la cabeza aplastada.

Emili le preguntó a un ruso quién era la víctima.

—Ayudante de un *Kapo* de la cantera —le respondió el otro en alemán—. Un asesino. Muchos rusos y muchos judíos. Nosotros no olvidamos.

El oficial jefe de la patrulla americana volvió de su visita al campo, acompañado por los miembros del comité internacional. Había estado en el «campo ruso», en la enfermería y en el crematorio. Algo pálido, sobrecogido ante tanto dolor, montó en su *jeep* al tiempo que los tanques ponían en marcha sus motores. Se marchaban. Protegido por un grupo de presos, llegó entonces un soldado alemán de unos cincuenta años que quería

entregar su fusil a los vencedores. Debía tratarse de un caso único, ya que todos los vigilantes del campo habían escapado corriendo en el momento de entrar los tanques. El intérprete del comité aseguró que se trataba de un pobre hombre que nada tenía que ver con lo acontecido en el campo y que, con aquel gesto, quería simbolizar la sumisión del auténtico pueblo alemán a las fuerzas de la libertad. El oficial, sonriente, le dio la mano, mientras la gente aplaudía a rabiar. El alemán, confuso y emocionado, se abrazó a todos los presos que se le pusieron al paso.

Los yugoslavos no se cansaban de cantar himnos; los polacos los cantaban también, religiosos y patrióticos; los españoles hacían como que estaban acostumbrados a todo y que eran impermeables a las emociones; los franceses se ponían sentimentales y formulaban frases pretenciosas; los italianos exclamaban *porca miseria* por cualquier motivo y los rusos perseguían a sus verdugos del día anterior. Los escasos judíos que habían tenido la suerte de ver el final, arrastraban los pies, se frotaban las manos como encogidos, contemplaban el espectáculo con ojillos de hurón y no despegaban los labios para nada.

Los blindados de la estrella blanca abandonaron el campo. La puerta quedó abierta. Muchos expresos los siguieron carretera abajo, hacia el pueblo. Cuando el gentío se dispersó, en la plaza quedaron los cadáveres terriblemente mutilados de cinco alemanes, *Kapos o Blockältester,* caídos en sendos charcos de sangre. La gente no los miraba.

Descansar un rato. Como alguien le ha quitado las mantas de su cama, Emili se tiende sobre un saco de paja. Cuando la fatiga es extrema, el silencio es más necesario que nunca para conciliar el sueño. Los compañeros de barracón cantan, vociferan, se pelean y astillan los armarios para alimentar las estufas. El desorden es general. Cuando, al entrar los tanques, los centinelas han abandonado sus torres, la turbamulta ha cortado las alambradas y ha asaltado los almacenes del recinto exterior. Mientras los románticos gritaban sus hurras, los saqueadores se han adueñado de comestibles, ropa y armas. Y también de alcohol. Después han entrado de

nuevo en el campo con sus respectivos cargamentos. Un ruso embriagado ha empezado a disparar salvas con su fusil y los tiros han despertado el sentido explosivo que de la libertad tienen las turbas. El ejemplo ha cundido y la rápida intervención del comité no ha podido evitar por entero el alocamiento. Se ha vertido sangre. Por todos lados suenan los disparos de los que se divierten con el ruido, de los que exterminan a enemigos imaginarios creados por el alcohol y de los que se entregan efectivamente a los placeres de la venganza. La gente está desatada. Muchos han abandonado el campo y cargados con panes, con una manta en bandolera, van en busca de aventuras, probablemente a la caza de los SS escondidos por los alrededores, quizá a asaltar casas de campo, quién sabe si a vivir como robinsones en los bosques vecinos.

Inútil intentar dormir sin una manta que proteja de la luz. Con este barullo... ¡Y la estufa escupe humo por todas partes, un humo del diablo! Precisamente hoy se ha obstruido la chimenea, hoy que nadie la limpiará. Emili se levanta tosiendo y con los ojos irritados. Sale a la calle. Un enlace del comité le para y le dice que hay que ir a la oficina.

—¿Qué quieren, ahora?

Y los dos hombres se van calle abajo. Al volver una esquina, casi tropiezan con el cadáver de un hombre. Como todos, tiene el cráneo aplastado. Un cartelito en el pecho lo identifica: «A Popeye se le han terminado las espinacas». Emili se sobresalta. Este montón informe de carne y ropas ensangrentadas fue el hombre que primero le puso la mano encima, el que le hizo sentir la dolorosa realidad del campo. Un personaje importante en su vida. El odio que en aquellos momentos sintió contra aquel tiparraco aparece ahora remoto y vano. Intenta evocar la paliza recibida entonces, pero las imágenes que reviven en su memoria no responden a las viejas circunstancias. El Emili apaleado era otro; también era otro el Popeye que le golpeaba.

—Le está bien empleado —comenta el enlace—. Años atrás se había portado muy mal.

—No le recuerdo mucho —dice Emili en voz baja.

Quizá debería decir que aprueba la venganza, como todo el mundo hace; debería ponerse al lado de los demás. Ha pasado años deseando que llegara este momento y ahora no sabe lo que debe decir; su escapatoria es decir que no se acuerda de Popeye. Censurar, tampoco. Solo siente náuseas y, al reemprender su camino, anda más deprisa aún, hasta que llega a la oficina. Le preceden al entrar unos hombres cargados con fusiles y metralletas.

—Esto es todo lo que hemos encontrado en la armería —declara el capitoste del grupo—. Se lo habían llevado casi todo.

Rubio no está; el partido está reunido en algún lugar. Pero no se hace esperar mucho. Emili le interpela con violencia.

—¿Por qué se han marchado esos americanos? ¿Quién va a contener a la gente? ¡Dime, quién!

Se sorprende de estar hablando así. Las manos le tiemblan.

—No te preocupes —contesta Rubio, sonriendo—. El grueso de las fuerzas no tardará en llegar. Hemos llamado al pueblo pidiendo una ronda de vigilancia, pero no pueden mandar a nadie. Es asunto nuestro, dicen. Por eso te he llamado.

—¿A mí, precisamente?

—El desorden no aumentará —continúa Rubio como si no le hubiera oído —. Nada cansa tanto como hacer el tonto. Con esas pocas armas tendremos suficiente. Cada grupo nacional aportará unos cuantos hombres. A nosotros, los españoles, nos toca el turno de guardia de nueve a doce. El almacén de la cocina está intacto. Si lo saquean, mañana no comerá nadie. Ocúpate del asunto. A las doce en punto te relevarán los franceses.

—Sabes que llevo dos días sin pegar ojo.

—Claro que lo sé. Yo llevo muchos más.

—Eso quiere decir que debo aceptar.

—A partir de mañana podrás dormir un año seguido, si quieres.

Emili, un poco más tarde, entra y sale de los *Blocks* en su búsqueda de hombres. No encuentra a nadie. Solo después de mucho corretear se ha tropezado con dos amigos. No puede tenerse en pie. Si se dejara caer, dormiría sobre el pavimento. Apenas conserva abiertos los ojos y cuantas

imágenes llegan hasta él tienen la vaguedad del sueño. Un desvarío de pesadilla. Por todas partes los mismos sacos de paja destripados, los mismos muebles a medio astillar, las mismas mantas y ropas abandonadas. Se ven fogatas en la plaza y en las calles. Las mesas de los *Blocks* sirven para amasar harina y preparar sustitutivos de pan. Muchos están cociendo gachas o preparan comida con verduras secas y macarrones. Un desgraciado que a duras penas se sostiene lleva a cuestas un enorme saco de harina. De un barracón son extraídos dos hombres que han muerto a consecuencia de la explosión de una granada de mano que uno de ellos ha querido manipular. Uno, enloquecido, rompe a pedradas los cristales del *Arrest.*

—Para que estén más frescos, cuando los encerremos ahí —explica.

Y siempre la música de los tiros. Emili comprende que los que transitan en cuadrilla, vestidos solo con su camisa y sus calzoncillos, son los enfermos del «campo ruso». Un hambriento, apoyado en un muro, se come la harina a puñados.

—¿Sabes si Enric está aquí?

—¿Enric, dices? Se habrá ido al pueblo.

—¿A qué?

—¿A mí qué me cuentas?

Unos afortunados mondan patatas y preparan una sartén para freírlas en la estufa que han sacado a la calle. En la puerta de un barracón, dos tipos esqueléticos se pelean furiosamente por la posesión de un pan.

Y siempre el mismo tráfago de la gente, unas veces paseando pacíficamente, otras atareada en menesteres misteriosos. Y también los que se han tumbado en algún rincón para hacer tranquilamente la más difícil de las digestiones de un tiempo a esta parte. Y dentro y fuera del campo, en los bosques próximos y en los más lejanos, el tiroteo que marca un ritmo caprichoso de ira y de muerte.

Emili se arrastra por el campo y ya no sabe lo que busca. Su pensamiento es confuso y trata en vano de explicarse el sentido de la pesadilla. Las palabras *reacción*, *compensación*, *resurrección* y otras sobre la misma idea, le bailan en la mente pero nada le aclaran. Para la masa ha llegado la hora

de los términos absolutos: buenos y malos, hambre y abundancia, vida y muerte. Lo que ha triunfado solo puede ser el reverso de la medalla de lo que ha resultado vencido... La gente solo tendrá conciencia del cambio si donde había sangre de los unos hay ahora sangre de los otros; si los que durante unos años abusaron de su poder son ahora dominados con idéntico abuso; si, en fin, lo que hasta ahora estaba prohibido les está hoy permitido. Por encima de todo, el dibujante siente repugnancia y fatiga. Se siente indignado, pero no sabe contra quién ni por qué. Cierto que el espectáculo no debe sorprenderle: los primarios tienen las armas y el frenesí de dispararlas. Comprender... ¿comprender qué? Los argumentos le resultan pesados: «La riada produce muchos daños, pero a la larga resulta fecunda». Todas esas frases pedantes nada arreglan. Mañana llegarán las tropas de ocupación, el orden será restablecido y de este batiburrillo de ahora quedará un recuerdo de selvático vigor y de brutal humanidad. ¿Juzgar? Solo hay un deber en estos momentos: el de ser útil. Emili se arrastra, pero continúa de *Block* en *Block* buscando a dos hombres que le hacen falta.

Rubio le invita a sentarse. Un aparato de radio da en francés las últimas noticias. Ciudades alemanas, cifras astronómicas de prisioneros, los nombres de generales y personalidades nazis que han sido detenidos. Escucha la voz del locutor y le parece una voz bien timbrada. Ya no ha de esconderse para escuchar la radio. Es un hombre libre. Sonríe y continúa encontrando bella la voz. Voz del mundo que desea acogerle como a un rescatado, como a un vencedor más. ¿Vencedor? Le da risa pensarlo.

«Las fuerzas del general Bradley han descubierto otro matadero humano en las riberas del Danubio, cerca de Linz, donde millares de deportados políticos de todas las nacionalidades estaban hacinados en condiciones inimaginables, y cuyos hornos crematorios contienen centenares, muchos centenares de cadáveres en estado muy avanzado de putrefacción debido a la insuficiencia de las instalaciones incineradoras.»

Los del comité discuten la manera de encontrar sustitutos de los cocineros que han dimitido, pero de vez en cuando se callan para escuchar las

informaciones. Esta que se refiere a su campo ha sido particularmente celebrada.

—Exactamente lo mismo que han dicho antes en la emisión italiana —comenta uno de los presentes.

Todos reconocen haberla oído, pero les complace que la repitan una y otra vez. Desean imaginar la libertad, no como es, con sus desórdenes, sus fechorías, su sangre, sino como la evoca la voz agradable del locutor, a miles de kilómetros de la realidad.

El cuadro del aparato se apaga y el encanto se desvanece. Alguien da vueltas al interruptor.

—No hay luz.

Un electricista a quien ha sido encargada la reparación vuelve al cabo de un rato y declara que no le será posible localizar la avería antes de que anochezca.

—Se habrá producido fuera del campo —supone.

—¡Sin luz! ¡Lo que faltaba! —exclama Frantisek.

—Y sin agua —añade Rubio.

—No puedo hacer nada —dice el electricista.

Mientras Manuel está enumerando las consecuencias graves que puede tener la falta de luz durante la noche que se avecina, un español entra precipitadamente y se dirige a Rubio. El jadeo no le deja hablar.

—¿Qué pasa? —pregunta el barbero dos o tres veces.

—Ernesto... Acaban de atacarle... Lo he visto a dos pasos, como ahora os veo a vosotros...

—¿Quién ha sido? —inquiere Manuel. Rubio parece no haberse enterado.

—El hijo del viejo, del que murió en la compañía de castigo, del que sacaba patatas de la cocina.

—Sí, sabemos quién es —corta Rubio en voz baja.

—Ernesto caminaba solo por delante del *Block* 6. Se le ha acercado el otro y le ha dicho: «Tú no te acordarás de mi padre, pero yo sí». Y le ha disparado dos tiros en el vientre.

—¿Ha muerto?

—No lo sé. Se lo han llevado a la enfermería.

Rubio se levanta y sale rápidamente. Está oscureciendo y el débil resplandor que entra por la ventana endurece las facciones de Manuel, que es quien está hablando.

—Rubio lo habrá sentido. Se habían reconciliado, ¿lo sabías? Ernesto se portaba bien, ahora. La muerte del viejo le impresionó...

Emili no hace ningún comentario. El cansancio le tiene inmovilizado en la silla y cuanto le rodea le parece irreal. Ernesto ha sido agredido. Lo recuerda con su uniforme ajustado, con su gorra de visera, con los zapatos siempre relucientes. Ha muerto como Popeye, como tantos. Sangre y lodo. No siente piedad alguna; solo repugnancia y fatiga.

El exbarbero de las SS vuelve pronto.

—¿Vive?

—No —contesta Rubio, sordamente.

Y hace el ademán de buscar un papel entre los muchos que cubren la mesa. Después consulta el reloj y tose brevemente.

—Son las nueve menos cuarto, Emili —dice con dulzura—. Ve a reunirte con tus hombres. Avísame cuando estéis preparados.

Luego se dirige a Manuel:

—No olvides el asunto de los cocineros.

El dibujante abandona la estancia. En el exterior, la gente pasea de acá para allá en la penumbra. Las fogatas son otras tantas columnas de humo. Se oyen los tiros que alguien dispara, incansable, en algún lugar lejano. «Sangre y lodo», piensa. «Muerte sucia y asquerosa.» La radio ha certificado que a partir de ahora es un hombre libre.

—Patrullas de SS atacan el campo, se rumorea.

Y en la oscuridad, el pánico ha provocado un denso tiroteo entre los propios liberados. Emili sale de la oficina con el propósito de dormir unas horas. La noche está más oscura que nunca, como bajo un palio de fieltro negro. Solo se ven por las calles los puntos rojizos de las fogatas casi extintas, y a su alrededor algunos hombres envueltos en sus mantas. Hay

muchos transeúntes por las calles. Entran y salen por la puerta principal, como si quisieran cerciorarse una y mil veces de que ya nadie les controla los pasos. En el talud del *Block* 6 un hombre, tendido en el suelo, se retuerce y gime. Pide agua. Emili se le acerca, y cuando intenta levantarle, se da cuenta de que no pesa. Está vomitando una espuma pegajosa. Ha comido con exceso y se muere. La oscuridad en la enfermería es total. Las camas están ocupadas pero nadie contesta a sus llamadas. A nadie le importa que el hombre esté agonizando. Agua. Imposible encontrar una gota en el campo. Vuelve a la oficina para pedir un poco de café. Una vela difunde por la estancia una luz rojiza y trémula. Manuel le dice que no queda nada de café, pero que están esperando la llegada de un tanque de agua que los americanos van a mandar o que han mandado ya. Asegura que se ocupará de los enfermos, que son muy numerosos.

—Vete a la cama —le aconseja—. Te estás cayendo. Bebe antes un vasito de eso. Te entonará.

El alcohol es violento y se le atraganta.

—Mira —le dice Manuel de pronto, indicándole la ventana—. Hay fuego en las dependencias exteriores.

Salen a la calle. La voz de «¡Fuego!», pronunciada en muchas lenguas, espolea la noche lóbrega. El humo se abate sobre el campo y produce escozor en la garganta, un escozor distinto del otro humo, el de carne quemada, al que todo el mundo está acostumbrado. Los pocos hombres disponibles son movilizados para evitar la propagación del incendio. Está ardiendo un almacén de muebles y prendas de vestir. El fuego se propaga rápidamente por el maderamen, y los bomberos improvisados, provistos de palas y picos, cubos y algún extintor, luchan desesperadamente para atajar el brasero en lo posible.

Emili hace esfuerzos sobrehumanos para seguir el ritmo de sus compañeros que, en cadena, desocupan los departamentos del barracón a los que las llamas no han llegado todavía. Paquetes de sábanas, de toallas, de camisas y calzoncillos a rayas, de uniformes, piezas de madera para montar armarios, mesas y camas, pasan sin descanso por sus manos. A la

luz inquietante y siniestra del fuego, los ojos le transportan hasta el cerebro cansado la sobreimpresión repetida del sello que llevan grabado todos los materiales de un campo de concentración alemán:



Impreso en tinta sobre la tela, grabado al fuego sobre la madera, Emili ha estado viéndolo constantemente durante cuatro años y medio y sabe que es el estigma infamante con que han intentado marcarle, el único epitafio que han merecido los muertos. Pero, ahora que se siente envuelto en el sopor de la fatiga, embotada su sensibilidad por el movimiento mecánico de sus músculos, olvida la significación de *«Konzentrations Lager Reich»* y solo le obsesiona el dibujo de las letras y el contorno que las encierra. La marca pasa y repasa por debajo de su mirada y, cuando un fardo viene al revés o un madero le llega invertido, no deja de corregir la posición para evitar que se rompa el ritmo de las imágenes. De pronto se da cuenta de lo que está haciendo y le da miedo el valor simbólico que pueda tener tan extraña obsesión. ¿Está realmente estigmatizado? ¿Habrá quedado reducido a la condición de piltrafa de campo de concentración? Nace en su interior la rebeldía frente al esfuerzo que le es impuesto. Se pregunta: «¿Por qué salvar lo que hasta ahora han sido mis cadenas?». ¡Que se encienda el campo entero, con sus barracones, sus muebles y ropas, con todo cuanto lleve el sello! ¿Qué le importa? Quizá la libertad es este fuego vindicativo. Un peso insoportable le impide levantar los brazos para atrapar el fardo que su vecino le echa y la cadena se rompe. No se agacha para coger el paquete que rueda por los suelos; por el contrario, da media vuelta y se va.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces? —le preguntan.

Entra en el campo. Los tejados de los *Blocks* aparecen iluminados por los resplandores movedizos del incendio. El muro que separa los dos recintos hace, con su sombra, que el suelo de la plaza parezca inexistente y, por unos momentos, Emili tiene la impresión de andar en el vacío. Las brasas de las pequeñas fogatas son los ojos de seres fantasmagóricos. El humo está

suspendido en el aire inmóvil como una niebla roja, un humo que con ser picante, resulta placentero porque no es el humo de la carne quemada.

¿Adónde va? No lo sabe. Los barracones oscuros forman un laberinto de sombras y el dibujante no recuerda cuál es el suyo. La gente deambula por el campo como horas antes, indiferente, en un estado de sonambulismo que la vuelve ausente e irreal. Frenado por una extraña atracción, Emili se detiene ante uno de los pequeños braseros. Un hombre envuelto en una manta se despierta al oír sus pasos e, instintivamente, coloca su mano sobre el bote donde guarda las gachas que no ha podido terminarse. Emili se sienta junto a él, con las piernas cruzadas, en la tierra todavía tibia.

—¿Quieres fumar? —pregunta ofreciéndole uno de los pitillos que Manuel le ha dado antes.

El interpelado no entiende el alemán, pero alarga la mano. Se ríe porque comprende que su «tesoro» no corre peligro. Emili tiene la sensación de que el calor del brasero penetra hasta sus entrañas conducido por el humo del tabaco. Cosa sorprendente, al influjo de esta situación de pesadilla su sueño se ha desvanecido, el cansancio se ha convertido en un cosquilleo inefable y dulce, y el silencio entre su compañero y él crea un estado de serenidad que ya nada podrá turbar. Observa al hombre fumando, le observa largo tiempo, hasta que la sensación de dulzura parece embriagarle como un vino de muchos grados. Entonces ve claramente que ha hallado la paz, que la ha encontrado personificada en este hombre. ¡El Hombre! El Hombre por encima de lo que es accidental, por encima de la raza, de la nacionalidad, de los partidos, de los núcleos de amigos y de las individualidades fuertes. El Hombre medio, el que integra las muchedumbres que van por las calles y los caminos del mundo sin saber adónde van, el que tiene hambre y sed, el que durante años ha conocido el miedo y hoy alardea de valor en la impunidad de esta noche de interregno, el que se mueve por instintos esenciales e inmutables en el momento en que cualquier acontecimiento desgarra la capa de la civilización.

Contempla a su compañero apagando con los dedos su cigarrillo y guardándose la colilla en la oreja, lo ve echando una ojeada de codicia y de

indecisión a su bote de gachas, lo ve sucumbiendo finalmente a la tentación de comer un poco más, no sin antes hacer un signo de invitación. Con expresión voraz, el hombre engulle su sopa espesa y ligeramente tibia.

El desconocido, cuyas facciones Emili no puede distinguir, tiene, con su hambre y su encogimiento, más fuerza simbólica que todas las altas personalidades de las que se habla por el mundo. Millones de hombres como este, muertos o vivos, son los triunfadores en esta guerra. La han ganado con la continuidad de sus sufrimientos y de su humildad, con su indestructible instinto de conservación. No son unos estados determinados los que han vencido, no es una política, ni una economía, ni unos partidos, ni unas clases dirigentes, ni el obrerismo revolucionario, sino una masa de hombres medios, hecha de campesinos, de obreros, de burgueses y hasta de aristócratas, una masa de hombres y mujeres de todas las razas, de todas las religiones, de todas las ideologías, una masa que todo lo ha dado sin exigir nada a cambio, una masa que desconocía incluso el valor de su sacrificio.

Y el Hombre se agiganta en el pensamiento de Emili como si él estuviese creándolo con su aliento, y lo ve en el marco de la época que le ha tocado en suerte vivir. Es el hombre que acepta las cargas con un valor fatalista, sin exigir, sin tener derecho a escoger, sin quimeras de felicidad o sed de absoluto. Él es quien, siendo juguete de las grandes convulsiones del mundo, determina al fin la inclinación de la balanza con el peso de los sacrificios que le han sido impuestos. Al hacerse carne y sangre, el Hombre intuye que vivir es sufrir.

Emili da una última chupada a su cigarrillo y echa la colilla al brasero. Se siente bien en la compañía de este hombre silencioso que ha encontrado y al que poco a poco va identificando, y es que la repugnancia que le inspiraban unas horas antes las turbas se ha convertido en ternura y amor por la humanidad. En su necesidad de comunión con lo que es permanente, juzga que todo lo demás es anecdótico: lo es el brillo efímero del éxito personal, lo es el afán de sus amigos del comité buscando el premio político, lo es el espíritu de venganza que anima a muchos, lo es el espejismo del partidismo

utópico, lo es incluso esa justicia que todo el mundo reclama y que nadie puede hacer.

El hombre ha acabado con sus gachas y con la cuchara rebaña el fondo del bote. El dibujante siente escalofríos en la espalda, no sabe si por causa del roce metálico o de la ternura que le invade. Y piensa, estremecido, en el silencio de Werner cuando lo torturaban, y piensa en la serenidad de Francesc en su lecho de enfermo condenado. Uno y otro le habían hablado muchas veces de su fe en la justicia, pero, ciertamente, su coraje ante la muerte no procedía de esa fe, sino de la paz interior que habían hallado, la misma que Emili cree estar encontrando ahora. Una paz que no es pasividad ni renunciación, sino un estado moral activo, algo así como un estado de gracia, por el que le es dado comprender el alcance del sacrificio del Hombre. Con esta conquista que acaba de hacer ya no pueden resultar estériles los cuatro años y medio de campo de concentración, como tampoco será estéril la guerra si, esparcidos por la tierra, hay otros hombres que como él logren la paz, puesto que la paz será realidad el día que los hombres la sientan en su alma. Y esto no es anécdota. Que las luchas entre los humanos continuarán, que otras guerras se producirán, es casi seguro. Pero, a cada nueva prueba, a cada tormenta más, la angustia y la desesperación harán que se desparrame la semilla de la serenidad. Lo largo del camino, su cruenta dureza, no pueden ser motivos de desánimo; todos y cada uno de los hombres triunfarán cuando la humanidad en su conjunto triunfe. Lo que hace falta es sentirse parte integrante de esa humanidad, como Emili se siente ahora. Las demás satisfacciones que la vida pueda ofrecer nos serán dadas por añadidura.

Emili se levanta, ya que las brasas se han ido extinguiendo y la madrugada es fría. El incendio también ha menguado y el campo ha quedado de nuevo sumido en la oscuridad, una oscuridad que separa un pasado de horrores y un futuro de esperanzas. El humo, en cambio, persiste agarrado a la tierra, como si pretendiese afirmar su triunfo sobre el otro humo, el de la carne quemada. El alba debe estar próxima, y Emili la espera con impaciencia, pues siente que la victoria de esta noche precisa la sanción de la luz del día.

Debe comprobar que no ha sido un sueño, sino una victoria real y definitiva la del Hombre sobre «el espíritu de los campos nacionalsocialistas», el enemigo que yace sin vida, pero todavía tibio.

1 ¡Ay del asesino!
2 «Labrador» en la forma dialectal valenciana *(N. de T.)*
3 —No puedo hacer esto. *(N. de T.)*

«A veces, el silencio es la mejor mentira.»
MIGUEL DE UNAMUNO

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *K. L. Reich*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (http://twitter.com/LibrosAsteroide) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Joaquim Amat-Piniella (1913 -1974), nacido en Manresa y educado por sus padres, durante la república llevó a cabo una intensa actividad cultural y política. Al estallar la guerra civil, se alistó voluntario en el ejército republicano y combatió en el frente andaluz. Acabada la guerra huyó a Francia, donde fue internado en distintos campos de refugiados. Posteriormente, fue movilizado por el ejército francés como trabajador forzoso; en junio de 1940 es hecho prisionero por los alemanes y deportado a Mauthausen y después a otros campos de la ribera del Danubio, donde permaneció hasta su liberación en mayo de 1945.

Entre 1945 y 1946 escribió la novela autobiográfica *K. L. Reich* sobre sus experiencias en los campos nazis, en la que siguió trabajando hasta que por fin pudo ver la luz en 1963; dos años después recibió el premio Fastenrath. Es autor también de obras como *Ombres al calidoscopi* (1933), *El casino dels senyors* (1956), *Roda de solitaris* (1957), *La pau a casa* (1959), *La ribera deserta* (1966), *Les llunyanies. Poemes d'exili* (1999), *Retaule en gris* (2012) y *La clau de volta* (2013).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *K. L. Reich*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El desbarajuste, Ferran Planes

A sangre y fuego, Manuel Chaves Nogales

Un mundo aparte, Gustaw Herling-Grudziński

De París a Monastir, Gaziel